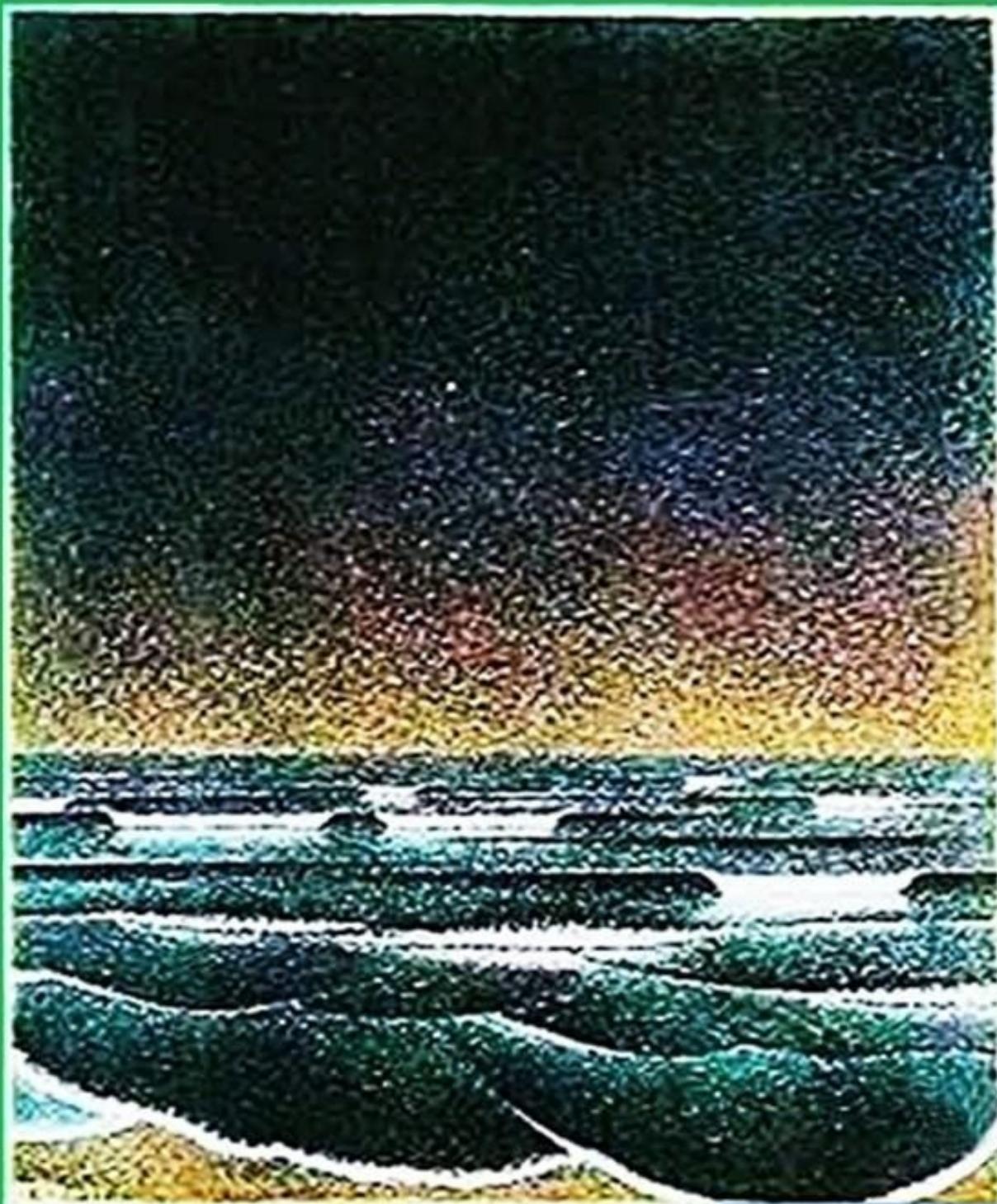


---

# RAY BRADBURY

---

La muerte es un asunto solitario



Lectulandia

Homenaje a la novela negra norteamericana, de la que retoma con humor y nostalgia los temas y los climas, *La Muerte es un Asunto Solitario* cuenta la historia de un crimen insólito: en la villa balnearia de Venice, California, en una noche de tormenta del mes de octubre de 1949, el cuerpo de un anciano flota en las aguas oscuras del canal, encerrado en una jaula de leones.

**Lectulandia**

Ray Bradbury

# **La muerte es un asunto solitario**

ePub r1.0

Cervera 27.06.17

Título original: *Death Is a Lonely Business*

Ray Bradbury, 1985

Traducción: Joaquín Valdivieso

Diseño de cubierta: Minotauro

Editor digital: Cervera

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Afectuosamente, a Don Congdon, que dio origen a estas páginas.*

*A la memoria de Raymond Chandler, Dashiell Hammett, James M. Cain y  
Ross Macdonald.*

*A mis amigos y maestros Leigh Brackett y Edmond Hamilton,  
profundamente añorados.*

Venice, California, era en los viejos tiempos muy recomendable para la gente que quisiera estar triste. Había niebla casi todas las noches y a lo largo de la costa se oía el lamento de las máquinas de los pozos de petróleo y los golpes del agua oscura en los canales y el silbido de la arena contra las ventanas de tu casa cuando el viento soplaba y cantaba entre los espacios abiertos y en las calles vacías.

Eran los tiempos en que el muelle de Venice se caía a pedazos y moría en el mar y uno podía encontrar allí los huesos de un enorme dinosaurio, la montaña rusa, cubiertos por las mareas.

En el extremo de un largo canal uno podía encontrar los carromatos de un viejo circo, tumbados y vacíos, y en las jaulas, a medianoche, si uno miraba, había cosas vivas: peces y cangrejos que se movían junto con la marea; y allí estaban los circos de todos los tiempos, de alguna manera sentenciados a muerte y cubriéndose de moho.

Había un enorme coche eléctrico rojo que corría estrepitosamente hacia el mar cada media hora y que a medianoche doblaba la curva y echaba chispas en los cables y se alejaba lamentándose como los muertos que se revuelven en sueños, como si los trenes y los hombres solitarios que se balanceaban en la plataforma del conductor supiesen que desaparecerían al año siguiente, los rieles cubiertos con cemento y alquitrán, las telarañas de cables acumulados en rollos y llevados lejos.

fue en aquel tiempo, en uno de esos años solitarios en que la niebla jamás se disipaba y el viento jamás dejaba de lamentarse, que montado en el viejo coche rojo, el enorme trueno bamboleante, me encontré una noche con el amigo de la Muerte y no lo supe.

Era una noche lluviosa y yo leía un libro en la parte trasera del viejo coche rugiente y quejumbroso mientras íbamos de una estación desierta e inundada de confeti a la siguiente. Sólo yo, el gran coche de madera dolorida y el conductor allá adelante golpeando los mandos de bronce y soltando los frenos y dejando salir el vapor infernal cuando era necesario.

Y el hombre en el pasillo, que de alguna manera había subido sin que yo lo advirtiera.

Al fin me di cuenta de que el hombre estaba allí porque se balanceaba largo rato, una y otra vez, de pie detrás de mí, como si no pudiera decidirse, porque había cuarenta asientos desocupados y tarde en la noche es difícil elegir con tanto espacio vacío. Pero al fin oí que se sentó y supe que estaba allí porque me llegaba su olor como el de las marismas que inundan los campos. Por encima del olor de las ropas había un olor a demasiado alcohol bebido en demasiado poco tiempo.

No me volví a mirarlo. Aprendí hace mucho que si uno mira el otro parece animarse.

Cerré los ojos y mantuve la cabeza firmemente apartada. No resultó.

—Oh —gimió el hombre.

Me pareció que se inclinaba hacia adelante en el asiento. Sentí la respiración

caliente en la nuca. Me agaché, apartándome.

—Oh —se lamentó con voz aún más alta. Era como alguien que cae de un acantilado, pidiendo socorro, o alguien que nada a lo lejos en medio de una tormenta, esperando que lo vean.

—Ah.

Llovía fuerte, ahora, y el gran coche rojo se bamboleaba abriéndose paso a través de un pastizal de medianoche y la lluvia golpeaba las ventanillas, empañando la visión de los campos abiertos. Atravesamos Culver City sin ver el estudio de cine y seguimos adelante; el gran coche se movía, el suelo gemía bajo los pies, los asientos vacíos crujían, el silbato bramaba.

Y una ráfaga de aire terrible a mis espaldas cuando el hombre al que yo no había visto gritó de pronto:

—¡La muerte...!

El silbato del tren le apagó la voz de modo que tuvo que volver a empezar.

—La muerte...

Otro silbato.

—La muerte —dijo la voz a mis espaldas— es un asunto solitario.

Pensé que el hombre se pondría a llorar. Observé la lluvia relampagueante que corría a nuestro encuentro. El tren aminoró la marcha. El hombre se puso de pie furioso e imperativo, como si fuese a pegarme si no lo escuchaba y me volvía a mirarlo. Quería ser visto. Deseaba ahogarme en su propia miseria. Sentí que extendía la mano, un puño o una garra, para arañarme o golpearme, no sabía. Me sujeté con fuerza del asiento de delante. La voz estalló.

—¡Oh, la muerte!

El tren frenó y se detuvo.

Continúa, pensé, *¡termina!*

—Es un asunto solitario —dijo en un susurro aterrador, y se alejó.

Oí que la puerta de atrás se abría. Al fin me volví.

El coche estaba vacío. El hombre se había marchado, llevándose el funeral consigo. Oí que la grava crujía en el sendero.

El hombre al que no había visto murmuraba algo entre dientes mientras las puertas se cerraban. Aún podía oírlo a través de la ventanilla. Algo acerca de la tumba. Algo acerca de la tumba. Algo acerca de la soledad.

El tren se sacudió bruscamente y avanzó rugiendo a través de los pastos altos y la tormenta.

Alcé la ventanilla para asomarme y mirar hacia atrás, en la húmeda oscuridad.

Si había una ciudad allí atrás, y gente, o un hombre • y su terrible tristeza, yo no podía verlo, ni oírlo.

El tren iba rumbo al océano.

Yo tenía la horrible impresión de que se hundiría en él.

Cerré de un golpe la ventanilla y me senté, temblando.

Tuve que recordarlo durante el resto del camino: sólo tienes veintisiete años. No bebes. Pero...

**D**e cualquier modo, bebí un trago. Aquí, en este rincón lejano y perdido del continente, donde los vagones se habían detenido y también los pasajeros, encontré un sitio todavía abierto; no había nadie excepto el hombre del bar, enamorado de Hopalong Cassidy en la televisión de madrugada.

—Un vodka doble, por favor.

Me asombré al oír mi voz. ¿Por qué bebía? ¿Para animarme a llamar a mi novia, Peg, que estaba a dos mil millas en la ciudad de México? ¿Para decirle que yo estaba bien? Pero no me había pasado nada.

Nada salvo un paseo en tren y una lluvia helada y una voz espantosa detrás de mí, exhalando vapores de terror. Pero tenía miedo de volver a la cama de mi apartamento, vacía como una nevera abandonada por los Okies cuando se fueron al Oeste.

Lo único más vacío era la cuenta bancaria del Gran Novelista Americano en el banco estilo templo romano a orillas del mar, próximo a desaparecer bajo las olas de la próxima recesión. Los pagadores esperaban todas las mañanas en los botes, mientras el gerente se ahogaba en el bar más cercano. Rara vez los veía. Con sólo una venta ocasional a una popular revista de detectives, no había dinero para depositar. De manera que...

Bebí el vodka. Hice una mueca.

—Jesús —dijo el barman—, se diría que nunca ha tomado vodka.

—Nunca.

—Tiene muy mal aspecto.

—Me *siento* mal. ¿Alguna vez pensó que algo horrible iba a suceder, sin saber qué?

—Lo llaman desasosiego.

Tragué más vodka y me estremecí.

—No, no. Me refiero a algo realmente terrible, sofocante.

El barman miró por encima de mi hombro como si estuviese viendo el fantasma del hombre del tren.

—¿Lo trajo con usted?

—No.

—Entonces no está aquí.

—Pero —dije— él me *habló*. Era una de las Furias.

—¿Furias?

—No le vi la cara. Dios mío, ahora me siento peor. Buenas noches.

—¡Deje el alcohol!

Pero yo ya estaba en la puerta buscando alrededor aquello que me esperaba. ¿Qué

camino me convenía tomar para llegar a casa sin meterme en la oscuridad?

Y sabiendo que era una mala elección, corrí por la orilla oscura del antiguo canal hacia los sumergidos carromatos del circo.

Nadie sabía cómo habían ido a parar las jaulas de los leones al canal. En verdad, nadie parecía recordar cómo los canales habían ido a parar en medio de un viejo pueblo en el que las semillas silbaban contra las puertas todas las noches junto con arena y restos de algas y hebras de tabaco de los cigarrillos arrojados a lo largo de la costa desde 1910.

Pero allí estaban los canales, y en el extremo de uno de ellos, un arroyo de color verde oscuro con manchas de aceite, los carromatos y las jaulas de un viejo circo de pintura dorada y esmalte blanco descascarados y gruesos barrotes roídos por la herrumbre.

Tiempo atrás, a principios de los años veinte, estas jaulas habían rodado probablemente como luminosas tormentas de verano con animales al acecho, leones que abrían las fauces y exhalaban vahos de carne caliente. Grupos de caballos blancos habían paseado su pompa por las calles de Venice y a través de los campos mucho antes de que la MGM levantara sus falsas fachadas y creara un nuevo tipo de circo que viviría para siempre en trozos de película.

Ahora, todo lo que quedaba del viejo desfile había terminado aquí. Algunos carromatos estaban hundidos de cabeza en las profundas aguas del canal; otros yacían ladeados y enterrados en las mareas que los descubrían en la madrugada o los cubrían a medianoche. Los peces entraban y salían en cardúmenes por los barrotes. Durante el día unos niños pequeños bailaban en las enormes islas olvidadas de acero y madera, y a veces se metían dentro y sacudían los barrotes y rugían.

Pero ahora, pasada la medianoche, cuando el último tren había partido rumbo al norte a lo largo de los arenales desiertos, los canales lamían con aguas negras y succionaban las jaulas como las mujeres viejas succionan sus encías vacías.

Llegué corriendo, la cabeza gacha para protegerme de la lluvia que de pronto aclaró y escampó. La luna se asomó por una grieta de oscuridad, como un gran ojo que me observaba. Yo caminaba sobre espejos que mostraban la misma luna y las mismas nubes. Caminaba por el cielo de debajo cuando... algo ocurrió...

Desde algún lugar, a una o dos manzanas de distancia, una ola de agua salina vino rodando, negra y suave, entre las orillas del canal. En algún lugar se había roto un banco de arena, y el mar había entrado. Y aquí venían las aguas oscuras. La marea llegó hasta un pequeño puente en el preciso momento en que yo llegaba al centro.

El agua siseaba alrededor de las viejas jaulas de los leones.

Me apresuré y me sujeté de la barandilla del puente.

Porque en una jaula, justo debajo de mí, una tenue fosforescencia golpeó el interior de los barrotes.

Una mano hacía señales desde dentro de la jaula.

Algún viejo domador de leones se había quedado dormido, acababa de despertar,

y descubriría que estaba atrapado en un sitio extraño.

Un brazo se extendió lánguidamente en la jaula, detrás de los barrotes. El domador de leones terminaba de despertarse.

La marea descendió y subió otra vez.

Y un fantasma se apretaba contra los barrotes.

Inclinado sobre la barandilla, yo no podía creerlo.

Pero ahora el espíritu-luz cobraba forma. No sólo una mano, un brazo; todo un cuerpo se combaba y gesticulaba flojamente, como una enorme marioneta, atrapada en hierro.

Un rostro pálido, con ojos vacíos iluminados por la luna y que no mostraban nada más, flotaba allí como una máscara de plata.

Luego la marea se replegó y descendió. El cuerpo desapareció.

En algún lugar de mi mente, el enorme tren tomaba una curva de rieles oxidados. Los frenos chirriaban, el tren chispeaba, chillaba hasta detenerse, mientras en alguna parte un hombre invisible traqueteaba aquellas palabras con cada carrera, salto, acometida.

—La muerte... es un asunto... solitario.

No.

La marea volvió a subir con un gesto, como un fantasma evocado en alguna otra noche.

Y la forma fantasmal volvió a elevarse en la jaula.

Era un muerto que pugnaba por salir.

De pronto se oyó un aullido terrible.

Supe que había sido yo cuando una docena de luces se encendieron en las pequeñas casas a lo largo del canal oscuro.

**V**amos, apártense, apártense!

Llegaban más coches, más policías; se encendían más luces; salía más gente en bata, aturdida por el sueño, y se acercaba a mí, aturdido por algo más que por el sueño. Parecíamos una turba de miserables payasos abandonados en el puente, contemplando nuestro circo inundado.

Yo temblaba, los ojos clavados en la jaula, preguntándome por qué no me había vuelto a mirar. Por qué no había mirado a ese hombre que sabía todo acerca de ese otro hombre del carromato.

Dios mío, pensé, ¿y si el hombre del tren había metido al muerto en esa jaula?

¿Pruebas? Ninguna. Todo lo que yo tenía eran seis palabras repetidas en un tren nocturno, una hora después de medianoche. Todo lo que yo tenía era la lluvia que goteaba en los cables aéreos repitiendo esas palabras. Todo lo que yo tenía era la manera en que el agua fina venía como la muerte a lo largo del canal y bañaba las jaulas y retrocedía más fría aún.

Otros extraños payasos salían de las viejas casas.

—Muy bien, amigos, son las tres de la mañana. ¡Dispérsense!

Había comenzado a llover otra vez, y los policías me habían mirado al llegar, como diciendo: «¿Por qué no se mete en sus asuntos?» o «¿Por qué no esperó hasta la mañana para hacer una llamada anónima?».

Uno de los policías estaba de pie en la orilla del canal, en traje de baño negro, mirando el agua con desagrado. Tenía la piel blanca por no haber estado al sol durante largo tiempo. Observaba cómo la marea entraba en la jaula y hacía subir al hombre que allí dormía, y hacía señas. Un rostro asomó detrás de los barrotes. El rostro parecía tan alejado de todo que era triste. Sentí un terrible desgarramiento en el pecho. Tuve que retroceder, porque oí que una primera tos de angustia me temblaba en mi garganta.

Luego la carne blanca del policía cortó el agua. Se sumergió.

Pensé que también se había ahogado. La lluvia caía sobre la superficie aceitosa del canal.

Entonces apareció el oficial, dentro de la jaula, la cara contra los barrotes, jadeando.

Me sobresalté porque pensé que era el muerto el que había llegado hasta allí en busca de un último aliento de vida.

Minutos más tarde vi al nadador que se debatía por salir del otro extremo de la jaula, arrastrando una larga forma fantasmal como un gallardete funerario de pálidas algas marinas.

Alguien estaba llorando. ¡Dios mío, pensé, no puedo ser yo!

El cuerpo estaba ahora en la orilla, y el nadador se secaba con una toalla. Las luces de los coches de patrulla brillaban con intermitencia. Tres policías con linternas se inclinaron sobre el cuerpo, hablando en voz baja.

—Diría que unas veinticuatro horas.

—¿Dónde está el forense?

—El teléfono está descolgado. Tom fue a buscarlo.

—¿Cartera? ¿Papeles?

—No lleva nada. Probablemente un tipo de paso.

Comenzaron a darle vuelta los bolsillos.

—No, no es un tipo de paso —dije, y me callé.

Uno de los policías se volvió para iluminarme la cara con la linterna. Con gran curiosidad me examinó los ojos, y escuchó los sonidos sepultados en mi garganta.

—¿Lo conoces?

—No.

—Entonces, ¿por qué...?

—¿Por qué me siento mal? Porque está muerto, para siempre. Y yo lo encontré. Mi mente dio un salto.

Años atrás, un día de verano más luminoso doblé una esquina y me topé con un

hombre tendido debajo de un coche. El conductor estaba saltando del coche para acercarse al cuerpo. Avancé unos pasos, y me detuve.

Había algo rosado en la acera junto a mi zapato.

Recordé haberlo visto en una cuba del laboratorio de la escuela. Un solitario pedazo de tejido cerebral.

Una mujer que pasaba, una desconocida, se detuvo largo rato mirando el cuerpo bajo el coche. Luego hizo algo impulsivo que ni ella misma hubiese podido anticipar. Se agachó lentamente para arrodillarse junto al cuerpo. Le palmoteo el hombro, lo tocó otra vez como diciendo, vamos, vamos, oh, oh, vamos, vamos.

—¿Lo mataron? —me oí preguntar.

El policía se volvió. —¿Por qué lo dices?

—¿Cómo se explica, quiero decir, cómo se explica que haya llegado a esa jaula bajo el agua... si nadie... lo metió allí?

La linterna se encendió nuevamente y la luz me rozó la cara, como la mano de un médico en busca de síntomas.

—¿Eres tú el que llamó?

—No —me estremecí—. Yo fui el que gritó e hizo que se encendieran todas las luces.

—Eh —susurró alguien.

Un detective con ropas de paisano, calvo y de baja estatura, se arrodilló junto al cuerpo y volvió del revés los bolsillos del abrigo. De ellos cayeron bolas y grumos de algo que parecía unos húmedos copos de nieve, papel maché.

—¿Qué diablos es eso? —dijo alguien.

Yo lo sé, pensé, pero no lo dije.

Me temblaba la mano cuando me agaché junto al detective hacia el montón de papel mojado. El hombre estaba sacando la misma basura de los otros bolsillos. Guardé un poco de papel en la palma, y mientras me levantaba, lo guardé en un bolsillo, justo cuando el detective alzaba los ojos.

—Estás empapado —dijo—. Déjale el nombre y la dirección a ese oficial, y vete a casa. Sécate.

Comenzaba a llover otra vez y yo estaba temblando. Me volví, le di mi nombre y dirección al oficial, y corrí hacia mi apartamento.

No había corrido más de una manzana cuando se acercó un coche y la portezuela se abrió. El detective bajo y calvo me miraba parpadeando.

—Santo Dios, tienes muy mal aspecto —dijo.

—Alguien me dijo lo mismo, hace apenas media hora.

—Entra.

—Vivo a una manzana...

—¡Entra!

Subí, estremeciéndome, y me llevó dos manzanas hasta mi mohosa caja de cartón de treinta dólares mensuales. Estuve a punto de caerme al bajar, tanto me habían

debilitado los temblores.

—Crumley —dijo el detective—. Elmo Crumley. Llámame cuando descubras qué es ese pedazo de papel que te metiste en el bolsillo.

Me sobresalté. Me sentía culpable. Mi mano se metió en ese bolsillo. Asentí. —Claro.

—Y deja de preocuparte y de parecer enfermo —dijo Crumley—. No era nadie... —Se interrumpió, avergonzado de lo que había dicho, y agachó la cabeza para volver a empezar.

—En cambio, yo tengo la impresión de que era *alguien* —dije—. Si llego a recordarlo, lo llamaré.

Me quedé donde estaba. Temía que justo detrás de mí me estuviesen aguardando cosas más terribles. Cuando abriera la puerta de mi apartamento, ¿las aguas negras del canal caerían sobre mí?

—¡Anímate! —y Elmo Crumley cerró la portezuela.

El coche era dos puntos de luz roja y se alejaba en un aguacero que me obligaba a cerrar los ojos.

Miré la cabina telefónica de la gasolinera que yo utilizaba como despacho para telefonar a los editores, que nunca devolvían las llamadas. Metí las manos en los bolsillos en busca de monedas, pensando: llamaré a Ciudad de México, despertaré a Peg, le pediré que pague la llamada, le contaré lo de la jaula, el hombre, y... —Dios — ¡le daré un susto de muerte! Escucha al detective, pensé. Anímate.

Ahora temblaba con tanta violencia que no conseguía meter la maldita llave en la cerradura. La lluvia me siguió adentro.

**D**entro, aguardándome, había: Un estudio vacío de seis por seis con un sofá arruinado, una estantería con catorce libros y mucho espacio libre, una butaca comprada en unas rebajas de la Goodwill Industries, un escritorio de pino sin barnizar de Sears Roebuck con una máquina de escribir encima, una Underwood común de 1934, falta de aceite, grande como una pianola y ruidosa como un par de zuecos de madera sobre un piso desnudo.

En la máquina de escribir había una previsora hoja de papel. A un lado, en una caja de madera, estaba mi producción literaria, toda en una sola pila. Había ejemplares de *Dime Detective*, *Detective Tales* y *Black Mask*, que me habían pagado treinta o cuarenta dólares por historia. En el otro lado había otra caja de madera, esperando a que la llenaran con hojas manuscritas. Contenía una sola hoja de un libro que se resistía a empezar.

Novela sin título.

Debajo, mi nombre. Y la fecha: 1 de julio, 1949.

O sea, tres meses atrás.

Me estremecí; me desvestí, me sequé con una toalla, me puse una bata y volví a

contemplar mi escritorio.

Toqué la máquina de escribir y me pregunté si era una amiga perdida o un hombre o una molesta dueña de casa.

Pocas semanas atrás, en cierto momento había emitido unos sonidos que recordaban vagamente a la Musa. Ahora, me sentaba a menudo ante la condenada máquina como si alguien me hubiese cortado las manos a la altura de las muñecas. Tres o cuatro veces al día me sentaba allí, torturado por impulsos literarios. No se me ocurría nada. U ocurría algo que terminaba en el suelo en ovillos de pelo que yo barría cada noche. Estaba atravesando ese vasto desierto conocido como Período de Sequía, Arizona.

Tenía mucho que ver con el hecho de que Peg estuviese tan lejos, entre todas esas momias de catacumba en México, y con mi soledad, y con la falta de sol en Venice desde hacía tres meses: sólo bruma y luego neblina y luego lluvia y luego neblina y otra vez bruma. Me envolvía en algodón frío cada medianoche y me desenvolvía al alba convertido en hongo de pies a cabeza. La almohada amanecía húmeda, pero yo no sabía qué había soñado para salarla de esa manera.

Miré por la ventana ese teléfono al que estaba atento todo el día, y que nunca sonaba para ofrecerme la compra de mi espléndida novela si conseguía terminarla el año pasado.

Vi cómo mis dedos se movían con torpeza sobre las teclas de la máquina de escribir. Pensé que se parecían a las manos del muerto de la jaula, suspendidas en el agua y moviéndose como anémonas marinas, o a las manos invisibles del hombre que se sentó detrás de mí en el tren, esa noche.

Los dos hombres habían gesticulado.

Lenta, lentamente me senté.

Algo latió con fuerza dentro de mi pecho, como alguien que choca contra los barrotes de una jaula.

Alguien me echó el aliento sobre la nuca.

Tenía que sacármelos de encima, a los dos. Tenía que hacer algo para tranquilizarlos y poder dormir.

Un sonido me salió de la garganta como si estuviese a punto de vomitar. Pero no vomité.

En cambio mis dedos empezaron a escribir, cubriendo de x la novela sin título hasta que desapareció.

Luego bajé una línea y vi cómo estas palabras empezaban a aparecer bruscamente en la página:

La muerte y luego es un y luego asunto y, al fin, solitario.

El título me dejó haciendo muecas, tomé aliento, y escribí sin interrupción durante una hora, hasta que el tren de tormenta y relámpagos se alejó bajo la lluvia y la jaula de leones se llenó de negra agua de mar que desbordó y liberó al muerto...

Bajando por los brazos, a lo largo de mis manos y de las frías yemas de los dedos

a la página.

La oscuridad llegó como una inundación.

Reí, contento de que hubiera llegado.

Y me desplomé sobre la cama.

**M**ientras trataba de dormir, empecé a estornudar y estornudar, y me quedé miserablemente tendido, consumiendo una caja de Kleenex, sintiendo que el frío no se iría nunca.

Durante la noche, la bruma se hizo más espesa, en algún lugar lejano de la bahía algo se hundió y se perdió, una sirena sonaba una y otra vez. Sonaba como una gran bestia marina muerta tiempo atrás, y que ahora iba hacia su propia tumba, lejos de la costa, lamentándose en el camino, sin nadie que la compadeciera o la siguiera.

Durante la noche una corriente de aire sacudió la ventana de mi apartamento y movió sobre la mesa las hojas mecanografiadas de mi novela. Oí que el papel susurraba, como las aguas del canal, como el aliento en mi nuca, y por último me dormí.

Desperté tarde a un sol resplandeciente. Fui estornudando hasta la puerta, que abrí para salir a una explosión de luz diurna tan intensa que tuve ganas de vivir eternamente, y tanto me avergonzó este pensamiento que, como Ahab, quise golpear el sol. En cambio, me vestí rápidamente. Mis ropas de la noche anterior aún estaban húmedas. Me puse unos pantalones cortos de tenis y una chaqueta. Luego volví del revés los bolsillos del abrigo húmedo en busca de la bola de papel maché que pocas horas antes había caído del traje del muerto.

Toqué los pedazos con las uñas, suspirando. Sabía qué eran. Pero aún no estaba preparado para afrontarlo.

No soy bueno para las carreras. Pero corrí...

Lejos del canal, la jaula, la voz que hablaba oscuramente en el tren, lejos de mi habitación, y las páginas que esperaban a ser leídas, y que habían comenzado a decirlo todo, pero que yo aún no quería leer. Sólo corrí a ciegas por la playa hacia el sur.

Al país del Mundo Perdido.

Me detuve al fin a contemplar el desayuno de unas extrañas bestias mecánicas.

Pozos de petróleo. Bombas de petróleo.

Estos grandes pterodáctilos, contaba yo a mis amigos, habían llegado por el aire años atrás, deslizándose a altas horas de la noche para construir sus nidos. Los habitantes de la costa despertaban alarmados y oían los ruidos de succión de unos enormes apetitos. Se sentaban en las camas, desvelados por el chirrido, el rumor, el alboroto de unas formas esqueléticas, el esfuerzo de unas alas encadenadas a la tierra y sin plumas que se elevaban y caían como ráfagas prehistóricas a las tres de la madrugada. Como el tiempo, el olor de las máquinas barría la costa, venido de una

época anterior a las cavernas o a los hombres que se ocultaban en cavernas, un olor de selvas que caían hundiéndose en la tierra y maduraban luego hasta convertirse en petróleo.

Corrí a través de este bosque de brontosaurios, imaginando triceratopos, y el estegosaurio de cerca de púas, pisando almíbares negros, hundiéndose en la brea. Los lamentos reverberaban en la playa, donde la resaca volvía a arrojar unos truenos antediluvianos.

Pasé corriendo entre los pequeños chalés blancos que habían venido luego a anidar entre los monstruos, y entre los canales dragados que reflejaran los cielos claros de 1910, cuando las góndolas blancas navegaban en las corrientes limpias, y en los puentes unas bombillas como luciérnagas prometían futuras caminatas que llegaron como súbitas compañías de ballet, y partieron a toda prisa y no volvieron nunca más después de la guerra. Y las bestias oscuras se contentaron con seguir succionando la arenisca mientras las góndolas se hundían, llevándose consigo los restos de risa de alguna fiesta.

Algunos se quedaron, por supuesto, ocultos en cabañas o encerrados en unas cuantas villas mediterráneas, añadidas por mera ironía arquitectónica.

Me detuve de repente. Dentro de poco tenía que dar media vuelta, encontrar el montón de papel maché, y luego ir a buscar el nombre del dueño, perdido y muerto.

Pero por lo pronto uno de los palacios mediterráneos, de un blanco resplandeciente, como una luna llena posada en la arena, se alzaba frente a mí.

—Constance Rattigan —susurré—. ¿Puede salir y actuar?

Se trataba, en realidad, de una fortaleza morisca de un blanco resplandeciente, que miraba al mar y desafiaba a las olas a que entraran y la derribaran. Tenía minaretes, torrecillas y azulejos celestes y blancos, y se alzaba en precario equilibrio sobre los bancos de arena, a menos de treinta metros del lugar donde las olas curiosas se inclinaban en señal de obediencia, donde las gaviotas descendían en círculo para echar una mirada, y donde me encontraba yo ahora echando raíces.

—Constance Rattigan.

Pero nadie salió.

Solitario y especial en este territorio de lagartos de trueno, este palacio guardaba a aquella especial reina del cine.

Una luz brillaba día y noche en la ventana de una torre. Nunca la había visto apagada. ¿Ella estaba allí ahora?

¡Sí!

Porque la sombra más rápida acababa de cruzar detrás de la ventana; parecía que alguien se hubiese acercado a mirarme y hubiese desaparecido, como una polilla.

Me quedé allí recordando.

Constance Rattigan había pasado un año breve y feliz en la década de los veinte, antes de hundirse rápidamente en las mazmorras en que guardaban las películas. El director, decían los viejos periódicos, la había sorprendido en la cama con el

peluquero de los estudios, y le había cortado los músculos de las piernas con un cuchillo para que jamás volviera a caminar como a él le gustaba que caminase. Luego se había fugado nadando hacia el oeste, hacia China. Nadie volvió a ver a Constance Rattigan. Nadie sabía si podía caminar.

Dios mío, oí que yo murmuraba.

Yo sentía que ella se había aventurado en mi mundo avanzada la noche, y que conocía la misma gente que yo. Había un aire de inminentes encuentros entre nosotros.

Ve, pensé, golpea la aldaba de cobre con cabeza de león en esa puerta frente al mar.

No. Sacudí la cabeza. Tenía miedo de que sólo me respondiera un ectoplasma de película, en blanco y negro.

Tú no quieres encontrarte realmente con tu amor especial, sólo quieres soñar que una noche ella saldrá y caminará, y que las huellas se le borrarán en la arena a medida que el viento la siga, hasta tu casa, donde ella golpeará la ventana y entrará y desbobinará un espectro luminoso en largos arroyos de película proyectadas en el techo.

Constance, querida Rattigan, pensaba yo, ¡sal, corre! ¡Salta a ese gran Duesenberg blanco, radiante y flameante en la arena, pon en marcha el motor, hazme una señal y llévame hacia el sur, hacia Coronado, a la costa soleada!

Nadie encendió ningún motor, nadie me hizo una señal, nadie me llevó hacia el sur y el sol, lejos de esa sirena de niebla que se sepultaba en el mar.

Así que di media vuelta, sorprendido de encontrar agua salada en mis zapatillas de tenis, y volví a la lluvia fría en las jaulas. El mejor escritor del mundo, aunque nadie lo sabía, sólo yo.

**E**n el bolsillo de la chaqueta yo tenía el confeti mojado, la bola de papel maché, cuando entré en el lugar al que sabía que tenía que ir.

Era el sitio en que se reunían los viejos.

Era una pequeña tienda oscura frente a la vía férrea donde se vendían golosinas, cigarrillos, revistas y los billetes para los grandes tranvías rojos que iban desde Los Ángeles hasta el mar.

Dos hermanos manchados de nicotina, que siempre estaban gimoteando y discutiendo como viejas solteras, atendían la tienda que olía a tabaco estacionado. En un banco lateral, ignorando las peleas, como el público de un aburrido partido de tenis, un grupo de ancianos se pasaba las horas y los días, exagerando sus respectivas edades. Uno decía que tenía ochenta y dos. Otro se jactaba de tener noventa. Un tercero declaraba noventa y cuatro. Todo esto cambiaba de semana en semana, cuando todos recordaban mal las mentiras del mes anterior.

Y si uno prestaba atención en el momento en que pasaban los grandes trenes de

hierro, podía oír cómo el óxido se descascaraba en los huesos de los viejos, y les corría como nieve por las venas alumbrándoles brevemente las agonizantes miradas mientras pasaban largas horas entre frase y frase, y trataban de recordar la conversación del mediodía y que tal vez concluyeran a medianoche, cuando los dos hermanos, todavía discutiendo, cerraban el negocio y se iban gimoteando a sus camas de solteros.

Nadie sabía dónde vivían los viejos. Todas las noches, después de que los hermanos desaparecieran refunfuñando en la oscuridad, los viejos se dispersaban como flores de cardo, arrastrados a los cuatro confines por la brisa marina.

Penetré en la eterna penumbra del lugar y me detuve a mirar el banco donde los viejos estaban sentados desde el alba de los tiempos.

Había un lugar vacío entre ellos. Donde siempre hubo cuatro, ahora sólo había tres, y mirándoles las caras uno podía suponer que algo marchaba mal.

Les miré los pies, que no sólo tenían restos de ceniza de cigarro alrededor, sino también una nieve delicada de extraños residuos de papel perforado, el confeti de cientos de billetes de tren, de distintas formas: L, X y M.

Saqué la mano del bolsillo y comparé la ahora casi seca masa pastosa con la nieve del suelo. Me agaché y cogí un poco que dejé filtrar entre los dedos, un alfabeto cayendo en el aire.

Miré el lugar vacío en el banco.

—¿Dónde está el vie...? —me interrumpí.

Porque los viejos me miraban como si hubiese matado a tiros el silencio. Además, decían sus miradas, no estaba apropiadamente vestido para un funeral.

Uno de los mayores encendió la pipa, y murmuró al fin echando una bocanada: —Ya vendrá. *Siempre* viene.

Pero los otros dos se movieron, incómodos, los rostros ensombrecidos.

—¿Dónde vive? —me atreví a preguntar.

El viejo dejó de echar bocanadas de humo.

—¿Quién quiere saberlo?

—Yo —dije—. Ustedes me conocen. Hace años que vengo aquí.

Los viejos se miraron, nerviosos.

—Es urgente —dije.

El viejo se movió otra vez.

—Los canarios —murmuró el mayor.

—¿Cómo?

—La mujer de los canarios. —Se le había apagado la pipa. La volvió a encender, la mirada preocupada.— Pero no lo moleste. Está bien. No está enfermo. Ya vendrá.

Estaba protestando demasiado, y los otros dos viejos se retorcieron lenta, secretamente.

—¿Se llama...? —pregunté.

Fue un error. ¡No saber cómo se llamaba! Por Dios, ¡*todo el mundo* lo sabía! Los

viejos me miraron.

Me sonrojé y retrocedí.

—La señora de los canarios —dije, y salí corriendo por la puerta para ser casi arrollado por un tren de corto recorrido que pasaba a diez metros de la puerta de la tienda.

—¡Imbécil! —gritó el maquinista, asomando la cabeza y agitando el puño.

—¡La señora de los canarios! —grité, estúpidamente, sacudiendo *mi* puño para mostrar que estaba con vida.

Y, tropezando, corrí a buscarla.

Conocía su dirección por el cartel en la ventana.

se venden canarios.

En Venice abundaban y abundan los rincones perdidos en los que la gente pone en venta los gastados restos de alma que todavía conservan, pero esperando que nadie los compre.

Difícilmente se encuentra una vieja casa de cortinas sucias que no ostente un cartel en la ventana.

*Nash 1927. Razonable. Patio trasero.*

*Cama de cobre. Casi sin uso. Barata. Primera planta.*

Caminando, uno se pregunta en qué lado ha sido utilizada, cuánto tiempo ha sido utilizada por ambos lados, y cuánto tiempo hace que no es utilizada, ¿veinte, treinta años?

O bien violines, guitarras, mandolinas.

Y en la ventana instrumentos antiguos, encordados no con alambre o tripa de gato sino con telarañas, y adentro un anciano inclinado sobre un banco de trabajo, tallando madera, la cabeza siempre apartada de la luz, las manos en movimiento; un sobrante del año en que las góndolas encallaron en los patios traseros y se convirtieron en potes para flores.

¿Cuánto tiempo hacía que no vendía un violín o una guitarra?

Tocas la puerta, la ventana. El viejo continúa aserrando y lijando, con la cabeza y la espalda temblorosas. ¿Se ríe porque tocas y él finge no oír?

Pasas junto a una ventana con un último cartel.

*Habitación con vista.*

La habitación da al mar. Pero nadie ha subido allí desde hace diez años. Podría incluso no haber mar.

Doblé una última esquina y encontré lo que buscaba.

Colgaba de la ventana bronceada por el sol. Las frágiles letras dibujadas con lápiz

de grafito y arruinadas por la intemperie estaban tan pálidas como un zumo de limón que se ha consumido, que se ha borrado, Dios mío, ¡al menos cincuenta años atrás!

*Se venden canarios.*

Sí, medio siglo atrás alguien había lamido la punta de un lápiz, había escrito el letrero, y lo había colgado para que envejeciera, sujeto a la pared con papel atrapamoscas; y luego había subido a beber el té en habitaciones donde el polvo barnizaba las barandillas con una sustancia pegajosa, y velaba la luz de las lámparas, que brillaban con un aire oriental. Los almohadones eran bolas deshilachadas, y las sombras colgaban en los armarios vacíos.

*Se venden canarios.*

No llamé a la puerta. Años atrás, empujado por una estúpida curiosidad, lo había intentado, y en seguida me pareció una locura y escapé.

Moví el viejo picaporte. La puerta cedió. La planta baja estaba vacía. No había muebles en ninguna de las habitaciones. Grité bajo el sol polvoriento.

—¿Hay alguien en casa?

Me pareció oír un susurro en el desván:

—... nadie.

Había moscas muertas en las ventanas. Unas cuantas polillas del verano de 1929 acumulaban polvo en las alas, en las telas de alambre.

En algún lugar del interior, en la torre donde la vieja y calva Rapunzel se había perdido, una única pluma cayó y rozó el aire:

Un ratón suspiró en el desván oscuro:

—... entre.

Empujé la puerta un poco más. Se abrió con un chirrido estrepitoso. Tuve la impresión de que habían omitido engrasarla, para que los goznes oxidados delataran a quien entrase sin avisar.

Una polilla chocó contra una lámpara quemada en el pasillo de arriba.

—... aquí arriba...

Subí hacia un crepúsculo en pleno mediodía, pasando junto a espejos vueltos hacia la pared. Ningún espejo podía verme entrar. Ninguno me vería marchar.

—¿... Sí? —un susurro.

Vacilé frente a la puerta, al final de la escalera. Quizás esperaba mirar y ver un canario gigante, extendido sobre una alfombra de polvo, incapaz de cantar, y cuyo único lenguaje era un murmullo en el corazón.

Entré.

Oí un resuello.

En medio de una habitación vacía había una cama, y en ella una vieja yacía con los ojos cerrados, respirando débilmente por la boca.

—Un arqueópterix —pensé.

Lo pensé. Realmente lo pensé.

Había visto esos huesos en un museo, las frágiles alas de reptil de aquel pájaro olvidado y extinto, una forma grabada en arenisca, que podría haber sido obra de algún sacerdote egipcio.

Aquella cama, y su contenido, era como el légamo de un río de poca agua. Tejido sobre esta corriente serena había ahora un inextricable revoltijo de restos y huesos delgados.

Yacía estirada con tanta delicadeza que yo no podía creer que fuese una criatura viviente; parecía un fósil que el paso de la eternidad no había perturbado.

—¿Sí? —La minúscula cabeza amarillenta que asomaba por encima del cubrecama abrió los ojos. Ínfimos fragmentos de luz me miraron titilando.

—¿Los canarios? —me oí decir—. ¿El cartel de la ventana? ¿Los pájaros?

—Oh... —suspiró la anciana—, Dios mío.

Lo había olvidado. Quizá no había estado en la planta baja desde hacía años. Y en los últimos mil días yo era quizás el primero en subir.

—Oh —murmuró—, eso fue hace mucho. Los canarios. Sí. Tenía algunos hermosos.

—1920 —el murmullo otra vez—, 1930..., 1931... —La voz se apagó. Los años se detenían allí.

Justo la otra mañana. Justo la otra tarde.

—Solían cantar, mis amores, cómo cantaban. Pero nadie vino nunca a comprar. ¿Por qué? Nunca vendí ni *uno*.

Eché un vistazo alrededor. Había una jaula de pájaros en el rincón norte de la habitación, y otras dos medio ocultas en un armario.

—Lo siento —murmuró—. Parece que he olvidado quitar el letrero de la ventana...

Fui hacia las pajareras. Mi presentimiento era correcto.

En el fondo de la primera jaula vi un papiro de *Los Ángeles Times* del 25 de diciembre de 1926.

### *Hirohito asciende al trono.*

Esta tarde, el joven monarca de veintisiete años...

Pasé a la siguiente jaula y parpadeé. Algunos recuerdos de mi época escolar me inundaron con sus temores.

### *Addis-abeba bombardeada.*

*Mussolini proclama victoria.*

*Haile Selassie protesta...*

Cerré los ojos y volví de aquel año perdido. Hacía tiempo que las plumas habían dejado de susurrar y los trinos habían cesado. Me acerqué a la cama y a los restos arrugados que allí yacían. Me oí preguntar:

—¿Escuchó alguna vez el *Rocky Mountain Canary Seed Hour* de los domingos por la mañana?

—¡Con un organista que tocaba y un estudio lleno de canarios que cantaban *a corol* —exclamó la anciana con un deleite que le rejuveneció la carne y le alzó la cabeza. Los ojos le titilaron como fragmentos de vidrio—. *When It's Springtime in the Rockies!*

—Sweet Sue. My Blue Heaven —*dije*.

—Oh, ¿no eran *maravillosos* los pájaros?

—Maravillosos. —Entonces tenía nueve años e intentaba comprender cómo diablos hacían los pájaros para seguir tan bien el compás de la música.— Una vez le dije a mi madre que seguramente había una partitura delante de cada jaula.

—Tú pareces ser un chico sensible. —La anciana dejó caer la cabeza, exhausta, y cerró los ojos.— Ya no los hacen así.

Nunca los hicieron, pensé.

—Pero —susurró—, ¿no vino *en verdad por* lo de los canarios...?

—No —admití—. Vine por el anciano al que usted alquila...

—*Está* muerto.

Antes de que yo pudiese hablar, la anciana continuó, con calma: —No lo he oído en la cocina de abajo desde ayer por la mañana. Anoche, me lo dijo el silencio. Cuando usted abrió la puerta de abajo ahora mismo, supe que era alguien que venía a darme la mala noticia.

—Lo siento.

—No lo sienta. No lo veía nunca, salvo en Navidad. La señora que vive al lado cuida de mí, viene y me arregla dos veces al día, y me hace la comida. Así que se ha muerto, ¿no? ¿Lo conocía bien? ¿Habrà un funeral? Allí en la cómoda hay cincuenta centavos. Cómprele un pequeño ramillete.

No había dinero en la cómoda. No había cómoda. Fingí que la había y me metí en el bolsillo un dinero inexistente.

—Vuelva en seis meses —susurró—. Me sentiré mejor, entonces. Y estarán en venta los canarios, y... ¿no deja de mirar la *puertal* ¿Tiene que marcharse?

—Sí —*dije*, sintiéndome culpable—. Si me permite..., la puerta de la calle no está cerrada.

—Bah, ¿qué podrían querer de una vieja cosa como yo? —Alzó la cabeza por última vez.

Le brillaron los ojos. Tenía el rostro dolorido por algo que latía detrás de la carne

y pugnaba por salir.

—Nadie entrará jamás a esta casa, nadie subirá esas escaleras —gimió.

La voz de la anciana se debilitó como una estación de radio detrás de las colinas. Lentamente se iba apagando, al tiempo que cerraba los ojos.

Dios mío, pensé, ¡quiere que suba alguien y le haga un espantoso favor!

No seré yo, pensé.

Súbitamente abrió los ojos de par en par. ¿Lo había dicho en voz alta?

—No —dijo, mirándome intensamente a la cara—. Tú no eres él.

—¿Quién?

—El que está detrás de mi puerta. Todas las noches —suspiró—. Pero no entra nunca. ¿Por qué no entra?

Se detuvo como un reloj. Aún respiraba, pero esperaba a que me marchase.

Miré por encima del hombro.

El viento movía el polvo en la entrada como una neblina, como alguien que espera. La cosa, el hombre, lo que fuese, que venía cada noche y se apostaba en el pasillo.

Yo estaba en medio.

—Adiós —dije.

Silencio.

Debía quedarme, tomar el té, la cena, el desayuno con ella. Pero no se puede proteger a toda la gente, en todos lados y a todas horas, ¿verdad?

Esperé en la puerta.

Adiós.

¿Lo había gemido en su sueño de vieja? Sólo supe que su aliento me empujó a la calle.

Al bajar advertí que aún no sabía el nombre del viejo que se había ahogado en una jaula de leones, y que había tenido en los bolsillos un puñado de confeti de billetes de tren.

Encontré su habitación. Pero eso no servía de nada.

El nombre no estaría allí, lo mismo que él.

**L**as cosas marchan siempre bien, al principio. Pero la historia de las criaturas humanas, de las pequeñas ciudades o las grandes metrópolis, ¡qué pocas veces termina bien!

Luego, las cosas se deshacen. Se ablandan. Se estropean. El tiempo se disloca. La leche se agria. Por la noche, los cables de los postes telegráficos cuentan historias sórdidas en la bruma rutilante. En los canales una espuma grasienta cubre las aguas. Los pedernales, golpeados, no echan chispas. Las mujeres, tocadas, no dan calor.

El verano se acaba de pronto.

En tus huesos ocultos nieva el invierno.

Entonces es el tiempo de la pared.

Es decir, la pared de un cuarto pequeño donde las trepidaciones de los grandes trenes rojos pasan como pesadillas que te devuelven a tu cama de hierro helado, en el sótano tembloroso de los Apartamentos No Tan Regios De Los Canarios Perdidos, donde el número se ha desprendido del pórtico y el letrero en la esquina de la calle apunta al este y no al norte, de modo que si alguien viniese a verte alguna vez, se perdería para siempre en una calle equivocada.

Pero mientras tanto ahí está esa pared junto a tu cama, esa pared que puedes descifrar con ojos lagrimosos, o hacia la que puedes tender la mano sin tocarla nunca, demasiado profunda, demasiado vacía, y demasiado distante.

Sabía que una vez que encontrara la habitación del viejo, encontraría esa pared.

Y así fue.

**L**a puerta, como todas las puertas de la casa, no estaba cerrada con llave, esperando a que entrara el viento, la niebla o algún pálido extraño.

Entré yo. Vacilé. Quizás esperaba encontrar la radiografía del viejo extendida allí, en el catre vacío. El cuarto, como el de la señora de los canarios, arriba, recordaba el final de una venta de rebajas... a diez o quince centavos. Todo había desaparecido.

Ni siquiera había un cepillo de dientes en el suelo, o un jabón, o un trapo. El viejo debía de haberse bañado en el mar una vez al día, limpiarse los dientes con algas todas las noches, lavarse la única camisa en las mareas saladas, y echarse en las dunas mientras la camisa se secaba, siempre y cuando hubiera sol.

Avancé como un submarinista de aguas profundas. Cuando sabes que alguien está muerto, el aire abandonado retiene todos tus movimientos, incluso tu respiración.

Me quedé sin aliento.

Me había equivocado.

Porque el nombre estaba allí, en la pared. Casi me caí, cuando me incliné para mirar mejor.

Una y otra vez, el nombre se repetía, raspado en el yeso, sobre el otro extremo de la cama. Una y otra vez, como por temor a la senilidad o al olvido, como por miedo a despertarse una mañana y encontrarse sin nombre; una y otra vez lo había arañado con una uña manchada de nicotina.

*William. Y luego Willie. Y luego Will. Y, debajo de los tres, Bill.*

Otra vez y otra vez y otra vez.

Smith. Smith. Smith. Smith.

Y, debajo, *William Smith.*

Smith, W.

La tabla de multiplicación se enfocaba y desenfocaba mientras yo la miraba fijamente, porque representaba todas las noches que yo había temido ver, más allá, en la tenebrosa era de *mi* futuro. Yo, en 1999, solo, y mi uña haciendo ruidos de ratón

sobre el yeso.

—Dios mío —murmuré—. ¡Espera!

El camastro gemía como un gato molestado en pleno sueño. Apoyé todo mi peso y exploré el yeso con las huellas digitales. Allí había más palabras. ¿Un mensaje, una indicación, un indicio?

Recordé un ejercicio de magia de la infancia: pedías a tus amigos que escribieran algo en un bloc de notas, y que arrancaran la página escrita. Después salías de la habitación con el bloc y pasabas levemente un lápiz por las hendiduras ocultas que habían quedado en las páginas en blanco, y regresabas recitando el texto.

Ahora hice lo mismo. Encontré mi lápiz y pasé suavemente la punta plana sobre la superficie de la pared. Los rasguños se hicieron evidentes como por arte de magia: aquí una boca, allí un ojo; formas, siluetas, fragmentos de la duermevela de un viejo:

Cuatro de la mañana y no hay forma de dormir.

Y, debajo, un ruego fantasmal:

Dios mío, por favor..., ¡dormir!

Un grito de desesperación matinal:

¡Señor!

Después, al fin, me agaché y las rodillas me crujieron. Porque allí decía:

Está otra vez en el pasillo.

Pero ése era yo, pensé, en el cuarto de la anciana, hacía cinco minutos, arriba. Era yo, fuera de este cuarto vacío, hace un momento. Y...

La noche anterior. Bajo la lluvia oscura, en el tranvía. Y en el gran tranvía, que corcoveaba en las curvas, los tablones de madera crujían y los cobres deslustrados temblaban mientras alguien a quien no había visto se balanceaba en el pasillo, detrás de mí, y gemía sobre el trayecto fúnebre del tren.

Está otra vez en el pasillo.

Estaba de pie en el pasillo.

No, no. ¡Era demasiado!

¿Era un delito permanecer de pie, gimiendo, en el pasillo de un tranvía, o quedarse aquí en el corredor, simplemente mirando una puerta, y avisando que estabas ahí, tan sólo con el silencio, a una anciana?

Sí, pero, ¿y si una noche alguien *entrara* en el cuarto?

¿Y si traía con él ese asunto solitario?

Observé las inscripciones, tenues y borrosas como el cartel «se venden canarios» de la ventana. Retrocedí, apartándome de aquella terrible frase de desesperanza y soledad.

Afuera en el pasillo, olí un momento el aire, tratando de adivinar si otro hombre había estado allí durante el último mes, los huesos visibles tras la piel de la cara.

Quería precipitarme a la primera planta y gritar sacudiendo las jaulas vacías: «Si ese tipo vuelve, por Dios, ¡llámeme!».

¿Pero cómo? Cerca de mí había un teléfono descompuesto sobre una pila de

Páginas Amarillas del año 1933.

¡Entonces grite desde la ventana!

¿Pero quién oiría el sonido de su voz, que parecía una llave vieja girando en una cerradura oxidada?

Vendré a montar guardia, me dije. ¿Por qué?

Porque la difunta momia del fondo de los mares, esa anciana de viejos otoños que yacía envuelta en bandas funerarias, rezaba para que un viento frío soplara escaleras arriba.

¡Cierre todas las puertas con llave!, pensé.

Pero cuando intenté cerrar la puerta principal, fracasé.

Y podía oír el viento frío que seguía susurrando en el interior.

**C**orrí un trecho y luego aminoré la marcha y me detuve, a medio camino hacia la comisaría.

Porque los canarios muertos habían comenzado a sacudir las alas secas justo detrás de mí.

Querían salir. Sólo yo podía salvarlos.

Y porque yo sentía, a mi alrededor, las aguas apacibles que remontaban el delta del Nilo y se vertían anegando a la antigua Nikotris, la hija dos veces milenaria del Faraón.

Sólo yo podía impedir que el Nilo oscuro la arrastrara río abajo, hacia las arenas.

Corrí a mi máquina de escribir Underwood Standard.

Escribí y salvé a los pájaros, escribí y salvé los viejos huesos secos.

Sintiéndome culpable pero victorioso, victorioso pero culpable, los saqué de allí y los extendí sobre la arenisca en el fondo del río, esa jaula de pájaros que era la caja de mi novela, donde sólo cantaban cuando descifrabas las frases, y sólo susurraban cuando pasabas las páginas.

Enseguida, salvador inflamado, me alejé de allí.

**M**e encaminé a la comisaría animado por grandiosas ilusiones, ideas delirantes, pistas inauditas, enigmas posibles, soluciones evidentes.

Al llegar me sentía el más hábil de los acróbatas en el trapecio más alto suspendido del globo más grande.

No había advertido que el teniente detective Elmo Crumley estaba armado de largas agujas y un rifle de aire comprimido.

Salía por el portal de la comisaría cuando yo llegaba. Algo en mi expresión le advirtió quizá que yo estaba a punto de desahogar sobre él todas mis ideas, divagaciones, reflexiones y pistas. Hizo un ademán prematuro de limpiarse la cara, casi intentó volver a entrar torciendo la cabeza, y avanzó con cautela calle abajo

como si se acercara a una mina.

—¿Qué estás *haciendo* aquí?

—¿No se supone que los ciudadanos tienen que presentarse cuando pueden resolver un caso de asesinato?

—¿Dónde ves un asesinato? —Crumley echó un vistazo al paisaje y, efectivamente, no había ninguno a la vista.— ¿Qué más?

—¿No quiere oír lo que tengo que decir?

—Ya lo oí todo. —Crumley pasó rozándome y fue hacia su coche, en la curva de la calle.— Cada vez que alguien muere en Venice de paro cardíaco o se rompe la crisma al enredarse con los cordones de sus zapatos, aparece alguien al día siguiente para contarme la historia de cómo resolver el caso del paro cardíaco, o de cómo volver a anudar los cordones. Tú tienes cara de andar preocupado por cordones y ataques al corazón, y yo anoche no he dormido.

Continuó caminando y yo lo seguí a la carrera, porque avanzaba al ritmo de Harry Truman: ciento veinte pasos por minuto.

Oyó que me acercaba y exclamó por encima del hombro: —Te voy a decir una cosa, pequeño papá Hemingway...

—¿Sabe *cómo* me gano la vida?

—Todo el mundo en Venice lo sabe. Cada vez que publicas alguna cosa en *Dime Detective* o *Flynn's Detective*, toda la ciudad te oye chillar en la estantería de periódicos de la tienda de ultramarinos, señalando las revistas.

—Oh —dije, perdiendo el poco aire caliente que quedaba en mi globo de circo. Abrumado, permanecí de pie al otro lado del coche de Crumley, mordiéndome el labio inferior.

Crumley lo advirtió y mostró un aire de culpabilidad paternal.

—Por Dios —suspiró.

—¿Qué?

—¿Sabes qué me saca de quicio en los detectives aficionados? —preguntó.

—No soy un detective aficionado, ¡soy un escritor profesional, con grandes antenas que funcionan!

—Un saltamontes que sabe escribir a máquina —dijo Crumley, que esperaba que yo dejara de hacer muecas—, Pero si hubieses recorrido Venice, la morgue y mi despacho tantos años como yo, sabrías que cualquier vagabundo que anda por ahí, o cualquier borracho que se tambalea, está repleto de teorías, pruebas y revelaciones suficientes como para llenar una Biblia y hundir un barco de fieles bautistas en una excursión de domingo. Si atendiéramos a todos los predicadores delirantes que vienen a vernos, la mitad del mundo estaría bajo sospecha, un tercio bajo arresto, y el resto asado o colgado. Siendo así, por qué habría de escuchar a un joven escritor que ni siquiera ha *comenzado* a hacerse un nombre en la historia de la literatura... — nueva mueca de mi parte, nueva espera de la suya—, que piensa, sólo porque encontró un ahogado accidental en una jaula de leones, que se ha topado con *Crimen*

y castigo, y se cree el hijo de Raskolnikov. Fin del discurso. Responde.

—¿Conoce a *Raskolnikov*? —dije, asombrado.

—Casi desde antes que nacieras, pero no me sirve de mucho. Defiende tu caso.

—Soy un escritor, de los sentimientos sé más que usted.

—Una mierda. Yo soy detective, de los hechos sé más que tú. ¿Temes que un hecho te confunda?

—Yo...

—Dime una cosa, muchacho. ¿Alguna vez te ha *ocurrido* algo en la vida?

—¿Algo?

—Sí, cualquier cosa. Grande, mediana, pequeña. Cualquier cosa. Como una enfermedad, una violación, una muerte, una guerra, una revolución, un asesinato.

—Mis padres murieron...

—¿Apaciblemente?

—Sí. Pero una vez a un tío lo mataron durante un atraco...

—¿Viste cuando le dispararon?

—No, pero...

—Bueno, eso no cuenta, a menos que lo *veas*. Quiero decir, ¿alguna vez antes has encontrado algo como un hombre en una jaula de leones?

—No —dije al fin.

—Bueno, ahí lo tienes. Aún estás conmocionado. No sabes qué es la vida. Yo nací y crecí en la morgue. Éste es tu primer contacto real con una losa de mármol. Así que por qué no te calmas y te vas.

Oyó que su propia voz se alzaba demasiado, sacudió la cabeza, y dijo: —No, por qué no me calmo yo y me voy.

Que fue lo que hizo. Abrió la puerta del coche, saltó dentro, y antes de que pudiera volver a inflar mi globo, desapareció.

**M**aldiciendo, me encerré en la cabina telefónica, metí una moneda en la ranura, y marqué un número a ocho kilómetros, al otro lado de Los Ángeles. Cuando contestaron, oí una radio que tocaba *La Raspa*, una puerta que se cerraba de golpe, un inodoro que descargaba el agua, pero alcancé a sentir el sol que tanta falta me hacía, esperándome allí.

La mujer, que vivía en un inmueble en la esquina de Temple y Figueroa, nerviosa ante el teléfono que sostenía en la mano, se aclaró por fin la garganta y dijo:

—¿Qué?

—¡Señora Gutiérrez! —grité. Me interrumpí, y volví a empezar—. Señora Gutiérrez, habla el Loco.

—¡Ah! —resolló y luego rió—, ¡Sí, sí! ¿Quieres hablar con Fannie?

—No, no, sólo unos cuantos gritos. ¿Puede gritar abajo, por favor, señora Gutiérrez?

—Sí, gritaré.

La oí moverse. Oí cómo todo el inmueble se inclinaba desvencijado y bamboleante. Algún día, un mirlo se posaría en el tejado y el edificio entero se vendría abajo. Oí a un pequeño chihuahua que resbalaba en el linóleo tras ella, como un gran abejorro, ladrando.

Oí que se abría la puerta de la terraza y que la señora Gutiérrez salía al sol y gritaba hacia abajo.

—¡Ey, Fannie! ¡Ey! Es el Loco.

Desde mi extremo de la línea, exclamé: —¡Dígale que *necesito* verla!

La señora Gutiérrez esperaba; yo podía oír cómo crujía la terraza, como si un capitán gigante hubiese rodado sobre el entablado para salvar al mundo.

—¡Ey, Fannie, el Loco necesita verte!

Un largo silencio. Una voz brotó dulcemente en el aire del patio. Yo no alcanzaba a distinguir las palabras.

—¡Dígale que me ponga *Tosca*!

—¡*Tosca*! —gritó la señora Gutiérrez hacia el patio.

Un largo silencio.

Todo el inmueble se inclinó otra vez, hacia el otro lado, como la tierra girando a la hora de la siesta.

Los acordes del primer acto de *Tosca* se elevaron alrededor de la señora Gutiérrez. Habló.

—Dice Fannie...

—Oigo la música, señora Gutiérrez. ¡Eso quiere decir que «sí»!

Colgué. En ese mismo instante, cien mil toneladas de agua salada se abatieron sobre la orilla, a unos cuantos metros, con una sincronización exquisita. Saludé con la cabeza la precisión de Dios.

Asegurándome de que tenía *veinte* centavos en el bolsillo, corrí a coger el próximo tren.

**E**ra enorme.

Su verdadero nombre era Cora Smith, pero se hacía llamar Fannie Florianna, y nadie jamás la llamaba de otra manera. La había conocido, años atrás, cuando vivía en el inmueble, y había continuado viéndola después de mudarme a la costa.

Fannie era tan grande que nunca dormía echada. Día y noche permanecía sentada en una gigantesca butaca de capitán claveteada a la cubierta del apartamento, sobre un linóleo con marcas de rayas y surcos bajo la butaca y a los lados. Se movía lo menos posible, el aliento se le agitaba en los pulmones y en el pecho cuando navegaba hacia la puerta y salía a duras penas al pasillo, hacia los confines de los baños, donde pensaba que un día podía quedar ignominiosamente atrapada. «Dios

mío —decía a menudo—, ¿no sería espantoso tener que llamar a los bomberos para que me sacasen de allí?». Y luego de vuelta a la butaca, la radio y el fonógrafo, y al alcance de la mano una nevera repleta de helado, mantequilla, mayonesa, y todas las comidas indebidas en cantidades indebidas. Siempre estaba comiendo y escuchando. Junto a la nevera había estanterías sin libros, sólo miles de grabaciones de Caruso y Galli-Curci, y de Swarthout y los demás. Cuando la última canción había sido cantada, y el último disco se detenía siseando a medianoche, Fannie se hundía en sí misma, como un elefante abatido con disparos de oscuridad. Los grandes huesos se le acomodaban en las carnes vastas. La cara redonda era una luna que vigilaba los extensos imperativos territoriales del cuerpo. Sostenida por almohadones, se quedaba sin aliento y volvía a respirar, y se quedaba otra vez sin aliento, temiendo la avalancha que podía ocurrir si se inclinaba demasiado y el peso de la carne la sofocara, la comprimiera y aplastara los pulmones, y le apagara la voz y la luz para siempre. Nunca hablaba de eso, pero cierta vez, cuando alguien le preguntó por qué no tenía una cama en el cuarto, una luz temible le brilló en los ojos, y nunca más se mencionaron las camas. La Grasa, esa asesina, no la dejaba nunca. Fannie dormía en la montaña, temerosa, y despertaba en la mañana contenta de haber pasado otra noche, de haberlo conseguido.

Una caja de piano aguardaba en la callejuela, al pie del edificio.

«Es mía —decía Fannie—. El día que muera, subid la caja del piano, metedme dentro, y enterradme. Es mía. ¡Ah!, y mientras estéis en eso, que una mano amable me pase ese tarro de mayonesa y esa cuchara.

**P**ermanecí de pie en la puerta de la calle, escuchando. La voz descendía como una corriente por los pasillos. Nacía tan pura como agua fresca de montaña y caía en cascada de la segunda a la primera planta y al vestíbulo. Yo casi hubiera podido beber ese canto, tan claro era.

Fannie.

Mientras yo subía por la escalera oí que ella canturreaba algunas líneas de *La Traviata*. Me detuve en el segundo tramo de escaleras, cerrando los ojos, para escuchar a Madame Butterfly que cantaba dando la bienvenida al barco claro en el puerto y al teniente en uniforme de verano.

Era la voz de una esbelta joven japonesa en la cima de una montaña, en una tarde de primavera. Había un retrato de esa joven de dieciséis años sobre una mesa, junto a la ventana que daba a la terraza de la segunda planta del inmueble. La chica pesaba sesenta kilos como máximo, pero de eso hacía mucho tiempo. Fue su voz la que me llevó escaleras arriba..., una promesa de claridad por venir.

Sabía que cuando llegase a la puerta, se detendría el canto.

«Fanny —diría yo—, acabo de oír a alguien que cantaba aquí arriba».

—Ah, ¿sí?

—*Un aria de La Bohème*.

—Qué extraño. Me pregunto quién podría haber sido.

Habíamos jugado ese juego durante años, habíamos hablado de música, discutido acerca de sinfonías, de ballet, de ópera, oyéndolos en la radio, tocándolos en el viejo fonógrafo Edison de manivela, pero nunca, ni una sola vez en tres mil días, había cantado Fannie delante de mí.

Pero hoy era distinto.

Cuando llegué a la última planta, dejó de cantar. Pero tenía que estar pensando, planeando. Quizá se había asomado a la ventana y me había visto fuera. Quizá había llegado a distinguir mi esqueleto detrás de la carne. Quizá mi voz al teléfono, desde el otro lado de la ciudad (imposible), había arrastrado consigo la tristeza de la noche y la lluvia. En todo caso, una poderosa intuición había aparecido en el seno de la enorme masa de Fannie Florianna. Tenía preparadas muchas sorpresas.

Me detuve ante la puerta, escuchando.

Crujidos, como un enorme transatlántico que avanza a ciegas en medio del oleaje. Una conciencia imponente se desplazaba del otro lado.

Un leve siseo: ¡el fonógrafo!

Toqué la puerta.

—Fannie —grité—. Ha llegado el Loco.

—Voilà!

Abrió la puerta a un trueno de música. Gran dama, había puesto la afilada aguja de madera sobre el disco sibilante y luego se había lanzado a la puerta, esperando. Cuando cayó la batuta, abrió la puerta de par en par. Puccini inundó el exterior, me envolvió, y me llevó hacia adentro, con la ayuda de Fannie Florianna.

Era la primera cara de *Tosca*. Fannie me sentó en un sillón bamboleante, me alzó la mano vacía y puso en ella un vaso de buen vino. —No bebo, Fannie.

—Tonterías. Mírate la cara. ¡Bebe! —Se desplazó de un lado a otro como esos prodigiosos hipopótamos que se hacen livianos como globos en *Fantasia*, y se hundió en el desafortunado sillón como en una cama terriblemente extraña.

Hacia el final del disco yo estaba llorando.

—Ya ves —susurró Fannie, llenándome el vaso de nuevo—. Ya ves.

—Puccini siempre me hace llorar, Fannie.

—Sí, querido, pero no tan fuerte.

—No tan fuerte, es verdad. —Bebí la mitad de mi segundo vaso. Era un Saint-Émilion 1938 de una buena cosecha, traído y dejado por uno de los amigos ricos de Fannie que atravesaban toda la ciudad para charlar bien, reír bastante y brindar por mejores tiempos para ambos, sin tener en cuenta quién ganaba más dinero. Una noche, vi a algunos parientes de Toscanini que subían las escaleras y esperé. Una vez vi descender a Lawrence Tibbett y nos cruzamos saludándonos con un movimiento de cabeza. Traían siempre las mejores botellas junto con las charlas, y siempre se iban sonriendo. El centro del mundo puede estar en cualquier lugar. Aquí, estaba en la

primera planta de un inmueble en el lado feo de Los Ángeles.

Me sequé las lágrimas con el puño de la chaqueta.

—Cuéntame —dijo la enorme mujer.

—Descubrí un cadáver, Fannie. ¡Y nadie quiere escuchar lo que tengo que decir!

—¡Dios mío! —La cara redonda se le redondeó todavía más cuando abrió la boca; entornó los ojos, pero enseguida la compasión le suavizó las facciones.— Pobre muchacho. ¿Quién era?

—Uno de esos viejos simpáticos que se pasan la vida sentados en la taquilla de venta de billetes, en la parada de la línea local de Venice, desde que Billy Sunday pisoteó la Biblia y William Jennings Bryan habló sobre la Cruz de Oro. Han estado allí desde que yo era niño. Cuatro viejos. Sentías que estarían allí siempre, encolados a los bancos de madera. Creo que nunca vi a ninguno de pie o caminando. Estaban allí todo el día, toda la semana, todo el año, fumando pipas o cigarros, discutiendo a troche y moche sobre política y diciendo qué hacer con el país. Cuando cumplí los quince años, uno de ellos me miró y dijo: «¿Vas a crecer para tratar de mejorar el mundo, hijo?». «Sí, señor», respondí. «Creo que lo lograrás», dijo él. «¿Verdad, muchachos?». «Sí», dijeron todos, sonriéndome. Ese mismo viejo fue el que encontré en la jaula de los leones ayer por la noche.

—¿En la jaula?

—Bajo el agua, en el canal.

—Eso merece otra cara de *Tosca*.

Fannie era una avalancha levantándose, una ola desplazándose hacia el aparato, una poderosa fuerza que movía la manivela, y un suspiro de Dios cuando puso la aguja sobre una nueva cara.

Mientras se elevaba la música, retornó al sillón como un buque fantasma, regia y pálida, serena y consternada.

—Conozco una razón para que te lo tomes tan a pecho —dijo—. Peg, ¿sigue en México estudiando?

—Hace ya dos meses. Bien podrían ser dos años. ¡Dios, me siento tan solo!

—Y vulnerable —dijo Fannie—. ¿No deberías llamarla?

—Por Dios, Fannie, no puedo permitírmelo. Y no quiero revertir los cargos. Sólo me queda esperar que ella llame, mañana o pasado mañana.

—Pobre muchacho. Enfermo de amor.

—Enfermo de muerte. Lo peor de todo, Fannie, es que ni siquiera sabía el nombre de ese viejo. ¿No es una vergüenza?

La segunda cara de *Tosca* acabó realmente conmigo. Permanecí allí sentado, la cabeza gacha, mientras las lágrimas goteaban de mi nariz al viento.

—Has estropeado tu Saint-Émilion —dijo Fannie con dulzura, cuando el disco terminó.

—Ahora estoy loco —dije.

—¿Por qué? —Fannie, de pie como una enorme granada junto a la vi trola, afiló

una nueva aguja y encontró un disco más alegre.— ¿Por qué?

—Alguien lo *mató*, Fannie. Alguien lo metió en esa jaula. No pudo haber entrado allí de otro modo.

—Oh, Dios —murmuró ella.

—Cuando tenía doce años, a uno de mis tíos, allá en el Este, lo asesinaron en su coche durante un atraco, tarde, de noche. En el entierro, mi hermano y yo juramos que encontraríamos al asesino y nos lo cargaríamos. Pero él aún está en algún lugar del mundo. Y eso ocurrió hace mucho tiempo, en otra ciudad. Esta vez ocurrió aquí. Quienquiera que ahogó al viejo vive a unas cuantas manzanas de mi casa, en Venice. Y cuando lo encuentre...

—Lo entregarás a la policía. —Fannie se inclinó hacia adelante en un movimiento voluminoso pero tierno.— Te sentirás mejor después de un buen descanso.

Luego me leyó la cara.

—No —dijo con voz de entierro—, no te sentirás mejor. Bueno, continúa. Sé tan estúpido como todos los hombres. Dios, qué vida llevamos las mujeres, mirando cómo los imbéciles se matan, y los asesinos matan a los asesinos, y nosotras a un costado gritando basta, sin que nadie nos escuche. ¿Puedes escucharme, querido?

Puso otro disco, bajó la aguja como un beso amoroso hasta el surco, y se acercó para tocarme la mejilla con grandes y rosados dedos de crisantemo.

—Oh, por favor, ten cuidado. No me gusta Venice. No hay bastantes farolas. Y esos malditos pozos petroleros bombeando toda la noche, sin descanso, gimiendo como enfermos.

—Venice no me atraparé, Fannie, o lo que sea que esté rondando por Venice.

De pie en los pasillos, esperando, pensé, tras las puertas de los viejos y las viejas.

Fannie se convirtió en un enorme glaciar que se alzaba por encima de mí.

Tuvo que haberme leído la cara otra vez, donde todo era transparente, donde nada era disimulado. De repente, echó una mirada a su propia puerta, como si afuera hubiese pasado una sombra. La intuición de Fannie siempre me asombraba.

—Hagas lo que hagas —la voz se le perdió en lo más profundo de ciento cincuenta kilos de una carne súbitamente fantasmagórica—, no lo traigas aquí.

—La muerte no es algo que uno pueda llevar consigo, Fannie.

—Oh, sí lo es. Límpiame los pies abajo, antes de entrar. ¿Tienes dinero para que te laven el traje? Te daré algo. Lústrate los zapatos. Lávate los dientes. Nunca mires atrás. Hay ojos que matan. Si miras a alguien, y ese alguien advierte que quieres que te maten, te seguirá. Ven a verme, querido muchacho, pero lávate primero, y mira siempre hacia adelante.

—Tonterías, Fannie. Pamplinas. Eso no basta para alejar a la muerte, y tú lo sabes. De todos modos, qué podría traerte. Nada, excepto mi presencia; te deseo muchos años de vida, Fannie, y mucho amor.

Aquello derritió la nieve del Himalaya.

Se volvió con un lento movimiento de carrusel. De pronto oímos la música que

sonaba desde hacía rato en el disco sibilante.

Carmen.

Fannie Florianna se llevó la mano al pecho, sacó un abanico negro de encaje, lo desplegó con una sacudida frente a sus ojos repentinamente flamencos, cerró púdicamente las pestañas, y dejó brotar la voz perdida y renacida, pura como el agua fresca de la montaña, joven como me había sentido yo tan sólo una semana atrás.

Cantó. Y mientras cantaba, se movía.

Era como si izasen con delicadeza, delante de mí, el pesado telón del Metropolitan para envolver el peñón de Gibraltar, y Fannie remolineó siguiendo los ademanes de un director de orquesta demente que sabe cómo electrizar un ballet de elefantes, y cómo hacer salir de los abismos a ballenas blancas que echan chorros de licor.

Hacia el final de la primera canción, yo lloraba otra vez.

Esta vez de risa.

Sólo más tarde lo pensé, Dios mío. Por primera vez. En su habitación. Cantó.

¡Para *mi*!

Abajo, ya era la tarde.

De pie en la calle soleada, me balanceé, saboreando el regusto del vino, mirando la segunda planta del inmueble.

Sonaban los acordes de la canción del adiós; la despedida de Butterfly y el joven teniente, todo vestido de blanco, alejándose en el barco.

Fannie se asomó al balcón para mirarme, una sonrisa triste en la pequeña boca de botón de rosa, la muchacha atrapada en la cara redonda como una luna de agosto, dejando que la música detrás de ella explicara nuestra amistad y mi momentánea partida.

Viéndola allí recordaba a Constance Rattigan, encerrada en la fortaleza morisca junto al mar. Quise llamarla y hablarle de esa similitud.

Pero Fannie se despidió con la mano. Tuve que hacer lo mismo.

Estaba ahora preparado para enfrentarme a Venice con buen tiempo y cielo claro.

Tú, hombrecillo calvo que pareces cualquier cosa menos un inspector... Elmo Crumley, pensé, ¡allá voy!

Pero todo lo que hice fue deambular frente a la comisaría de Venice sintiéndome un cobarde.

No lograba determinar si allí, en el interior, Crumley era la Bella o la Bestia.

Esta indecisión me atormentó mientras me paseaba por la acera, hasta que alguien bastante parecido a Crumley echó un vistazo desde una ventana alta de la cárcel.

Huí.

La sola idea de verlo abrir la boca como un lanzallamas para abrasar el vello de melocotón de mis mejillas, hizo que mi corazón diera un vuelco, rodando como una ciruela.

Dios mío, me dije, ¿cuándo llegaré al fin a enfrentarlo para poder descargar todas

esas sombrías preguntas que se acumulan como un polvo sepulcral en mi caja de manuscritos? ¿Cuándo?

Pronto.

**O**currió durante la noche.  
Hacia las dos de la mañana se descargó una pequeña tormenta frente a mi apartamento.

¡Estúpido!, me dije, acostado en la cama, escuchando. ¿Una *pequeña* tormenta? ¿De qué tamaño? ¿Un metro de ancho, dos de alto, concentrada en un solo lugar? ¡Un chaparrón que vino a mojar mi felpudo, que no cayó en ninguna otra parte, y que se detuvo de repente!

¡Mierda!

Salté de la cama y abrí la puerta.

No había una nube en el cielo. Las estrellas brillaban. No había niebla ni bruma. Era imposible que lloviera allí.

Sin embargo había un charco de agua junto a la puerta.

Una serie de huellas que llegaban, y otra serie, de pies descalzos, que se alejaban.

Me quedé allí diez segundos, por lo menos, hasta que estallé. «¡Un momento!».

Alguien había estado allí, mojado, durante medio minuto, dispuesto a llamar a la puerta, preguntándose si yo estaría despierto, y luego se había marchado, hacia el mar.

No. Parpadeé. No hacia el mar. El mar estaba a mi derecha, al oeste.

Esas huellas desnudas se alejaban hacia mi izquierda, al este.

Las seguí.

Corrí como si esperara alcanzar la pequeña tormenta.

Hasta que llegué al canal.

Donde las huellas se perdían al borde de...

¡Dios!

Miré las aguas aceitosas.

Podía distinguir el lugar desde el que alguien había salido para echar a andar por las calles oscuras hasta mi casa. Y luego había vuelto corriendo, las zancadas eran más largas, y...

¿Zambullirse?

Dios, ¿quién podría meterse en esas aguas sucias?

¿Alguien a quien no le importaba, a quien nunca habían preocupado las enfermedades? ¿Alguien que amaba las llegadas nocturnas y las partidas oscuras en nombre del infierno, de la diversión o de la muerte?

Bordeé la orilla del canal, mirando el agua, atento a la menor cosa que pudiera romper la negra superficie del canal.

Las olas iban y venían a través de una compuerta carcomida por el óxido. Pasó

una manada de pequeñas focas, a la deriva, pero sólo eran algas flotando hacia ningún lugar.

—¿Aún está *allí*? —susurré—. ¿Para qué vino? ¿Por qué a mi casa?

Contuve el aliento.

Porque en un escondrijo en el hormigón, bajo una pequeña casamata de cemento, en el otro extremo de un puente desvencijado...

Creí ver asomar un flequillo grasiento, y luego una ceja aceitosa. Dos ojos me miraban. Podía haber sido una nutria marina o un perro o una marsopa negra que de alguna manera se había extraviado y había ido a parar al canal.

Media cabeza permaneció largo rato fuera del agua.

Y recordé algo que había leído en las novelas africanas de mi niñez. Sobre cocodrilos que infestaban las cavernas subterráneas en las orillas del río Congo. Las bestias se hundían y no salían más. Sumergidas, se ocultaban en el secreto interior de la orilla, esperando a alguien bastante estúpido como para ponerse a nadar. Entonces, los reptiles salían serpenteando de sus antros submarinos en busca de comida.

¿Estaba viendo una bestia similar? ¿Alguien que amaba las mareas nocturnas, que se ocultaba en escondrijos bajo las orillas, y que luego salía y echaba a caminar, dejando lluvia donde pisaba?

Observé la cabeza oscura en el agua. Me observaba con ojos brillantes.

No. ¡No puede ser un hombre!

Me estremecí. Salté hacia adelante, como se salta para que el horror desaparezca, para asustar a las arañas, a las ratas, a las serpientes. No fue coraje sino miedo lo que hizo que yo diese un puntapié.

La oscura cabeza se sumergió. El agua se agitó.

La cabeza no volvió a salir.

Temblando, regresé por el reguero de lluvia negra que había visitado mi puerta.

El pequeño charco de agua seguía allí, en el umbral.

Me agaché y recogí un pequeño montón de algas en medio del charco.

Sólo entonces advertí que había ido al canal y había regresado vestido sólo con un par de calzoncillos.

Tragué en seco, eché un rápido vistazo a los alrededores. La calle estaba vacía. Entré de prisa y cerré de un portazo.

Mañana, pensé, iré a enseñarle los puños a Elmo Crumley.

En el puño derecho, un manojo de restos de billetes de tren.

En el izquierdo, un montón de algas.

¡Pero no en la comisaría!

En las cárceles, como en los hospitales, se me doblaban las piernas.

La casa de Crumley estaba en algún lugar.

Sacudí los puños. La encontraré.

**E**n Venice, cerca de ciento cincuenta días al año el sol no atraviesa la niebla hasta el mediodía.

Unos sesenta días al año el sol no sale de la bruma hasta que está a punto de descender en el oeste, hacia las cuatro o las cinco de la tarde.

Durante unos cuarenta días no se lo ve en absoluto.

El resto del año, si tienes suerte, el sol sale, como en el resto de Los Ángeles y California, a las cinco y media o seis de la mañana, y permanece allí durante todo el día.

Son ciclos de cuarenta o sesenta días que gotean en el alma y hacen que los soldados limpien sus rifles. Nuestras mujeres compran veneno para ratas al duodécimo día sin sol. Pero al decimotercer día, cuando poco les falta para echar arsénico en el té de la mañana, el sol sale preguntándose por qué todo el mundo está tan perturbado, y las ancianas alimentan a las ratas del canal, y regresan a su vaso de brandy.

Durante los ciclos de cuarenta días, la sirena de niebla, perdida en algún lugar de la bahía, suena una y otra vez, incesante, hasta que uno siente que los habitantes del cementerio local empiezan a moverse en las tumbas. O bien, tarde en la noche, cuando la sirena de niebla continúa bramando, alguna variedad de animal anfibio se alza en nuestro inconsciente, y nada hacia tierra. Nada en algún lugar implorando, quizá sólo un poco de sol. Todos los animales inteligentes se han marchado hacia el sur. Uno se queda encallado en una duna helada con una máquina de escribir vacía, una cuenta bancaria abandonada, y una cama apenas caliente. Aguarda mientras duerme a que la bestia submarina aparezca de pronto, alguna noche. Para deshacerse de ella, se levanta a las tres de la mañana, y escribe una historia, pero no la manda a ninguna editorial durante años, por miedo. No sobre la Muerte, sino sobre el Repudio en Venecia, tendría que haber escrito Thomas Mann.

Siendo todo esto cierto, o imaginario, la gente más o menos cuerda vive lo más lejos posible de la playa. La jurisdicción de la policía de Venice termina, como la niebla, a la altura de Lincoln Avenue.

Allí, en el límite extremo del territorio de los funcionarios y el mal tiempo, había un jardín que yo sólo había visto una o dos veces.

Si había una casa en ese jardín, no se la veía. Estaba tan rodeada de arbustos, árboles, plantas tropicales, palmeras, juncos y papiros que había que abrirse paso con un machete. No había acera, sólo un sendero apisonado. Había una cabaña allí adentro, es verdad, hundida en un campo de hierbas de la altura de un hombre, pero tan lejos de la calle que parecía un elefante desplomándose en un pozo de alquitrán, a punto de desaparecer para siempre. No había buzón adelante. El cartero se contentaba con arrojar la correspondencia e irse deprisa antes que algo saliera de la selva y saltara sobre él.

De este lugar verde llegaba el aroma de las naranjas y los albaricoques en sazón. Y lo que no era naranja o albaricoque era cacto, epifilo o jazmín de noche. Allí nunca

había sonado una cortadora de césped. Nunca había susurrado una guadaña. Nunca había habido niebla. En los límites del crepúsculo de Venice, húmedo, eterno, la casa sobrevivía entre limones que brillaban como árboles de Navidad a lo largo del invierno.

En ocasiones, al pasar caminando, uno creía oír una manada de okapis que galopaba por una llanura de Serengeti, o grandes nubes crepusculares de flamencos sobresaltados, que se alejaban en un arco de puro fuego.

En aquel lugar, conocedor de los azares del clima, y dedicado a la preservación de un alma eternamente bronceada, vivía un hombre de unos cuarenta y cuatro años que estaba perdiendo el pelo, y hablaba con aspereza, y cuya ocupación, cuando se trasladaba al mar y aspiraba la bruma, eran las malas costumbres, la violación de la ley, y la muerte ocasional que era quizá un asesinato.

Elmo Crumley.

Los encontré, a él y a su casa, porque alguna gente había atendido a mis preguntas, había asentido señalando direcciones.

Todos habían confirmado que, al final de cada tarde, el pequeño detective se internaba tranquilamente en aquel territorio selvático, y desaparecía entre los ruidos de hipopótamos que asomaban en el agua y flamencos que bajaban del aire.

¿Qué he de hacer?, pensé. ¿Quedarme a orillas de este universo salvaje y llamarlo?

Pero Crumley gritó primero.

—Por Dios, eres *tú*.

Salió de la jungla a grandes zancadas por el sendero de maleza en el momento en que yo alcanzaba la puerta principal.

—Soy yo.

Mientras el inspector se abría paso entre las hierbas del sendero, creí oír los sonidos que siempre había imaginado al pasar: gacelas de Thompson en pleno salto, cebras de crucigrama aterrorizadas detrás de mí, y en el viento, un olor a orina dorada... los leones.

—Me parece —refunfuñó Crumley— que ayer ya representamos esta escena. ¿Vienes a disculparte? ¿Has encontrado algo más divertido, y que puedes decir en voz más alta?

—Si dejara de moverse y me escuchase —dije.

—Tu voz es elocuente, hay que admitirlo. Una mujer que conozco, a tres manzanas de donde encontraste el cadáver, me dijo que con tus gritos de aquella noche se le escaparon los gatos y todavía no han regresado a casa. Está bien, dejaré de moverme. ¿Decías?

Con cada una de las palabras de Crumley mis puños se habían hundido un poco más en los bolsillos de mi chaqueta. Por alguna razón no los podía sacar. Cabizbajo, desviando los ojos, intentaba recobrar aliento.

Crumley echó un vistazo a su reloj.

—Había un hombre detrás de mí en el tranvía, esta noche —exclamé de pronto—. Fue él quien metió al viejo en la jaula de los leones.

—Baja la voz. ¿Cómo lo sabes?

Mis puños se movían en el fondo de los bolsillos, apretando.

—Sentí las manos extendidas detrás de mí. Sentí cómo suplicaba, tendiéndome las manos. ¡Quería que me volviese y lo viera! ¿No quieren *todos* los asesinos que los descubran?

—Eso dicen los psicólogos baratos. ¿Por qué no lo miraste?

—No se mira a los borrachos. Se instalan junto a uno y le echan el aliento encima.

—Es cierto. —Crumley se permitió un asomo de curiosidad. Sacó una petaca de tabaco y papel y se puso a liar un cigarrillo, evitando mirarme.— ¿Luego?

—Tenía que haberlo oído. Entonces me creería. Dios mío, era la voz del fantasma del padre de Hamlet, gritando, desde la tumba: ¡acuérdate de mí! Pero más aún: ¡mírame!, ¡reconóceme!, ¡arréstame!

Crumley encendió el cigarrillo y me observó a través del humo.

—Esa voz me envejeció diez años en unos cuantos segundos —dije—. ¡Nunca he estado tan seguro de mis *sentimientos*\*.

—Todo el mundo tiene sentimientos. —Crumley miró el cigarrillo como si no pudiese decidir si le gustaba.— Todo el mundo tiene una abuela que anuncia cereales y tararea esos anuncios hasta que tienes ganas de patear a la vieja y que eche fuera toda esa cebada malteada. Compositores, poetas, detectives aficionados. Cualquiera imbécil se cree las tres cosas a la vez. ¿Sabes a quiénes me recuerdas, hijo? A esa banda de idiotas que se arrastraban detrás de Alexander Pope agitando poemas, novelas y ensayos, pidiendo consejo, hasta que Pope tuvo un berrinche y escribió el *Ensayo sobre la Crítica*.

—¿Conoce a Alexander Pope?

Crumley suspiró, ofendido, tiró el cigarrillo, y lo pisó.

—¿Crees que todos los detectives son polizontes con cerebro de corcho? Sí, Pope, por Dios santo. Lo leía bajo las sábanas, tarde en las noches, para que los compañeros no me tomaran por un chiflado. Ahora quítate del camino.

—¿Quiere decir que todo esto fue inútil? —exclamé—. ¿No va a tratar de *salvar* al viejo?

Al oír lo que había dicho me sonrojé.

—Quise decir...

—Sé lo que quisiste decir —dijo Crumley, pacientemente.

Miró a lo lejos a la calle, como si pudiera llegar a ver mi casa, y el escritorio y la máquina de escribir.

—Has topado con algo interesante, o crees que lo has hecho. Y eso te pone frenético. Quieres volver a ese tranvía rojo y hacer el mismo recorrido una de estas noches, para atrapar a ese borracho y meterlo preso; pero no, no estará allí, y si está,

no será el mismo hombre, o tú no lo conocerás. De modo que ahora se te han ensangrentado los dedos de tanto golpear la máquina de escribir, y la cosa está saliendo bien, como decía Hemingway, y tu intuición está desarrollando largas y sensitivas antenas. Eso, y las patas de cerdo, no me sirve para comprar chucrut.

Eché a caminar alrededor frente al coche volviendo a representar el desastre del día anterior.

—¡Oh, no! —grité—. No otra vez. ¿Sabe lo que le pasa? ¡Está celoso!

La cabeza casi se le salió de los hombros. Se volvió, rápidamente.

—¿Estoy qué?

Casi llegué a ver que los dedos de Crumley buscaban un arma que no estaba allí.

—Y, y, y... —continué—. Usted... ¡usted nunca lo hará!

Mi insolencia hizo que se tambaleara. La cabeza me miraba ahora por encima del techo del coche.

—¿No haré *qué*? —dijo.

—Cualquier cosa que quiera hacer..., no, no la hará.

Me interrumpí, asombrado. No recordaba haberle gritado así a nadie. En la escuela ya había sido el flan de la clase. Cada vez que alguna maestra cerraba las mandíbulas, se me caía un pedazo. Pero ahora...

—A no ser que aprenda —dije débilmente, sintiendo que el color me subía a la cara— a... oh... a hacerle más caso al estómago que a la cabeza.

—Consejos filosóficos de Norman Rockwell, para Detectives Despistados. —Crumley se apoyó contra el coche como si fuese lo único en el mundo que lo sostenía. Al fin estalló en una carcajada, que tapó con la mano antes de decir, con voz débil:— Continúa.

—Usted no quiere escuchar.

—Chico, hace días que no me río.

No pude despegar los labios. Cerré los ojos.

—Sigue —dijo Crumley, en un tono más amable.

—Bueno —empecé a decir—, hace años aprendí que cuanto más pensaba, peor me salía el trabajo. Todo el mundo cree que hay que estar pensando todo el tiempo. No, yo siento y lo anoto y vuelvo a sentir, y lo escribo, y al *final* del día, lo pienso. El pensamiento viene después.

Un curioso resplandor emanaba del rostro de Crumley. Volvió la cabeza para observarme, y luego miró hacia el otro lado, como un mono de zoológico que escruta entre los barrotes y se pregunta qué es ese animal de ahí fuera.

Luego, sin una palabra, sin ninguna otra risa o sonrisa, Crumley simplemente entró deslizándose en el asiento delantero del coche, encendió el motor con calma, apretó apenas el acelerador, y se alejó lenta, lentamente.

Unos veinte metros más allá, frenó, pensó un instante, retrocedió, se asomó y me gritó:

—¡Jesús H. Cristo! ¡Pruebas! Maldita sea. ¡Pruebas!

Lo que me hizo sacar la mano derecha del bolsillo con tanta brusquedad que casi desgarró la tela.

Finalmente extendí el puño y abrí los dedos temblorosos.

—¡Aquí está! —dije—. ¿Sabe qué es? No. ¿Sé yo qué es? Sí. ¿Sé quién es el viejo? Sí. ¿Sabe *usted* cómo se llama? ¡No!

Crumley apoyó la cabeza en los brazos cruzados sobre el volante. Suspiró. — Bien, adelante.

—Éstas —dije, mirando los restos en mi palma— son pequeñas A, pequeñas B y minúsculas C. Letras perforadas de los billetes de tranvía. Como usted siempre va en coche, no ha visto nada de esto durante años. Como lo único que yo hago, desde que dejé los patines, es caminar o viajar en tranvía, ¡estoy hasta el cuello de este confeti!

Crumley alzó lentamente la cabeza, para no parecer curioso o impaciente.

—Este viejo —dije—, en la estación de los tranvías, se llenaba siempre los bolsillos con este confeti. Se lo tiraba a la gente en Noche Vieja, o a veces en el Día de la Independencia, gritando ¡feliz 4 de Julio! Cuando lo vi volver del revés los bolsillos de ese pobre viejo, supe que no podía ser otro. *Ahora*, ¿qué me dice?

Hubo un largo silencio.

—Mierda. —Crumley parecía estar rezándose a sí mismo, los ojos cerrados, como los había tenido yo hacía sólo un minuto.— Que Dios me proteja. Sube.

—¿Cómo?

—¡Sube, maldita sea! Vas a probar lo que me acabas de decir. ¿Me tomas por idiota?

—Sí. Quiero decir... no. —Abrí la puerta de golpe, luchando con el puño izquierdo en el bolsillo izquierdo.— Tengo esto otro, unas algas, que encontré junto a mi puerta ayer por la noche y...

—Cierra el pico e indícame el camino.

Salté adentro justo a tiempo para disfrutar de la arrancada.

Elmo Crumley y yo entramos en los aromas de tabaco de un eterno día de desván.

Crumley observó el lugar vacío que había entre los viejos que se apoyaban unos sobre otros como resacas sillas de mimbre.

Crumley se adelantó, extendió la mano y les mostró la bola endurecida de confeti.

Los viejos ya habían tenido dos días para pensar en el lugar vacío que había entre ellos.

—Hijo de puta —susurró uno de ellos.

—Si un poli —murmuró otro, mirando la bola que Crumley tenía en la palma— me enseña una cosa así, es que viene de los bolsillos de Willy. ¿Quiere que vaya a identificarlo?

Los otros dos viejos se apartaron del que acababa de hablar, como si hubiese dicho algo grosero.

Crumley asintió.

El viejo cogió el bastón con manos temblorosas, y empezó a levantarse. Crumley

intentó ayudarlo, pero el viejo lo detuvo echándole una mirada feroz.

—¡Apártese!

El viejo golpeó el suelo con el bastón, como si lo castigara por la mala noticia, y fue hacia la puerta.

Lo seguimos a la bruma y la niebla y la lluvia que habían eclipsado la luz de Dios en Venice, California del Sur.

Entramos en la morgue con un hombre de ochenta y dos años, pero cuando salimos tenía ciento diez, y ya no podía apoyarse en el bastón. El fuego se le había apagado en los ojos, así que ni siquiera nos rechazó cuando intentamos ayudarlo a subir al coche, y murmuraba una y otra vez: —Dios mío, ¿quién le hizo ese horrible corte de pelo? ¿Cuándo ocurrió? —Balbuceaba porque necesitaba decir disparates.— ¿Usted le hizo eso? —le gritó a nadie—. ¿Quién fue? ¿Quién?

Yo lo sé, pensé, pero no dije nada mientras lo sacábamos del coche y lo depositábamos en su sitio, en el banco helado, donde los otros viejos aguardaban y fingían no advertir nuestro regreso, los ojos clavados en el techo o en el piso, esperando a que nos fuésemos para decidir si se apartaban del extraño en el que se había convertido aquel viejo amigo, o se acercaban para darle calor.

Crumley y yo estuvimos muy callados mientras íbamos a la casa tan acogedora como vacía donde se vendían canarios.

Me quedé fuera mientras Crumley entraba a ver las paredes de la habitación del viejo, leía los nombres, los nombres, los nombres, William, Willy, Will, Bill, Smith, Smith, Smith, escritos con la uña en el yeso, haciéndose inmortal.

Cuando salió, Crumley volvió la cabeza y miró el cuarto terriblemente vacío.

—Dios mío —murmuró.

—¿Leyó las palabras de la pared?

—Todas. —Crumley miró alrededor y advirtió consternado que estaba afuera examinando el interior.— «Está en el pasillo», dice ahí. ¿Quién vino? —Se volvió para estudiarme.— ¿Fuiste tú?

—Sabe que no —dije, retrocediendo.

—Supongo que podría arrestarte por allanamiento de morada.

—Pero no lo hará —dije, nervioso—. La puerta, todas las puertas, están abiertas desde hace años. Cualquiera podría entrar. Alguien lo hizo.

Crumley echó otra ojeada a la habitación silenciosa.

—¿Cómo sé que no fuiste tú el que escribió esas palabras en la pared, con tu maldita uña, sólo para ponerme los pelos de punta y hacerme creer tu absurda teoría?

—La escritura de la pared es temblorosa; un garabato de viejo.

—Pudiste haberlo pensado, e imitaste la letra de un viejo.

—Pude, pero no lo hice. Dios mío, ¿qué se necesita para convencerlo?

—Algo más que ponerme la carne de gallina, te lo aseguro.

—Entonces —dije, las manos de vuelta en los bolsillos, los puños cerrados, las algas todavía ocultas—, el resto está arriba. Suba. Mire. Baje. Cuénteme lo que ha

visto.

Crumley volvió la cabeza y me echó una de esas miradas de mono; luego suspiró y subió, como un viejo vendedor de zapatos que lleva un yunque en cada mano.

Al final de la escalera se detuvo un momento como lord Carnarvon frente a la tumba de Tutankamon. Luego entró. Creí oír a los fantasmas de los viejos pájaros que susurraban y miraban inquietos alrededor. Creí oír el susurro de una momia que se levantaba del fondo de un río. Pero era la vieja musa de mi interior, ávida de sobresaltos.

Lo que realmente oí fueron los pasos de Crumley sobre el limo del suelo de la vieja, limo que le amortiguaba los pasos. Una jaula emitió un sonido de campana metálica; la había tocado. Luego oí que se agachaba a escuchar un viento antiguo que salía de una boca seca y dolorida.

Y lo que oí finalmente fue el sonido del nombre en la pared, susurrado una, dos, tres veces, como si la vieja de los canarios estuviese descifrando los jeroglíficos egipcios, símbolo por símbolo.

Cuando Crumley regresó, llevaba los yunques en el estómago y parecía cansado.

—Abandono este asunto —dijo.

Esperé.

—Hirohito asciende al trono —citó el titular del viejo periódico que acababa de ver en el fondo de la jaula.

—¿Addis-Abeba? —dije.

—¿Fue hace *tanto* tiempo?

—Ahora lo ha visto todo —dije—. ¿Cuál es su conclusión?

—¿A qué conclusión debería llegar?

—¿No lo leyó en su rostro? ¿No lo vio?

—¿Qué?

—Ella es la siguiente.

—¿Cómo?

—Todo está ahí, en sus ojos. Ella sabe lo del hombre que se detiene en el pasillo. El hombre ha subido, pero no ha entrado en su habitación. Ella espera, simplemente, y reza por él. Estoy helado de pies a cabeza y no consigo calentarme.

—Que hayas estado en lo cierto sobre las perforaciones de los billetes de tranvía, y hayas encontrado este sitio, identificando al hombre, no te convierte en el campeón de ouija de la semana. ¿Estás helado? Yo estoy helado. Con tus corazonadas y mis escalofríos no llegaremos muy lejos.

—Si no pone un guardia aquí, pasado mañana estará muerta.

—Si pusiéramos un guardia por cada persona que va a morir antes de pasado mañana, ya no tendríamos policías. ¿Pretendes que vaya a decirle al capitán qué tiene que hacer? Me tiraría escaleras abajo junto con mi placa. Escucha, ella no es nadie. Odio decirlo. Pero así es como funciona la ley. Si fuese alguien, quizá pondríamos...

—Entonces lo haré yo mismo.

—Piensa sobre lo que acabas de decir. En algún momento tendrás que dormir, o comer. No puedes quedarte aquí y lo sabes. En la primera oportunidad en que salgas a buscar un perrito caliente, él, el otro, quien sea, si existe, entrará, la hará estornudar, y adiós. Nunca hubo ningún hombre aquí. No era más que una bola de pelo arrastrada por el viento en la noche. El viejo lo oyó primero. La señora Canario lo oye ahora.

Crumley alzó la mirada hacia la larga, oscura escalera, hacia el lugar sin cantos de pájaros, sin tiempo de primavera en las Rocosas, sin un mal organista tocando para sus minúsculos amigos amarillos en algún año perdido.

—Dame tiempo para pensarlo, chico —dijo.

—¿Y dejar que sea usted el instrumento de un asesinato?

—¡Ya empiezas otra vez! —Crumley abrió la puerta de un tirón y los goznes rechinaron.— ¿Cómo puedo pasar la mitad del tiempo casi apreciándote, y la otra enfadado como los demonios?

—¿Todo eso lo provoco yo? Pero ya se había ido.

**C**rumley no llamó en veinticuatro horas. Apretando los dientes como para reducirlos a polvo, preparé mi Underwood e introduje a Crumley en el carro.

—¡Habla! —escribí.

—¿Cómo puedo... —respondió Crumley, escribiendo desde algún lugar del interior de mi sorprendente máquina—... . pasar la mitad del tiempo casi apreciándote y la otra enfadado como todos los demonios?

Luego la máquina escribió: —Te llamaré el día que muera la vieja de los canarios.

Es obvio que algunos años atrás yo había pegado dos etiquetas adhesivas en la Underwood. Una decía: tabla de ouija oficial. La otra, en grandes letras: **NO EMPIECES.**

No lo hice. Simplemente dejé que la vieja tabla de ouija golpeará y resonara.

—¿Cuándo trabajaremos juntos en este problema? —pregunté.

—¡El problema eres tú! —respondió Crumley en las yemas de mis dedos.

—¿Quiere ser un personaje de mi novela?

—Ya lo soy.

—Entonces, ayúdeme.

—Ni en sueños.

—¡Maldición!

Arranqué la hoja de la máquina.

—pregunté.

Justo entonces sonó mi teléfono privado.

**T**uve la impresión de haber corrido quince kilómetros para llegar allí, pensando.

¡Peg!

Todas las mujeres de mi vida han sido bibliotecarias, profesoras, escritoras o librerías. Peg era al menos tres de esas cosas, pero ahora estaba lejos, y eso me aterraba.

Había pasado todo el verano en México, terminando sus estudios de literatura hispánica, aprendiendo la lengua, viajando en tren con humildes peones, o en autobús con cerdos felices, escribiéndome ardientes cartas de amor desde Tamazunchale, o aburridas desde Acapulco, donde el sol brillaba demasiado y los gigolos brillaban poco, al menos para ella, que frecuentaba a Henry James y conocía íntimamente a Voltaire y a Benjamin Franklin. Llevaba a todos lados una canasta repleta de libros. Yo pensaba a menudo que Peg devoraba a los hermanos Goncourt como emparedados de la hora del té.

Peg.

Una vez por semana, me llamaba desde algún sitio perdido, una aldea o una gran ciudad. Acababa de salir de las catacumbas de momias de Guanajuato, o estaba sin aliento después de descender el Teotihuacán, y escuchábamos el latido de nuestros corazones durante tres cortos minutos, y nos decíamos las mismas tonterías una y otra vez; el tipo de letanía que suena bien no importa cuánto tiempo o con qué frecuencia se diga.

Cada semana, con la llegada de la llamada, el sol resplandecía sobre la cabina telefónica.

Cada semana, cuando la conversación concluía, moría el sol y se alzaba la niebla. Me daban ganas de correr a cubrirme la cabeza con la manta. En cambio, tecleaba malos poemas o escribía una historia sobre una esposa marciana enferma de amor que sueña con un terrestre que cae del cielo para llevársela y es asesinado en el intento.

Peg.

Algunas veces, pobre como estaba, utilizábamos los viejos trucos telefónicos.

La operadora, que llamaba de Ciudad de México, preguntaba por mí.

—¿Quién? —preguntaba yo—. ¿Con quién me dijo? ¡Operadora, hable más alto!

Oía que Peg suspiraba, lejos. Cuantas más tonterías decía, más tiempo estaba yo en la línea.

—Un momento, operadora, por favor, ¿me lo puede repetir?

La operadora repetía mi nombre.

—Espere..., déjeme ver si está aquí. ¿De parte de quién?

Rápidamente, la voz de Peg respondía a tres mil kilómetros de distancia.

—¡Dígale que es de parte de Peg! ¡Peg!

Yo fingía irme y volver.

—No está. Vuelva a llamar en una hora.

—Una hora... —decía Peg haciendo eco.

Clic, buzzz, hum, ya no estaba allí. Peg.

Entré en la cabina de un salto y arranqué el auricular de la horquilla.

—¿Diga? —grité.

Pero no era Peg.

Silencio.

—¿Quién es? —pregunté.

Silencio. Pero alguien estaba allí, no a tres mil kilómetros sino muy cerca. Y la recepción era tan clara que yo alcanzaba a oír el aire que pasaba por las ventanas de la nariz y por la boca de la persona silenciosa que estaba en el otro extremo.

—¿Oiga? —dije.

Silencio. Y el sonido que la espera produce en una línea telefónica. Quienquiera que fuese, tenía la boca abierta, muy cerca del auricular. Un susurro. Un susurro.

Dios mío, pensé, no puede ser un obseso llamándome a una cabina telefónica. ¡La gente no llama a las cabinas telefónicas! Nadie sabe que éste es mi despacho privado.

Silencio. Respiración. Silencio. Respiración.

Juro que una corriente de aire frío susurraba en el auricular y me congelaba la oreja.

—No, gracias —dije.

Y colgué.

Había atravesado la mitad de la calle a paso ligero, con los ojos cerrados, cuando de pronto el teléfono volvió a sonar.

Me detuve en medio de la calle y me volví a mirar el teléfono; tenía miedo de ir a tocarlo, tenía miedo de la respiración.

Pero cuanto más tiempo permanecía allí, exponiéndome a que un coche me atropellara, más sonaba el teléfono como un teléfono funerario que llama desde un cementerio para transmitir un telegrama de malas noticias. Tenía que ir a atenderlo.

—Aún sigue con vida —dijo una voz.

—¿Peg? —grité.

—Cálmate —dijo Elmo Crumley.

Caí contra una de las paredes de la cabina, luchando por recuperar el aliento, aliviado pero enfadado.

—¿Usted llamó hace un momento? —jadeé—. ¿Cómo consiguió este número?

—Todo el mundo en esta maldita ciudad ha oído ese teléfono y te ha visto correr a contestarlo.

—¿Quién sigue con vida?

—La mujer de los canarios. Pasé a verla anoche...

—Eso fue anoche.

—No llamo por eso, maldita sea. Pasa por mi casa a última hora de la tarde. Es posible que entonces te despelleje vivo.

—¿Por qué?

—¿Qué hacías frente a mi casa a las tres de la mañana?

—¿Yo?

—Vale más que tengas una buena coartada, por Dios. No me gusta que me espíen. Estaré en casa alrededor de las cinco. Si te explicas rápido, quizá te ganes una cerveza. Si pestañas, te doy una buena patada en el culo.

—¡Crumley! —grité.

—No faltes. —Y colgó.

Caminé lentamente hacia mi casa.

El teléfono sonó otra vez. ¡Peg!

¿O el hombre de la respiración glacial?

¿O Crumley poniéndose agresivo?

Abrí la puerta de un tirón, entré de un salto, la cerré con fuerza, y luego, con extrema paciencia, coloqué una hoja blanca de Elmo Crumley en la Underwood y lo obligué a que me dijera sólo cosas agradables.

Diez mil toneladas de bruma se abatieron sobre el pueblo, rozaron mis ventanas y entraron por las rendijas de la puerta.

**C**ada vez que un noviembre melancólico y húmedo se asenta en mi alma, sé que ha llegado la hora de alejarme del mar otra vez y cortarme el pelo.

Hay algo en el corte de pelo que aplaca la sangre, serena el corazón y calma los nervios.

Además, aún oía al viejo dando traspies al salir de la morgue, quejándose: «Oh, Dios mío, ¿quién le hizo ese *horrible* corte de pelo?».

Cal, por supuesto, había hecho esa horrible faena. Así que tenía varias razones para visitarlo. Cal, el peor peluquero de Venice, quizá del mundo, pero barato, se anunciaba a través de las mareas de bruma, esperando con sus deslustradas tijeras, blandiendo una maquinilla eléctrica Bumblebee que trastornaba y aturcía a los pobres escritores y los ingenuos clientes que se arriesgaban a entrar.

Cal, pensé. Quítame esta oscuridad.

Corto adelante. Para poder ver.

Corto a los costados. Para poder oír.

Corto atrás. Para poder sentir lo que me trepe por la espalda.

¡Corto!

Pero no fui a ver a Cal, no entonces.

Cuando salí de mi apartamento a la niebla, una columna de grandes elefantes oscuros desfilaba por Windward Avenue. Es decir, una pavana de camiones negros con enormes grúas e imponentes perforadoras en la parte trasera. Marchaban atronando e iban hacia el muelle para demolerlo, o empezar a demolerlo. Hacía meses que circulaban rumores. Y ya había llegado el día. Hoy. O mañana temprano.

Aún faltaba casi todo un día antes de ir a ver a Crumley.

Y Cal no era exactamente el hombre más atractivo del mundo.

Los elefantes avanzaban pesadamente, estremeciendo la calzada, camino a devorar el palacio de la risa y los caballos del carrusel.

Sintiéndome un viejo escritor ruso, locamente enamorado del invierno asesino y la furia de las ventiscas, ¿qué podía hacer sino seguirlos?

**P**ara cuando llegué al muelle, la mitad de los camiones habían entrado en la arena y avanzaban hacia las olas para atrapar la basura que caería por encima de las barandas. Los otros se habían encaminado a China por el paseo de tablonos podridos, cubriéndolos de serrín.

Los seguí, estornudando y recurriendo a mis pañuelos de papel. Tenía que estar acostado en mi casa, con mi catarro, pero no me gustaba la idea de meterme en cama con tantos pensamientos de niebla, de bruma y de lluvia.

Me detuve en medio del muelle, sorprendido por mi propia ceguera, preguntándome por toda la gente que había visto aquí y que nunca había conocido. La mitad de las barracas de juego estaban tapiadas con tablonos de pino recién cortado. Unas cuantas permanecían abiertas, esperando a que entrase el mal tiempo y lanzase los aros o derribase las botellas de leche. Frente a media docena de casillas, los jóvenes que parecían viejos o los viejos que parecían todavía más viejos, observaban los camiones que rugían al final del muelle, preparándose para destruir de golpe y porrazo sesenta años de pasado.

Miré a mi alrededor, advirtiendo que rara vez había visto qué había detrás de las puertas abatidas y las lonas desenrolladas y estropeadas.

Tuve otra vez la impresión de que me seguían y me volví.

Un gran penacho de niebla se acercó a lo largo del muelle, me ignoró, y pasó de largo.

Para lo que valen mis premoniciones.

Allí, a medio camino hacia el mar, había una pequeña casucha oscura. Yo había pasado por delante al menos durante diez años y nunca había visto las cortinas levantadas.

Hoy, por primera vez, las cortinas estaban levantadas.

Miré adentro.

Dios mío, me dije. Ahí hay toda una biblioteca.

Me acerqué lentamente, preguntándome cuántas bibliotecas similares habría ocultas en el muelle o en los viejos callejones de Venice.

De pie frente a la ventana, evoqué las noches en que había visto una luz detrás de la cortina y la sombra de una mano que pasaba las páginas de un libro invisible, y en las que había oído una voz que susurraba palabras, declamaba poesías, filosofaba en un oscuro universo. Siempre me había hecho pensar en un escritor que reflexionaba en voz alta o un actor que se deslizaba cuesta abajo hacia un repertorio fantasma. Un Lear con dos hijas perversas de más, y sólo la mitad de ingenio.

Pero hoy, en plena tarde, las cortinas estaban levantadas. En el interior, una pequeña luz ardía aún en un cuarto en el que alcancé a ver un escritorio, una silla y un diván de cuero anticuado y enorme. En torno al sofá, a los lados, amontonándose hacia el techo, se alzaban riscos, torres y parapetos de libros. Había al menos mil libros, apiñados y apilados hasta el techo.

Retrocedí un paso y leí las inscripciones que había visto alrededor y en el dintel de la puerta.

tarot. Pero los caracteres estaban borrosos.

La línea siguiente decía quiromancia.

La tercera, en letra de imprenta: frenología.

Más abajo, análisis de escritura.

A un lado, hipnosis.

Me acerqué más a la puerta, porque había una pequeñísima tarjeta de visita clavada justo encima del pomo.

Leí el nombre del dueño de casa:

*A. L. Shrank.*

Debajo del nombre, a lápiz, pero no tan borrosas como *se venden canarios*, estas palabras:

*Psicólogo practicante.*

Un nombre seis veces amenazador.

Pegué la oreja a la puerta y escuché.

Allí dentro, entre precipicios de estanterías de libros polvorientos, ¿oí que Sigmund Freud murmuraba que un pene sólo es un pene, mientras que un buen cigarro es el placer de fumar un cigarro? ¿A Hamlet muriendo y llevándose a todos consigo? ¿A Virginia Woolf, ahogada como Ofelia, puesta a secar en el sofá, contando su triste historia? ¿Cartas de tarot barajadas? ¿Cabezas palpadas como melones? ¿Plumas garrapateando?

Echemos un vistazo, me dije.

Una vez más miré por la ventana, pero lo único que vi fue el diván vacío, y en medio del diván el contorno de muchos cuerpos. Era la única cama. De noche, A. L. Shrank dormía allí. ¿Durante el día se acostaba allí una gente extraña, aferrándose a sus propias entrañas como si fueran de vidrio roto? No lo podía creer.

Pero lo que me fascinaba eran los libros. No sólo desbordaban las estanterías; llenaban también la bañera, que podía ver a medias por una puerta lateral. No había cocina. Si no, la nevera hubiera estado repleta, sin duda, de copias de *Peary en el Polo Norte* o *Byrd solo en la Antártida*. Obviamente A. L. Shrank se bañaba en el

mar, como muchos otros aquí, y se banqueteaba en Herman's Hot-dogs, un poco más abajo.

Pero lo sorprendente no era tanto la presencia de novecientos o mil libros como sus títulos y sus temas, increíblemente oscuros, siniestros, horribles.

Sobre las estanterías más altas, en una perpetua medianoche, descansaba el lóbrego Thomas Hardy junto a *Decadencia y caída del Imperio Romano*, que se apoyaba sobre el temible Nietzsche y el desesperado Schopenhauer, que a su vez colindaba con *La anatomía de la melancolía*, Edgar Allan Poe, Mary Shelley, Freud, las tragedias de Shakespeare (ninguna comedia a la vista), el marqués de Sade, Thomas De Quincey, el *Mein Kampf* de Hitler, *La decadencia de Occidente* de Spengler, etcétera...

Allí estaba Eugene O'Neill. Oscar Wilde, pero sólo el triste texto que escribió en la prisión, y nada de delicuescencias lilas o risas de color de genciana. Genghis Khan y Mussolini se sostenían mutuamente. Libros con títulos como *El suicidio como respuesta*, *La noche oscura de Hamlet* o *Lemmings en el mar* descansaban como nieve en la estantería más alta. En el suelo yacían *La Segunda Guerra Mundial y Krakatoa, la explosión que dio la vuelta al mundo* junto a *India hambrienta* y *Nace el sol rojo*.

Si uno recorre con la mirada estos libros, y se entretiene con ellos, y vuelve a echar un vistazo, incrédulo, sólo cabe hacer una cosa. Como en una mala versión cinematográfica de *El luto le sienta bien a Electra*, donde un suicidio sucede a otro, un asesinato corona otro asesinato y el incesto sigue al incesto, donde después de las manzanas envenenadas viene el chantaje, y la gente rueda escaleras abajo o pisa ampollas de estricnina, uno termina por resoplar, inclinar la cabeza hacia atrás y...

¡Echar a reír!

—¿Qué es tan gracioso? —dijo alguien a mis espaldas.

Me volví.

—Pregunté, ¿qué es tan gracioso?

El rostro largo y pálido estaba a unos quince centímetros de la punta de mi nariz.

El hombre que dormía en aquel diván de psicoanálisis.

El dueño de todos esos libros del fin del mundo.

a. l. shrank.

—¿Y bien? —dijo.

a biblioteca! —balbuceé.

A. L. Shrank aguardaba, tenía los ojos encolerizados.

Por fortuna estornudé, lo que me borró la risa y me permitió cubrir mi confusión con un pañuelo de papel.

—Perdóneme, perdone —dije—. Es que yo sólo tengo catorce libros. No hay muchas oportunidades de ver la Biblioteca Pública de Nueva York trasladada al puerto de Venecia.

Las llamas se extinguieron en los ojos de zorro, amarillos y diminutos, de A. L.

Shrank. Encogió los hombros filiformes. Abrió las manos pequeñas. Mi cumplido hizo que mirara por su propia ventana como un extraño, boquiabierto.

—Pues sí —murmuró, asombrado—, sí, todos son míos.

Yo bajaba los ojos mirando a un hombre que no medía más de un metro sesenta, quizá menos sin zapatos. Sentí la terrible urgencia de comprobar si llevaba tacones altos, pero él ni siquiera se daba cuenta de que yo lo miraba, tan orgulloso estaba de la proliferación de animales literarios que infestaban las oscuras estanterías.

—Tengo cinco mil novecientos diez libros —anunció.

—¿Está seguro de que no son cinco mil novecientos *once*?

Miró muy cuidadosamente la biblioteca dentro de la casa, y dijo, con voz fría: —¿Por qué se ríe?

—Los títulos...

—¿Los títulos? —Se acercó más a la ventana e inspeccionó las estanterías en busca de algún alegre traidor entre todos esos libros asesinos.

—Y bien —dije sin convicción—, ¿no hay veranos, ni períodos de buen tiempo, ni vientos favorables en su biblioteca? ¿No tiene ningún libro alegre, ningún hallazgo feliz como *Días de sol en la aldea* de Leacock? ¿*En el viejo verano*? ¿*Risas de junio*?

—¡No! —Shrank se puso de puntillas para decirlo, se dio cuenta, y se dejó caer. — No...

—¿Y Huck Finn, Tres hombres en un bote, Qué verde era mi padre? ¿Los papeles de Pickwick? ¿*Robert Benchley*? ¿*James Thurber*? ¿*S. J. Perelman*...?

Ametrallaba los títulos. Shrank me escuchaba y casi reulaba ante mi declamación jubilosa. Me dejaba continuar.

—¿Y El libro de chistes de Savonarola o Las graciosas ocurrencias de Jack el Destripador... ? —*me interrumpí*.

A. L. Shrank no era más que sombra y hielo, volviéndose.

—Lo siento —dije, y era cierto—. Lo que de verdad me gustaría hacer es venir un día a curiosear sus libros. Es decir, si no le molesta.

A. L. Shrank evaluó mi disculpa, se convenció de que me había arrepentido, y fue a golpear la puerta de entrada de la tienda. La puerta se abrió con un leve gemido. Se volvió para examinarme con unos minúsculos ojos de color ambarino, los delgados dedos crispándose en los flancos.

—¿Por qué no ahora? —dijo.

—No puedo. Más adelante, señor...

—Shrank. A. L. Shrank. Psicólogo consejero. No, no Shrank como podría pensar, como un psiquiatra. Simplemente Shrank, médico de campaña de criaturas perdidas.

Imitaba mi burla. Me miraba con una delgada sonrisa que era un débil duplicado de la mía. Sentí que esa sonrisa desaparecería si yo, a la vez, cerraba la boca. Miré por encima de él.

—¿Cómo ha puesto ahí ese viejo cartel del tarot? ¿Y los de frenología e

hipnosis...?

—Olvida el cartel de análisis de escritura. Y el que menciona la numerología está justo en la entrada. Permítame que lo invite...

Avancé, pero me detuve.

—Venga —dijo A. L. Shrank—. Entre —dijo, sonriendo de verdad esta vez; pero era la sonrisa de un pez, no la de un perro—. Pase.

Con cada una de sus amables órdenes yo avanzaba unos centímetros, la mirada puesta con visible ironía en el cartel de hipnotismo encima de la cabeza del hombrecillo. El señor Shrank no parpadeaba.

—Venga —dijo señalando con la cabeza la biblioteca, pero sin mirarla.

La invitación me pareció irresistible, a pesar de los accidentes de coche, los dirigibles en llamas, las explosiones de minas y las dilapidaciones mentales que había en aquellos libros.

—Bueno —dije.

Momento en el que todo el muelle se sacudió. Allá al final, en la niebla, una enorme criatura había golpeado el muelle. Fue como si una ballena hubiese chocado con un buque, o como si el *QueenMary* estuviera abriéndose paso entre los antiguos pilotes. Las grandes bestias de acero, ocultas, empezaban a arrancar las planchas de madera.

Las vibraciones golpearon los tablones y subieron por mi cuerpo y el de Shrank, con traqueteos de mortalidad y ruina, sacudiéndonos los huesos. Ambos volvimos la cabeza intentando ver a través de la niebla la devastación en algún lugar de más allá. Los poderosos golpes me apartaron unos centímetros de la puerta. Los titánicos embates estremecieron y conmovieron a A. L. Shrank, de pie en el umbral, como si fuera un pálido juguete. En la palidez del rostro le floreció una nueva palidez. Parecía un hombre aterrado por un terremoto o por una enorme ola que embiste el muelle. Una y otra vez las grandes máquinas martilleaban y machacaban en la niebla, a una centena de metros, y creí ver que unas grietas invisibles aparecían en la frente y las mejillas lechosas de A. L. Shrank. ¡Había comenzado la guerra! Pronto los tanques oscuros avanzarían pesadamente a lo largo del muelle, destruyéndolo todo, una marea de emigrados de feria correría delante de los tanques hacia tierra firme, y A. L. Shrank pronto estaría entre ellos, cuando le echaran abajo la casa de oscuros naipes de tarot.

Era mi oportunidad de escapar, pero no la aproveché.

La mirada de Shrank había vuelto a mí, como si yo pudiera salvarlo de la invasión inminente. Dentro de un instante, quizá, me cogería por el codo, sosteniéndose.

El muelle se sacudió. Cerré los ojos.

Creí oír la llamada de mi teléfono secreto. Casi grité: «¡Mi teléfono! ¡Es para mí!».

Pero me salvó una marea de hombres y mujeres, y unos pocos niños, que se precipitaban en dirección contraria, no hacia tierra firme sino hacia el final del

muelle. Un hombre alto de capa negra y sombrero a lo G. K. Chesterton encabezaba la marcha.

—¡Última vuelta, último día, última vez! —gritaba el hombre—. ¡Última oportunidad! ¡Vamos!

—Shapeshade —murmuró A. L. Shrank.

Y por cierto era él. Shapeshade, el único propietario y administrador del viejo cine de Venecia al pie del muelle, cine que sería pisoteado y transformado en puré de celuloide durante la semana.

—¡Por aquí! —La voz de Shapeshade brotaba de la niebla.

Miré a A. L. Shrank.

Se encogió de hombros y asintió, dándome permiso.

Corrí hacia la niebla.

**L**os traqueteos y chirridos largos y temblorosos, el leve estruendo y el bramido ascendentes, como algún enorme robot centípedo que trepa la ladera de una pesadilla, se detiene brevemente en la cima para cobrar aliento, y luego rueda cuesta abajo en una espiral de chillidos, de avalanchas, de rugidos estruendosos, de gritos, de alaridos humanos, y ya en el abismo ataca una nueva colina, más rápido esta vez, una nueva cuesta ascendente, elevándose más y más antes de caer en la histeria.

La montaña rusa.

Permanecí de pie, mirándola a través de la bruma.

Una hora después, decían, estaría muerta.

Había sido parte de mi vida, desde siempre. La mayoría de las noches uno podía oír desde aquí a la gente que reía y gritaba mientras remontaban las alturas de la así llamada existencia y se precipitaban de cabeza a una imaginaria perdición.

Así que esta vuelta a la caída de la tarde iba a ser la última, justo antes de que los dinamiteros pusieran los explosivos en las patas del dinosaurio y lo hicieran caer de rodillas.

—¡Sube! —gritó un chico—. ¡Es gratis!

—Aunque sea gratis, siempre me pareció una tortura —dije.

—Eh, miren quién está en el asiento de enfrente —exclamó alguien—. ¡Y detrás!

Allí estaba el señor Shapeshade, encasquetándose el enorme sombrero negro hasta las orejas y riendo. Detrás de él estaba Annie Oakley, la dama del rifle.

Detrás de ella iba sentado el hombre que administraba el palacio de la risa; junto a él, la anciana que movía la máquina de algodón de azúcar y vendía una ilusión que se deshacía en la boca y lo dejaba a uno hambriento mucho antes que la comida china.

Más atrás estaba el equipo de «Derribe una botella de leche» y «Lance un aro», y todos parecían estar posando para una foto pasaporte a la eternidad.

Sólo el señor Shapeshade, el conductor, parecía contento.

—Como decía el capitán Ahab, ¡no sean cobardes! —gritó.

Me sentí un borrego.

Dejé que el hombre que recogía los billetes me ayudase a subir al último carro, el de los cobardes.

—¿Es la primera vez? —rió.

—Y la última.

—¿Preparados para chillar?

—¿Por qué no? —gritó Shapeshade.

Déjenme salir, pensé. ¡Moriremos todos!

—Y ahora... —exclamó el hombre de los billetes—... . ¡la nada!

El ascenso fue un paraíso y el descenso un infierno.

Tuve la horrible impresión de que echaban abajo las patas de la montaña rusa mientras descendíamos.

Eché un vistazo a mi alrededor. A. L. Shrank estaba de pie en el muelle, los ojos elevados hacia nosotros, los lunáticos que voluntariamente nos habíamos embarcado en el *Titanic*. A. L. Shrank retrocedió y desapareció en la niebla.

Pero ya subíamos otra vez. Todos gritaban. Yo gritaba. Dios, pensé, ¡parece que gritáramos de veras!

**C**uando aquello acabó, los participantes se dispersaron en la niebla, frotándose los ojos, apoyándose unos a otros.

El señor Shapeshade se quedó a mi lado mientras los dinamiteros corrían a sujetar los explosivos a las vigas y puntales del gigante.

—¿Te vas a quedar a mirar? —me preguntó el señor Shapeshade en voz baja.

—No creo que lo soporte —dije—. Una vez vi una película donde disparaban a un elefante. Me dolió mucho ver cómo se desplomaba y rodaba por tierra. Fue como ver que alguien bombardeaba la cúpula de San Pedro. Quería matar a los cazadores. No, gracias.

De todos modos, un hombre con una bandera nos indicaba que retrocediéramos.

Shapeshade y yo nos alejamos en la niebla. Me apretó el codo, como un buen tío centroeuropeo que aconseja a su sobrino favorito.

—Esta noche. Nada de explosiones. Nada de destrucciones. Sólo alegría. Diversión. Los viejos y buenos tiempos. Mi cine. Quizás esta noche sea nuestra última función de cine. Quizá mañana. Por nada. Gratis. Mi querido muchacho, no dejes de venir.

Me abrazó y se internó en la niebla como un gran remolcador oscuro.

Al pasar frente a la casa de A. L. Shrank vi que la puerta seguía abierta. Pero no entré.

Quería correr, llamar a cobro revertido desde mi teléfono en el puesto de gasolina, pero temía que tres mil kilómetros de silencio me respondiesen con un susurro de

muertes en calles soleadas, de carnes rojas colgadas en las vitrinas de las carnicerías, y de una soledad tan vasta como una herida abierta.

Me habían salido unas cuantas canas. Mi pelo había crecido tres centímetros. Cal, pensé. Querido y terrible peluquero... allá voy.

**L**a peluquería de Cal estaba delante del ayuntamiento y junto a una casa de empeño donde las moscas pendían como trapezistas muertos de cintas de papel engomado que llevaban diez años en las vitrinas, y donde hombres y mujeres de la cárcel del otro lado de la calle entraban como sombras y salían como ropas deshabitadas. Y en la casa de al lado había una pequeña abacería familiar, pero los padres se habían ido y el hijo se pasaba el día sentado en la vitrina, vendía quizás una lata de sopa y tomaba apuestas telefónicas para las carreras de caballos.

La peluquería, aunque tenía unas cuantas moscas muertas que no llevaban más de diez días en el mostrador, al menos Cal la limpiaba y lavaba a fondo una vez al mes. Cal, que llevaba el negocio con tijeras bien aceitadas, codos sin aceitar y chismes de menta en la boca rosada, se comportaba como si administrase un criadero de abejas y temiera no poder dominarlo. Lidiaba con aquel gran insecto plateado y torpe alrededor de las orejas de uno, hasta que de pronto el insecto se detenía, mordía, enredado en el pelo, y Cal lo insultaba y lo arrancaba de un tirón como si estuviese extrayendo una muela.

Lo cual, junto a los motivos económicos, explica por qué me cortaba el pelo sólo dos veces al año.

Dos veces al año además porque, más que cualquier otro peluquero del mundo, Cal parloteaba, vaporizaba, engominaba, aporreaba, aconsejaba y murmuraba, y acababa con uno. Cualquier tema: él lo sabía todo, por delante, por los lados, por detrás, y mientras explicaba al mundo la estúpida teoría de Einstein, se detenía de pronto, cerraba un ojo, inclinaba la cabeza, y hacía la Gran Pregunta para la que nunca había Buena Respuesta.

—Eh, ¿alguna vez te conté acerca de mí y el viejo Scott Joplin? Ah, el viejo Scott y yo, Dios Santo, ¡escucha! Aquel día de 1915 cuando me enseñó a tocar *Maple Leaf Rag*. Deja que te cuente.

Había un retrato de Scott Joplin en la pared, firmado con tinta varios siglos atrás y cada día más pálido como el mensaje de la mujer de los canarios. En aquella foto un Cal muy joven estaba sentado en un taburete de piano, e inclinado sobre él estaba Joplin, las grandes manos negras cubriendo las manitas del chico feliz.

Allí estaba ese chico alegre, para siempre colgado en la pared, capturado por la película, encorvado para alcanzar las teclas del piano, dispuesto a saltar a la vida, al mundo, al universo, a devorarlo todo. La expresión del muchacho me partía el corazón. De modo que no la miraba con frecuencia. Ya era bastante doloroso ver cómo Cal la miraba, juntaba saliva para hacer la antiquísima Gran Pregunta, y sin que

nadie se lo pidiera, precipitarse al piano para deshojar el *rag* de la hoja de arce.

Cal.

Cal parecía un vaquero que ahora cabalgaba en sillas de peluquería. Imaginaos a los vaqueros téjanos, flacos, de rostros curtidos, siempre bronceados, durmiendo con los Stetson pegados para siempre a la cabeza, duchándose con los malditos sombreros puestos. Así era Cal, girando alrededor del enemigo, del cliente, arma en mano, devorando el pelo, reduciendo patillas, escuchando las tijeras, admirando los armónicos eléctricos de la máquina de afeitar, hablando, hablando, mientras yo lo imaginaba como un vaquero desnudo que bailaba alrededor de mi sillón, el Stetson encajado hasta las orejas, anhelando fervientemente precipitarse al piano y acariciar su sonrisa.

A veces yo fingía no darme cuenta mientras Cal echaba miradas enloquecidas y amorosas, una y otra vez, a las expectantes teclas negras y blancas, blancas y negras. Pero yo soltaba un gran suspiro masoquista y exclamaba:

—Está bien, Cal. Ve.

Y Cal iba.

Galvanizado, cruzaba la habitación bamboleándose como un vaquero, multiplicado por dos, el del espejo más rápido y brillante que el original, y levantaba de un tirón la tapa del piano para mostrar toda aquella dentadura amarilla que moría de ganas de que le arrancasen su música.

—Escucha esto, hijo. ¿Alguna vez has oído, alguna vez, alguna vez en tu vida, has oído algo... así?

—No, Cal —decía yo, sentado en la butaca, la cabeza devastada a medias—. No —decía honestamente—, nunca.

**D** los míos —exclamó el viejo saliendo de la morgue por última vez en mi cabeza—, ¿quién le hizo ese *horrible* corte de pelo?

Vi a la parte culpable de pie en la vitrina de la peluquería, observando la niebla, parecido a esas gentes en cuartos o en cafés vacíos, o qn esquinas de calles en los cuadros de Hopper.

Cal.

Tuve que obligarme a abrir la puerta y entrar, cautelosamente, la cabeza gacha.

Por todas partes había volutas de pelo, castaño, negro y gris.

—¡Hola! —dije, con falsa jovialidad—. ¡Parece que has tenido un buen día!

—Sabes —dijo Cal, mirando la calle—, ese pelo está ahí desde hace cinco o seis semanas. No hay nadie en su sano juicio que atravesase ese umbral, excepto vagabundos, y no es tu caso, y locos, y no es tu caso, o calvos, y no es tampoco tu caso, para preguntar cómo se llega al manicomio. Y también viene gente pobre, y éste sí es tu caso, así que ve a sentarte y prepárate para que te electrocute: la maldita maquinilla no funciona desde hace dos meses, y aún no he tenido tiempo para hacerla

arreglar. Siéntate.

Obedeciendo a mi verdugo, salté hacia adelante, me senté y contemplé los mechones de pelo esparcidos en el suelo, símbolos de un pasado silencioso que quizá significara algo, pero que no decía nada. Incluso mirándolos de soslayo no pude distinguir formas extrañas o signos premonitorios a corto plazo.

Finalmente Cal se volvió, vadeó aquel desolado océano de baldosas y pelos, y dejó que sus manos cogieran ellas mismas el peine y las tijeras. Vaciló detrás de mí, como un verdugo entristecido por tener que cortar la cabeza de un joven rey.

Me preguntó qué corto lo quería, o qué arruinado lo quería, piénsatelo bien, pero yo estaba ocupado mirando a través del enceguecedor vacío ártico de la peluquería el...

El piano de Cal.

Por primera vez en quince años estaba cubierto. La sonrisa oriental gris amarillenta era invisible bajo una blanca sábana mortuoria.

—Cal. —Yo tenía la mirada clavada en la sábana. Había olvidado, por un momento, al viejo de la taquilla de Venecia, tendido y frío, con un horrible corte de pelo.— Cal —dije—, ¿cómo es que no estás deshojando el viejo rag?

Cal dejó que las tijeras hicieran clic-clic y luego otra vez clic-clic alrededor de mi cuello.

—¿Cal? —dije—. ¿Te pasa algo?

—¿Cuándo deja uno de morir? —preguntó Cal desde muy lejos.

Y ahora el abejorro zumbaba y me picoteaba las orejas y hacía que el familiar escalofrío bajara a lo largo de mi columna vertebral; luego Cal se dedicó a desbrozar con sus torpes tijeras como si estuviese segando un revuelto campo de trigo, maldiciendo a media voz. Advertí un ligero olor a whisky, pero mantuve la mirada fija frente a mí.

—¿Cal? —dije.

—Muerte. No..., quiero decir mierda.

Dejó las tijeras, el peine y el plateado abejorro muerto en el estante y atravesó bamboleándose el océano de pelos viejos y arrancó la sábana del piano, que sonrió como una gran forma estúpida mientras él se sentaba y posaba las manos como pinceles blandos sobre las teclas, preparados para pintar Dios sabe qué.

Lo que salió fue como una dentadura rota en una mandíbula destrozada.

—Maldita sea. Demonios. Mierda. Solía hacerlo, podía sacarle el alma a esa cosa que Scott me había enseñado, el viejo Scott... Scott.

Se le apagó la voz.

Había alzado los ojos hacia la pared, sobre el piano. Volvió la cabeza cuando advirtió que yo lo estaba mirando, pero era demasiado tarde.

Por primera vez en veinte años, el retrato de Scott Joplin no estaba allí.

Me incliné hacia adelante en el sillón, boquiabierto.

Cal se obligó a echar otra vez la sábana sobre la sonrisa, y volver, como un

hombre que llora su propio funeral, a colocarse junto a mi sillón blandiendo de nuevo los instrumentos de tortura.

—Scott Joplin, noventa y siete. Cal el peluquero, cero —dijo, describiendo un partido perdido.

Pasó los dedos temblorosos por encima de mi cabeza.

—Dios mío, mira lo que te he hecho. Dios Santo, qué corte asqueroso, y ni siquiera voy por la mitad. Tendría que pagarte por todos estos años que te he hecho andar por allí como un airedale sarnoso. Además, deja que te cuente lo que le hice a un cliente hace tres días. Es horrible. Lo dejé tan mal al pobre hijo de puta que no me extrañaría que alguien lo hubiese matado para librarlo de esa desgracia.

Me incliné nuevamente, pero Cal hizo que me sentara.

—Tendría que suministrar novocaína, pero no. A propósito de ese tipo, ¡escucha!

—Estoy escuchando, Cal —dije, pues para eso estaba allí.

—Estaba sentado aquí, exactamente donde estás tú —dijo Cal—. Aquí mismo, sentado como tú, se miró en el espejo y dijo «Voy a tirar la casa por la ventana». Eso es lo que dijo. «Cal, voy a tirar la casa por la ventana. Es la noche más importante de mi vida», dijo. «En el salón de baile de Myron, en el centro de Los Ángeles. Hace años que no voy. Me llamaron, me dijeron que gané el gran premio. ¿Qué premio?, les pregunté. El anciano más importante de Venice, me dijeron. ¿Y eso es motivo para celebrar?, les pregunté. Cállese y póngase guapo, me dijeron. Así que aquí estoy, Cal. Corto a los lados pero sin dejarme como una bola de billar. Y un poco de esa loción Tiger Tonic». Corté hasta donde el diablo no hubiera llegado. Le ahorré al viejo dos años de pelo tupido y blanco como la nieve eterna. Lo bañé con la loción hasta que las pulgas huyeron. Lo devolví contento, dejando atrás sus últimos dos dólares, no me extrañaría. Sentado justo donde estás tú... Y ahora está muerto —concluyó Cal.

—¡Muerto! —casi grité.

—Alguien lo encontró en la jaula de un león, bajo las aguas del canal. Muerto... —Alguien —dije. Pero no añadí: ¡yo!

—Supongo que el viejo nunca había bebido champagne, o al menos hacía tiempo que no lo bebía. Se emborrachó y cayó. Tiraré la casa por la ventana, me dijo. Da qué pensar, ¿no? Pudiste haber sido tú o yo, en el fondo de ese canal, exactamente lo mismo, y ahora, maldita sea, está solo para siempre. ¿No da qué pensar? Eh, chico, no te ves bien. Hablo demasiado, ¿no?

—¿Te dijo quién lo iba a recoger, y cómo, y cuándo y por qué? —dije.

—Nada extraordinario, por lo que entendí. Alguien iba a venir en el Tren de Cercanías de Venecia, lo recogería y lo llevaría al salón de baile de Myron. ¿Alguna vez has cogido el tren un sábado a la una de la mañana? Viejas y viejos amontonándose en la salida de Myron's, envueltos en pieles con olor a naftalina y en esmoquines enmohecidos, apestando a perfume Ben Hur y a cigarrillos de cinco centavos, contentos de no haberse roto una pierna en la pista de baile; cabezas calvas y sudorosas, maquillajes corridos, y pieles de zorro que empiezan a arruinarse... Una

vez fui, eché un vistazo a mi alrededor y salí. Tenía la impresión de que el tren se detendría en el cementerio de Rose Lawn, a medio camino del mar, para que descendiera la mitad de esa gente. No, muchas gracias. Hablo demasiado, ¿no? Dime si lo hago... De todos modos —continuó— está muerto y enterrado, y lo peor es que va a pasar los próximos mil años en el fondo de una tumba preguntándose quién diablos le hizo ese último y horrible corte de pelo, y la respuesta es yo... De modo que ha sido una de esas semanas imposibles. Gente con malos cortes de pelo desaparece, terminan ahogados, y al fin comprendo que mis malditas manos no sirven para nada y...

—¿No sabes quién recogió al viejo para llevarlo al baile?

—¿Quién sabe? ¿A quién le importa? El viejo me dijo que quienquiera que fuese quedó en encontrarse con él frente al cine a las siete, ver parte del espectáculo, cenar en el Modesti's, el último café del muelle todavía abierto, no está mal, ¿no?, y bajar al salón de baile al centro de Venecia. Para bailar un vals expeditivo con una doncella de noventa y nueve años, qué noche, ¿eh? Y luego regresar a dormir, ¡para siempre! Pero, ¿por qué te interesas por todo esto, muchacho? Tú...

Sonó el teléfono.

Cal lo miró, el rostro pálido.

El teléfono sonó tres veces.

—¿No vas a contestar, Cal? —dije.

Cal lo miraba como yo miraba mi teléfono del puesto de gasolina, con tres mil kilómetros de silencio y una respiración pesada en medio. Sacudió la cabeza.

—¿Por qué he de contestar un teléfono que sólo me va a dar malas noticias? —dijo.

—Hay días en que uno tiene esa impresión —dije.

Me quité la bata de alrededor del cuello, poco a poco, y me levanté.

Automáticamente, la mano de Cal se extendió para recibir el dinero. Cuando se vio la palma, maldijo y dejó caer la mano, se volvió y golpeó la caja registradora.

Saltó la señal, cero.

Me miré en el espejo y casi ladré como una foca ante lo que vi.

—Magnífico corte, Cal —dije.

—Fuera de aquí.

Saliendo, alcé la mano para tocar el lugar donde había colgado la foto de Scott Joplin, donde estaba tocando unas cosas formidables con manos como dos racimos de grandes plátanos negros.

Si Cal lo advirtió, no lo dijo.

Me fui resbalando sobre pelos viejos.

**C**aminé hasta encontrar el sol y la casa de Crumley, hundida entre hierbas altas.

Permanecí afuera.

Crumley advirtió sin duda que yo estaba allí. Abrió la puerta de un tirón y dijo: — ¿Lo estás haciendo otra vez?

—Nunca lo hice. No me dedico a asustar gente a las tres de la mañana —dije.

Crumley se miró la mano izquierda y me la tendió.

Había un pequeño grumo de algas verdes y aceitosas en la palma, con la marca de unos dedos.

Extendí la mano, como si me dispusiera a mostrar el as de triunfo, y abrí el puño.

En mi palma yacía una idéntica masa de algas, más seca y frágil.

La mirada de Crumley pasó de nuestras manos a mis ojos, mi frente, mis mejillas, mi mentón. Suspiró.

—Tartas de albaricoque, calabazas de Halloween, tomates caseros, los últimos melocotones del verano, el hijo californiano de Papá Noel, te pareces a todo eso. Con una cara así, ¿cómo puedo culparte?

Dejó caer las manos y se hizo a un lado.

—Te gusta la cerveza, ¿no?

—No mucho —dije.

—¿Prefieres que te prepare un chocolate malteado?

—¿Puede ser?

—No, maldita sea. Beberás cerveza y te gustará. Es por aquí. —Se alejó, sacudiendo la cabeza, y yo entré y cerré la puerta; me sentía como un estudiante de bachillerato visitando a un maestro de parvulario.

Crumley estaba de pie junto a la ventana del vestíbulo, mirando el sendero de tierra batida por el que yo había pasado hacía un momento.

—Las tres, Dios Santo —murmuró—. Las tres. Justo enfrente. Oí a alguien que se lamentaba, ¿qué crees? Que lloraba. Me puso la piel de gallina. Parecía una mujer fantasma. Mierda. Déjame mirarte la cara otra vez.

Le mostré la cara.

—Dios —dijo—, ¿siempre te sonrojas con tanta facilidad?

—No puedo evitarlo.

—Joder, podrías masacrar media aldea hindú, y seguir pareciéndote a Pedro el Conejo. ¿De qué estás hecho?

—De barras de chocolate. Y guardo helados de seis sabores distintos en el congelador, cuando me lo puedo permitir.

—Apuesto a que los compras en lugar de pan.

Quise decirle que no, pero él hubiera notado la mentira.

—Toma asiento. ¿Qué cerveza te gusta menos? Tengo una Budweiser, que es horrible, una Budweiser que es espantosa, y Bud, que es la peor. Escoge la que quieras. No, nada de «me da igual» conmigo. —Fue hacia la cocina a grandes trancos y regresó con dos latas.— Aún queda un poco de sol. Vamos afuera.

Me llevó al patio trasero.

**U**na vez en el jardín de Crumley, yo no podía creerlo.  
—¿Por qué no? —Me había hecho salir por la puerta de atrás de la casa y estábamos ahora en un ambiente verde, delicioso, en el que había miles de plantas, hiedras, papiros, aves del paraíso, cactus. Crumley rebotaba de satisfacción.— Allí tengo seis docenas de especies distintas de epifilos, lo que ves junto a la cerca es maíz de Iowa, éste es un ciruelo, ése un albaricoque y aquel otro un naranjo. ¿Quieres saber por qué?

—Todo el mundo necesita dos, tres trabajos —dije, sin vacilar—. Uno solo no es suficiente, así como una sola vida no basta. Yo quisiera tener una decena de trabajos y vidas.

—Exactamente. Los médicos tendrían que hacer de sepultureros. Los sepultureros tendrían que cuidar a los niños, una vez a la semana. Los filósofos tendrían que lavar platos en un bar grasiento dos de cada diez noches. Los matemáticos tendrían que soplar silbatos en los gimnasios de los colegios. Los poetas tendrían que conducir camiones para variar el menú, y los detectives...

—Tendrían que vigilar y administrar el jardín del Edén —dije a media voz.

—Por Dios. —Crumley rió y sacudió la cabeza, y miró las algas verdes que amasaba en la palma.— Eres un maldito sabelotodo. ¿Crees que me conoces? ¡Sorpresa! —Se agachó y movió una válvula de jardín.— ¡Escucha! ¡Psst!

Una lluvia suave brotó como florescencias luminosas esparciéndose sobre todo el Edén en susurros que decían: Despacio. Calma. Serenidad. Quédate. Vive eternamente.

Sentí que todos los huesos se me encogían en el cuerpo. Algo que parecía una piel oscura se me desprendió de la espalda.

Crumley inclinó la cabeza, estudiándome el rostro.

—¿Y bien?

Me encogí de hombros. —Ve tanta porquería cada semana, que necesita esto.

—El problema es que los muchachos de la comisaría nunca intentarían nada parecido. Triste, ¿eh? ¿Ser sólo un poli y nada más, para siempre? Dios, antes morir. ¿Sabes qué? Ojalá pudiera traer aquí toda la porquería que veo cada semana, y utilizarla como abono. ¡Qué rosas haría crecer!

—O qué plantas carnívoras —dije.

Lo pensó un rato, y asintió. —Te has ganado una cerveza.

Me condujo a la cocina y me quedé mirando la floresta bañada por la lluvia, aspirando profundamente el aire fresco, pero incapaz de olerlo, a causa de mi catarro.

—Hace años que paso por aquí —dije—. Y que me pregunto quién es capaz de vivir detrás de semejante bosque doméstico. Ahora que lo conozco, sé que sólo *podía* ser usted.

Crumley tuvo que hacer un esfuerzo para no tirarse al suelo y retorcerse de alegría ante el cumplido. Se dominó y abrió dos cervezas verdaderamente horribles;

logré beber un sorbo de una de ellas.

—¿Tienes que poner esa cara? —preguntó—. ¿De *verdad* te gustan más los malteados?

—Sí. —Bebí un sorbo más largo, que me dio coraje para preguntar:— Un momento. ¿Qué hago aquí? ¿Me pidió que viniera por esas algas que encontré frente a la casa? Pues aquí estoy, admirando la selva y bebiendo una mala cerveza. ¿Ya no soy sospechoso?

—Oh, por el amor de Dios. —Crumley sorbió un largo trago y me miró con sorpresa.— Si hubiese creído que eras un domador de leones enloquecido, hace dos días que estarías en la cárcel. ¿Crees que no sé todo acerca de ti?

—No hay mucho que saber —dije avergonzado.

—Ah, ¿no? Escucha. —Crumley bebió otro sorbo, cerró los ojos y leyó la información en el interior de los párpados.— A una manzana de tu casa hay una licorería, y una heladería, y, al lado, una abacería china. Todos piensan que estás loco. Te llaman el Loco, el Chalado, a veces. Hablas mucho y en voz alta. Ellos te oyen. Cada vez que vendes un cuento a *Weird Tales* o *Astonisbing Stories*, todos los del muelle se enteran pues abres la ventana y te pones a gritar. Santo Dios. Pero el fondo del asunto, muchacho, es que les caes bien. No tienes futuro, claro, en eso están todos de acuerdo, porque, ¿quién diablos podría llegar a la Luna, y cuándo? Entre hoy y el año 2000, ¿quién diablos podría interesarse por Marte? Sólo tú, Flash Gordon. Sólo un chiflado como tú, Buck Rogers.

Estaba sonrojándome violentamente, la cabeza gacha, un poco irritado y algo avergonzado, pero a pesar de todo complacido de que me prestaran tanta atención. A menudo me habían llamado Flash y Buck, pero de alguna manera en boca de Crumley los nombres pasaron fácilmente, sin herirme.

Crumley abrió los ojos, me vio ruborizado y dijo: —¡No es para tanto!

—¿Por qué informarse sobre mí, mucho antes de que el viejo fuera... —me interrumpí y cambié la frase—, antes de que muriese?

—Soy curioso por naturaleza.

—La mayoría de la gente no lo es. Lo descubrí cuando tenía catorce años. Todos los demás dejaron los juguetes ese año. Le dije a mis padres que nada de juguetes, nada de Navidades. Y ellos siguieron regalándome juguetes todos los años. Los otros chicos recibían camisas y corbatas. Me apunté en astronomía. De los cuatro mil estudiantes del colegio, sólo quince chicos más y catorce chicas mirábamos el cielo. Los demás corrían afuera, en la pista de atletismo, y se miraban los pies. De ahí se deduce...

Me volví por instinto, porque algo se había movido en mi conciencia. Me encontré atravesando la cocina.

—Tengo un presentimiento —dije—. ¿Podría...?

—¿Qué? —dijo Crumley.

—¿Tiene un estudio aquí?

—Claro. ¿Por qué? —Crumley frunció el entrecejo, levemente alarmado.

Eso sólo me llevó a insistir un poco más. —¿Le importa si lo veo?

—Bueno...

Me moví en la dirección de la mirada de Crumley.

La habitación estaba junto a la cocina. Antes había sido un dormitorio, pero ahora había en ella una mesa, una silla, y una máquina de escribir sobre la mesa.

—Lo sabía —dije.

Me puse detrás de la silla y examiné la máquina, que no era una vieja y desvencijada Underwood Standard, sino una Corona en bastante buen estado, con cinta nueva y una pila de hojas amarillas esperando al lado de la máquina.

—Esto explica por qué siempre me mira así —dije—. ¡Dios, sí, siempre inclinando la cabeza a uno y otro lado, frunciendo el entrecejo, entornando los ojos!

—Tratando de radiografiar esa cabezota tuya, viendo si hay un cerebro dentro y por qué hace lo que hace —dijo Crumley, inclinando la cabeza ahora a la izquierda, ahora a la derecha.

—Nadie sabe cómo funciona el cerebro, ni los escritores, nadie. Lo único que hago es vomitar por la mañana y limpiar por la tarde.

—Pamplinas —dijo Crumley suavemente.

—Es verdad.

Miré el escritorio, que tenía tres cajones a cada lado.

Estiré la mano hacia el último cajón de la izquierda.

Crumley meneó la cabeza.

Cambié de posición y alargué la mano hacia el cajón inferior de la derecha.

Crumley asintió.

Abrí el cajón lentamente.

Crumley suspiró.

Había un manuscrito allí, en una caja sin tapa. Eran unos 150 o 200 folios que empezaban por la página uno y no tenían página de título.

—¿Cuánto tiempo ha estado esto aquí, en el último cajón? —pregunté—. Perdona.

—Está bien —dijo Crumley—. Cinco años.

—Lo va a terminar ahora —dije.

—¡Cómo no! ¿Por qué?

—Porque se lo digo yo. Y yo lo sé.

—Cierra el cajón —dijo Crumley.

—Todavía no. —Acerqué la silla, me senté y puse una hoja amarilla en la máquina.

Escribí seis palabras en una línea y luego corrí la hoja y escribí tres palabras más.

Crumley se inclinó sobre mi hombro y las leyó en voz alta, con calma.

—La muerte es un asunto solitario. —Recuperó el aliento y terminó:— Por Elmo Crumley. —Tuvo que repetirlo:— Por Elmo Crumley, Santo Dios.

—Ahí está. —Puse la página del título encima del manuscrito y cerré el cajón.—  
Es un regalo. Buscaré otro título para mi libro. Ahora *tiene* que acabarlo.

Metí otra hoja en la máquina y pregunté: —¿Qué número tiene la última página?

—Ciento sesenta y dos —dijo Crumley.

Escribí 163 y dejé la hoja en la máquina.

—Ahí la tiene —dije—. Está esperando. Mañana temprano se levanta, camina hacia la máquina, nada de llamadas, nada de leer el periódico, ni siquiera vaya al cuarto de baño, se sienta, escribe, y Elmo Crumley es inmortal.

—B. S. —dijo Crumley, con más calma que nunca.

—Dios proveerá, pero es preciso que usted trabaje.

Me puse de pie y Crumley y yo nos quedamos mirando la Corona como si fuera el único hijo que jamás tendría.

—¿Me estás dando órdenes, muchacho? —dijo Crumley.

—Yo no. Pero su cerebro sí, si le presta atención.

Crumley dio media vuelta, se encaminó a la cocina y cogió dos cervezas más. Esperé junto al escritorio hasta que oí un portazo en la parte trasera.

Encontré a Crumley en el jardín, donde dejaba que la válvula le regara la cara con gotas refrescantes, porque el día era ahora cálido y el sol brillaba, aquí, en el límite del país de la niebla.

—¿Cuántas historias has vendido • hasta ahora? —preguntó Crumley—. ¿Cuarenta?

—A treinta dólares la pieza, sí. El Escritor Rico.

—Eres rico. Ayer, en el puesto de revistas de Abe, leí ese cuento tuyo sobre un hombre que descubre que tiene un esqueleto dentro de él y se pega un susto de muerte. Dios, es una belleza. ¿De dónde diablos sacas ideas así?

—Hay un esqueleto en *mi* interior —dije.

—La mayoría de la gente nunca lo nota. —Crumley me tendió una cerveza y me observó mientras yo torcía la cara.— El viejo...

—¿William Smith?

—Sí, William Smith. El informe de la autopsia llegó esta mañana. No tenía agua en los pulmones.

—Eso quiere decir que no se ahogó. Eso quiere decir que fue asesinado ahí arriba, en la orilla del canal, y que lo metieron muerto en la jaula. Eso prueba...

—No corras delante del tren, que te puede arrollar. Y no cuentes lo que te he dicho, o te quito la cerveza.

Le ofrecí la cerveza con gusto. Me apartó la mano.

—¿Qué ha averiguado del corte de pelo? —dije.

—¿Qué corte de pelo?

—El señor Smith llevaba un corte verdaderamente horrible, la tarde antes de morir. Un amigo lo lamentó en la morgue, ¿se acuerda? Sólo había un mal peluquero capaz de ese desastre.

Le hablé de Cal, de los premios prometidos a William Smith, de la sala de baile de Myron, del Modesti, del gran tren rojo.

Crumley escuchó pacientemente y dijo: —No sirve de mucho.

—Es todo lo que tenemos —dije—. ¿Quiere que pase por el cine de Venice y averigüe si lo vieron enfrente esa noche?

—No —dijo Crumley.

—¿Quiere que pregunte en el Modesti, en el tren, en el salón de baile de Myron?

—No.

—Entonces, ¿qué quiere que haga?

—Que te mantengas fuera.

—¿Por qué?

—Porque... —dijo Crumley y se interrumpió. Echó un vistazo a los fondos de la casa—. Si algo te ocurre, nunca terminaré la maldita novela. Alguien tiene que leerla, y no conozco a nadie más.

—Olvida una cosa —dije—. Quienquiera que haya estado frente a esta casa ayer por la noche, ha estado también frente a la mía. No puedo permitirlo, ¿verdad? No puedo dejar que ese hombre que me dio el título que acabo de escribir en esa máquina continúe espíandome. ¿No?

Crumley me miró a la cara y vi que pensaba en pastel de albaricoque, tarta de plátano, helado de fresa.

—Ten cuidado —dijo al fin—. El viejo pudo haber resbalado, pudo haberse golpeado la cabeza. Pudo haber muerto antes de caer al agua, lo que explicaría la ausencia de agua en los pulmones.

—Y entonces nadó y se metió en la jaula, claro.

Crumley me miró de soslayo, tratando de adivinar mi peso.

Sin decir palabra, se internó en la selva y permaneció ausente más de un minuto. Esperé.

Luego, en la distancia, oí el trombón de un elefante en el viento. Me volví lentamente, hacia una dosis de agua de jardín, aguzando el oído. Más cerca, un león abrió sus enormes colmenas y soltó un enjambre asesino. Una manada de antílopes y gacelas pasó levantando polvo como una sonora brisa de verano, tocando apenas la tierra seca, acelerándome el corazón.

Crumley apareció de pronto en el sendero con una sonrisa salvaje, como un muchacho orgulloso y avergonzado a medias por una extravagancia desconocida para todo el mundo hasta ahora, hasta este preciso instante. Resopló y sacudió dos botellas de cerveza fresca apuntando a seis altavoces sujetos a los árboles como grandes flores oscuras. De los altavoces salían los antílopes, las gacelas y las cebras que giraban alrededor y nos protegían de las bestias anónimas que acechaban fuera de la casa. El elefante bramó una vez más y me paralizó.

—Grabaciones africanas —dijo Crumley inútilmente.

—Excelentes —dije—. Eh, ¿qué es eso?

Diez mil flamencos echaron a volar desde una brillante laguna de agua dulce cinco mil días atrás, cuando yo aún iba al colegio, y Martin y Osa Johnson llegaban en avión desde las pistas africanas pobladas de ñus y deambulaban entre nosotros, pobres mortales de California, y nos contaban historias formidables.

Y luego recordé.

El día en que tuve que correr a toda prisa para escuchar a Martin Johnson, el hombre murió en un accidente de aviación en las afueras de Los Ángeles.

Pero ahora mismo, en el retiro edénico que era el jardín cercado de Elmo Crumley, podía oír los pájaros de Martin Johnson.

Los acompañé con mi corazón.

Miré el cielo y dije: —¿Qué va a hacer, Crumley?

—Nada —respondió—. La mujer de los canarios vivirá para siempre. Puedes apostar lo que quieras.

—Estoy pelado —dije.

**C**uando aquel día, más tarde, aparecieron los ahogados, arruinaron realmente todos los picnics de un extremo a otro de la playa. La gente estaba indignada, recogía los cestos, se iba. Los perros que se precipitaban al ver a aquellas criaturas extrañas tendidas en la orilla, eran llamados por mujeres coléricas y hombres irritados. A los niños los llevaban aparte y los despachaban con una reprimenda: que jamás volvieran a frecuentar a extraños tan peculiares.

Después de todo, los ahogados eran un tema prohibido. Como el sexo, nunca se discutía. De ahí que cuando un ahogado se atrevía a llegar a tierra, se convertía en persona non grata. Los niños podían correr por la arena y celebrar funerales secretos, pero las mujeres que permanecían allí después de que las familias se hubieran ido, abrían las sombrillas y daban la espalda al mar, como si alguien de aliento turbulento las hubiese llamado desde las olas. Nada en Emily Post podía remediar esta situación. Simplemente, aquellos desafortunados deportistas habían venido sin que nadie los invitase, sin autorización, y como si fuesen como parientes indeseables tenían que ser expulsados al trote tierra adentro, hacia misteriosos depósitos de hielo.

Pero en cuanto uno de esos aficionados al surf se marchaba, se oían las voces de pájaro de los niños gritando: —¡Mira, mami, mira!

—¡Vete! ¡Vete!

Y se oía una precipitación de pasos que se alejaban corriendo de las minas todavía calientes de la orilla.

Regresaba de la casa de Crumley cuando oí hablar de las visitas indeseables, los ahogados.

Me molestó tener que dejar el sol que parecía brillar eternamente en el huerto de Crumley.

Alcanzar el mar fue como entrar en otro país. La niebla llegó como si se alegrara

de todas las malas noticias de la playa. La gente ahogada no había tenido ninguna relación con la policía, traumas nocturnos, o sorpresas siniestras en canales que gorgoteaban toda la noche. Se trataba simplemente de turbulencias oceánicas.

La orilla estaba ahora vacía. Pero tuve una impresión de vacío todavía mayor cuando alcé la vista hacia el viejo muelle de Venice.

—¡Arroz amargo! —oí que susurraba alguien, yo.

Una vieja imprecación china, que se gritaba al borde del campo de cultivo para garantizar una buena cosecha contra las devastaciones de las divinidades envidiosas.

—Mal arroz...

Porque al fin alguien había pisado la gran serpiente.

Alguien la había pisoteado.

La montaña rusa había desaparecido para siempre del extremo del muelle.

Lo que quedaba yacía ahora, al final del día, como un montón desordenado de palillos chinos. Pero sólo una gran excavadora jugaba ahora a ese juego, bufando, inclinándose para atrapar los dispersos huesos succulentos.

—¿Cuándo acaba uno de morir? —había oído decir a Cal pocas horas atrás.

De frente al extremo vacío del muelle, de desollado esqueleto, y mientras una oleada de niebla se precipitaba hacia la costa, sentí una descarga de dardos fríos en la espalda. Me estaban siguiendo. Me volví.

Pero no era mi imaginación.

Vi a A. L. Shrank en la acera de enfrente. Corría, las manos metidas en los bolsillos del abrigo, la cabeza hundida en el cuello oscuro, mirando siempre hacia atrás, como una rata perseguida por perros.

Dios, pensé, ahora sé a quién me recuerda.

¡Poe!

Las famosas fotografías, los sombríos retratos de Edgar Allan Poe, la frente de brillo pálido, los ojos llameantes y la boca extraviada y enterrada bajo los bigotes oscuros, la corbata torcida sobre la camisa sucia, el cuello de movimientos siempre convulsivos.

Edgar Allan Poe.

Poe corría, *Shrank* corría. Mirando la niebla veloz e informe detrás de él.

Dios mío, pensé, nos persigue a todos.

Para cuando llegué al cine de Venice, la niebla, impaciente, ya había entrado.

**E**l viejo cine del señor Shapeshade era especial: el último de una serie de barcos fluviales nocturnos que flotaban en la orilla del mar, en todas partes del mundo.

La fachada del cine miraba al paseo de hormigón que llevaba de Venice a Ocean Park y Santa Mónica.

La mitad trasera sobresalía del muelle, de modo que el extremo estaba suspendido

sobre el agua.

Me detuve frente al cine a esa tardía hora del día, alcé la mirada hacia la marquesina, y me quedé boquiabierto.

No había ninguna película anunciada. Sólo una enorme palabra con letras de sesenta centímetros de alto.

Adiós.

Era como si me hubiesen apuñalado el estómago.

Avancé hasta la taquilla.

Allí estaba Shapeshade, sonriéndome con maníaca benevolencia al tiempo que agitaba la mano.

—¿Adiós? —dije con tristeza.

—¡Claro! —rió Shapeshade—. Gracias, gracias. Hasta siempre. ¡Y es gratis! ¡Entra! Los amigos de Douglas Fairbanks, Thomas Meighan, Milton Sills y Charles Ray son mis amigos.

Me enternecí ante la mención de los nombres de mi infancia; gente que había visto centellear en antiguas pantallas a los dos, tres, cuatro años, sentado en el regazo de mi madre en un cine helado del norte de Illinois, antes de que llegara la época del arroz amargo y partiéramos hacia el oeste en un viejo Kissel desvencijado, precediendo a los oakies, mi padre en busca de un trabajo de doce dólares por semana.

—No *puedo* entrar, señor Shapeshade.

—¡El muchacho no quiere entrar! —Shapeshade alargó los brazos hacia el cielo y puso los ojos en blanco como Stromboli, irritado por Pinocho y con ganas de cortar los hilos.— ¿Por qué no?

—Cuando salgo del cine en pleno día, me deprimó. Nada me sale bien.

—¿Y dónde está el sol? Cuando salgas, será de noche.

—De todos modos, quería hacerle una pregunta sobre hace tres noches —dije—. ¿No vio entonces por casualidad al anciano de la taquilla de la estación, Bill, Willy, William Smith, esperando a alguien aquí enfrente?

—Lo llamé, sí. «¿Qué te ha pasado en la cabeza?», le dije. «¿Un oso pardo te ha arrancado la peluca a zarpazos?», le dije. Tenía un pelo que era para morir de risa. ¿Quién le pasó una cortadora de césped? ¿El demonio de Cal?

—Sí. ¿Vio si alguien se encontró con William Smith y se lo llevó?

—Estuve muy ocupado. De golpe llegaron seis personas a comprar entradas. ¡Seis! Cuando volví a mirar, el señor Smith, Willie, se había ido. ¿Por qué?

Me encogí de hombros. Mi frustración era sin duda visible. Shapeshade me compadeció y recitó por el agujero del vidrio de la taquilla: —¿Adivina quién está adentro, en la gran pantalla de 1922 comida por las polillas? ¡Fairbanks! *El pirata negro*. ¡Gish! *Pimpollos rotos*. Lon Chaney. ¿Quién era más grande? ¡*El fantasma de la Ópera!*

—Caramba, señor Shapeshade, todas son mudas.

—Pero, ¿dónde estuviste en 1928 para no darte cuenta? Cuanto más charla, menos cine. A las *estatuas*, a eso jugaban. Las bocas se movían y se te dormían los pies. Así que estas últimas noches silencio, calma, ¿de acuerdo? Silencio y ademanes de doce metros de largo, y miradas ceñudas y de reajo de seis metros de ancho. Fantasmas silenciosos. Piratas taciturnos. Gárgolas y jorobados que discuten bajo el viento y la lluvia, dejando que el órgano hable por ellos, ¿eh? Hay muchas butacas. Pasa.

Golpeó el botón de cobre de las entradas.

La máquina expulsó hacia mí una entrada anaranjada, hermosa y nueva.

—Sí. —Cogí la entrada y observé el rostro de aquel anciano que no había visto el sol en más de cuarenta años, que amaba el cine con pasión y que prefería la lectura de *Silver Screen* a la *Enciclopedia Británica*. En los ojos le brillaba una dulce locura amorosa por los viejos rostros de los afiches de antaño.

—¿Shapeshade es su verdadero nombre? —dije, al fin.

—Significa un lugar como éste, donde las sombras tienen forma y todas las formas son sombras. ¿Se te ocurre un nombre mejor?

—No, señor Shapeshade. —Y era verdad.

»¿Qué...? —empecé a preguntar.

Pero Shapeshade adivinó de inmediato, con deleite. —¿Qué será de *mí* mañana, cuando derriben el cine? ¡Bah, no hay por qué preocuparse! ¡Estoy protegido! Y también mis películas, las trescientas que ahora están en la cabina, pero que pronto estarán en la playa, a un kilómetro y medio hacia el sur, en el sótano en el que me meto a proyectar películas y reír.

—¡Constance Rattigan! —exclamé—. A menudo, tarde en la noche, he visto esa extraña luz titilando en la ventana del sótano o arriba, en la sala principal. ¿Era *usted*?

—¿Quién más? —preguntó Shapeshade, radiante—. Desde hace años, cuando termino aquí, parto al trote por la playa con diez kilos de película bajo cada brazo. Duerme todo el día, Constance, mira películas conmigo y come palomitas de maíz toda la noche, así es Rattigan, y permanecemos sentados y cogidos de la mano como dos adolescentes, y robamos los archivos de películas, y a veces lloramos tanto que se nos nublan los ojos y no podemos rebobinar los carretes.

Miré la playa más allá de la fachada del cine y allá se me apareció el señor Shapeshade, trotando sobre la espuma en la oscuridad, cargando Mary Pickford y palomitas de maíz, Tom Mix y barras de caramelo, en busca de una antigua reina de la que será amante sumiso en múltiples juegos de luz y de sombra que se desplazarán por la pantalla de sueño como salidas y puestas de sol.

Y luego á Shapeshade mirando, justo antes del alba, a Constance Rattigan, que, decía la gente, corría desnuda para lanzarse a las olas de sal fría, salir a la superficie con algas de virtudes dietéticas entre los dientes blancos y rectos, y trenzarse regiamente el cabello mientras Shapeshade volvía a su casa titubeando bajo el sol cálido, borracho de recuerdos, canturreando y zumbando como la poderosa Wurlitzer

en la médula de los huesos, el alma, el corazón y la boca feliz.

—Escucha. —Se inclinó hacia adelante como Ernest Thesiger en la penumbra de los pasillos de *El caserón de las sombras* o como la figura amenazadora del doctor Praetorius en *La novia de Frankenstein*.— Una vez adentro, sube detrás de la pantalla. ¿Lo hiciste alguna vez? No. Trepa al escenario en la oscuridad que hay detrás de la pantalla. ¡Qué experiencia! Es como estar en el gabinete retorcido del doctor Caligari. Me lo agradecerás para siempre.

Le estreché su mano y se la miré.

—Dios mío... —exclamé—, esa mano. ¿No es la garra que aparece en la oscuridad detrás de las estanterías de *El gato y el canario* para deshacerse del abogado antes de que lea el testamento?

Shapeshade bajó los ojos hacia la mano acunada en la mía, y se rió.

—Eres un gran muchacho, ¿eh? —dijo.

—Lo intento, señor Shapeshade —dije—. Lo intento.

Dentro, descendí a tientas por el corredor central hasta tocar la barandilla de cobre, y casi me desplomé en los escalones del proscenio que llevaban a la perpetua medianoche del escenario, antes de escurrirme detrás de la pantalla y contemplar los grandes fantasmas.

Porque eran fantasmas: los grandes espectros de antaño, pálidos, de ojos negros, deformados como caramelo blanco en la pantalla demasiado próxima, gesticulando y abriendo y cerrando la boca en el silencio, esperando la música de órgano que aún no había empezado.

Y allí, en un rápido encadenamiento de saltos, de pequeños fragmentos y más saltos, se sucedían un Fairbanks de rostro ladeado, una Gish que se derretía como cera en la pantalla, y un Fattie Arbuckle, adelgazado por la perspectiva, que se golpeaba la famélica cabeza contra el borde superior de la pantalla y se deslizaba hacia la oscuridad, mientras yo, de pie, sentía que la marea se movía bajo el suelo, bajo el muelle, bajo el cine que se hundía en aguas hormigueantes, inclinándose, estremeciéndose, crujiendo, y que un olor a sal trepaba por los maderos, y que otras imágenes, blancas como la leche, negras como la tinta, parpadeaban sobre la pantalla mientras la sala se levantaba como un fuelle, y se hundía suspirando como un fuelle, y que yo me hundía con ella.

En ese preciso momento estalló el órgano.

Fue como el momento en que unas horas antes el gran buque de vapor invisible había empezado a hundirse antes de chocar contra el muelle.

El cine dio un bandazo, se alzó y cayó como en una vuelta de la montaña rusa.

El órgano bramó y berreó un preludio de Bach, y el polvo voló de los candelabros antiguos, las cortinas se agitaron inquietas como sudarios, y yo, detrás de la pantalla, traté de aferrarme a alguna cosa, aterrado ante la idea de que esa cosa me tocara a mí.

Encima, las imágenes pálidas mostraban dolor, los labios farfullaban, y el Fantasma descendía a grandes trancos la escalera de la Ópera con máscara de

calavera blanca y sombrero de plumas, como Shapeshade, un minuto antes, tuvo que descender el oscuro corredor central y sacudir los sonoros anillos de cobre de la breve cortina que guarda el órgano, antes de sentarse con aire melodramático, mover sobre las teclas los dedos como patas de araña, cerrar los ojos y abrir grande la boca para que Bach saliera.

Temeroso de mirar atrás, más allá de los fantasmas de nuevemetros clavé los ojos en un público invisible, pegado a las butacas, estremeciéndose con la música, conmovido por las terribles imágenes, arrastrado por la marea oscura bajo la cubierta del cine.

¿Estaba él entre todos esos rostros pálidos, los ojos fijos en el pasado tembloroso? El que gemía en el tren, el que deambulaba por la orilla del canal, el que salía de la lluvia a las tres de la madrugada, ¿era ése, o aquél? Lunas incoloras temblaban en la oscuridad, un puñado de almas adelante, otro atrás a media distancia, cincuenta, sesenta personas, temibles sospechosos en otra excursión por la niebla que se precipitaba para chocar con una pesadilla y hundirse sin sonido, acompañado por el gran rumor del mar que se alejaba en busca de refuerzos.

De todos esos pasajeros de la noche, cuál era él, me preguntaba, y qué podía gritar para que escapase por el pasillo central y yo pudiera darle caza.

La calavera gigante sonrió desde la pantalla, los amantes huyeron hacia el techo de la Ópera, perseguidos por el Fantasma, que se disponía a desplegar la capa roja, a sorprenderlos en una trémula discusión amorosa y sonreír; el órgano emitió un sonido horadante, el cine se estremeció y se elevó sobre las aguas pesadas, dispuestas a celebrar unos funerales marinos si los maderos cedían y nos arrojaban al mar.

Mi mirada pasó de un rostro borrosamente alzado al siguiente, luego subió, subió, hasta el tragaluz de la cabina de proyección, donde una sección de ceja y un ojo maníaco observaban deliciosas tragedias pintadas en la pantalla en géiseres de luz y sombra.

El ojo de cuervo de Poe.

¡O, mejor dicho, el de Shrank!

Lector de tarot, psicólogo, frenólogo, numerólogo y...

Operador.

Alguien tenía que proyectar la película mientras Shapeshade desgarraba el órgano en paroxismos de deleite. La mayoría de las noches el viejo corría de la taquilla a la cabina de proyección, y de allí al órgano, dando brincos como un chiquillo maniático disfrazado de viejo movedizo.

Pero, ¿ahora...?

¿Quién más para una noche compuesta de jorobados, esqueletos ambulantes y garras peludas que arrancan perlas lechosas del cuello de una mujer dormida?

Shrank.

La música del órgano alcanzó el punto culminante. El Fantasma desapareció. Un nuevo fragmento, extraído de *Jekyll and Hyde*, 1920, danzó por la pantalla.

Dejé el escenario de un salto y remonté corriendo el pasillo, entre asesinos y monstruos.

El ojo de Poe había desaparecido del tragaluz.

Cuando al fin llegué, la cabina estaba vacía. La película se rebobinaba sola frente a la luciérnaga de la máquina. Jekyll, a punto de convertirse en Hyde, resbaló por el haz de luz y chocó contra la pantalla convertido en un ovillo de pelo.

La música cesó.

Abajo, camino de la salida, encontré a un Shapeshade exhausto pero feliz, de vuelta en la taquilla, vendiendo localidades a la niebla.

Metí dentro las manos. Estreché las manos de Shapeshade.

—No hay arroz amargo para usted, ¿no es cierto?

—¿Cómo? —exclamó Shapeshade, halagad© aunque sin saber por qué.

—Usted vivirá eternamente —dije.

—¿Qué puedes saber que Dios no sepa? —preguntó Shapeshade—. Vuelve más tarde. A la una de la mañana, Veidt en *Caligari*. A las dos, Chaney en *Ríe, payaso, ríe*. A las tres, *El gorila*. A las cuatro, *El murciélago*. ¿Quién podría pedir más?

—Yo no, señor Shapeshade.

Me alejé en la niebla.

—¿No estás deprimido? —gritó a mi espalda.

—No lo creo.

—¡Si tienes que pensarlo, es que no lo estás!

Había caído la noche.

Comprobé que el café de Modesti había cerrado temprano, o definitivamente, no lo sabía. Allí no podía preguntar por William Smith y los cortes de pelo rituales y las cenas.

El muelle estaba a oscuras. Sólo brillaba una luz en la ventana de la casa de tarot de Shrank. Parpadeé.

Asustada, la maldita luz se apagó.

**A**roz amargo? —dijo Crumley, por teléfono.

Pero la voz era acogedora; me había reconocido—. ¿Qué forma de hablar es ésa?

—Crumley —dije, tragando con dificultad—. Tengo otro nombre para añadir a nuestra lista.

—¿Qué lista?

—La de la mujer de los canarios...

—Ésa no es nuestra lista, es la tuya...

—Shrank —dije.

—¡¿Qué?!

—A. L. Shrank, el del muelle de Venice, el psicólogo...

—¿Lector de tarot, bibliotecario chiflado, numerólogo *amateur*, Quinto Jinete del Apocalipsis?

—¿Lo conoce?

—Muchacho, conozco a todo el mundo encima, debajo, dentro y a los lados del muelle, a cualquier levantador de pesas que dé patadas en la arena, a cualquier vagabundo que pasa la noche tirado en la playa y resucita en la mañana con el olor del moscatel de setenta y nueve centavos. ¿A. L. Shrank, ese enano miserable? ¡Imposible!

—¡No cuelgue! Lo he visto en la cara de ese hombre. Lo está pidiendo. Es el próximo. El año pasado escribí una historia para *Dime Detective* sobre dos trenes que van en dirección contraria y se detienen un minuto en la vía muerta de una estación. Un hombre mira a alguien en el otro tren, cambian miradas, y el primero advierte que no tenía que haber mirado en esa dirección, porque el hombre del otro tren es un asesino. El asesino le devuelve la mirada y sonríe. Eso es todo. Sonríe. Y mi héroe comprende que está condenado. Aparta la vista para intentar salvarse. Pero el otro hombre, el asesino, sigue mirándolo. Y cuando mi héroe vuelve a alzar los ojos, no hay nadie en la ventanilla de enfrente. Se da cuenta de que el asesino se ha ido para bajar del tren. Un minuto después, el asesino aparece en el tren de mi héroe, en el mismo vagón, atraviesa el pasillo central y se sienta justo detrás de mi héroe. Pánico, ¿no? Pánico.

—Magnífica idea, pero las cosas no ocurren así —dijo Crumley.

—Más a menudo de lo que usted cree. El año pasado, un amigo mío atravesó el país en un Rolls Royce. En el camino, casi lo sacan de la carretera seis veces, en Oklahoma, en Kansas, en Missouri y en Illinois. Gente ofendida por ese coche caro. Si lo hubieran conseguido, habría sido un asesinato y nadie hubiera caído en la cuenta.

—Eso es distinto. Un coche caro es un coche caro. No les importaba quién había adentro. Matar. Pero lo que dices es...

—En este mundo hay asesinos y víctimas. El viejo de la sala de espera de la estación era un candidato a víctima, lo mismo que la mujer de los canarios. Se les nota en los ojos: elígeme, dicen, hazme un favor, destrúyeme definitivamente... Shrank —concluí—. Pondría mi mano en el fuego.

—No lo hagas —me dijo Crumley, de pronto más tranquilo—. Eres un buen chico, pero no tienes experiencia.

—Shrank —dije—. Ahora que el muelle se está derrumbando, él también se derrumbará. Si nadie lo mata, se atará al cuello *La decadencia de Occidente* y la *Anatomía de la melancolía* y se tirará de lo que queda del extremo del muelle. Shrank.

Como si me diera la razón, un león rugió, hambriento de sangre, en el territorio africano de Crumley.

—Justo cuando empezábamos a llevarnos tan bien —dijo Crumley. Y colgó.

as cortinas de todas las casas de Venice estaban abriéndose por primera vez en semanas, meses o años.

Era como si la ciudad costera despertara justo antes de dormirse para siempre.

Una cortina frente a mi casa, en un pequeño chalé de pintura blanca descascarillada, se había abierto durante el día y...

Cuando aquella noche entré en mi apartamento, eché un vistazo y quedé asombrado.

Los ojos me miraban.

No sólo un par sino una docena, no una docena sino cien o más.

Los ojos eran de vidrio y se extendían en hileras brillantes o en pequeños pedestales.

Los ojos eran azules y marrones y verdes y pardos y amarillos.

Atravesé la calle angosta para contemplar esa fabulosa exposición de canicas.

—Qué juego se podría organizar en el patio de un colegio —me dije a mí mismo.

Los ojos no hablaban. Estaban puestos sobre pedestales, o esparcidos en pequeños grupos sobre un paño de terciopelo blanco. Las miradas fijas me atravesaban y se posaban más lejos, en algún frío futuro, justo encima de mi hombro y debajo de mi columna vertebral.

Quién había fabricado los ojos de vidrio, quién los había puesto en la ventana, y quién esperaba en el interior para venderlos y meterlos en las cuencas de la gente, yo no lo sabía.

No podía ser otro que uno de esos fabricantes y vendedores invisibles de Venice. En ocasiones yo había visto, en las profundidades del chalé, una penetrante llama blanquiazul, y las manos de alguien que hacía lágrimas de vidrio fundido. Pero el viejo (todos son viejos en Venice, California) ocultaba la cara detrás de una máscara de soldador. Todo lo que se podía ver desde lejos era una mirada nueva que nacía a la vida, un ojo ciego que pasaba por una llama y empezaba a ver, y que al día siguiente sería expuesto como un bombón reluciente en la ventana.

Si alguna vez alguien venía a comprar esas joyas tan especiales, yo tampoco lo sabía. Nunca había visto que alguien entrase a tientas y saliera luego a grandes trancos con una mirada más fresca. La cortina había estado abierta sólo una o dos veces al mes, durante todo el año anterior.

Los miré y pensé: Extraños ojos, ¿veis los canarios perdidos? ¿Adonde han ido?

Y añadí: Vigildad mi casa, ¿de acuerdo? Durante la noche, permaneced alertas. El tiempo podría cambiar. Podría llover. Unas sombras podrían llamar a mi puerta. Mucha atención, por favor, y no os perdáis ningún detalle.

Las brillantes canicas de ágata jaspeada, compañeras muchos años antes en un patio de colegio, ni siquiera parpadearon.

Momento preciso en el que una mano de mago se deslizó desde las sombras de detrás de la exhibición y corrió el párpado sobre los ojos.

Era como si el soplador de vidrio resintiera que yo mirara esas miradas.

O quizá temía que yo perdiera un ojo en un estornudo y entrara a comprar un sustituto.

¡Un cliente! Eso podía estropear aquel récord impecable. Diez años soplando vidrio y ni una sola venta.

Me pregunté si vendería trajes de baño de 1910 como negocio suplementario.

De vuelta en mi apartamento, miré afuera.

La cortina estaba alzada otra vez, ahora que yo ya no era la inquisición de pie en la calle.

Los ojos brillaban y aguardaban.

¿Qué verán esta noche?, me pregunté.

**P**or nada tiembla...

Desperté al instante.

—¿Qué? —dije al techo vacío.

¿Lo había dicho lady Macbeth?

Por nada tiembla.

Temerle a la nada sin ningún motivo.

Y tener que vivir con esa nada hasta el alba.

Presté atención.

¿Era la niebla golpeando a la puerta? ¿Era la bruma probando mi cerradura? ¿Era la tormenta en miniatura que merodeaba el felpudo, dejando allí unas algas?

Tenía miedo de ir a mirar.

Abrí los ojos. Miré el pasillo que conducía a la cocina de dos por cuatro y al baño de dos por dos.

La noche anterior había colgado allí una vieja y raída bata blanca.

Pero la bata ya no era una bata. Sin las gafas, tiradas en el suelo junto a la cama —y estando mi vista como estaba, al borde de la ceguera legal—, la bata había... cambiado.

Era la Bestia.

A los cinco años de edad, cuando vivía en el este, en Illinois, y tenía que subir una escalera oscura en medio de la noche para ir al baño, la Bestia siempre estaba arriba, a menos que la lucecita de la escalera estuviese encendida. A veces mi madre olvidaba encenderla. Yo me esforzaba por llegar a la parte alta sin mirar hacia arriba. Pero siempre tenía miedo, y tenía que mirar hacia arriba. Y la Bestia siempre estaba ahí, con un sonido de locomotoras negras que atraviesan el campo a gran velocidad, de trenes fúnebres que se llevan a tíos o primos queridos. Y yo me quedaba al pie de la escalera y...

Gritaba.

Porque ahora la Bestia colgaba del borde de la puerta que conducía a la oscuridad, al pasillo, a la cocina, al baño.

Bestia, pensé, aléjate.

Bestia, le dije a la forma. Sé que no estás ahí. No existes. Eres mi viejo albornoz.

El problema era que no podía distinguirlo con claridad.

Si tan sólo pudiera alcanzar las gafas, me dije, ponérmelas, levantarme.

Tendido allí, tenía ocho, luego siete, luego cinco y luego cuatro años; empequeñecía y empequeñecía a medida que la Bestia de la puerta se hacía más grande y negra y larga.

Tenía miedo incluso de parpadear. Miedo de que el movimiento hiciera que la Bestia se acercara flotando...

—¡Ah! —gritó alguien.

Porque sonó el teléfono, del otro lado de la calle.

Cerré los ojos con fuerza.

¡Cállate!, pensé. Harás que la Bestia se mueva.

Sonó el teléfono. Cuatro de la mañana. ¡Cuatro! Por Dios Santo. ¿Quién...?

¿Peg? ¿Atrapada en una catacumba mexicana? ¿Perdida?

Sonó el teléfono.

¿Crumley? ¿Con un informe de la autopsia que yo no querría escuchar?

Sonó el teléfono.

¿O una voz de lluvia fría, de noche impaciente y alcohol puro que delira en la tormenta y se lamenta de terribles acontecimientos mientras el gran tren chilla en una curva?

El teléfono calló.

Los ojos apretados, rechinando los dientes, las mantas sobre la cabeza, vuelto contra la almohada húmeda de sudor, creí oír un susurro en el aire. Quedé paralizado.

Contuve el aliento; me quedé paralizado.

Porque de pronto, en ese preciso instante...

¿No había sentido que algo tocaba y se apoyaba... al pie de la cama?

**A** L. Shrank no fue la siguiente víctima. • Y la mujer de los canarios no se puso a revolotear súbitamente en su cuarto antes de expirar. Fue otra persona la que desapareció.

Y, poco después de amanecer, los relumbrantes ojos de vidrio del otro lado de la calle, enfrente de mi cansado apartamento, fueron testigos de la llegada de la evidencia.

Un camión se detuvo afuera.

Falto de sueño, exhausto, lo oí y me moví.

Alguien tocó a la puerta de mi ataúd.

Conseguí levitar y flotar como un globo, abrir la puerta y posar unos ojos entumecidos sobre la cara de un buey grande y robusto. La cara pronunció mi nombre, hice una señal de asentimiento, el buey me pidió que firmara aquí, firmé

sobre algo que parecía un parte de defunción, y observé al mensajero regresar al camión y descargar a duras penas un objeto familiar y empaquetado que hizo rodar sobre la acera.

—Dios mío —dije—, ¿qué es? ¿Quién...?

Pero el gran paquete rodante chocó contra la jamba de la puerta y emitió un acorde musical. Me sentí abatido: conocía la respuesta.

—¿Dónde quiere que lo ponga? —dijo el buey, recorriendo con la mirada el atestado camarote de Groucho Marx—. Da lo mismo aquí que en cualquier otro lado, ¿no?

Depositó el pesado objeto contra la pared, observó con aire de desprecio el sofá Goodwill, el suelo sin moqueta y la máquina de escribir, y regresó trotando a su camión, dejando la puerta abierta de par en par.

Al otro lado de la calle vi las diez docenas de resplandecientes ojos de vidrio azules, castaños, almendra, que me observaban mientras arrancaba la envoltura para descubrir...

La Sonrisa.

—¡Dios mío! —exclamé—. Es el piano en el que oí tocar...

*El Maple Leaf Rag.*

Pum. La puerta del camión se cerró de golpe. El camión se alejó rugiendo.

Me desplomé sobre el ya desplomado sofá, totalmente incrédulo frente a esa enorme sonrisa boba de marfil.

Crumley, dije mentalmente. Me toqué el pelo, demasiado largo atrás y demasiado corto adelante. Tenía los dedos entumecidos.

¿Qué pasa, muchacho?, dijo Crumley.

He cambiado de parecer, pensé. Crumley, no serán Shrank ni la anciana de los canarios los que desaparezcan ahora.

Dios, dijo Crumley, ¿quién si no?

Cal, el peluquero.

Silencio. Un suspiro. Luego... *Click Tuuuuu.*

Fue así que, observando esta reliquia de los tiempos de Scott Joplin, no me precipité al teléfono para llamar a mi amigo el inspector de policía.

Todos los ojos de vidrio de enfrente examinaron mi corte de pelo y observaron cómo cerraba la puerta.

Dios mío, pensé, ni siquiera sé tocar *Chopsticks*.

**L**a peluquería estaba abierta y vacía. Las hormigas, las abejas, las termitas y los parientes habían pasado por ahí antes de las doce.

Permanecí en la puerta contemplando el total destripamiento. Era como si alguien hubiera metido una aspiradora gigante por la puerta principal, y lo hubiese aspirado todo.

El piano, por supuesto, había llegado a mis manos. Me pregunté quién habría recibido, o querría, el sillón, los linimentos, ungüentos y lociones que solían teñir el espejo mural con tintes y tinturas. Me pregunté quién se habría quedado con todos los pelos.

En medio de la peluquería había un hombre; el propietario, me pareció recordar, un hombre de unos cincuenta años que pasaba una escoba sobre ningún pelo, que barría las baldosas limpias sin ninguna razón aparente. Alzó la vista y me vio.

—Cal se ha ido —dijo.

—Eso veo —dije.

—El hijo de puta se largó debiéndome cuatro meses de alquiler.

—¿Tan mal andaba el negocio?

—No tanto el negocio como los cortes de pelo. Aun por dos dólares eran los peores de todo el estado. ¡Se llevaba la palma!

Me toqué la parte de arriba de la cabeza y la nuca, y asentí.

—El hijo de puta se largó debiéndome cinco meses de alquiler. El tendero de al lado me dijo que Cal estuvo aquí a las siete de la mañana. La gente de Goodwill vino a las ocho por el sillón. El Ejército de Salvación se quedó con el resto. Y sabe Dios quién consiguió el piano. Me gustaría encontrarlo y venderlo, recuperar parte de mi dinero. —El propietario me observó.

No dije nada. El piano era el piano. Cal me lo había enviado, por alguna razón.

—¿Adonde cree que ha ido? —pregunté.

—Tiene parientes en Oklahoma, en Kansas y en Missouri, dicen. Alguien que acaba de estar aquí me dijo que hace un par de días le oyó decir a Cal que iba a conducir hasta que se acabara la tierra y se zambulliría en pleno Atlántico.

—Cal no haría eso.

—No, lo más probable es que se pierda en algún lugar del territorio de los cherokees, y menudo alivio. Santo Dios, qué corte tan horrible.

Deambulé por las immaculadas baldosas del territorio sin pelos, sin saber qué buscaba.

—¿Quién eres? —dijo el dueño, alzando a medias el cepillo en una postura de artillería.

—El escritor —dije—. Me conoce. El Loco.

—Demonios, no te reconocí. ¿Cal te hizo eso?

Me estudió la raya del pelo. Sentí que la sangre me corría por mi cuero cabelludo. —Ayer mismo —dije.

—Podrían colgarlo por eso.

Fui de un lado a otro y pasé detrás de un delgado tabique de madera que ocultaba los fondos de la peluquería, los cubos de la basura y el baño.

Miré el interior del cubo de basura y vi allí lo que buscaba.

La fotografía de Cal y Scott Joplin, cubierta por la cosecha de pelos de un mes, que no era mucha.

Me incliné y cogí la foto.

Los siguientes cinco o seis segundos, mi cuerpo entero se paralizó.

Porque Scott Joplin había desaparecido.

Cal seguía ahí, con sus eternos quince años, sonriente, los dedos delgados tocando las teclas del piano.

Pero el hombre que estaba de pie encima de él, risueño..., no era Joplin.

Era otro hombre, negro, más joven, de aspecto más pecaminoso.

Miré de más cerca.

Había marcas de cola reseca en el lugar de la cabeza de Scott.

Dios mío, ten piedad de Cal, pensé. A nadie de entre nosotros se le ocurrió mirar de cerca. Y, por supuesto, el retrato estaba siempre bajo vidrio, y colgado demasiado alto en la pared como para acercarse o bajarlo.

Un día, tiempo atrás, Cal había encontrado una foto de Scott Joplin, la había recortado con tijeras y la había pegado sobre la cara de este otro tipo, cabeza sobre cabeza. También tuvo que falsificar la firma. Y todos estos años la habíamos mirado, habíamos suspirado y habíamos dicho riendo entre dientes: «¡Cal, qué extraordinario! No eres cualquiera, ¿eh? ¡Miren eso!».

Todos estos años Cal la había mirado sabiendo que se trataba de un fraude, igual que él, y nos había cortado el pelo hasta que pareció que habíamos pasado por el secador de un tornado de Kansas, y que nos había peinado con una segadora demente y encolerizada.

Volví la fotografía y me sumergí en el cubo en busca de la cabeza decapitada y perdida de Scott Joplin.

Sabía que no la encontraría.

Alguien se la había llevado.

Quiquiera que fuese el que la había despegado de la foto, le había pasado un mensaje telefónico a Cal. ¡Te descubrí! ¡Estás al desnudo! ¡Estás al *descubierto*! Recordé el sonido del teléfono de Cal. Y Cal, asustado, negándose a responder.

Al entrar en la peluquería, ¿qué? Dos, tres días atrás, echando casualmente un vistazo a la fotografía, Cal había recibido una patada en el estómago. Desaparecida la cabeza de Joplin, desapareció Cal.

Sólo le restó entregar el sillón a los de Goodwill, dar las lociones al Ejército de Salvación, y mandarme el piano.

Dejé de buscar. Doblé la foto de Cal sin Joplin y salí para observar al dueño, que barría las baldosas sin pelos.

—Cal —dije.

El hombre detuvo la escoba.

—Cal no —dije—, quiero decir, Cal no sé, quiero decir, ¿Cal sigue con vida?

—Ese canalla —dijo el propietario—. Vivo, a unos seiscientos kilómetros al este de aquí, debiéndome aún siete meses de alquiler.

Gracias a Dios, pensé, no tendré que decírselo a Crumley. En todo caso, no por

ahora. Irse no es asesinar, o ser asesinado.

¿No?

¿Al este? Conduciendo un coche, ¿no es hombre muerto?

Fui hacia la puerta.

—Eh —dijo el dueño—. Cualquiera diría que te encuentras mal, para estar dando vueltas de ese modo.

No tan mal como otras personas, pensé.

¿Adonde voy ahora?, me pregunté, ahora que la sonrisa está allí, llenando mi sala-dormitorio, y yo incapaz de tocar algo que no sea la Underwood Standard.

**A**quella tarde, el teléfono del puesto de gasolina sonó a las dos treinta. Exhausto por el insomnio de la noche anterior, volví a la cama.

Permanecí recostado, escuchando.

El teléfono no dejaba de sonar.

Sonó durante dos minutos, luego tres. Cuanto más sonaba, más frío sentía yo. Cuando al fin salté de la cama, me enfundé los pantalones de baño y atravesé a duras penas la calle, tiritaba como alguien atrapado en una tormenta de nieve.

Cuando alcé el auricular, sentí a Crumley lejos, al otro extremo del hilo, y antes de que hablara, yo sabía lo que me iba a decir.

—Ha ocurrido, ¿no? —dije.

—¿Cómo lo sabes? —Parecía que él tampoco había dormido durante toda la noche.

—¿Qué lo llevó por ahí? —pregunté.

—Hace una hora, mientras me afeitaba, tuve un presentimiento, Santo Dios, como de los que tú hablas. Sigo aquí, esperando al juez de primera instancia. ¿Vas a venir a decirme «se lo dije»?

—No, pero voy para allá.

Colgué.

De vuelta en mi apartamento, la Nada colgaba aún de la puerta del pasillo que conducía al baño. La arranqué brutalmente de la puerta, la tiré al suelo y la pisoteé. Me pareció lo más correcto: se había ido durante la noche para visitar a la mujer de los canarios y volver sin decírmelo, justo antes del alba.

Dios, pensé, plantado sobre la salida de baño, ¡ahora todas las jaulas están vacías!

**C**rumley estaba de pie a un lado del Bajo Nilo, el cauce seco del río. Yo estaba en el otro. Un coche de la policía y la camioneta de la morgue aguardaban abajo.

—No te va a gustar esto —dijo Crumley.

Hizo una pausa, esperando una señal para levantar la manta.

—¿Me llamó en medio de la noche? —pregunté.

Crumley meneó la cabeza.

—¿Cuánto hace que murió?

—Suponemos que unas ocho horas.

Hice un cálculo rápido. Cuatro de la mañana. Cuando sonó el teléfono del otro lado de la calle, en la noche. Cuando llamó la Nada para decirme algo. Si hubiese corrido a responder, una corriente de aire frío habría salido del auricular, para decirme... esto.

Asentí. Crumley levantó la manta.

La mujer de los canarios en venta estaba y no estaba allí. Parte de ella se había desvanecido en la oscuridad. Lo que quedaba era terrible.

Tenía los ojos fijos en alguna espantosa Nada, la cosa sobre la puerta que daba al pasillo, el peso invisible en el extremo de la cama. La boca que una vez se había abierto para murmurar «Suba, entre, bienvenido», estaba ahora abierta en señal de sobrecogimiento, de protesta. Quería que algo se fuera en seguida, que saliera, ¡que no se quedara allí!

Con la manta entre los dedos, Crumley me miró.

—Supongo que te debo una disculpa.

—¿Por qué?

Era difícil hablar, pues, tendida entre nosotros, la mujer miraba algo terrorífico en el techo.

—Por haberlo adivinado, tú. Por haberlo dudado.

—No fue difícil. Es como cuando murió mi hermano. Como cuando murieron mi abuelo y mis tías. Y también mis padres. Todas las muertes son parecidas, ¿no?

—Sí. —Crumley dejó caer la manta; una nevada sobre el valle del Nilo en un día de otoño.— Pero ésta es sólo una muerte sencilla, muchacho. No un asesinato. Esa expresión es la de cualquiera que tenga un ataque y sienta que el corazón se le sale del pecho.

Quise gritar mis objeciones. Me mordí la lengua. Algo que vi por el rabillo del ojo hizo que me volviera y me acercara a las pajareras vacías. Hicieron falta unos segundos para que él viera lo que yo estaba mirando.

—Santo Dios —susurré—, Hirohito. Addis Abeba. Han desaparecido.

Me volví para mirar a Crumley y señalar:

—Alguien ha sacado los viejos titulares de periódicos de las jaulas. Quienquiera que vino hasta aquí, no sólo le dio un susto de muerte sino que también se llevó los periódicos. Dios mío, es un coleccionista de *souvertirs*. Apuesto a que tiene un puñado de billetes de tren perforados y la cabeza arrancada de Scott Joplin.

—¿La qué de Scott Joplin?

Aunque de mala gana, Crumley se acercó al fin a echar un vistazo a las jaulas vacías.

—Encuentre esos periódicos y encontrará al coleccionista —dije.

—Un juego de niños —suspiró Crumley.

Bajé tras él y pasamos frente a los espejos vueltos hacia la pared, que no habían visto subir a nadie durante la noche y no habían visto partir a nadie. Cerca del pie de la escalera estaba la ventana polvorienta con el letrero. Por alguna razón que se me escapaba, extendí el brazo y arranqué el letrero del marco desconchado, arreglado con cinta adhesiva. Crumley me observaba.

—¿Me puedo quedar con esto? —pregunté.

—Te dolerá cada vez que lo veas —dijo Crumley—. Demonio. Quédatelo.

Lo doblé y me lo metí en el bolsillo.

Arriba, las pajareras no cantaban canciones.

El juez de primera instancia entró, empapado en cerveza de media tarde, y silbando.

**H**abía comenzado a llover. Llovía de un extremo al otro de la ciudad mientras el coche de Crumley nos llevaba lejos de la casa de la mujer, lejos de mi casa, lejos de los teléfonos que sonaban en horas inoportunas, lejos de la mar gris y el recuerdo de bañistas ahogados. El parabrisas del coche era como un gran ojo que lloraba y se secaba, y volvía a llorar, mientras el limpiaparabrisas iba y venía y se detenía, iba y venía y se detenía, y chirriaba para ir y venir otra vez. Yo miraba hacia adelante.

Dentro de su casa en la jungla, Crumley me miró a la cara, estimó que un brandy era más apropiado que una cerveza, me lo dio, y señaló el teléfono con un ademán.

—¿Tienes dinero para llamar a Ciudad de México?

Sacudí la cabeza.

—Ahora lo tienes —dijo Crumley—. Llama. Habla con tu chica. Cierra la puerta y habla.

Jadeando, le estreché la mano hasta casi romperle todos los huesos. Luego llamé a México.

—¡Peg!

—¿Quién habla?

—Soy yo, ¡yo!

—Dios mío, tienes una voz tan extraña, tan lejana.

—Estoy lejos.

—Estás vivo, gracias a Dios.

—Claro.

—Anoche tuve un presentimiento horrible. No pude dormir.

—¿A qué hora, Peg, a qué hora?

—A las cuatro, ¿por qué?

—Santo Dios.

—¿Por qué?

—Por nada. Yo tampoco pude dormir. ¿Cómo está Ciudad de México?

—Llena de muertes.

—Dios mío, y yo que creía que estaban todas aquí.

—¿Qué?

—Nada. Dios, qué alegría oírte.

—Di algo.

Dije algo.

—Dilo de nuevo.

—¿Por qué gritas, Peg?

—No lo sé. Sí, lo sé. ¡¿Cuándo me vas a pedir que me case contigo, maldita sea?!

—Peg —dije, consternado.

—¿Cuándo?

—¿Con treinta dólares a la semana, cuarenta cuando tengo suerte, algunas semanas nada, algunos meses ni un centavo?

—Haré voto de pobreza.

—Claro.

—Los haré. En diez días estaré en casa y haré los dos votos.

—Diez días, diez años.

—¿Por qué siempre son las mujeres las que tienen que pedir la mano del hombre?

—Porque somos cobardes y más miedosos que vosotras.

—Te protegeré.

—Vaya conversación. —Pensé en la puerta, en la noche anterior, y en la cosa que colgaba de la puerta y en la cosa al pie de mi cama.— Más vale que te des prisa.

—¿Recuerdas mi cara? —preguntó Peg de pronto.

—¿Qué?

—La recuerdas, ¿no?, porque, Dios, tan sólo hace una hora me pasó algo horrible: no podía recordar la tuya, o el color de tus ojos, y advertí lo estúpida que había sido al no traer tu fotografía, y no quedaba nada. Me asusta la idea de olvidar. Nunca me olvidarás, ¿no?

No le dije que justo el día anterior había olvidado de qué color tenía los ojos, que eso me había estremecido durante una hora, que era una especie de muerte, pero que era incapaz de determinar quién, Peg o yo, había muerto primero.

—¿Te ayuda mi voz?

—Sí.

—¿Estoy ahí, contigo? ¿Ves mis ojos?

—Sí.

—Por amor de Dios, apenas cuelgues mándame una foto. No quiero tener miedo otra vez...

—Lo único que tengo es una horrible de fotomatón de veinticinco centavos que...

—¡Mándala!

—Nunca debí venir aquí y dejarte ahí solo, sin protección.

—Cualquiera diría que soy tu hijo.

—¿Qué otra cosa *eres*?

—No lo sé. ¿El amor puede proteger a la gente, Peg?

—Tiene que hacerlo. Si no te protege, nunca perdonaré a Dios. Sigamos hablando. Mientras hablemos, habrá amor y estarás bien.

—Ya estoy bien. Gracias a ti. Hoy me sentía mal, Peg. Nada serio. Algo que comí. Pero ya estoy bien.

—Cuando regrese me mudaré a tu casa, digas lo que digas. Si nos casamos, bien. Sólo tendrás que habituarte a mi trabajo hasta que termines la Gran Epopeya Americana, y al diablo, cállate. Algún día, más adelante, ¡me mantendrás!

—¿Me estás dando órdenes?

—Claro que sí, porque odio tener que colgar y quisiera poder hablarte todo el día, y sé que te está costando una fortuna. Sigue hablándome, dime las cosas que quiero oír.

Seguí hablando.

Luego ya no estuvo más allí, sólo el zumbido de la línea, y yo quedé con mi pedazo de cable telefónico de tres mil kilómetros de largo y un billón de susurros de sombra que se demoraban, que venían hacia mí. Colgué antes de que pudieran llegar a mi oído y deslizarse dentro de mi cabeza.

Abrí la puerta y salí para encontrar a Crumley aguardando frente a la nevera, buscando sustento.

—Pareces sorprendido —rió—, ¿Olvidaste que estabas en mi casa, a fuerza de hablar y hablar?

—Lo olvidé —dije.

Y cogí todo lo que él sacaba para mí de la nevera; la nariz me moqueaba, el malestar del catarro era espantoso.

—Toma unos Kleenex, muchacho —dijo Crumley—. Toda la caja.

»Y ya que estás —añadió—, dame el resto de tu lista.

—*Nuestra* lista —dije.

Entornó los ojos, se pasó una mano nerviosa por la calva reciente, y asintió.

—Las próximas víctimas, por orden de ejecución.

Cerró los ojos, agobiado.

—*Nuestra* lista —dijo.

No le hablé en seguida de Cal.

**Y** ya que estás... —Crumley sorbió otra cerveza—, escribe el nombre del asesino. —Tendría que ser alguien que conozca a todo el mundo en Venice, California —dije.

—Ése podría ser yo —dijo Crumley. —No diga eso. —¿Por qué?

—Porque —dije— me asusta.

**H**ice la lista.  
Hice dos listas.

De pronto descubrí que estaba haciendo tres listas.

La primera era corta y enumeraba posibles asesinos, pero yo no creía en ninguno de ellos.

La segunda era Escoja una Víctima. Más extensa que la anterior, nombraba a quienes podían desaparecer a corto plazo.

En medio de esta lista, advertí que desde hacía cierto tiempo le había echado el ojo a todos los errabundos de Venice. Así que escribí una página sobre Cal el Peluquero, antes de que lo olvidara, y otra sobre Shrank corriendo calle abajo, y otra sobre toda esa gente que había estado conmigo en la montaña rusa y había caído lentamente en el infierno, ¡y una más sobre el barco de vapor, el cine nocturno que atravesaba el Styx y arremetía contra la Isla de los Muertos y luego (¡inconcebible!) se hundía con el señor Shapeshade!

Redacté un sermón final sobre la señorita Canto de Pájaro, y una página sobre los ojos de vidrio, y junté todos los folios y los metí en mi Caja Parlante, la caja que yo guardaba junto a la máquina de escribir, y desde donde las ideas me hablaban por la mañana temprano para decirme adonde querían ir y qué querían hacer. Medio dormido, me quedé tendido, escuchando, y luego me levanté y con la máquina de escribir fui a ayudarlas a ir adonde más necesitaban ir a hacer algo especial y extravagante; así se escribían mis historias. A veces era un perro que necesitaba escarbar en un cementerio. A veces era una máquina del tiempo que tenía que volver atrás. A veces era un hombre de alas verdes que tenía que volar de noche para que no lo vieran. A veces se trataba de mí, que echaba en falta a Peg en esa tumba que era mi cama.

Devolví una de las listas a Crumley.

—¿Por qué no usaste mi máquina de escribir? —preguntó.

—La suya todavía no está acostumbrada a mí, y se me cruzaría en el camino. La mía me lleva la delantera, y corro para alcanzarla. Lea eso.

Crumley leyó mi lista de posibles víctimas.

—Demonios —murmuró—, aquí está la mitad de la Cámara de Comercio de Venice, el Club de Leones, el circo de pulgas amaestradas y los propietarios de ferias de verano de toda América.

La dobló y se la metió en el bolsillo.

—¿Por qué no añades algunos amigos del tiempo en que vivías en Los Ángeles?

Una rana de hielo saltó en mi pecho.

Pensé en la casa, en los largos corredores oscuros, en la simpática señora Gutiérrez y en la encantadora Fannie.

La rana saltó otra vez.

—No diga eso —dije.

—¿Dónde está la otra lista, la de los asesinos? ¿Has incluido también la Cámara de Comercio?

Meneé la cabeza.

—¿Tienes miedo de mostrármela porque estoy ahí junto con el resto? —preguntó Crumley.

Saqué la lista del bolsillo, la miré un rato, y la rompí.

—¿Dónde está la papelera? —dije.

Mientras hablaba, la niebla había llegado a la otra acera, frente a la casa de Crumley. Vaciló, como si me buscara, y luego, para confirmar mis paranoicas sospechas, cruzó furtivamente la calle y cubrió el jardín, extinguiendo los farolillos de los naranjos y limoneros, ahogando las flores para que cerraran las bocas.

—¿Cómo se atreve a venir hasta aquí? —dije.

—Como todo lo demás —dijo Crumley.

**Q** ué? ¿Es el Loco?

—¡Sí, señora Gutiérrez!

—¿Llamo al despacho?

—Sí, señora Gutiérrez.

—¡Fannie está afuera, gritando en el porche!

—La oigo, señora Gutiérrez...

Lejos, en las tierras soleadas donde no hay niebla, ni bruma, ni lluvia, ni marea que traiga extraños visitantes, estaba la casa de vecindad, y la voz de soprano de Fannie llamando como la de las sirenas.

—¡Dígale —la oí cantar— que tengo una nueva grabación de *La flauta mágica* de Mozart!

—Dice...

—La oí, señora Gutiérrez. Dígale que gracias a Dios es una obra alegre.

—Dice que quiere que venga a verla, que lo echa de menos y que espera que la perdone.

¿Perdonarla? ¿Por qué? Traté de recordar.

—Dice...

La voz de Fannie flotó en el aire cálido y claro.

—¡Dígale que venga pero que no traiga a nadie!

Aquello me dejó sin aliento. Los fantasmas de viejos helados se alzaron en mis venas. ¿Cuándo había hecho una cosa así?, me pregunté. ¿A quién creía que podía llevar conmigo, sin invitación?

Y luego recordé.

La bata colgada de la puerta, tarde en la noche. Déjala ahí. Se venden canarios. No traigas las jaulas vacías. La jaula del león. No la arrastres por las calles. Lon Chaney. No la quites de la pantalla para metértela en el bolsillo. No lo hagas.

Santo Dios, Fannie, pensé, ¿acaso la niebla rueda tierra adentro hacia ti? ¿Llegará la bruma a tu casa? ¿Llamará la lluvia a tu puerta?

Grité con tanta fuerza por el teléfono que Fannie pudo haberme oído desde abajo.

—Dígale, señora Gutiérrez, que iré solo. *Solo*. Pero dígame que no puedo asegurarle que vaya. No tengo un centavo, ni siquiera para el billete de tren. Quizá vaya mañana...

—Fannie dice que si viene le dará dinero.

—Magnífico, pero mientras... vacíos, los bolsillos.

En ese preciso momento vi al cartero que cruzaba la calle y metía un sobre en mi buzón.

—Espere un minuto —grité, y corrí.

La carta era de Nueva York y dentro había un cheque de 30 dólares por un cuento que yo acababa de vender a *Bizarre Tales*: la historia de un hombre asustado a quien el viento había seguido alrededor del mundo desde el Himalaya y ahora quería robarle el alma, le sacudía y golpeaba la casa tarde en la noche.

Volví corriendo al teléfono y grité: —Si llego al banco antes de que cierre... ¡iré esta noche!

Fannie escuchó la traducción y cantó tres notas de *Lakmé* antes de que la traductora colgara.

Corrí al banco.

Niebla funesta —pensé—, no subas al tren antes que yo para ir a casa de Fannie.

**S**i el muelle era un gran *Titanic* a punto de topar con un iceberg en la noche —la gente estaba ocupada reordenando las sillas de la cubierta— y alguien cantaba *Nearer My God to Thee* mientras apretaba el émbolo del detonador de dinamita...

Entonces la casa de vecindad de la esquina de Temple y Figueroa seguía a flote en medio del barrio, con cortinas, gente y ropa interior colgando de casi todas las ventanas, las prendas batidas hasta morir en las máquinas de los porches traseros, y el olor de los tacos y la carne en conserva en todos los pasillos.

En cierto modo, era una pequeña isla de Ellis, llevando a la deriva a gente de unos dieciséis países. Los sábados por la noche había festivales de enchilada en la planta alta, y farándulas de conga que bailaban a través de los corredores, pero la mayor parte de la semana las puertas permanecían cerradas y la gente volvía temprano porque todos trabajaban en los almacenes de ropa o en las tiendas de ocasión, del centro del pueblo, o en lo que quedaba de las industrias de Defensa en el valle, o en la calle Olivera, vendiendo joyas de pacotilla.

Nadie estaba a cargo de la casa. La propietaria, la señora O'Brien, venía de visita lo menos posible; tenía miedo de los ladrones de bolsos y de echar a perder una vida virtuosa de setenta y dos años. Si alguien gobernaba la casa, era Fannie Florianna,

quien desde un balcón de ópera de la primera planta podía canturrear órdenes con tanta dulzura que incluso los chicos de la sala de billar de enfrente dejaban de pavonearse como gallos y palomos, y venían, taco en mano, a agitar la mano y gritar «¡Ole!».

Había tres chinos en la planta baja, junto con los chicanos de siempre, y en la primera planta un caballero japonés y seis jóvenes de México que tenían un traje de color de helado de crema, y se turnaban para ponérselo, una noche por semana. También había algunos portugueses, un vigilante nocturno de Haití, dos vendedores de Filipinas, y más chicanos. La señora Gutiérrez, con el único teléfono del edificio, vivía allí, sí, en la primera planta.

La segunda planta albergaba sobre todo a Fannie y sus ciento noventa kilos, junto con dos viejas hermanas solteras, de España, un vendedor de bisutería, de Egipto, y dos damas de Monterrey que —se rumoreaba— vendían sus encantos a bajo precio a cualquier jugador de billar perdido y lascivo que subiera las escaleras por casualidad, titubeando, de noche, los viernes. Cada rata a su guarida, como decía Fannie.

Me sentí contento de estar frente al edificio al atardecer, contento de oír todas las radios encendidas desde todas las ventanas, contento de oler todos los olores de cocina y oír la risa.

Contento de entrar y encontrarme con toda la gente.

**L**as vidas de ciertas gentes pueden ser resumidas con tanta rapidez que al final no son más que una puerta cerrada de golpe, o alguien que tose fuera, en una calle oscura, tarde en la noche.

Uno echa un vistazo por la ventana; la calle está vacía. Quienquiera que tosió ya no está.

Hay quienes viven hasta los treinta y cinco o cuarenta años, pero, como nadie les presta atención, tienen una vida breve, como la llama de una vela, pequeña hasta ser invisible.

Había diversas personas de ese género, visibles o medio visibles, en el interior o en los alrededores de la casa, que vivían allí sin vivir exactamente allí.

Sam, y Jimmy, y Pietro Massinello, y ese ciego tan especial, Henry, negro como los pasillos por los que deambulaba con orgullo de negro.

Todos o casi todos desaparecían en pocos días, y cada uno de manera diferente. Desaparecían con tanta regularidad y diversidad, que nadie se enteraba. Incluso yo casi pasé por alto la importancia de aquellos últimos adioses.

Sam.

Sam era un inmigrante clandestino que había venido de México a lavar platos, mendigar una moneda, comprar vino barato, y caer tendido diñante días. Y luego se levantaba como un muerto viviente a lavar más platos, suplicar más monedas, y hundirse en el vino, que llevaba en una bolsa de papel marrón. Hablaba un mal

español y un peor inglés, porque lo que decía pasaba siempre por el filtro del moscato. Nadie sabía qué decía, a nadie le importaba. Dormía en el sótano, libre de peligros.

Eso en cuanto a Sam.

A Jimmy tampoco se le entendía, no como resultado de la bebida sino porque le habían robado la dentadura. Los dientes de Jimmy, proporcionados gratuitamente por el ambulatorio municipal, desaparecieron una noche en que se descuidó y pagó la entrada de un refugio nocturno en una calle principal. Había puesto los dientes en un vaso de agua junto a la almohada. Cuando despertó, había perdido para siempre aquella gran sonrisa blanca. Jimmy, boquiabierto pero jovial por la ginebra, volvió a la casa enseñando unas encías rosadas y riendo. Sin dentadura y con acento de inmigrante checo, era, como Sam, ininteligible. Dormía en las bañeras vacías a las tres de la mañana, y de día hacía extraños trabajos en los alrededores, riéndose mucho de nada en particular.

Eso en cuanto a Jimmy.

Pietro Massinello era un circo unipersonal al que se le permitía, como a los demás, trasladar la exhibición de perros, gatos, gansos y pericos que en el verano vivían en el tejado, a la atestada habitación del sótano en la que sobrevivían en diciembre, año tras año, en una mezcolanza de ladridos, cacareos, alborotos y siestas. Podía vérselo corriendo por las calles de Los Ángeles seguido de un rebaño de bestias sumisas, los perros retozando, un pájaro en cada hombro, un pato pisándole los talones, mientras cargaba un fonógrafo portátil que instalaba en las esquinas para tocar *Cuentos de los bosques de Viena* y hacer bailar a los perros para cualquiera que le echara unos centavos. Era un hombre diminuto con cascabeles en el sombrero, rímel negro alrededor de los grandes ojos lunáticos e inocentes, y carillones cosidos a los puños y las solapas de la chaqueta. No hablaba a la gente: *cantaba*.

El letrero en la puerta de la atestada habitación del sótano rezaba: gerente, y el lugar estaba inundado de amor, el amor que los animales maravillosamente tratados, acariciados y mimados dispensaban al increíble dueño.

Eso en cuanto a Massinello Pietro.

Henry, el ciego de color, era aún más especial. Especial no sólo porque hablaba límpida y claramente, sino también porque atravesaba erguido nuestras vidas y sobrevivía cuando los otros se habían hundido en la noche sin tambores ni trompetas.

**C**uando traspasé el umbral de la planta baja, él me esperaba. Me esperaba en la oscuridad, la espalda apoyada en la pared, la cara tan negra que parecía invisible.

Fueron sus ojos, ciegos pero bordeados de blanco, lo que me asustó.

Me quedé sin aliento, temblando.

—Henry, ¿eres tú?

—Te asusté, ¿no? —Henry sonrió y luego recordó qué lo había traído.— Te he estado esperando —dijo, bajando la voz, mirando alrededor como si efectivamente pudiese ver las sombras.

—¿Pasa algo, Henry?

—Sí. No. No lo sé. Las cosas están cambiando. Esta vieja casa ya no es la de antes. La gente anda nerviosa. Incluso yo.

Vi que su mano derecha tanteaba tocando y enderezando un rayado bastón de menta. Nunca hasta entonces lo había visto con un bastón. Mi mirada descendió hasta la punta, redondeada por lo que parecía una masa considerable de plomo. No era un bastón de ciego. Era un arma.

—Henry —susurré.

Y permanecimos así un momento, mientras yo lo examinaba y veía lo que siempre había estado ahí.

Henry, el ciego.

Henry lo había memorizado todo. Orgullosa como era, había contado y era capaz de recordar cada paso de esta manzana, y de la siguiente, y de la siguiente, y cuántos pasos había que dar para atravesar tal o cual intersección. Y podía citar con soberana certeza los nombres de las calles por los humos y olores de la carnicería, el puesto del lustrabotas, la farmacia o el salón de billar. E incluso cuando las tiendas estaban cerradas, «veía» el aroma de los pepinillos *kosher*, de las cajas de cigarrillos, del marfil africano de las bolas de billar, o la bocanada afrodisíaca del puesto de gasolina cuando algún depósito desbordaba; y Henry caminaba, mirando hacia adelante, sin gafas negras, sin bastón, contando los pasos, y giraba para entrar en Al's Beer, avanzaba con paso seguro e inexorable entre las abarrotadas mesas hasta un taburete de piano, se sentaba y extendía la mano hacia la cerveza que Al ya había puesto allí automáticamente, y tocaba tres piezas —con un *Maple Leaf Rag* tristemente mejor que el de Cal el peluquero—, y bebía la cerveza y salía a una noche que dominaba gracias a la cuenta de los pasos, camino a casa, respondiendo a voces invisibles, saludando a la gente, orgullosa de su genio de postigos cerrados, guiado únicamente por la nariz y las piernas firmes y musculosas tras quince kilómetros de marcha cotidiana.

Si uno lo ayudaba a cruzar la calle, error que cometí una vez, apartaba el codo de un tirón y te miraba con tanta cólera que se te encendían las mejillas.

—No me toque —susurraba—. No me confunda. Me ha hecho perder la cuenta. ¿Por dónde iba? —Corría los abalorios de algún ábaco en las tinieblas de la cabeza.— Sí. Ya sé. Treinta y cinco de frente y después treinta y siete. —Y continuaba solo, dejándote allí, en la curva, para reemprender su propia caminata, treinta y cinco pasos para atravesar Temple en esta dirección, luego treinta y siete en la otra, sobre Figueroa. Un bastón invisible marcaba el ritmo para él. Caminaba al paso, por Dios Santo, caminaba realmente al paso.

Y era Henry Sin Apellido, Henry el Ciego, que oía el viento y conocía las grietas

de la acera y aspiraba el polvo de la casa en la noche, el primero en avisar que había algo en la escalera, que la medianoche pesaba demasiado sobre el tejado, o que un sudor malsano impregnaba los pasillos.

Y allí estaba ahora, adosado al resquebrajado yeso de la entrada, en la negra noche que reinaba en el exterior y en los pasillos. Parpadeó y cerró los ojos; las fosas nasales se le ensancharon; pareció doblar un poco las rodillas como si le hubieran pegado en la cabeza. El bastón se le crispó entre los dedos negros. Escuchaba, escuchaba con tanta fuerza que me volví para escrutar el largo y profundo pasillo hasta el otro extremo de la casa, donde la puerta trasera permanecía abierta y donde, allí también, aguardaba la noche.

—¿Qué ocurre, Henry? —volví a preguntar.

—¿Me prometes que no se lo dirás a Florianna? Fannie se pone nerviosa, le cuentas demasiadas cosas malas. ¿Me lo prometes?

—No la pondré nerviosa, Henry.

—¿Dónde has estado estos últimos días?

—Tenía mis propios problemas, Henry, y estaba sin blanca. Podía haber hecho auto-stop, pero... bueno.

—Han ocurrido muchas cosas en las últimas cuarenta y ocho horas. Pietro, él y sus perros y pájaros y gansos. ¿Has visto los gatos?

—¿Qué le ocurre?

—Alguien lo ha denunciado, han llamado a la policía. Un fastidio, dijeron. La policía vino, se llevó los animales, se lo llevaron a él. Pudo regalar unos cuantos a los amigos. Tengo un gato en mi habitación. La señora Gutiérrez tiene un perro nuevo. Cuando se lo llevaron, Pietro lloraba. Jamás oí llorar tanto a un hombre. Fue horrible.

—¿Quién lo denunció, Henry? —Yo también estaba trastornado. Veía a los perros que adoraban a Pietro, a los gatos y los gansos que lo seguían, a los canarios en el sombrero tintineante, y lo veía a él, que había bailado en las esquinas de las calles durante la mitad de mi vida.

—¿Quién lo denunció?

—El problema es que nadie lo sabe. Los policías llegaron, dijeron «¡Por aquí!», y se acabó. Los animales desaparecieron y Pietro fue a la cárcel, un fastidio, o quizás armó un escándalo ahí afuera, le pegó a alguien, golpeó a un policía. Nadie lo sabe. Pero alguien lo hizo. Eso no es todo...

—¿Qué más? —dije, apoyándome contra la pared.

—Sam.

—¿Qué ocurre con él?

—Está en el hospital. La bebida. Alguien le dio dos cuartos de aguardiente y el muy imbécil se lo tomó. ¿Cómo lo llaman? ¿Alcoholismo agudo? Si sigue con vida mañana, es por voluntad de Dios. Nadie sabe quién le dio el aguardiente. Y después está Jimmy, ¡lo peor!

—Dios —murmuré—. Deja que me siente. —Me senté al pie de la escalera que

conducía a la primera planta.— *Sin novedades o cómo murió el perro.*

—¿Eh?

—Un viejo disco de setenta y ocho de cuando yo era niño. *Sin novedades o cómo murió el perro.* El perro ha comido forraje quemado en el granero quemado. ¿Cómo se incendió el granero? El viento arrastró las chispas de la casa, que quemaron el granero. ¿Las chispas de la casa? Vinieron de la casa, de las velas alrededor del féretro. ¿Velas alrededor del féretro? Murió el tío de alguien. Y así sucesivamente. Termina con el perro que come forraje quemado y se muere. Eso es. *Sin novedades o cómo murió el perro.* Lo que me cuentas me está deprimiendo, Henry, lo siento de veras.

—Haces bien en sentirlo; ahora me refiero a Jimmy. Sabes que duerme en cualquier parte, y que una vez por semana sube al segundo piso para desvestirse y darse un baño. También se baña en la planta baja, ¡desde luego! Bueno, se metió en la bañera llena, borracho, se dio vuelta y se ahogó.

—Se ahogó.

—Se ahogó. ¿No es una idiotez? ¿No es un epitafio horrible para una piedra sepulcral, salvo que *no* habrá piedra sepulcral? La fosa común. Encontrado en una bañera llena de agua sucia. Se dio vuelta, tan borracho que se hundió en un último sueño. Ahogado.

—Dios mío —dije, sofocando una risa y un sollozo.

—Sí, haces bien en nombrar a Dios. Dios se apiade de nosotros —dijo Henry con voz temblorosa—. ¿Ves ahora por qué no quiero que se lo digas a Fannie? Se lo haremos saber, una cosa por vez, y retrasándolo semanas. Massinello Pietro en la cárcel, los perros perdidos para siempre, los gatos expulsados, los gansos cocinados. Sam en el hospital. Jimmy ahogado. ¿Y yo? Fíjate en este pañuelo, todo mojado por mis ojos, hecho una bola por mi puño. No me siento bien.

—Nadie se siente muy bien ahora.

—Ahora. —Henry tendió la mano sin vacilar hacia mi voz y me apretó dulcemente el hombro.— Termina de subir y muéstrate alegre. Con Fannie.

**G**olpeé a la puerta de Fannie. —Gracias a Dios —la oí gritar. Un barco remontó el río, abrió la puerta, y regresó corriente abajo por el linóleo.

Tan pronto se desplomó en el sillón, me miró a la cara y preguntó: —¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre? Oh. —Me volví y miré el pomo que aún tenía en la mano.— ¿Siempre dejas la puerta abierta?

—¿Y por qué no? ¿Quién querría venir a tomar la Bastilla por asalto? —Pero no se rió. Estaba alerta. Como Henry, tenía un olfato poderoso. Y yo estaba transpirando. Cerré la puerta y me hundí en una silla.

—¿Quién ha muerto? —dijo Fannie.

—¿Qué quieres decir? —dije, tartamudeando.

—Parece que vinieras de un funeral chino y comenzaras a tener hambre otra vez.  
—Intentó sonreír y guiñarme un ojo.

—Oh —pensé rápidamente—. Henry me acaba de dar un susto en el pasillo, eso es todo. Ya conoces a Henry. Vas por un pasillo y no lo reconoces en la oscuridad.

—Eres un pésimo mentiroso —dijo Fannie—. ¿Dónde has estado? Estoy exhausta de esperar a que vengas a visitarme. ¿Alguna vez te has cansado, te has extenuado a fuerza de esperar? Te he esperado, mi querido niño, y he tenido miedo por ti. ¿Has estado triste?

—Muy triste, Fannie.

—Ya. Lo sabía. A causa de ese hombre espantoso de la jaula de leones, ¿verdad? ¿Con qué derecho te entristece?

—No lo pudo evitar, Fannie. —Suspiré.— Supongo que hubiese preferido estar en la taquilla de la Pacific Electric contando confeti.

—Bueno, Fannie te animará. ¿Serías tan amable de poner la púa en ese disco, querido? Sí, ése, Mozart, para bailar y cantar. Tenemos que invitar a Pietro Massinello uno de estos días, ¿no te parece? Le gusta mucho *La flauta mágica*, y le diremos que traiga sus animales.

—Sí, Fannie —dije.

Puse la púa sobre un disco que emitió un siseo promisorio.

—Mi pobre muchacho —dijo Fannie—. Pareces *verdaderamente* triste.

**A**lguien rascó débilmente la puerta.

—Es Henry —dijo Fannie—. Nunca llama.

Fui hacia la puerta pero antes de que pudiera abrirla la voz de Henry dijo, del otro lado: —Soy yo.

Abrí y Henry aspiró. —Goma de mascar de menta. Es por eso que te reconozco. ¿Nunca mascas otra cosa?

—Ni siquiera tabaco.

—Ha llegado tu taxi —dijo Henry.

—¿Mi qué?

—¿Desde cuándo puedes permitirte un taxi? —preguntó Fannie, las mejillas rosadas, los ojos brillantes. Habíamos pasado dos gloriosas horas con Mozart y el aire mismo era luminoso alrededor de la gruesa dama—. ¿Eh?

—Sí, desde cuándo me puedo permitir... —dije, pero me interrumpí, porque Henry, desde afuera, estaba meneando la cabeza: no. Se llevó un dedo a los labios.

—Es tu amigo —dijo—. El taxista de Venice, te conoce. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dije, frunciendo el entrecejo—. Si tú lo dices.

—Oh, lo olvidaba. Esto es para Fannie. Pietro me dijo que se lo dé. Está tan atestado ahí abajo, que no hay lugar para éste.

Me entregó un gato gordo y moteado, que ronroneaba.

Cogí la dulce carga y se la entregué a Fannie, que también se puso a ronronear.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, contenta con Mozart y el gato—. ¡Qué gato de ensueño, qué ensueño!

Henry la saludó con una inclinación de cabeza, se despidió de mí del mismo modo, y se alejó por el pasillo.

Fui a abrazar fuertemente a Fannie.

—Escucha, escúchale el motor —exclamó, alzando el gato para besarlo.

—Cierra con llave, Fannie —dije.

—¿Qué? —dijo ella—. ¿Qué?

Abajo encontré a Henry esperando aún en la oscuridad, pegado a la pared, casi invisible.

—Henry, por el amor de Dios, ¿qué estás haciendo?

—Escuchando —dijo.

—¿Escuchando? ¿Qué?

—Esta casa, este lugar. Calla. Cuidado. Eso.

El bastón se alzó y señaló como una antena el otro extremo del pasillo.

—Eso. ¿Lo... oyes?

Lejos, sopló el viento. Lejos, una brisa erraba en la oscuridad. Las vigas gimieron, asentándose. Alguien respiró. Una puerta crujió.

—No oigo nada.

—Es porque estás esforzándote. No te esfuerces. Simplemente sé. Simplemente escucha. Eso.

Escuché y un escalofrío me bajó por la espalda.

—Hay alguien —susurró Henry—. Alguien que no es de aquí. Lo noto. No soy ningún idiota. Alguien ahí arriba, deambulando, con malas intenciones.

—No puede ser, Henry.

—Es —dijo en voz baja—. Te lo dice un ciego. Hay un intruso. Palabra de Henry. No me creen y ruedan escaleras abajo o...

Se ahogan en la bañera, pensé. Pero dije: —¿Te vas a quedar aquí toda la noche?

—Alguien tiene que vigilar.

¿Un ciego?, pensé.

Me leyó la mente. Asintió. —El viejo Henry, claro. Ahora vete. Es un gran Duesenberg con olor a lujo, afuera. No es un taxi. Te mentí. ¿Quién podría recogerte tan tarde? ¿Conoces a alguien con un coche de lujo?

—A nadie.

—Vete. Yo velaré por Fannie. Pero, ¿ahora quién velará por Jimmy? Ni siquiera Jim. Ni siquiera Sam...

Empecé a cruzar de una noche a otra.

—Ah, una última cosa.

Me detuve. Henry dijo:

—¿Cuál es la mala noticia que trajiste esta noche y no dijiste? Ni a mí ni a Fannie.

Me quedé sin aliento.

—¿Cómo lo sabías?

Pensé en la anciana que se hundía en el lecho del río, en silencio, envuelta en sábanas, sin que nadie la viera. Pensé en Cal, la tapa del piano cerrada sobre unas manos de hojas de arce.

—A pesar —me explicó Henry— de que mascaras goma de menta, esta noche tenías amargo el aliento, muchacho. Lo que quiere decir que no digieres como es debido. Lo que quiere decir que ha sido un mal día para los escritores desarraigados que vienen al interior.

—Ha sido un mal día para todos, Henry.

—Yo sigo resoplando. —Henry se enderezó y sacudió el bastón hacia los corredores cada vez más oscuros en los que se consumían las bombillas y se extinguían las almas.— Henry, el perro guardián. En cuanto a ti..., ¡fuera!

Salí y fui hacia algo que no sólo tenía el olor sino también el aspecto de una limusina Duesenberg, modelo 1928.

**E**ra la limusina de Constance Rattigan.

Era tan larga, deslumbrante y hermosa como la vitrina de una tienda de la Quinta Avenida, en el lado equivocado de la ciudad.

La puerta trasera estaba abierta. El chófer estaba en el asiento de delante, la gorra encasquetada hasta los ojos. Fingió no verme. Traté de que me mirase, pero la limusina aguardaba, el motor zumbaba, y yo estaba perdiendo tiempo.

Nunca había subido a un vehículo semejante.

Podía ser mi primera y última oportunidad.

Entré de un salto.

Apenas toqué el asiento trasero, la limusina se alejó de la curva con un largo deslizamiento de boa constrictor. La puerta trasera se cerró detrás de mí y ya alcanzábamos los noventa antes de pasar la primera manzana. Devoramos la cuesta de Temple Hill a unos ciento veinte por hora. Logramos pasar todos los semáforos verdes hasta Vermont, donde giramos en Wilshire para encaminarnos rápidamente hacia Westwood sin ninguna razón en particular, quizá porque era pintoresco.

Yo iba sentado en el asiento trasero como Robert Armstrong en el regazo de King Kong, jactándome y murmurando entre dientes, consciente de a dónde iba, pero preguntándome acerca de las razones por las que merecía todo eso.

Luego recordé las noches en que había subido a ver a Fannie y había descubierto en el aire, frente a su casa, este mismísimo olor a Chanel, a cuero y a noches parisinas. Constance Rattigan había pasado por allí hacía apenas unos minutos. Nos habíamos salvado de chocar por uno o dos pelos de visón y una exhalación de Grand

Marnier.

Cuando nos aprestábamos a doblar en Westwood, pasamos junto a un cementerio situado de tal manera que si uno no tenía cuidado se metía en un parque de estacionamiento. ¿O era que, algunos días, buscando un sitio donde estacionar a veces uno se metía entre las tumbas? Era desconcertante.

Antes de que pudiera pensarlo, el cementerio y el parque habían quedado atrás y estábamos a medio camino de la playa.

En Venice y en Windward, tomamos el camino de la playa hacia el sur. Silenciosos y rápidos como un leve aguacero, pasamos a corta distancia de mi casa. Vi que un débil resplandor iluminaba la ventana junto a mi máquina de escribir. Me pregunto si estoy allí, soñando todo esto, pensé. Y dejamos atrás mi cabina telefónica desierta, con Peg a tres mil kilómetros de distancia, al otro extremo de la línea silenciosa. Peg, pensé, ¡si pudieras verme!

Nos desviamos para pasar detrás de la gran fortaleza morisca, de una blancura ósea; era exactamente medianoche cuando la limusina se detuvo con la facilidad con que una ola muere en la orilla. La puerta se cerró y el chófer, aún tranquilo después de aquel largo y silencioso deslizamiento, se eclipsó por una puerta trasera de la fortaleza, y no volvió a aparecer.

Esperé un minuto a que ocurriera algo. Cuando vi que era inútil, bajé discretamente de la limusina, como un ladrón, con un absurdo sentimiento de culpa y contemplando la posibilidad de huir.

Vi una silueta en la primera planta de la casa. Las luces se encendían a medida que el chófer se desplazaba en esa fortaleza morisca de la playa de Venice.

Mal que bien, permanecí allí, sin hacer ruido. Consulté mi reloj. Cuando la aguja grande marcó el último segundo del último minuto, las luces se encendieron en el porche.

Avancé hasta la puerta abierta y entré en una casa vacía. A cierta distancia, al final de un pasillo, vi una diminuta figura que se movía en la cocina preparando unos tragos, una muchacha pequeña con uniforme de criada. Me hizo una señal y se fue.

Entré en un salón poblado por un zoológico de almohadones de todos los tamaños, del pomerania al gran danés. Me senté sobre el más grande y me hundí en él así como mi alma se hundía en mi interior.

La sirvienta entró a la carrera, depositó dos tragos sobre una bandeja y salió rápidamente, antes de que yo la viese (sólo había una vela en la habitación). Por encima del hombro, exclamó: «¡Beba!», con un acento posiblemente francés.

Era un vino blanco, fresco y bueno, que me hacía falta. Mi catarro había empeorado. No paraba de estornudar, de sonarme, y de volver a estornudar.

**E**n 2078, excavaron una vieja tumba, o lo que parecía ser una tumba, en la costa de California. Se rumoreaba que allí habían gobernado antiguamente

reyes y reinas, y que después se habían ido con las mareas que barrían la playa. Se decía que algunos habían sido enterrados junto con sus carruajes. Otros, con reliquias de arrogancia y magnificencia. Otros sólo habían dejado imágenes de sí mismos en cajas extrañas que al desenrollarse expuestas a la luz hablaban en lenguas extranjeras y proyectaban sombras chinescas negras y blancas sobre pantallas de lienzo desnudo.

Una de las sepulturas que habían descubierto y abierto era la tumba de una reina, y en el interior de la bóveda no había una partícula de polvo ni un mueble, sólo almohadones en el centro del parqué y, todo alrededor, hilera sobre hilera, elevándose hasta el techo, y pila tras pila, tocando ese mismo techo, bobinas cubiertas de etiquetas que indicaban las vidas que había vivido la reina, y ninguna de estas vidas era verdad pero parecían serlo. Eran sueños enlatados, prisioneros. Envases de los que los espíritus fantásticos escapaban gritando o en los que se refugiaban las princesas para siempre, a salvo de la realidad asesina.

La dirección de aquella tumba era Speedway 27, Ocean Front, Venice, California, en un año perdido bajo la arena y el mar. Y el nombre de la reina de las películas apiladas del suelo al techo era Constance Rattigan.

Allí me encontraba ahora, esperando y pensando.

Espero que no sea como la mujer de los canarios.

Espero que no sea una momia de ojos polvorientos.

Dejé de esperar.

Había llegado la segunda reina egipcia. Y con una entrada nada espectacular. Y no llevaba un traje de noche de lamé, ni siquiera un bonito vestido con echarpe, o pantalones largos.

Advertí que estaba allí, en el vano de la puerta, al otro lado de la habitación, antes incluso de que abriera la boca. ¿Y qué vi? Una mujer de cerca de un metro sesenta en bañador negro, todo el cuerpo increíblemente bronceado y la cara oscura como la canela y la muez moscada. Llevaba el cabello corto y de una especie de rubio marrón grisáceo, desgredado, como si hubiese intentado pasarse el peine y después hubiese mandado todo al infierno. El cuerpo era bien proporcionado, firme y ágil, y no le habían seccionado los tendones de las piernas. Descalza, atravesó rápidamente la habitación y me lanzó una mirada centelleante.

—¿Eres un buen nadador?

—No lo hago mal.

—¿Cuántos largos de mi piscina podrías hacer? —Con un ademán señaló el gran lago esmeralda del otro lado de las puertaventanas.

—Veinte.

—Yo, cuarenta y cinco. Todos los hombres que conozco tienen que hacer cuarenta, si quieren acostarse conmigo.

—Acabo de suspender el examen —dije.

—Constance Rattigan. —Me estrechó la mano y me la sacudió vigorosamente.

—Lo sé —dije.

Retrocedió y me examinó de pies a cabeza.

—¿Así que tú eres el que masca chicles de menta y está enamorado de *Tosca*? — dijo.

—¿Ha estado hablando con Henry el ciego y Florianna?

—¡Exacto! Espérame aquí y no te muevas. Si no tomo mi baño nocturno me dormiré encima de ti.

Antes de que yo pudiera hablar, salió precipitadamente por las puertaventanas, esquivó la piscina y corrió hacia el océano. Se zambulló en la primera ola y nadó hasta perderse de vista.

Tuve la impresión de que ella no querría un vaso de vino al volver. Fui a la cocina, que era holandesa, blanco crema, azul celeste, y encontré una cafetera al fuego y el olor del café que señalaría el principio de un nuevo día. Consulté mi reloj barato: casi la una de la mañana. Serví café para dos, lo llevé afuera, y la esperé en el mirador que dominaba el increíble azul verdoso de la piscina.

—¡Sí! —fue su respuesta mientras llegaba corriendo para sacudirse como un perro sobre las baldosas.

Cogió el café y tuvo que haberse quemado la boca al beberlo. Jadeando, dijo: — Así *empiezo* mi día.

—¿A qué hora se acuesta?

—Al amanecer, a veces, como los vampiros. Las tardes no son para mí.

—¿Cómo hace para estar tan bronceada?

—Tengo una lámpara en el sótano. ¿Por qué me miras de ese modo?

—Porque sí —dije—. La imaginaba tan distinta... Imaginé a alguien como Norma Desmond en esa película que acaban de estrenar. ¿La vio?

—Diablos, la viví. La mitad de la película soy yo, el resto no vale nada. Esa tonta de Norma quiere una nueva carrera. Yo la mayoría de los días lo único que quiero es encerrarme y no salir. Ya he tenido mi dosis de productores de manos en mi rodilla, directores de colchón de muelles, escritores tímidos y guionistas cobardes. Sin querer ofender. ¿Eres escritor?

—De pies a cabeza.

—Tienes valor, muchacho. Manténte alejado del cine. Te joderán. ¿Por dónde iba? Ah, sí, hace años doné la mayor parte de mis vestidos caros para una venta del Comité de Voluntarios de Hollywood. Voy quizás a una *première* al año, y tal vez a dos galas de beneficencia. Cada ocho semanas, si se trata de un viejo compañero, almuerzo en el Sardi o en el Derby, luego me vuelvo a encerrar. A Fannie la veo más o menos una vez al mes, casi siempre tarde. Es un pájaro nocturno, como tu atenta servidora.

Terminó el café y se secó con una enorme y esponjosa toalla amarilla que iba bien con el oscuro bronceado. Se envolvió los hombros y me echó otra mirada. Tuve tiempo para estudiar a aquella mujer que era y no era Constance Rattigan, la gran emperatriz de mi niñez. Sobre la pantalla, seis metros de mujer huidiza, maligna,

devoradora de hombres, cabellos negros, y una esbeltez encantadora. Aquí, un ratón de campo quemado por el sol, rápida, ágil, sin edad, toda de canela, nuez moscada y miel, mientras permanecíamos de pie bajo el viento nocturno, afuera, frente a su mezquita, junto a la piscina mediterránea. Miré la casa y me dije: ni radio, ni televisión, ni periódicos. Era rápida en leer el pensamiento.

—¡Exacto! Sólo el proyector y las películas en la sala. El tiempo sólo funciona bien en una dirección. Hacia atrás. Yo controlo el pasado. No tengo la menor idea de qué hacer con el presente, y al diablo con el futuro. No voy a estar ahí, no quiero ir ahí, y te odiaría si me obligaras a hacerlo. Es una vida perfecta.

Miré las ventanas iluminadas de la casa, todas las habitaciones detrás de las ventanas, y luego la limusina abandonada a un lado de la mezquita.

Esto la puso tan nerviosa que desapareció de pronto y regresó corriendo con el vino blanco. Lo sirvió y murmuró: —Demonios, bebe esto. Voy a...

De súbito, cuando me extendió la copa de vino, me eché a reír. ¿A reír?, Santo Dios, reventé, estallé en carcajadas.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó, casi retirando el vino—. ¿Qué es tan gracioso?

—Usted —rugí—, y el chófer. Fia mucama. ¡La mucama, el chófer! ¡Y usted!

Los señalé uno por uno: la cocina, la limusina, ella.

Supo que estaba atrapada y compartió mi hilaridad, echando la cabeza hacia atrás con un grito delicioso.

—Santo Dios, chico, me pescaste. Pero..., pensé que lo hacía bien.

—¡Claro que sí! —exclamé—. Estuvo formidable. Pero cuando me tendió la copa, algo hubo en el movimiento de la muñeca. Vi la mano del chófer sobre el volante. Vi los dedos de la mucama en la bandeja. Constance, quiero decir señorita Rattigan...

—Constance.

—Pudiste haber prolongado la farsa durante días —dije—. Fue tan sólo un detalle en tus manos y en tus muñecas.

Salió corriendo de la habitación, regresó al galope, retozona como un perrito faldero, con la gorra de chófer en la cabeza. Se la quitó, se puso la cofia de la mucama, las mejillas rosadas, los ojos brillantes.

—¿Quieres pellizcar el trasero del chófer? ¿O el de la mucama?

—¡Los tres tenéis magníficos traseros!

Volvió a llenar mi copa, lanzó las dos gorras a un lado y dijo: —Es la única diversión que tengo. Hace años que no trabajo, así que me invento papeles propios. De noche, voy de incógnito por la ciudad. De tarde, hago compras, como mucama, lo mismo. Manejo además el equipo de proyección en el sótano, y lavo la limusina. Tampoco soy una mala cortesana, si te gustan las cortesanas. Solía hacer cincuenta pavos en una noche, en 1923, cuando un dólar era un dólar y con dos pagabas una cena.

Finalmente dejamos de reír. Me hundí en los almohadones.

—¿Por qué tanto misterio, por qué esas largas noches? —pregunté—. ¿Nunca sales de día?

—Sólo a los funerales. Ya ves —Constance sorbió el café y se recostó en los almohadones, que parecían una carnada de perros—, no me gusta mucho la gente. Comencé a hacerme la excéntrica de joven. Supongo que tengo un gran número de huellas de productores sobre la piel. De todas maneras, no está mal jugar a los solitarios.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —pregunté.

—Eres amigo de Fannie, uno. Y dos, pareces un buen chico. Brillante pero sin cerebro, quiero decir inocente. Esos ingenuos ojazos azules. ¿La vida no te ha estropeado aún? Espero que no lo haga. Pareces serio, simpático y divertido. Nada físico, por tanto, como se dice, nada físico. Lo que quiere decir que no te voy a arrastrar a mi cuarto, tu virginidad no corre peligro.

—No soy virgen.

—No, pero lo pareces de pies a cabeza.

Me ruboricé violentamente.

—Aún no me has respondido. ¿Qué hago aquí?

Constance Rattigan dejó la taza de café y se inclinó hacia adelante mirándome fijamente a los ojos.

—Fannie —dijo— está asustada. Aterrorizada. Transtornada. ¿Eres tú, me pregunto, el responsable?

**D**urante un instante, lo había olvidado. El viaje a la playa se había llevado las sombras que poblaban mi cabeza. En esa casa, de pie junto a la piscina, observando a esa mujer que se zambullía en el mar y regresaba a tierra, sintiendo la brisa nocturna en la cara y el vino en la lengua, había borrado las últimas cuarenta y ocho horas.

De pronto advertí que no reía de veras desde hacía varias semanas. La risa de esta rara mujer me había llevado de vuelta a donde yo tenía que haber estado: mis veintisiete años de edad y no el peso de los noventa que yo había sentido al despertar esa misma mañana.

—¿Es por culpa tuya que Fannie tiene miedo? —insistió ella, y se interrumpió—. Dios mío —dijo luego—. Mirándote, uno diría que acabo de atropellar a tu perro preferido. —Cogió mi mano y la apretó.— ¿Te acabo de patear las kishkas?

—¿Las kish...?

—Las pelotas. Disculpa.

Me soltó. Como no me vine abajo, dijo: —Lo que ocurre es que me siento terriblemente protectora con Fannie. No sabes cuántas veces he ido a visitarla a esa ratonera.

—Nunca te vi allí.

—Claro que sí, pero no te diste cuenta. Una noche, hace un año, el cinco de mayo, hubo una fiesta de conga con los mariachis de Pachuco, de México y de España, que bailaron en los pasillos y en toda la casa, borrachos de vino y enchiladas. Yo encabezaba la fila de conga, disfrazada de Rio Rita; nadie sabía quién era, que es la única forma de pasarlo bien. Tú estabas al otro extremo de la fila, moviéndote a destiempo. Nunca nos encontramos. Al cabo de una hora, fui a charlar un poco con Fannie y me largué. La mayor parte de las veces llego allí a las dos de la mañana, porque entonces Fannie y yo volvemos a la época de la Ópera de Chicago y el Instituto de Bellas Artes, la época en que yo pintaba y era miembro del coro de la Ópera, y Fannie cantaba algunos papeles principales. Conocíamos a Caruso y las dos éramos flacas como un palo, ¿te imaginas? ¿Fannie? ¡Flaca! ¡Pero qué voz! Dios, éramos jóvenes. Bueno, ya sabes el resto. Yo hice un largo camino con marcas de resortes de colchones en la espalda. Cuando las marcas se hicieron demasiado numerosas, me retiré para bombear dinero aquí, en el patio de atrás.

Señaló al menos cuatro torres de perforación que gemían y resoplaban detrás de la cocina, magníficas mascotas de una buena vida.

—¿Fannie? Tuvo un desastroso romance que la arruinó definitivamente y la hinchó hasta que alcanzó el tamaño de ahora. Ni un hombre, ni yo, ni la vida pudimos hacer que recobrarla la belleza de antes. Simplemente nos dimos por vencidos y quedamos amigas.

—Una buena amiga, parece, por el tono de tu voz.

—Bueno, es recíproco. Ella es una mujer talentosa, profunda, excéntrica y perdida. Yo brinco como un chihuahua con las gavotas mastodónticas de Fannie. Cantidad de risas francas en el mundo de las cuatro de la mañana. No nos engañamos acerca de las cosas de la vida. Sabemos que nunca volveremos a tomar parte, cada una por sus propias razones. Ella conoció a un hombre demasiado de cerca, yo conocí demasiados, rápidamente. La retirada tiene muchas formas, como puedes ver por mis disfraces, como puedes ver por la silueta de Fannie: un balón Montgolfier.

—Tu forma de referirte a los hombres..., quiero decir, ahora mismo estás hablando con uno de carne y hueso —dije.

—No eres uno de ellos, créeme. No serías capaz de violar a todo un coro o utilizar el escritorio de tu agente como cama. No serías capaz de lanzar a tu abuela escaleras abajo para quedarte con el seguro. Quizá seas un tonto, no lo sé, o un imbécil, pero he llegado a preferir a los tontos y los imbéciles, tipos que no crían tarántulas ni les arrancan las alas a los colibríes. Escritores idiotas que sueñan con ir a Marte y no regresar jamás a nuestra estúpida realidad cotidiana.

Se interrumpió para escuchar lo que acababa de decir.

—Santo Dios, hablo mucho. Volvamos a Fannie. No se asusta a menudo, lleva veinte años viviendo en esa vieja casa que es una hoguera en potencia, la puerta abierta a todos y el frasco de mayonesa en la mano, pero ahora algo anda mal. Da un salto cada vez que una pulga estornuda. ¿Qué dices?

—Anoche, lo único que hicimos fue escuchar ópera y reír. No me dijo nada.

—Quizá no quiso inquietar al Marciano, es así como te llama a veces, ¿no? Me doy cuenta por el modo como le tiembla la piel. ¿Sabes algo de caballos? ¿Has visto cómo la piel de un caballo se contrae y se crispa cuando se le posan las moscas? Hay moscas invisibles que se posan sin descanso sobre Fannie, y ella sólo aprieta los dientes y sacude las carnes. Es como si la carta astral se le hubiese torcido, o el reloj de arena le funcionase mal: alguien ha reemplazado la arena por las cenizas de una urna funeraria. Hay susurros extraños tras la puerta de la nevera. A medianoche, el hielo cae en el interior de la nevera y suena como una risa equivocada. El lavabo del otro extremo del pasillo gargariza toda la noche. Debajo de la silla de Fannie, las termitas no tardarán en atravesar la madera y precipitarla al infierno. Las arañas le están tejiendo la mortaja en la pared. ¿Qué te parece la lista? Pura intuición. Ni un solo hecho. Un tribunal ya me hubiera expulsado. ¿Comprendes?

Por nada tiembla.

Lo pensé, pero no lo dije. En cambio pregunté: —¿Le hablaste a Henry?

—Henry cree que es el mejor ciego del mundo. Eso no me sirve de nada. Habla por alusiones. Está preparándose algo, pero no dice qué. ¿Puedes ayudarme?

Así podré escribirle a Fannie, o transmitirle el mensaje llamando a la señora Gutiérrez, o pasar mañana y decirle que todo está arreglado. ¿Puedes?

—¿Me das más vino, por favor?

Me sirvió, sin quitarme los ojos de encima.

—Bien —dijo—, empieza a mentir.

—Realmente está ocurriendo algo, pero es muy pronto para decir qué.

—Para cuando lo digas, quizá sea demasiado tarde. —Constance Rattigan se puso de pie de un salto y empezó a ir y venir por la habitación, volviéndose al fin y fusilándome con la mirada.— ¿Por qué te niegas a hablar si sabes que Fannie está muerta de miedo?

—Porque yo mismo estoy harto de tenerle miedo a una sombra. Porque toda mi vida he sido un cobarde y me doy asco. ¡Cuando sepa más, te llamaré!

—Dios. —Constance Rattigan ahogó la risa.— Tienes una voz muy fuerte. Daré un paso atrás para dejarte un poco de aire. Sé que quieres a Fannie. ¿Crees que debería traerla a vivir conmigo un par de días, una semana, para protegerla?

Miré los enormes almohadones que me rodeaban, esa manada de elefantes tornasolados con superficies de seda y rellenos con plumón de ganso, tan parecidos a Florianna en tamaño y en forma.

Meneé la cabeza. —Ése es su nido. He intentado sacarla para ir al cine, al teatro, incluso a la ópera. Inútil. No ha salido a la calle en diez años. Sacarla del inmueble, de ese gran osario de elefantes, bueno...

Constance Rattigan suspiró y volvió a llenarme la copa.

—De todos modos, no serviría de nada, ¿verdad?

Ella miraba mi perfil. Yo miraba las olas negras más allá de las puertaventanas,

donde la arena de la marea se revolvió puntualmente en sueños.

—Siempre es demasiado tarde, ¿no? —continuó Constance Rattigan—. No hay modo de proteger a Fannie ni a ningún otro, no si alguien quiere hacerte daño o asesinarte.

—¿Quién ha hablado de asesinato? —protesté.

—Tienes ese tipo de cara rosada e ingenua que lo revela todo. Cuando decía la buena fortuna, eran las miradas obvias y las bocas vulnerables lo que yo leía, y no las marcas del café. Fannie está asustada y eso me asusta. Por primera vez en años, cuando me baño en la noche, imagino que una gran ola me va a arrastrar muy lejos y que nunca conseguiré regresar. Diablos, tengo horror de que arruinen así mi verdadero y único placer. —Rápidamente, añadió:— Tú no serías el arruinador, ¿no?

—¿Qué?

De pronto recordé a Crumley, y a Fannie diciéndome que no llevara a nadie conmigo.

Me mostré tan sorprendido que ella estalló en carcajadas.

—Diablos, no. Sólo eres uno de esos tipos que mata a la gente en el papel para no tener que matarlos de verdad. Lo siento.

Pero yo ahora estaba de pie, aturdido, a punto de estallar, de decir cosas horribles, pero incapaz de encontrarlas.

—Mira —dije—. Ha sido un mes demencial. Comienzo a notar cosas que quizá nunca he notado antes. Nunca he leído las necrológicas, en toda mi vida. Ahora las leo. ¿No has tenido semanas o meses en que enloquecen demasiados amigos, o se marchan, o se mueren?

—A los sesenta —Constance Rattigan rió irónicamente— hay años enteros así. Tengo miedo de rodar escaleras abajo; un amigo se rompió el cuello de esa manera. Miedo de comer; dos amigos se asfixiaron. ¿El océano? Tres amigos se ahogaron. ¿Los aviones? Seis amigos se estrellaron. ¿Los coches?, veinte. ¿Dormir? Santo Dios, sí. Diez amigos murieron mientras dormían, dijeron al diablo, y se fueron. ¿Beber? Catorce amigos cirróticos. ¡Hábame de listas! Recién comienza para ti. Aquí tengo toda una guía de teléfonos, mira.

Cogió un pequeño libro negro de la mesa próxima a la puerta y me lo arrojó.

—¿Qué?

Pasé las páginas, vi los nombres. Había crucecitas rojas junto al cincuenta por ciento de los nombres de cada página.

—Esa agenda telefónica tiene treinta y cinco años. Así que la mitad de la gente ha muerto hace ya tiempo, y no tengo las agallas para borrar o arrancar los nombres. Sería como una última muerte. Supongo que soy tan cobarde como tú, hijo.

Recuperó el libro de los muertos.

Sentí una corriente de aire frío que venía de la ventana y oí que la arena de la playa se movía como si una bestia invisible le hubiese puesto encima una pata enorme.

—Yo no asusté a Fannie —dije, al fin—. No soy un apestado. No transmito enfermedades. Si esta noche hay alguna peste suelta, anda sola por ahí. Tengo estropeado el estómago desde hace días. La gente está muriendo o largándose, y no se sabe por qué, y no puedo probar nada. Estoy en el lugar o cerca cuando ocurre, y me siento culpable por no poder verlo, examinarlo, comprenderlo, detenerlo. Tengo la detestable impresión de que va a durar demasiado y no podré soportarlo. Cada vez que veo a alguien, ahora, me pregunto si es el siguiente o la siguiente, y sé que si espero bastante tiempo todo el mundo desaparecerá. Parece que esta semana desaparecieron más rápido. Eso es todo lo que voy a decir. Ahora callaré.

Se acercó, se besó las puntas de los dedos y apoyó las yemas en mi boca. —No te volveré a sacar de quicio. Para ser un cobarde, respondes con fuerza. Y ahora, ¿qué? ¿Otro trago? ¿Una película? ¿Una zambullida nocturna en la piscina? ¿Sexo misericordioso con tu madre cinematográfica? ¿No?

Bajé la cabeza para escapar a la mirada burlona y ardiente.

—Películas. Quisiera ver a Constance Rattigan en *Cortinas de encaje*. La última vez que la vi tenía cinco años.

—Realmente sabes cómo halagar a los viejos. *Cortinas de encaje*. Hazte a un lado mientras cargo el proyector. Cuando era niña, mi padre administraba un cine en Kansas City; me enseñó a manejar las máquinas. Aún puedo hacerlo. No necesito a nadie aquí.

—Sí. A mí. Para ver la película.

—Mierda. —Saltó por encima de los cojines y toqueteó un rato el proyector en el otro extremo del cuarto. Sacó una bobina de película de un estante próximo y empezó a meterla diestramente en la máquina.— Tienes razón. Te miraré cuando me estés mirando.

Mientras ella estaba ocupada canturreando y ajustando la máquina, di media vuelta y salí al porche bajo que dominaba la arena. Mis ojos se elevaron hacia el sur, recorrieron la playa, pasaron frente a la propiedad de Constance Rattigan y siguieron hacia el norte hasta que...

En la orilla vi algo.

Allí había un hombre, de pie, inmóvil, o algo parecido a un hombre. Desde cuándo estaba ahí, o si acababa de emerger del mar, yo no habría podido decirlo. No alcanzaba a distinguir si estaba mojado. Parecía desnudo.

Me estremecí y eché un rápido vistazo al interior de la casa. Constance Rattigan, silbando entre dientes, seguía trabajando con el proyector.

Una ola reventó como un disparo. Me volví enseguida hacia la playa. El hombre seguía allí, las manos en los flancos, la cabeza derecha, las piernas separadas, casi desafiante.

¡Váyase!, quería gritar. ¿Qué pretende? No hemos hecho nada.

¿Estás seguro?, pensé inmediatamente después.

Nadie merece ser asesinado.

¿No?

Una última ola surgió detrás de la silueta, allí abajo, en la orilla, se quebró en una serie de espejos rotos y pareció que caían y envolvían al hombre, borrándolo. Cuando la ola se replegó, había desaparecido, quizá corriendo por la arena hacia el norte.

Para pasar una vez más frente a la jaula de leones del canal, frente a las ventanas vacías de la mujer de los canarios, y una vez más frente a mi apartamento y la cama de sábanas arrugadas.

—¿Listo? —preguntó Constance Rattigan desde la casa.

En verdad no, pensé.

Dentro, Constance dijo: —Ven a ver a una vieja rejuvenecida.

—No eres vieja —dije.

—No, por Dios. —Corrió de un lado a otro apagando luces y palmeando almohadones en medio de la sala.— Este fanático de la salud está escribiendo un libro; saldrá el año próximo. Gimnasias submarinas. Sexo en marea baja. Con los bicarbonatos que hay que tomar después de sacudirte al entrenador del equipo de fútbol. Pero..., Dios mío. Te estás sonrojando otra vez. ¿Qué sabes de chicas?

—No mucho.

—¿Cuántas has tenido?

—No muchas.

—Una —aventuró, y graznó de risa cuando cabeceé asintiendo—. ¿Dónde está esta noche?

—En Ciudad de México.

—¿Cuándo vuelve?

—En diez días.

—¿La echas de menos? ¿La quieres?

—Sí.

—¿Quieres llamarla y pasarte al teléfono toda la noche para que su voz te proteja de esta mujer dragón?

—No te tengo miedo.

—¿Que no? ¿Crees en el calor corporal?

—¿Corporal?

—¡Calor! Sexo sin sexo. Abrazos. Puedes dar un poco de calor a este viejo lagarto sin arriesgar tu virtud. Sólo hay que abrazarse y apretarse, la moda de los arrumacos. Clavas la mirada en el techo. Ahí es donde está la acción. Películas toda la noche, hasta que el sol se levante como la erección de Francis X. Bushman. Lo siento. Mierda. Vamos, chico. ¡A tumbarse en la cama!

Se hundió en los almohadones arrastrándome con ella, tocando al mismo tiempo los botones de una consola empotrada en el suelo. Las últimas luces se apagaron. El proyector de dieciséis milímetros empezó a zumbiar. El techo se llenó de luces y sombras.

—Mira. ¿Qué te parece?

Señaló hacia arriba con la punta de la hermosa nariz.

Constance Rattigan, con veintiocho años menos, en el techo, encendió un cigarrillo.

Abajo, junto a mí, la mujer de carne y hueso exhaló una bocanada de humo.

—¡Qué zorra era!, ¿eh? —dijo.

**D**esperté al amanecer, incapaz de creer dónde estaba. Desperté increíblemente feliz, como si hubiese ocurrido algo hermoso durante la noche. No había ocurrido nada, desde luego; pero yo había dormido entre grandes almohadones junto a una mujer que olía a gabinetes con especias y marquetería elegante. Ella era como un precioso juego de ajedrez cincelado, exhibido en el escaparate de una tienda, cuando uno era niño. Ella era un gimnasio de chicas recién construido, con sólo el débil olor a polvo del tenis de mediodía, depositado en muslos dorados.

Me volví bajo la luz del alba.

Y ella se había ido.

Oí una ola que se deslizaba en la orilla. Una brisa fresca entró por las puertaventanas. Me incorporé. Lejos, en las aguas oscuras, vi un brazo que subía y bajaba, subía y bajaba. Ella me llamó.

Salí corriendo, me zambullí y nadé medio trayecto, hasta que me sentí agotado. Evidentemente, no era un atleta. Di media vuelta y esperé sentado en la orilla. Ella volvió al fin y se detuvo frente a mí, esta vez completamente desnuda.

—Dios —dijo—, ni siquiera te has quitado los calzoncillos. ¿Qué pasa con la juventud de hoy?

Yo le miraba el cuerpo.

—¿Qué te parece? No está mal para una vieja emperatriz, ¿eh? Buenos pechos, trasero firme, vello púbico rizado...

Pero yo había cerrado los ojos. Ella soltó una risita, y se alejó. Corrió medio kilómetro por la playa y regresó, habiendo sobresaltado sólo a las gaviotas.

Lo primero que sentí inmediatamente después fue el olor a café que se propagaba a lo largo de la playa, junto con el aroma de las tostadas frescas. Cuando entré en la casa, arrastrando los pies, ella estaba sentada en la cocina y no llevaba nada puesto, sólo el rímel con que acababa de pintarse los ojos. Parpadeando rápidamente, como la chica campesina de una película muda, me tendió mermelada y tostadas, y extendió una servilleta sobre su regazo, para no ofenderme mientras yo la miraba y comía. Una pizca de mermelada de fresa le cayó en la punta del pecho izquierdo. Lo vi, ella vio que yo lo veía, y dijo: —¿Tienes hambre?

Lo que hizo que untara la mantequilla más rápido.

—¡Por Dios Santo, ve a llamar a México!

Llamé.

—¿Dónde estás? —preguntó la voz de Peg, a tres mil kilómetros de distancia.

—En una cabina telefónica, en Venice, y está lloviendo —dije.

—¡Mentiroso! —dijo Peg.

Y tenía razón.

**Y** después, de golpe, se acabó.

Era muy tarde, o muy temprano. Me sentía embriagado de vida, sólo porque aquella mujer se había tomado el tiempo para jugar durante horas, para pasar la noche hablando hasta que el sol, lejos al este, más allá de las nieblas y las brumas, amenazara con aparecer.

Miré las olas y la playa. Ni un rastro de los ahogados, y nadie en la arena para observarlos o no prestarles atención. No quería irme pero me esperaba toda una jornada de trabajo, un día para escribir mis historias sólo tres pasos delante de la muerte. Un día sin escribir, decía a menudo, y mis amigos suspiraban y ponían los ojos en blanco, un día sin escribir era morir un poco. No tenía intención de golpearme la cabeza contra el muro del cementerio. Lucharía hasta el final con mi Underwood Standard, que disparaba con mayor precisión, si uno apuntaba bien, que cualquier tipo de rifle.

—Te llevaré a casa —dijo Constance Rattigan.

—No, gracias. Sólo son trescientos metros de playa. Somos vecinos.

—¿Vecinos? Construir esta casa me costó doscientos mil en 1920, cinco millones de hoy. ¿Cuánto pagas de alquiler? ¿Treinta pavos al mes?

Asentí.

—Muy bien, vecino. A patear la arena. ¿Volverás alguna noche?

—A menudo —dije.

—A menudo. —Tomó mis dos manos en las suyas, es decir en las manos del chófer, de la sirvienta y de la reina del cine. Rió, leyendo mis pensamientos.— ¿Crees que estoy loca?

—Ojalá todo el mundo fuera como tú.

Cambió de velocidad para esquivar el cumplido.

—¿Y Fannie? ¿Vivirá eternamente?

Con los ojos húmedos, asentí.

Me besó en ambas mejillas y me empujó. —Fuera.

Salté de su porche embaldosado a la arena, di un paso, me volví y dije: —Buenos días, princesa.

—Mierda —dijo ella, complacida. Escapé.

**N**o pasó gran cosa ese día.  
Pero esa noche...

Abrí los ojos y eché un vistazo a mi reloj Mickey Mouse, preguntándome qué podía haberme despertado. Cerré los ojos con fuerza y escuché hasta que me dolieron los oídos.

Disparos de rifle. Pum, pam, y otra vez pum, pam, y otra vez pam, más allá en la costa, desde el muelle.

Dios mío, pensé, el muelle está casi vacío y la barraca de tiro cerrada..., ¿quién puede estar ahí fuera, en plena noche, apretando el gatillo y haciendo sonar el blanco?

Pum, pum, y el sonido de los impactos en el gong. Pum, pam. Una y otra vez. Doce disparos seguidos y luego doce más y otros doce, como si alguien hubiese alineado tres, y luego seis, y luego nueve rifles y saltara de uno a otro sin un respiro, y apuntara y disparara y disparara y disparara.

Demencial.

Tenía que serlo. Quienquiera que fuera, solo en el muelle entre la niebla, cogiendo las armas, disparándole al Destino.

Quizás Annie Oakley, la misma administradora del puesto de tiro, pensé.

Pum. Toma eso, hijo de perra. Pum. Toma eso, bastardo infiel. Pum. Toma eso, maldito mujeriego. ¡Pum!

Blam, y otra vez blam, lejos pero propagándose en el aire.

Tantas balas, pensé, para hacer que muera algo imposible.

Continuó durante veinte minutos.

Cuando acabó, no pude volver a dormir.

Con tres docenas de heridas en el pecho, busqué a tientas la máquina de escribir, y cerrando los ojos, escribí todos los disparos en la oscuridad.

**O** ficial Pup?

—¿Cómo dice?

—Oficial Pup, habla Krazy Kat.

—Dios —dijo Crumley—. Eres tú. Oficial Pup, ¿eh?

—Es mejor que Elmo Crumley.

—Un punto para ti. Y Krazy Kat te va muy bien, escribidor. ¿Cómo marcha esa Gran Epopeya Americana?

—¿Cómo está el sucesor de Conan Doyle?

—Esto es vergonzoso, pero desde que te conozco, muchacho, hago cuatro folios cada noche. Es como una guerra: he de terminar antes de Navidad. Los Krazy Kats, a fin de cuentas, son buenas influencias. Es el último cumplido que te hace el oficial. Te toca a ti. Habla.

—Tengo más candidatos para la lista de usted.

—Por Dios Santo, por Cristo en la cruz —suspiró Crumley.

—Qué raro que nunca note...

—Estoy muerto de risa. Venga.

—Shrank sigue en cabeza. Luego Annie Oakley, o como se llame en realidad, la campeona de tiro. Anoche, alguien estuvo disparando en el muelle. Tuvo que ser ella. ¿Quién más? Quiero decir, ella no abriría el *stand* a las dos de la mañana, no para un extraño, ¿eh?

Crumley me interrumpió.

—Averigua cómo se llama en realidad. No puedo hacer nada sin el nombre.

Sentí que me tomaba el pelo y me callé.

—¿El gato te ha comido la lengua? —dijo Crumley.

Silencio de mi parte.

—¿Sigues ahí? —preguntó Crumley.

Silencio siniestro.

—Lázaro —dijo Crumley—, maldita sea, ¡sal de esa condenada tumba!

Reí. —¿Termino la lista?

—Déjame coger mi cerveza. Bien. Dispara.

Solté seis nombres más, incluyendo, aunque no me parecía muy verosímil, el de Shapeshade.

—Y quizá —terminé y vacilé— Constance Rattigan.

—Rattigan —gritó Crumley—. ¿Qué diablos sabes de Constance Rattigan? Come cojones de tigre con tostadas y es capaz de seccionar con el látigo dos tiburones de cada tres. Habría salido de Hiroshima con los pendientes y las pestañas intactos. En cuanto a Annie Oakley, tampoco. Le dispararía a cualquiera antes de... No, la única posibilidad sería que una noche decidiese tirar al agua todos sus rifles desde el muelle y luego saltar ella también; *eso se le ve en la cara*. En lo que toca a Shapeshade, no me hagas reír. Ni siquiera sabe que hay un mundo real aquí entre nosotros, los grotescos individuos normales. Lo enterrarán en la Wurlitzer en 1999. ¿Alguna otra idea genial?

Aguanté el golpe y finalmente me decidí a hablarle a Crumley de la misteriosa desaparición de Cal, el peluquero.

—¿Misteriosa? Ya —dijo Crumley—, ¿Dónde has estado? El Carnicero Loco se fue de aquí. El otro día llenó el cacharro con las porquerías de la tienda y se marchó al este. No al oeste, ¿me escuchas?, no al fin del mundo sino al este. La mitad de los agentes lo vieron dar una gran vuelta en U frente al puesto de la policía y no lo arrestaron porque gritó: «¡Hojas de otoño, Santo Dios, hojas de otoño en las Ozark!».

Exhalé un gran y tembloroso suspiro de alivio, contento porque Cal había sobrevivido. No dije nada acerca de la desaparecida cabeza de Scott Joplin, que probablemente era la razón por la que Cal se había marchado para siempre. Pero Crumley continuaba hablando. —¿Has terminado con tu novísima lista de posibles muertos?

—Bueno... —dije vacilando.

—Zambúllete en el mar y luego zambúllete en la máquina de escribir, dice el maestro Zen, llena la página y alegra el corazón. Escucha los consejos que le da el

detective al genio. La cerveza está en el hielo para que más tarde la orina esté en el pote. Deja la lista en casa. Adiós, Krazy Kat.

—Oficial Pup —dije—. Adiós.

**L**as cuarenta docenas de disparos de rifle de la noche anterior me llevaron al muelle. Los ecos no cesaban.

Y el ruido del muelle, aun golpeado, triturado, destruido, también me atrajo, como pueden atraer a alguien los ruidos de la guerra.

Los disparos de rifle, el muelle, pensé mientras me sumergía en el océano y luego en la máquina de escribir, como el buen gato Pup quería que hiciera, me pregunté a cuántos hombres habría matado Annie Oakley la noche anterior, a menos que hubiese sido uno solo.

Me pregunto también —pensé, poniendo seis nuevas páginas de una magnífica novela en la Caja Parlante— qué nuevos libros apocalípticos habrá cultivado A. L. Shrank como hongos venenosos en las estanterías de esa biblioteca-catacumba. *¿Los muchachos duros contra la ptomaína? ¿Nancy Drew y el muchacho Weltschmerz? ¿Los empresarios de pompas fúnebres en Atlantic City?* No vayas a ver, me dije. Tengo que hacerlo, pensé. Pero no te rías cuando veas los títulos nuevos. Shrank podría salir corriendo y *atacarte*.

Los disparos de rifle, pensé. El muelle agonizante. A. L. Shrank, el vástago de Sigmund Freud. Y ahora, pedaleando frente a mí en el muelle: La Bestia.

O, como a veces lo llamaba, Erwin Rommel del Afrika Korps. O, a veces, simplemente: Calígula. El Asesino.

El nombre verdadero era John Wilkes Hopwood. Recuerdo haber leído una de esas devastadoras críticas acerca de él, en un pequeño cine de barrio, algunos años antes:

John Wilkes Hopwood, el asesino de las matinés, ha vuelto a conseguirlo en un papel nuevo. No sólo ha desgarrado una pasión hasta reducirla a jirones. Loco enfurecido, la ha pisoteado, la ha devorado a dentelladas y la ha arrojado por encima de las candilejas a las desprevenidas damas del club. ¡Las muy estúpidas se la comieron!

A menudo lo veía conducir una bicicleta Raleigh anaranjada de ocho velocidades por el paseo marítimo que va de Venice a Ocean Park y Santa Mónica. Llevaba siempre un hermoso traje de franela inglesa de color pardo y recién planchado, y una gorra irlandesa marrón calada sobre los rizos niveos y que le ensombrecía el rostro de general Erwin Rommel o, si lo prefieren, la cara de águila asesina de Conrad-Veidt-a-punto-de-asfixiar-a-Joan-Crawford-o-Greer-Garson. Tenía el rostro bronceado, de un tono maravilloso, de nuez moscada pulida, y a menudo me preguntaba si aquel color terminaba a la altura del cuello, ya que nunca lo había visto desnudo en la playa. Se pasaba el tiempo yendo y viniendo entre los pueblos costeros, esperando a que lo

convocara el cuartel general alemán, o las damas de la Liga de Beneficencia de Hollywood, los que primero llegaran. Cuando había un ciclo de películas de guerra, trabajaba sin descanso, pues se decía que tenía un armario repleto de uniformes de la división blindada del Afrika Korps, y una capa macabra para las ocasionales películas de vampiros.

Hasta donde yo sabía, sólo tenía un conjunto de ropa informal: aquel traje. Y un par de zapatos: unos bonitos zapatos ingleses de color rojo oscuro, escurpulosamente lustrados. Las pinzas de montar en bicicleta, que le sujetaban las botamangas de *tweed*, brillaban como plata maciza de alguna tienda de Beverly Hills. Tenía siempre los dientes tan cepillados que parecían artificiales. El aliento, cuando pasaba frente a uno en bicicleta, era de Listerine, por si tenía que responder a una llamada repentina de Hitler camino de Playa del Rey.

Los domingos por la tarde, cuando Playa Musculosa se llenaba de deltoides prominentes y risas viriles, por lo general lo veía inmóvil, a horcajadas sobre la bicicleta. Hopwood se apostaba en el muelle de Santa Mónica, como un comandante en los últimos días de la retirada de El Alamein, deprimido por toda aquella arena, encantado por toda aquella carne.

Parecía tan distante de todos nosotros, deslizándose en sus sueños anglo-germano-byronianos...

Nunca pensé verlo bajar de la bicicleta Raleigh frente a la barraca campanario-de-naipes-de-tarot-repleto-de-murciélagos-abierto-a-todas-horas de A. L. Shrank.

Pero bajó de la bicicleta, y titubeó junto a la puerta de entrada.

¡No entre!, pensé. Nadie entra en casa de A. L. Shrank a menos que venga a buscar anillos venenosos de los Medici y números telefónicos de lápidas funerarias.

A Erwin Rommel no le importó.

Tampoco a la Bestia, o Calígula.

Shrank los invitó a pasar.

Obedecieron los tres.

Cuando llegué a la puerta, estaba cerrada. En ella, por primera vez, me pareció, aunque probablemente estaba amarilleando allí desde hacía años, había una lista, escrita a máquina con una cinta gastada, de toda la gente que había cruzado la puerta en busca de salud mental.

h. b. warner, warner oland, warner baxter, conrad nagel, vilma banky, rod la rocque, bessie lo ve, james gleason...

Parecía el *Anuario de actores* de 1929.

Pero Constance Rattigan estaba ahí.

No pude creerlo.

Y John Wilkes Hopwood.

Sabía que eso *tenía* que creerlo.

Porque, mientras miraba por la ventana polvorienta, las cortinas cerradas casi del todo contra miradas indiscretas, vi que, en efecto, había alguien en aquel diván donde

el relleno saltaba en un abandono demencial de las costuras abiertas. Y quien yacía en el diván era el hombre del traje de *tweed*, los ojos cerrados, recitando un texto, sin duda una versión revisada y mejorada del último acto de *Hamlet*.

Jesús en los lirios, como había dicho Crumley. ¡Cristo crucificado!

En ese momento, mientras recitaba las letanías de un rosario interior, los ojos de Hopwood se abrieron de pronto con la intuición de un comediante.

Volvió rápidamente la cabeza a un lado, miró hacia la ventana, y me vio.

Y también A. L. Shrank, sentado junto a él, de espaldas, bloc y lápiz en mano.

Retrocedí, maldije en voz baja y me alejé de prisa.

Totalmente avergonzado, caminé hasta el final del muelle derruido, y compré seis barras de Crunch de Nestlé, dos de Clark y dos Power Houses para devorar en el camino. Cada vez que me siento muy contento o muy triste o muy avergonzado, me atiborro de dulces y siembro las aceras de desechos.

Fue allí, en la punta del muelle, bajo la dorada luz del atardecer, que Calígula Rommel me alcanzó. Los obreros de la destrucción ya se habían ido. El aire estaba en silencio.

Oí la bicicleta que zumbaba y se deslizaba justo detrás de mí. Al principio no dijo nada. Se acercó a pie, las brillantes pinzas de plata en los tobillos delgados, la Raleigh sostenida por una mano firme, como una mujer insecto. Se detuvo en el lugar del muelle en el que yo lo había visto antes, como una estatua de Richard Wagner observando cómo uno de sus grandes coros llegaba en mareas a lo largo de la costa.

Había aún media docena de jóvenes jugando al vóleybol allá abajo. De alguna manera, el ruido sordo del balón y los tiros de rifle de las carcajadas estaban matando el día. Más allá, dos gimnastas finalistas levantaban mundos hacia el cielo, con la esperanza de convencer a ocho o nueve muchachas cercanas de que un destino peor que la muerte no era algo tan malo después de todo, y podía conseguirse enseguida en los diminutos apartamentos, justo del otro lado de la arena.

John Wilkes Hopwood examinaba la escena y no me miraba. Me estaba haciendo sudar y esperar, desafiándome a que me fuese. Al fin y al cabo, media hora antes yo había cruzado un umbral invisible de su vida. Ahora, tenía que pagar.

—¿Me está siguiendo? —dije al fin, y me sentí como un idiota.

Hopwood rió con aquella famosa risa maníaca de último acto.

—Querido muchacho, eres demasiado joven. Eres de los que yo arrojo al mar.

Dios, pensé, ¿qué digo ahora?

Con la nuca rígida, Hopwood se volvió, señalando con el perfil de águila el muelle de Santa Mónica, un kilómetro y medio más al norte.

—Pero si alguna vez se te ocurre seguirme —dijo sonriendo—, *ahí* es donde yo vivo. Sobre el carrusel, sobre los caballos.

Me di la vuelta. A lo lejos, en aquel otro muelle todavía vibrante, estaba el carrusel que giraba y desgranaba una música de vapor desde que yo era niño. Sobre la gran pista hípica se alzaba la Residencia del Carrusel, un nido de águilas para

generales alemanes en retiro, actores fracasados o románticos expulsados de todas partes. Había oído decir que vivían allí grandes poetas, que publicaban poco. Novelistas de numerosos talentos y ninguna reseña vivían allí. Artistas bien colgados con cuadros sin colgar vivían allí. Cortesanas de famosos astros de cine que ahora eran prostitutas para vendedores de espaguetis vivían allí.

Viejas matronas inglesas que alguna vez habían prosperado en Brighton y echaban de menos los caramelos duros vivían allí con montones de antimacasares y pequineses disecados.

Ahora parecía que Bismarck, Thomas Mann, Conrad Veidt, el almirante Doenitz, Erwin Rommel y el demente Otto de Baviera vivían allí.

Admiré el increíble perfil aguileno. Hopwood se hinchó de orgullo ante mi mirada. Contempló con el entrecejo fruncido las arenas de oro y dijo serenamente: — ¿Piensas que estoy loco, sometiéndome a los misericordiosos cuidados de un A. L. Shrank?

—Bueno...

—Es un hombre muy perspicaz, muy holístico, muy especial. Y, como sabes, nosotros los actores somos los seres más inestables del mundo. El futuro siempre es incierto, el teléfono tendría que sonar pero no suena. Tenemos mucho tiempo por delante. Así que o es la numerología, o el tarot, o la astrología, o la meditación oriental al pie del gran árbol de Ojai con Krishnamurti, ¿has ido? ¡Bien! ¿O la reverenda Violet Greener en el templo de Agabeg, en Crenshaw? ¿El futurista Norvell? ¿Aimee Semple McPherson?, ¿te has salvado alguna vez? Yo sí. Me puso las manos sobre la frente, y luego yo me puse sobre ella. ¿Los Holy Rollers? El éxtasis. O el Coro Hall Johnson, en la Primera Iglesia Bautista, los domingos por la noche. Los ángeles negros. Qué gloria. O, si no, la partida de bridge que dura toda la noche, o el bingo abierto-desde-medianoche-hasta-el-amanecer, y todas las damas de cabellos de heliotropo. Los actores van a todas partes. Si conociéramos un buen destripador, iríamos a verlo. Lectores de Entrañas de César, S. A. Podría amasar una fortuna descuartizando palomas con un escalpelo para sacarles las tripas y leerlas como si se tratara de naipes donde el futuro apesta en pleno mediodía. Lo pruebo todo para pasar el tiempo. Todos los actores son así, tipos que pasan el tiempo. El noventa por ciento de nuestra vida esperamos papeles. Mientras tanto, nos acostamos en el sofá de A. L. Shrank para pasear con la frente alta por Playa Musculosa.

No había apartado los ojos de los dioses griegos de caucho que retozaban más abajo, bañados en partes iguales por el viento salado y la lujuria.

—¿Nunca te has preguntado —dijo al fin, una ligera línea de sudor sobre el labio, un leve ribete de transpiración en el pelo que asomaba bajo la gorra— sobre los vampiros que no aparecen en los espejos? Bien, ¿ves esos magníficos jóvenes de ahí abajo? Ellos aparecen en los espejos, pero son los únicos. Sólo los dioses mentolados tienen forma visible. Y cuando se miran a sí mismos, ¿ven *alguna vez* a alguien más, a las chicas que cabalgan como hipocampos? Lo dudo mucho. Así que —dijo

volviendo al tema inicial—, ¿entiendes por qué me viste con ese pequeño topo negro de A. L. Shrank?

—Yo también espero a que me llamen por teléfono —dije—. No hay nada peor.

—Entonces me has entendido. —Me miró con ojos que quemaban todas las ropas que yo llevaba encima.

Asentí.

—Ven a visitarme algún día. —Señaló con la cabeza la Residencia del Carrusel, donde el órgano de vapor gemía y se lamentaba sobre algo que se parecía vagamente a *Hermoso Ohio* — Te hablaré de Iris Tree, la hija de sir Beerbohm Tree, que antaño vivía en ese apartamento, la media hermana de Carol Reed, el cineasta británico. Aldous Huxley se deja caer de vez en cuando, podrías conocerlo.

Vio que yo erguía bruscamente la cabeza y supo que me había enganchado.

—¿Te gustaría conocer a Huxley? Bueno, pórtate bien —dijo con voz acariciadora—, y quizá algún día lo conozcas.

Tuve que reprimir mi ansiedad, inexplicable e insoportable. Huxley era una de mis locuras, una necesidad terrible. Yo soñaba con ser tan brillante, tan ingenioso, de una supremacía tan elevada. ¡Y pensar que podía conocerlo!

—Ven a visitarme. —Hopwood se había metido una mano en el bolsillo del abrigo.— Y te presentaré al joven que más quiero en el mundo.

Me obligué a desviar la mirada, como había hecho a menudo escuchando a Crumley o a Constance Rattigan.

—Bueno, bueno —murmuró John Wilkes Hopwood, la boca germánica torciéndosele en una mueca de deleite—, nuestro joven está avergonzado. No es lo que piensas. ¡Mira! No, observa.

Me extendió una foto arrugada. Quise cogerla, pero él la retuvo con una mano firme, el pulgar sobre la cabeza del retratado.

El resto —lo que sobresalía del pulgar— era el joven de cuerpo más hermoso que yo hubiera visto nunca.

Me recordó unas fotos que yo había visto alguna vez de la estatua de Antinoo, el amante de Adriano, en el vestíbulo del Museo Vaticano. Me recordó al joven David. Me recordó miles de cuerpos de muchachos luchando playa abajo y playa arriba desde mi infancia, bronceados y estúpidos, salvajemente felices y sin auténtica alegría. Un millar de veranos se habían condensado en esta fotografía única, que John Wilkes Hopwood sostenía con un pulgar, ocultando la cara para protegerla de revelaciones.

—¿No es el cuerpo más increíble de toda la historia de la humanidad? —Era una proclamación.— Y es mío, todo mío. Soy el único que puede tenerlo y abrazarlo —dijo—. No, no, no te asustes. Mira.

Retiró el pulgar del rostro del joven increíblemente hermoso.

Y apareció el rostro del viejo halcón, del antiguo guerrero alemán, del general de los tanques africanos.

—Dios mío —dije—. Es usted.

**Y** o —dijo John Wilkes Hopwood.

Y echó la cabeza hacia atrás con aquella sonrisa despiadada en la que destellaban sables y amenazaban aceros. Rió silenciosamente, en honor de los viejos días, cuando las películas no hablaban.

—Sí, soy yo mismo —dijo.

Me quité las gafas, las limpié, y miré la foto más de cerca.

—No. No hay ningún truco. No es un montaje.

Era como esos concursos de puzzles fotográficos que solían traer los periódicos cuando yo era niño. Las caras de los presidentes, cortadas en tres secciones y mezcladas. Aquí la barbilla de Lincoln, ahí la nariz de Washington, y arriba los ojos de Roosevelt. Mezcladas y confundidas con otros treinta presidentes que había que cortar y pegar otra vez para ganar diez dólares.

Pero aquí el cuerpo de estatua griega de un muchacho se fundía con el cuello, la cabeza y el rostro de un halcón-águila-buitre que ascendía hacia el mal o la locura, o hacia ambas cosas.

Se podía leer el Triunfo de la Voluntad en los ojos de John Wilkes Hopwood, que miraba por encima de mi hombro como si nunca hubiese visto antes esa tremenda belleza.

—Crees que es un truco, ¿no?

—No. —Pero miré de soslayo el traje de lana, la camisa recién lavada, la corbata escolar impecablemente anudada, el chaleco, los gemelos, la hebilla brillante del cinturón, las pinzas plateadas en los tobillos.

Pensé en Cal el peluquero y en la cabeza perdida de Scott Joplin.

John Wilkes Hopwood se golpeó el chaleco y las piernas con los dedos pecosos de herrumbre.

—Sí —rió—, ¡está cubierto de arriba abajo! Así que nunca lo sabrás a menos que vengas a visitarme, ¿lo harás? No sabrás si el viejo Ricardo III, ajado y maltrecho, fue realmente el guardián de la llama entre los Chicos del Verano. ¿Cómo es posible que un milagro de juventud esté unido a un viejo lobo de mar? ¿Por qué Apolo se acuesta con...?

—¿Calígula? —dejé escapar, y me quedé petrificado.

Pero a Hopwood no le importó. Rió y asintió al tiempo que me tocaba el codo.

—¡Calígula!, sí, Calígula hablará en este momento, mientras el hermano Apolo se oculta y espera que le llegue la hora. El poder de la voluntad, ésa es la respuesta. El poder de la voluntad. ¡Los alimentos naturales, sí, son esenciales en la vida de un actor! ¡Hemos de velar por nuestros cuerpos así como por nuestras almas! Nada de pan blanco, nada de Crunchs de Nestle...

Retrocedí y sentí la última de las barras que se derretía en mi bolsillo.

—Nada de tartas, ni pasteles, ni licores fuertes, ni siquiera demasiado sexo. Levantarse temprano, correr un poco por la playa, dos horas de gimnasia por día, cada día de tu vida, todos tus amigos instructores de gimnasia, y dos horas de bicicleta todos los días. Todos los días durante treinta años. ¡Treinta años! ¡Y al final de todo ese tiempo uno se pasea delante de la guillotina de Dios! ¡Te corta la vieja cabeza de águila y la planta sobre el cuerpo de un hombre joven eternamente bronceado y dorado! Qué precio me costó, pero valió la pena. La belleza me pertenece. Incesto sublime. Narciso por excelencia. No necesito a nadie más.

—Eso sí que lo creo —dije.

—Tu sinceridad te llevará a la tumba.

Se metió la foto, como una flor, en el bolsillo.

—Todavía no me crees.

—Déjeme verla otra vez.

Me la tendió.

La miré. Y, mientras la miraba, las olas rompieron en la orilla oscura de la noche anterior.

Un hombre desnudo apareció de pronto entre las olas.

Me sobresalté y parpadeé.

¿Era éste el cuerpo, era éste el hombre que había salido del mar para asustarme cuando Constance Rattigan estaba de espaldas?

Quería saberlo. Sólo pude decir: —¿Conoce a Constance Rattigan?

Hopwood se puso tieso: —¿Por qué lo preguntas?

—Vi el nombre de ella en la puerta de Shrank, escrito a máquina. Pensé que quizás ustedes eran como barcos que se cruzan en la noche.

¿O cuerpos? ¿Él saliendo del mar a las tres de la mañana, algunas noches antes, cuando ella se zambullía?

La boca teutónica se le torció en una mueca de pura arrogancia.

—Nuestra película, *Sables cruzados*, fue el éxito de 1926 en todo el país. Nuestro romance fue noticia de primera plana ese verano. Ella no amó a nadie más que a mí.

—¿Fue usted...? —empecé a preguntar. ¿Fue usted, pensé, y no el director que murió ahogado, quien le cortó los tendones con una espada, de modo que ella no pudo caminar durante un año?

Pero, en verdad, la noche anterior no había tenido oportunidad de ver las cicatrices. Y la manera en que Constance corría; era todo mentiras de hacía cien años.

—Tendrías que ir a ver a A. L. Shrank, un hombre cabal, puro zen, un verdadero sabio —dijo, volviendo a montar en la bicicleta—. ¿Qué te parece? Me dijo que te diera esto.

Sacó del otro bolsillo un puñado de envolturas de golosinas, doce en total, sujetas con un clip: casi todas envolturas de Crunch, Clark y Power House. Cosas que yo había arrojado descuidadamente a los vientos de la playa y que alguien había recogido.

—Sabe *todo* acerca de ti —dijo el loco Otto de Baviera, antes de echarse a reír con la banda sonora apagada.

Cogí los papeles sonrojados y mientras sostenía esas banderas de derrota sentí los cinco kilos de más que me abultaban en la cintura.

—Ven a visitarme —dijo—. Ven a dar una vuelta en el carrusel. Ven a ver si el inocente joven David está realmente casado con el viejo y maléfico Calígula, ¿de acuerdo?

Y se alejó en la bicicleta, un traje de *tweed* bajo un sombrero de *tweed*, sonriendo y mirando sólo hacia delante.

Caminé de regreso hasta el museo de la melancolía de A. L. Shrank y eché un vistazo por la ventana polvorienta.

Había una pila tambaleante de envolturas anaranjadas, amarillas y marrón chocolate en una pequeña mesa junto al sofá desvencijado. No pueden ser *todas* mías, me dije. Lo son, pensé. Estoy gordo. Pero él... está *loco*. Fui en busca de un helado de crema.

**C** rumley?

—Pensé que me llamaba oficial Pup.

—Creo que sé quién es el asesino.

Hubo un largo silencio oceánico: el policía dejó el auricular, se arrancó los pelos, y volvió al teléfono.

—John Wilkes Hopwood —dije.

—Olvidas —dijo el teniente— que aún no ha habido asesinatos. Sólo sospechas y probabilidades. Hay una cosa que se llama sala de tribunal y otra que se llama prueba. Sin pruebas, no hay proceso, y te echarían a patadas tan rápidamente que no podrías sentarte durante semanas.

—¿Alguna vez ha visto a John Wilkes Hopwood sin ropa? —pregunté.

—Esto es el colmo.

El oficial Pup colgó.

Llovía cuando salí de la cabina.

Casi de inmediato sonó el teléfono como si supiera que yo estaba allí. Me avalancé encima, y por alguna razón grité: —¡Peg!

Pero sólo había un ruido de lluvia, y una respiración leve, a kilómetros de distancia.

Nunca más volveré a contestar este teléfono, pensé.

—Hijo de puta —grité—. Ven a buscarme, cabrón.

Colgué.

Dios mío, pensé, ¿y si me había oído y venía a visitarme?

Estúpido, pensé.

El teléfono sonó por última vez.

Tenía que contestar, quizá disculparme con esa lejana respiración y decirle que no tuviera en cuenta mi insolencia.

Alcé el auricular.

Oí a una mujer triste a veinte kilómetros de allí, en algún lugar de Los Ángeles.

Fannie.

Estaba llorando.

**F**annie, por el amor de Dios, ¿eres tú?

—Sí, sí, Dios Santo —resollaba, jadeaba, balbuceaba—. Casi me mato subiendo las escaleras. No subo escaleras desde 1935. ¿Dónde estuviste? El techo se ha venido abajo. Se acabó la vida. Todos muertos. ¿Por qué no me lo dijiste? Oh, Dios, Dios, es espantoso. ¿Puedes venir? Jimmy. Sam. Pietro. —Recitó la letanía y el peso de mi culpa me aplastó contra la pared de la cabina.— Pietro, Jimmy, Sam. ¿Por qué me mentiste?

—No mentí, ¡simplemente callé! —dije.

—¡Y ahora Henry! —exclamó.

—¡¿Henry?! Dios mío. ¿No está...?

—Se cayó por las escaleras.

—¿Está vivo? ¿Está vivo? —grité.

—En su cuarto, sí, gracias a Dios. No quería ir al hospital. Oí cómo él caía y salí corriendo. Fue así como me enteré de lo que no me habías dicho. Henry estirado ahí, maldiciendo, mencionando nombres. Jimmy. Sam. Pietro. Oh, ¿por qué nos trajiste la muerte?

—No lo hice, Fannie.

—Ven a probarlo. Tengo tres tarros de mayonesa llenos de monedas. Toma un taxi y haz subir al chófer; le pagaré de los tarros. Y cuando llegues, ¿cómo sabré que eres tú el que llama a mi puerta?

—Incluso ahora, Fannie, ¿cómo sabes que estás hablando conmigo?

—No lo sé —gimió—, ¿no es horrible? No lo sé.

—Los Ángeles —dije al taxista, tres minutos después—. Por el valor de tres tarros de mayonesa.

**A**ló? ¿Constance? Estoy en una cabina frente a la casa de Fannie. Tenemos que sacarla de aquí. ¿Puedes venir? Ahora está asustada de verdad.

—¿Por buenas razones?

Consideré el inmueble, enfrente, y calculé cuántos millones de sombras se apiñaban ahí, de arriba abajo.

—Esta vez sin duda.

—Ve con ella. Monta guardia. Estaré allí en media hora. No subiré. Convéncela

para que baje, maldita sea, y la sacaremos de allí. Ve.

El ímpetu con que Constance colgó me lanzó afuera y estuve a punto de ser atropellado por un coche que cruzó la calle a toda velocidad.

Por la manera en que golpeé la puerta, ella supo que era yo. Abrió de golpe y vi lo que era casi un elefante aterrorizado, los ojos fuera de las órbitas, el pelo en desorden, que se comportaba como si una bala de rifle acabara de atravesarle la cabeza.

La devolví a la butaca y abrí la nevera de par en par, intentando decidir qué le vendría mejor, mayonesa o vino. Vino.

—Bébetelo esto —ordené, y de pronto advertí que el taxista estaba en la puerta, detrás de mí: me había seguido hasta arriba pensando que yo era un gorrón que intentaba escapar.

Cogí y le extendí un tarro de mayonesa lleno de monedas.

—¿Suficiente? —dije.

Hizo una rápida estimación, como alguien que trata de adivinar el número de alubias en una cuba en un escarapate, se mordió el labio, y salió corriendo con un tintineo de monedas que se entrechocaban.

Fannie estaba ocupada vaciando el vaso de vino. Se lo llené otra vez y me senté a esperar. Finalmente, dijo: —Hace dos días que alguien pasa la noche frente a mi puerta. Vienen y van, van y vienen, nunca había ocurrido, se paran ahí, oigo cómo respiran. Dios mío, ¿qué hacen a medianoche en la puerta de una cantante de ópera vieja, obesa y arruinada? No puede ser un intento de violación, ¿verdad? No violan a sopranos de doscientos kilos, ¿no?

Y aquí se echó a reír tan alto y durante tanto tiempo que no supe si se trataba de un ataque de histeria o de un sorprendente buen humor. Tuve que golpearle la espalda para que dejara de reírse, cambiarle el color de la cara, y darle más vino.

—Ah, madre mía, madre mía —dijo jadeando—. Hace bien reír. Gracias a Dios estás conmigo. Me protegerás, ¿no? Siento haber dicho lo que dije. No fuiste tú quien trajo esa cosa horrible de anoche. Es sólo el mastín de los Baskerville, hambriento, que decide venir a asustar a Fannie.

—Siento mucho no haberte dicho lo de Jimmy, Pietro y Sam, Fannie —dije, y apuré mi vino de un trago—. Simplemente no quería leerte todas las necrológicas a la vez. Ahora escucha. Constance Rattigan estará abajo en unos minutos. Quiere que vayas a pasar unos días en su casa y...

—Más secretos —exclamó Fannie, los ojos muy abiertos—, ¿Desde cuándo la conoces? Y además no tiene sentido. Éste es mi hogar. Si lo dejara, me marchitaría, moriría. Tengo mis discos.

—Los llevaremos.

—Mis libros.

—Los bajaré.

—Mi mayonesa. No será de la marca que me gusta.

—La compraré.

—No habrá espacio para mí.

—Sí, Fannie, incluso para ti.

—¿Y qué hacemos con mi nuevo gato...?

Y así continuó, hasta que oí que la limusina rozaba el borde de la acera.

—Entonces, Fannie, ¿vamos?

—Ahora me siento bien, ahora que estás aquí. Sólo dile a la señora Gutiérrez que suba a hacerme un poco de compañía cuando te vayas —dijo Fannie, animada.

—¿De dónde viene todo ese falso optimismo, cuando hace una hora te sentías condenada?

—Querido muchacho, Fannie está bien. Esa horrible bestia no volverá. Lo sé, simplemente, y de todos modos, de todos modos...

Con una atroz sincronía, el inmueble entero se movió, como si estuviera durmiendo y cambiara de posición.

La puerta del cuarto de Fannie susurró sobre las bisagras.

Como si acabaran de darle el tiro de gracia, Fannie se incorporó gagueando de miedo.

Alcancé el otro extremo del cuarto en un instante y abrí bruscamente la puerta para inspeccionar el largo valle del pasillo: un kilómetro en esta dirección, un kilómetro en la otra; largos túneles oscuros poblados de corrientes nocturnas.

Escuché y oí que el yeso se resquebrajaba en el techo, las puertas crujían en los marcos. En algún lugar, un retrete murmuraba incesantemente, una vieja, fría y blanca tumba de porcelana en la noche.

No había nadie en el pasillo, por supuesto.

Quiquiera que hubiese estado allí, si alguna vez había estado alguien, había cerrado rápidamente una puerta, o había corrido hacia la entrada o la parte trasera del edificio. Allí la noche entraba en una corriente invisible, un largo y sinuoso río de viento que arrastraba recuerdos de cosas devoradas y cosas desechadas, cosas deseadas y cosas que ya no se querían.

Quise gritar a los corredores vacíos, las mismas palabras que había querido gritar en la playa oscura, frente a la fortaleza árabe de Constance Rattigan. Vayase. Déjenos tranquilos. Quizá parezca que merecemos la muerte, pero no queremos morir.

Lo que grité a la oscuridad fue: —Ya está bien, niños. Volved a vuestros cuartos. Vamos, ya basta. ¡Fuera! Muy bien. Así.

Esperé a que los inexistentes niños volvieran a las inexistentes habitaciones y me volví hacia el interior apoyándome en la puerta y cerrándola con una falsa sonrisa.

Funcionó. O Fannie fingió que funcionaba.

—Serías un buen padre —dijo, radiante.

—No, seré como todos los padres, desquiciado e impaciente. Tendrían que haberlos drogado con cerveza y haberlos mandado a la cama hace ya horas. ¿Te sientes mejor, Fannie?

—Mejor. —Suspiró y cerró los ojos.

Fui a estrecharla entre mis brazos, como Lindberg dando la vuelta al mundo y aclamado por multitudes.

—Ya pasará —dijo—. Vete ahora. Todo está bien. Como dijiste, esos chicos se han ido a la cama.

¿Esos chicos?, casi dije, pero me detuve. Ah, sí, los chicos.

—Así es, Fannie está bien y ya puedes marcharte. Pobre niño. Dile a Constance que gracias, pero que no, gracias, y que puede venir a visitarme cuando quiera, ¿de acuerdo? La señora Gutiérrez me ha prometido quedarse a pasar la noche, en esa cama que no utilizo desde hace treinta años, ¿te imaginas? No puedo dormir acostada, no puedo respirar. Bueno, la señora Gutiérrez va a subir, y ha sido muy gentil de tu parte venir a verme, querido niño, ahora me doy cuenta. Sólo quieres evitarme la tristeza de nuestros amigos de abajo.

—Esa es la verdad, Fannie.

—No hay nada anormal en la forma en que murieron, ¿cierto?

—No, Fannie —mentí—, sólo necedad, belleza frustrada y tristeza.

—Dios —dijo—, hablas como el teniente de Butterfly.

—Por eso me pegaban los chicos en el colegio.

Fui hacia la puerta. Fannie respiró a fondo y acabó por decir: —Si me ocurre algo. No es que vaya a ocurrir. Pero si es así, mira dentro de la nevera.

—¿Que mire dónde?

—En la nevera —dijo ella, enigmática—. No.

Pero yo ya había abierto la puerta de la nevera. Miré iluminando el interior. Vi cantidades de mermeladas, salsas, gelatinas y mayonesa. Cerré la puerta tras un largo rato.

—No tenías que haber mirado —protestó Fannie.

—No quiero esperar, necesito saberlo.

—Pues no te lo diré —dijo, indignada—. No tenías que mirar. Estoy a punto de reconocer que quizá haya entrado en esta casa por mi culpa.

—¿Qué, Fannie? ¿Qué?

—Todas esas cosas nefastas que traías en tus zapatos. Pero quizá Fannie se equivocó, y no hay otro culpable que ella. Quizás atraje a esa cosa de la calle.

—Bueno, ¿lo hiciste o no lo hiciste? —exclamé, inclinándome hacia ella.

—¿Ya no me quieres?

—¿Quererte?, maldición, estoy tratando de sacarte de aquí, y tú te resistes. Me acusas de envenenar los retretes y ahora me dices que mire en la nevera. Por el amor de Dios, Fannie.

—Ahora el teniente está enfadado con Butterfly. —Pero se le empañaron los ojos.

No podía aguantar más.

Abrí la puerta.

La señora Gutiérrez había estado allí mucho tiempo, yo no lo dudaba, un plato de tacos calientes en las manos, siempre tan diplomática, esperando.

—Te llamaré mañana, Fannie —dije.

—Claro, lo harás, ¡y Fannie estará con vida!

Me pregunto, pensé, si cierro los ojos y pretendo estar ciego...

¿Podría encontrar el cuarto de Henry?

**L**lamé a la puerta de Henry.

—¿Quién es? —dijo Henry, que se había encerrado.

—¿Quién dice quién es? —dije.

—¿Quién dice quién dice quién es? —dijo, y no tuvo más remedio que reírse.

Luego recordó que estaba dolorido—. Eres tú.

—Henry, déjame entrar.

—Estoy bien. Caí por las escaleras, eso es todo. Estuve a punto de romperme la crisma, eso es todo. Déjame descansar aquí, con la puerta cerrada. Saldré mañana, eres un buen chico por preocuparte.

—¿Qué pasó, Henry? —pregunté a la puerta cerrada.

Henry se acercó. Advertí que estaba apoyándose en la puerta, como alguien que habla a través de la celosía de un confesionario.

—Me puso una zancadilla.

Un conejo echó a correr en mi pecho y se transformó en una enorme rata que continuó corriendo.

—¿Quién, Henry?

—Él. El hijo de puta me puso una zancadilla.

—¿Dijo algo? ¿Estás seguro de que estaba ahí?

—Según tú, ¿cómo sé que la luz está encendida en la primera planta? Lo siento. El calor. Había un calor terrible en el pasillo, donde él estaba. No dijo una palabra cuando pasé frente a él, pero le oí el corazón, pum, pum, aunque quizás era el mío. Pensé en escabullirme para que no me viera, los ciegos creen en cosas así: si están en la oscuridad, ¿por qué los demás no habrían de estarlo? Y justo después... ¡*blam!* Me encuentro al pie de la escalera sin saber cómo llegué allí. Comencé a gritar llamando a Jimmy, a Sam y a Pietro, luego me dije que era un gran imbécil, que ellos ya no estaban, y que no iba a tardar en imitarlos si no llamaba a algún otro. Llamé y llamé y comenzaron a abrirse las puertas en todo el edificio, y mientras se abrían, él salió. Oí que escapaba corriendo, y habría jurado que iba descalzo. Le olí el aliento.

Tragué saliva y me apoyé en la puerta. —¿A qué se parecía?

—Dame tiempo para que lo piense. Ahora Henry se va a acostar. Me alegra ser ciego. Odiaría haberme visto rodar escaleras abajo como un saco de ropa sucia. Buenas noches.

—Buenas noches, Henry —dije.

Y me volví en el preciso momento en que ese buque enorme que era la casa doblaba un codo de viento de río en la oscuridad. Tuve la impresión de haber vuelto a

las olas de la orilla, a la sala de cine del señor Shapeshade, a la una de la mañana, con las olas que bañaban y sacudían los maderos bajo los asientos, y las grandes imágenes en plata y negro que se deslizaban sobre la pantalla. El edificio entero se estremeció. El cine era algo único. El problema con este enorme lugar crepuscular era que las sombras habían abandonado la pantalla y esperaban en los huecos de la escalera y se ocultaban en los cuartos de baño y destornillaban las bombillas, ciertas noches, de modo que todos andaban entonces a tientas, ciegos como Henry, en busca de la salida.

Eso fue lo que hice. En la parte alta de la escalera, me quedé inmóvil. Oí respirar a alguien delante de mí. Pero no era más que el eco de mis propios ruidos que golpeaban el muro y volvían a mí.

Por el amor de Dios, me dije, no te caigas cuando bajas.

**L**a limusina Duesenberg modelo 1928 con chófer me esperaba frente a la casa de Fannie. Cuando se cerró la portezuela, ya habíamos partido y estábamos a medio camino de Venice, y el chófer se quitó entonces la gorra, se soltó el pelo, y se convirtió en...

La Inquisidora Rattigan.

—¿Y bien? —dijo fríamente—. ¿Está o no está inquieta?

—Lo está, ¡y mucho! Pero no por mi culpa.

—¿No?

—¡No, maldita sea, y ahora para en la próxima esquina y déjame bajar, por amor de Dios!

—Para ser un tímido muchacho del norte de Illinois, tiene usted un bonito lenguaje, señor Hemingway.

—¡Bueno, al diablo, señorita Rattigan!

Esto dio resultado. Vi que los hombros se le hundían ligeramente. Me estaba perdiendo, si no mostraba prudencia, y ella lo sabía.

—Constance —sugirió, más serena.

—Constance —dije—. No es culpa mía que la gente se ahogue en las bañeras, beba demasiado, se caiga por las escaleras o se haga llevar por la policía. ¿Por qué no entraste? Tú eres la vieja, vieja amiga de Fannie.

—Tuve miedo de que vernos juntos, a ti y a mí, fuera demasiado para Fannie, que se le saltara la tapa de los sesos, y que no pudiéramos volver a ponérsela.

Dejó que la limusina bajara de unos histéricos ciento quince por hora a unos nerviosos noventa y cinco o cien. Pero Constance clavaba las garras en el volante como si fuera mis hombros y me estuviese sacudiendo. Dije: —Es mejor que la saques de ahí, de una vez por todas. No va a dormir durante toda una semana, y eso bien podría matarla. No se puede vivir eternamente de mayonesa.

Constance redujo la velocidad de la limusina a noventa.

—¿Te hizo pasar un mal rato?

—Sólo me trató como si fuera un apestado, igual que tú. Parece que fuera el chivo expiatorio de todos, como si llevara conmigo la peste bubónica. No sé qué hay en la casa, pero lo hay, no cabe duda, y no soy yo el que lo ha metido allí. Además, Fannie ha hecho algo estúpido.

—¿Qué?

—No lo sé, no quiere decírmelo. Está completamente trastornada. Quizás a ti te diga. Tengo la terrible impresión de que la misma Fannie ha provocado todo esto.

—¿Cómo?

La limusina redujo la velocidad a sesenta y cinco. Constance me observaba por el retrovisor. Me pasé la lengua por los labios.

—Sólo puedo hacer suposiciones. Algo en la nevera, me dijo. Me dijo que si le ocurría algo yo mirara dentro de la nevera. ¡Dios mío, qué estupidez! Quizá puedas regresar, más tarde, de noche, y mirar en la maldita nevera y descubrir cómo, por qué y qué ha traído Fannie a la casa que la está matando de miedo.

—Jesús a medianoche —murmuró Constance, cerrando los ojos—, María al amanecer.

—¡Constance! —grité.

Porque acabábamos de pasarnos una luz roja.

Por suerte, Dios estaba ahí; él nos dio paso.

**N**os detuvimos frente a mi casa y Constance salió mientras yo abría la puerta. Miró dentro.

—Así que es aquí donde brota toda la genialidad, ¿eh?

—Un pedacito de Marte en la Tierra.

—¿Ése es el piano de Cal? Oí hablar de los críticos de música que una vez intentaron quemarlo. Y de los clientes que un día invadieron el salón gritando y mostrando unos graciosos cortes de pelo.

—Cal es un buen tipo —dije.

—¿Te has mirado en un espejo últimamente?

—Hizo lo que pudo.

—Pero sólo a un lado. Recuérdamelo la próxima vez, mi padre también era peluquero. Él me enseñó. ¿Por qué nos hemos quedado en la entrada? ¿Miedo a que los vecinos hablen si...? Diablo. Otra vez. No importa qué diga, siempre parece ser verdad. Eres todo auténtico, ¿eh? Desde que cumplí los doce años nunca había visto un hombre tímido.

Se asomó aún más.

—Dios, cuántos trastos. ¿Nunca arreglas la casa? ¿Qué es eso? ¿Lees diez libros a la vez, la mitad cómics? ¿Eso que está junto a la máquina es un desintegrador de Buck Rogers? ¿Mandas fuera tapas de cajas?

—Sí —dije.

—¡Qué pocilga! —exclamó, con la intención de halagarme.

—Todo lo mío es tuyo.

—Esa cama ni siquiera es lo bastante grande para una sesión de sexo sandwich.

—Uno de los dos tiene que estar siempre en el suelo.

—Jesús, ¿de qué año es esa máquina de escribir?

—Underwood Standard 1935, vieja pero buena.

—Igual que yo, ¿eh, muchacho? ¿Vas a invitar a pasar a la vieja celebridad y quitarle los pendientes?

—Tienes que regresar y mirar en la nevera de Fannie, ¿recuerdas? Además, si te quedaras a pasar la noche..., dormiríamos como cucharas.

—Mucha vajilla, ¿pero ningún tenedor?

—Ningún tenedor, Constance.

—El recuerdo de tus calzoncillos remendados es devastador.

—No soy ningún David.

—Diablos, ni siquiera eres Ralph. Buenas noches, muchacho. Para mí la nevera de Fannie. ¡Y gracias!

Me dio un beso que me reventó los tímpanos y partió en el coche.

Completamente aturdido, conseguí de alguna manera meterme en la cama.

Lo que no tenía que haber hecho.

Porque entonces tuve el Sueño.

**C**ada noche el pequeño aguacero venía hasta el umbral de mi puerta, se quedaba un momento, susurraba, y se iba. Yo tenía miedo de mirar. Miedo de encontrar allí a Crumley, de pie, empapado, con ojos llameantes de cólera. O a Shapeshade, bamboleándose, moviéndose a sacudidas como en una película vieja, con algas colgándole de las cejas y la nariz...

Yo esperaba todas las noches, el aguacero cesaba, yo me dormía.

Y luego vino el Sueño.

Yo era un escritor en un pequeño pueblo verde del norte de Illinois, y estaba sentado en un sillón de peluquería parecido al que tenía Cal en el salón vacío. De pronto alguien entró corriendo con un telegrama, ¡anunciando que yo acababa de vender unos derechos para el cine por cien mil dólares!

En el sillón, gritando de felicidad, agitando el telegrama, veía cómo todas las caras, las de los hombres, las de los adolescentes y la del peluquero, se convertían en hielo; y cuando pretendieron sonreír, felicitándome, mostraron unos dientes como carámbanos.

De pronto, yo era el intruso. El aire que les salía de las bocas me helaba los huesos. Yo había cambiado para siempre. No me lo perdonarían jamás.

El peluquero terminó de cortarme el pelo demasiado rápido, como si me hubiese

vuelto un intocable, y volví a casa con el telegrama apretado en las manos sudorosas.

Tarde esa noche, en el límite del bosque próximo a mi casa, en aquel pueblo pequeño, oí a un monstruo que aullaba desde el otro extremo del bosque.

Me incorporé en la cama con cristales de escarcha sobre todo el cuerpo. El monstruo rugía; se acercaba. Abrí los ojos para oír mejor. Abrí grande la boca para relajar los oídos. El monstruo gritaba más cerca, ahora desde el bosque, y se precipitaba hacia delante, destrozándolo todo, aplastando las flores silvestres, asustando conejos y nubes de pájaros que se elevaban chillando hacia las estrellas.

Yo no podía moverme ni gritar. Sentía que la sangre se me iba de la cara. El telegrama que anunciaba mi triunfo estaba en el escritorio. El monstruo aullaba horriblemente y se ponía otra vez en marcha, como si avanzara derrumbando árboles con unos horribles dientes de sable.

Yo saltaba de la cama, cogía el telegrama, corría hacia la puerta y la abría. El monstruo ya casi había salido del bosque. Bramaba, chillaba, azotaba los vientos nocturnos con gritos amenazadores.

Rompí el telegrama en una docena de pedazos que lancé al jardín antes de gritar:

—¡La respuesta es no! ¡Quedaos con vuestro dinero! ¡Quedaos con vuestra fama! ¡No me muevo de aquí! ¡No iré! No —y otra vez—: ¡No! —y un final, desesperado—: ¡No!

El último grito murió en la garganta de dinosaurio del monstruo. Hubo un espantoso momento de silencio.

La luna se ocultó tras una nube.

Esperé; el sudor se helaba en mi cara.

El monstruo aspiró, exhaló, se dio la vuelta, se alejó con paso pesado, volvió a ganar el bosque, borrándose, y se perdió en el olvido. Los pedazos de telegrama revoloteaban como alas de polilla sobre el jardín. Cerré la puerta con llave y me fui a la cama, quejándome, aliviado. Me dormí justo antes del amanecer.

Ahora, en cama, en Venice, despierto después de ese sueño, fui hacia la puerta principal y eché un vistazo a los canales. ¿Qué podía gritar a las aguas negras, a la niebla, al océano en la orilla? ¿Quién oiría, qué monstruo aceptaría mi *mea culpa*, mi gran rechazo, mis protestas de inocencia o mi alegato en favor de mi bondad y de mi genio aún incólumes?

¡Aléjate! ¿Podía gritarlo? No soy culpable de nada. No merezco morir. Y deja en paz a los demás, por el amor de Dios. ¿Podía decirlo o gritarlo?

Abrí la boca. Pero tenía la lengua pastosa por el polvo que de alguna manera se había acumulado en la oscuridad.

Sólo logré extender mi brazo en un gesto, una súplica, una pantomima vacía. Por favor, pensé.

—Por favor —susurré. Y cerré la puerta.

**E**n ese momento, sonó el teléfono al otro lado de la calle, en mi cabina particular. No responderé, me dije. Es él. El Hombre de Hielo. Sonó el teléfono. Es Peg.

Sonó el teléfono. Es él.

—¡Calla! —chillé.

El teléfono dejó de sonar.

Mi propio peso, derrumbándose, cerró de golpe la puerta.

**E**n el umbral de su puerta, Crumley parpadeó.  
—Por el amor de Dios, ¿sabes qué hora es?

De pie, uno frente al otro, nos observábamos como dos boxeadores que han estado golpeándose y no saben dónde dejarse caer.

No encontraba qué decir, así que dije: —Tengo una necesidad imperiosa.

—Ésa es la contraseña, Shakespeare. Pasa.

Me condujo a través de la casa hasta un hornillo donde se preparaba el café, en grandes cantidades, dentro de una gran cafetera.

—He estado trabajando hasta tarde en mi obra maestra. —Con un gesto, Crumley señaló la máquina en el dormitorio. Una larga página amarilla, como la lengua de la Musa, colgaba de la máquina.— Uso papel de oficio, rinde más. Tengo la impresión de que si llego al final de una hoja común, no podré seguir. Dios mío, qué mal aspecto tienes. ¿Malos sueños?

—De lo peor. —Le conté lo de la peluquería, los cien mil dólares de derechos cinematográficos, el monstruo en la noche, mis gritos y la enorme bestia que se alejó gruñendo tras dejarme con vida.

—Dios mío. —Crumley llenó dos grandes tazas con un líquido tan espeso que parecía lava fundida.— ¡Incluso para los sueños eres mejor que yo!

—¿Qué significa el sueño? ¿Que no se puede ganar nunca? Si sigo siendo pobre y nunca publico un libro, pierdo sin más. Pero si vendo y publico y tengo dinero en el banco, ¿también pierdo? ¿La gente te odia?

¿Te perdonan los amigos? Dígame, Crumley, usted que es mayor. ¿Por qué la bestia del museo viene a matarme? ¿Por qué tengo que devolver el dinero? ¿Qué quiere decir todo eso?

—Demonios —resopló Crumley—. No soy un psiquiatra.

—¿Lo sabría A. L. Shrank?

—¿Pintando y ensuciando con dedos y excrementos? No. ¿Vas a escribir esa pesadilla? Siempre aconsejas a otros...

—Cuando me calme. Viniendo hacia aquí, hace unos minutos, recordé que una vez mi médico me propuso que visitáramos las salas de disección y autopsia. Gracias a Dios no acepté. Entonces sí que habría tenido una necesidad imperiosa. Ahora estoy completamente agotado. ¿Cómo hago para limpiar la jaula de leones de mi cabeza?

¿Cómo hago para alisar las sábanas de la vieja de los canarios? ¿Cómo convengo a Cal de que se olvide de Joplin? ¿Cómo podría proteger esta noche a Fannie, que está al otro lado de la ciudad y sin armas?

—Bebe tu café —aconsejó Crumley.

Busqué en mi bolsillo y saqué la foto de Cal y Scott Joplin, salvo que faltaba la cabeza de Joplin. Le dije a Crumley dónde la había encontrado.

—Alguien robó la cabeza de esta foto. Cuando Cal lo advirtió, supo que alguien andaba detrás de él, que el juego había terminado, y abandonó la ciudad.

—No es un crimen —dijo Crumley.

—Como si lo fuera.

—Como si los cerdos volaran o los pavos tuvieran el carbunco de tanto bailar. El caso siguiente, como dicen en los tribunales.

—Alguien dio demasiada bebida a Sam y lo mató. Alguien dio la vuelta a Jimmy en la bañera para que se ahogara. Alguien denunció a Pietro a la policía y se lo llevaron y eso acabará con él. Alguien se enfrentó a la mujer de los canarios y simplemente la hizo morir de miedo. Alguien metió a ese anciano en la jaula de los leones.

—He recibido más informes del forense —dijo Crumley—. La sangre estaba llena de ginebra.

—Exacto. Alguien lo emborrachó, lo golpeó en la cabeza, lo metió, ya muerto, en el canal, lo instaló detrás de los barrotes, salió y caminó hasta su coche o su casa en algún lugar de Venice, completamente mojado, ¿pero quién repararía en un hombre mojado, sin paraguas, en medio de una tormenta?

—Demonios. Con esas sandeces no tendrías ni para pagarle los buñuelos y el café a un juez, chico. La gente muere. Ocurren accidentes. ¡Un móvil, maldita sea, un móvil! Lo único que tienes es esa cantilena: ayer por la noche vi en la escalera un hombrecillo que no estaba allí. Hoy tampoco estaba. ¡Dios mío, ojalá se marchase! Piensa. Si ese supuesto asesino existe, a nuestro entender sólo hay una persona que ha estado involucrada en todo eso. Tú.

—¿Yo? ¿No pensará...?

—No. Y cálmate. Quítame de encima esos enormes ojos de conejo rosado. Dios, espera a que encuentre algo.

Crumley se encaminó a unos estantes a un lado de la cocina (había libros en todos los cuartos), y cogió un grueso volumen.

Tiró el *Teatro completo* de Shakespeare sobre la mesa de la cocina.

—Malignidad gratuita —dijo.

—¿Qué?

—Shakespeare está lleno de malignidad, tú también, yo, todos. Malignidad gratuita. ¿No te dice nada? Alguien que anda por ahí haciendo cosas viles, un cabrón, sin ninguna razón en particular. O ninguna que podamos imaginarnos.

—La gente no anda por ahí haciendo putadas porque sí.

—Dios —resopló suavemente Crumley—. Eres un ingenuo. La mitad de los casos policiales son tíos que se pasan a toda velocidad los semáforos en rojo para matar peatones, o que golpean a sus mujeres, o que disparan a sus amigos por razones que no recuerdan. Los motivos están ahí, claro, pero tan sepultados que haría falta nitroglicerina para desenterrarlos. Y si existe un tipo como el que tratas de encontrar con tus razones de cerveza y tu lógica de whisky, no hay forma de encontrarlo. No hay móvil, no hay base, no hay indicios. Puede pasearse tranquilamente, sin estorbos, a menos que puedas conectar el hueso del tobillo a la tibia, y a la rótula, y al fémur.

Crumley, que parecía feliz ahora, se sentó y sirvió más café.

—¿Alguna vez te has puesto a pensar —dijo— que no hay lavabos en los cementerios?

Se me cayó la mandíbula. —¡Eh! ¡Nunca se me ocurrió! No se necesitan entre las lápidas. ¡A menos que...! A menos que estés escribiendo una historia a lo Edgar Allan Poe y un cadáver se levante en la noche con una necesidad imperiosa.

—¿Vas a escribirlo? Vaya, mírenme, tirando ideas por la ventana.

—Crumley.

—Ya empieza otra vez —suspiró, empujando la silla hacia atrás.

—¿Cree en el hipnotismo? ¿En la regresión mental?

—Tú ya has regresado...

—Por favor —junté saliva—. Me estoy volviendo loco. Hágame regresar. ¡Envíeme atrás!

—Santo Dios. —Crumley estaba de pie, vaciando el café y sacando cerveza de la nevera.— Aparte del manicomio, ¿adonde quieres que te manden?

—Me he encontrado con el asesino, Crumley. Ahora quiero volver a encontrarlo. Traté de no hacerle caso porque estaba borracho. Se sentó detrás de mí en el último tren, ese enorme tren rojo que iba hacia el mar la noche que encontré el cadáver del viejo en la jaula de leones.

—No hay pruebas.

—Dijo algo que constituía una prueba, pero lo he olvidado. Si pudiera volver a darme un billete, conseguir que vuelva a ese tren en plena tormenta y lo oiga hablar, descubriría quién es y no habría más asesinatos. ¿No es lo que usted quiere?

—Por supuesto, y después de llevarte hacia atrás con mis dotes de hipnotizador de perros y de que me lades los resultados, voy y arresto al asesino, ¿no? Ahora venga conmigo, mal hombre, mi amigo el escritor lo ha oído hablar en una sesión de hipnotismo, y esto es prueba suficiente. Aquí están las esposas. ¡Póngaselas!

—¡Váyase al diablo! —Me puse de pie y dejé la taza golpeándola contra la mesa. — Me hipnotizaré a mí mismo. Porque de eso se trata después de todo, ¿no? De autosugestión. Soy yo quien se imagina cosas.

—No estás entrenado, no sabes cómo hacerlo. Siéntate, por el amor de Dios. Te ayudaré a encontrar un buen hipnotizador. ¡Eh! —Crumley estalló en una risa algo demente.— ¿Qué dices de A. L. Shrank, el hipnotizador?

—Dios —me estremecí—. Ni en broma. Me hundiría junto con Schopenhauer y Nietzsche y *La anatomía de la melancolía* de Burton, y nunca más conseguiría salir a la superficie. Tendría que hacerlo usted, Elmo.

—Tendría que echarme a la calle y meterme en cama.

Me llevó con amabilidad hasta la puerta.

Me volví de pronto, eché un vistazo y reí.

—Eh, acabo de darme cuenta. No tiene televisor. ¿Va a comprarlo algún día?

—¿Para ver cómo atropellan, apuñalan y violan a la gente en el noticiero de las seis? ¡No, gracias!

Insistió en llevarme a casa. En el camino, mirando de frente hacia el negro futuro, dijo de pronto: —No te preocupes, muchacho. No va a pasar nada más.

**C** rumley se había equivocado.

Pero en ese momento, por supuesto.

Desperté a las seis de la mañana porque creí haber oído otra vez tres docenas de disparos de rifle.

Pero sólo eran los demoledores del muelle, los artesanos dentistas, que extirpaban las grandes dentaduras. ¿Por qué —me pregunté— los destructores empiezan a destruir tan temprano? ¿Y esos disparos de rifle? Sólo risas, probablemente.

Me duché y salí justo a tiempo para toparme con un banco de niebla que venía de Japón.

Los viejos de la estación de tren habían llegado a la playa antes que yo. Era la primera vez que los veía desde el día en que desapareció un amigo de todos ellos, el señor Smith, el que escribiera su nombre en la pared del cuarto.

Observé cómo observaban la muerte del muelle, y alcancé a sentir las vigas que se les derrumbaban en el interior de los cuerpos. No había otro movimiento en ellos que el de las encías, que parecían estar masticando, como si estuvieran a punto de escupir un chorro de nicotina. Las manos les colgaban a los costados, crispadas. Una vez que destruyeran el muelle, lo sabía, lo sabían ellos, no pasaría mucho tiempo antes de que los hombres del alquitrán llegaran zumbando a cubrir los rieles y de que alguien tapiara la garita de venta de billetes y barriera los últimos confeti. Si yo hubiera sido ellos, esa misma tarde habría partido hacia Arizona o algún otro lugar soleado. Pero yo no era ellos. No era más que yo mismo, medio siglo más joven, sin óxido en las articulaciones y sin huesos que se ponían a crujir cada vez que las enormes tenazas de más allá asestaban un golpe seco y dejaban un vacío.

Fui a ponerme entre dos de los viejos, deseando decir algo importante.

Pero todo lo que hice fue suspirar largamente.

Era un lenguaje que ellos entendían.

Lo oyeron, y guardaron silencio un rato.

Y luego asintieron con la cabeza.

**V**aya, me has metido otra vez en un buen lío!  
Mi voz, camino a la Ciudad de México, era la voz de Oliver Hardy.  
—Ollie —exclamó Peg, con la voz de Stan Laurel—. Toma un avión. ¡Sálvame de las momias de Guanajuato!  
Stan y Ollie. Ollie y Stan. Desde el principio, habíamos bautizado nuestro romance el Idilio de Laurel y Hardy, porque habíamos desarrollado una auténtica pasión por la pareja, e imitábamos bien sus voces.  
—¿Por qué tú no me ayudas *a mí*? —exclamé, como el señor Hardy.  
Y Peg, en el papel de Laurel, me respondió farfullando: —Oh, Ollie..., quiero decir..., es que...  
Y hubo un momento de silencio en el que respiramos nuestra desesperación, nuestro anhelo, nuestra angustia de amantes, de ida y de vuelta, kilómetro tras kilómetro, dólar de Peg tras dólar de Peg.  
—Esto te va a salir muy caro, Stan —suspiré, al fin—, Y empieza a dolerme allí, donde no llega la aspirina. Stan, Stanley, querida, hasta pronto.  
—Olí —sollozó Peg—, querido Ollie, adiós.

**C**omo dije...  
Crumley se había equivocado.  
Exactamente un minuto después de las once de aquella noche, oí al coche fúnebre que se detenía frente a mi casa.  
No dormía, y reconocí la limusina de Constance Rattigan por el leve siseo de su llegada y luego por el modo como zumbó discretamente, esperando a que yo me levantase.  
Me levanté, no le hice preguntas a Dios ni a ningún otro, me vestí automáticamente, sin mirar qué me ponía. Algo hizo que cogiera mis pantalones negros, una camisa negra y una vieja chaqueta azul. Sólo los chinos visten de blanco por los muertos.  
Me aferré al pomo de la puerta durante un largo minuto antes de encontrar fuerzas para abrir y salir. No subí atrás; me instalé adelante, al lado de una Constance Rattigan que miraba fijamente hacia la espuma blanca y fría que barría la orilla.  
Le corrían lágrimas por la cara. No dijo una palabra y puso en marcha la limusina, en silencio. Pronto nos deslizamos a lo largo de Venice Boulevard.  
Yo tenía miedo de preguntar porque temía las respuestas.  
A medio camino, Constance habló: —Tuve un presentimiento.  
Fue todo lo que dijo. Sabía que no había llamado a nadie. Simplemente tuvo que ir a ver por sí misma.  
Tal como resultaron las cosas, aunque hubiese llamado a alguien, hubiera sido demasiado tarde.

Llegamos a la casa a las once y treinta.

Permanecimos sentados en el coche, y Constance, mirando siempre adelante, las mejillas bañadas en lágrimas, dijo: —Dios, me siento como si pesara una tonelada. No me puedo mover.

Pero al fin nos movimos.

Dentro de la casa, luego de subir medio tramo de escaleras, Constance cayó de pronto de rodillas, cerró los ojos, se santiguó y dijo, con voz ahogada: —Oh, por favor, Dios mío, *por favor*, ¡haz que Fannie esté con vida!

La ayudé a subir el resto de los escalones, borracho de tristeza.

**E**n la penumbra, al final de la escalera, había una ráfaga de aire frío que tiró de nosotros. A mil kilómetros de allí, en el otro extremo de la noche, alguien había abierto y cerrado la puerta en el lado norte de la casa. ¿Para salir a tomar aire? ¿Para huir? Una sombra se movió en la sombra. El disparo de cañón de la puerta nos alcanzó un instante más tarde. Constance apenas se tenía en pie. La tomé del brazo y la arrastré conmigo.

Nos movíamos en una atmósfera que se hacía más vieja, más fría y más negra a medida que avanzábamos. Eché a correr haciendo ruidos extraños con la boca, entonando conjuros para proteger a Fannie.

Todo está bien, ella estará allí, me dije recitando plegarias mágicas, con los discos de fonógrafo y las fotos de Caruso y las cartas astrales y los potes de mayonesa y el canto y...

Estaba allí, en efecto.

La puerta colgaba de los goznes, abierta.

Ella estaba allí, en medio del linóleo, en medio de la habitación, extendida boca arriba.

—¡Fannie! —gritamos los dos a la vez.

¡Levántate!, queríamos decirle. ¡No puedes respirar acostada de espaldas! No te has echado en una cama en treinta años. Tienes que quedarte siempre sentada, Fannie, siempre.

Ella no se levantó. No habló. No cantó.

Ni siquiera respiró.

Caímos de rodillas junto a ella, murmurando súplicas, o rezando en nuestro interior. Nos arrodillamos allí como dos adoradores, dos penitentes, dos curanderos, y extendimos las manos, como si con eso bastara. Con sólo tocarla le devolveríamos la vida.

Pero Fannie yacía allí, los ojos fijos en el techo como si dijera: qué extraño..., ¿qué hace ahí ese techo?, ¿y por qué no hablo?

Era muy simple y terrible. Fannie se había caído, o había sido empujada, y no podía levantarse. Había yacido allí, en plena noche, hasta que su propio peso la había

aplastado y asfixiado. No había sido difícil mantenerla en esa posición e impedir que se diera la vuelta. No era preciso recurrir a las manos, ponérselas en el cuello. La fuerza era inútil. Bastaba con ponerse encima de ella y asegurarse de que no encontrara un punto de apoyo y se irguiera jadeando... Y vigilarla un minuto, dos minutos, hasta que los ruidos cesaran al fin, y los ojos parecieran de vidrio.

Oh, Fannie, gemí, oh, Fannie, sollozé, ¿qué te has hecho?

Hubo un débil rumor.

Volví bruscamente la cabeza. Miré en torno.

El plato del fonógrafo de Fannie giraba lenta, lentamente. Lo que quería decir que apenas cinco minutos antes, Fannie había dado cuerda a la máquina, había puesto un disco y...

Había abierto la puerta a las tinieblas.

El plato del fonógrafo giraba. Pero no había ningún disco bajo la aguja. *Tosca* no estaba allí.

Parpadeé, y luego...

Hubo un rápido golpeteo.

Constance estaba de pie; corrió, sofocada. Fue hacia la puerta del balcón que dominaba el terreno baldío atestado de basura, Bunker Hill y el salón de billar de enfrente, donde las risas iban y venían toda la noche. Antes de que pudiera detenerla, ya había cruzado la puerta y se aferraba a la barandilla del balcón.

—¡Constance, no! —grité.

Pero sólo había salido para vomitar, inclinándose por encima de la baranda, doblándose en dos y dejando que saliera todo. Yo hubiera querido hacer lo mismo, pero sólo alcancé a ponerme de pie, a observarla y a volverme hacia la enorme montaña donde habíamos estado un momento antes, como contrafuertes.

Al fin Constance paró.

Me volví sin razón aparente, esquivé el cuerpo de Fannie, y atravesé el cuarto y abrí una puerta pequeña. Una luz débil y fría me iluminó la cara.

—¡Santo Dios! —exclamó Constance, detrás de mí, en el umbral de la puerta—. ¿Qué estás haciendo?

—Fannie me dijo —respondí, la boca entumecida— que si algo llegaba a ocurrir, mirara en la nevera.

Un aire frío y sepulcral sopló alrededor de mis mejillas.

—Así que estoy mirando.

**N**o había nada en la nevera, por supuesto.

O más bien había demasiado. Gelatinas, mermeladas, mayonesas de distintas marcas, salsas para ensaladas, encurtidos, pimientos picantes, pastel de queso, panecillos, pan blanco, mantequilla, tajadas de carne fría: una charcutería del Ártico. Allí estaba todo el panorama carnal de Fannie, y cómo había sido planeado y

metódicamente construido.

Miré y volví a mirar, tratando de averiguar qué quería Fannie que viera. Oh, Dios, me dije, ¿qué estoy buscando? ¿Alguna de estas cosas? Estuve a punto de abalanzarme y tirar todas las mermeladas y gelatinas al suelo. Tuve que detener mi puño, ya medio dentro.

No está ahí o, si lo está, no me doy cuenta.

Solté un terrible gruñido de agonía y cerré la puerta de un golpe.

El fonógrafo, privado de *Tosca*, renunció y se detuvo.

Alguien tiene que llamar a la policía, pensé. ¿Alguien?

Constance estaba otra vez en el balcón.

Yo.

**A** las tres de la mañana todo había acabado. La policía había venido y había interrogado a la gente, tomando nombres; todos en la casa estaban despiertos, como si alguien hubiese prendido fuego al sótano, y cuando salí por la puerta principal vi la furgoneta de la morgue junto a la acera, y a los empleados que se preguntaban cómo podrían sacar a Fannie, bajarla por las escaleras y llevársela. Esperé que no pensarán en la caja del piano de la que Fannie hablaba en broma, y que estaba en el callejón. No se les ocurrió. Pero Fannie tuvo que quedarse en la casa hasta el amanecer, esperando a que trajeran una furgoneta y una camilla más grandes.

Fue terrible dejarla allí arriba, sola, en la noche. Pero la policía no quiso que me quedara, y al fin y al cabo era un simple caso de muerte natural.

A medida que yo descendía a la calle, las puertas empezaban a cerrarse y las luces se apagaban, como aquellas noches al final de la guerra en que la última hilera de conga, exhausta, se dispersaba metiéndose en las habitaciones y bajando a las calles, y yo caminaba solo, remontando Bunker Hill hacia la terminal desde donde me llevarían a casa entre relámpagos.

Encontré a Constance Rattigan acurrucada en el asiento de atrás de su limusina, tendida y en silencio, mirando el vacío. Cuando me oyó abrir la puerta, dijo:

—Ponte al volante.

Trepé hasta el asiento del conductor.

—Llévame a casa —dijo ella en voz baja.

Me quedé un rato sin moverme y al fin dije: —No puedo.

—¿Por qué no?

—No sé conducir —dije.

—¿Qué?

—Nunca aprendí. No había por qué, además. —Tenía la lengua pesada como el plomo.— ¿Desde cuándo los escritores se pueden permitir un coche?

—Dios. —Constance logró incorporarse y salir, como si hubiera bebido demasiado. Rodeó el coche caminando ciega y lentamente, y sacudió una mano.—

Muévete.

De algún modo puso en marcha el motor. Esta vez rodamos a unos quince kilómetros por hora, como si hubiera niebla y no pudiéramos ver más allá de diez metros.

Llegamos así hasta el Hotel Ambassador. Ella dobló la esquina y se detuvo en el momento en que los últimos juerguistas de una noche de sábado salían con globos y sombreros divertidos. Las luces del Coconut Grove se apagaban más abajo. Vi a algunos músicos que se alejaban de prisa con sus instrumentos.

Todo el mundo conocía a Constance. Firmamos el registro y pocos minutos después nos dieron un *bungalow* en el extremo del hotel. No teníamos equipaje pero a nadie pareció importarle. El botones que nos acompañó a través del jardín hasta el *bungalow*, no dejaba de mirar a Constance como preguntándose si no tendría que llevarla en brazos. Una vez en la habitación, Constance le dijo: —¿Crees que una propina de cincuenta dólares ayudaría a conseguir la llave de la piscina de ahí atrás?

—Ayudaría bastante —dijo el botones—. Pero... ¿un baño, a esta hora?

—Es mi hora —dijo Constance.

Cinco minutos más tarde, las luces se encendieron en la piscina y yo me senté a observar a Constance, que se zambullía y nadaba, algunas veces bajo el agua de un extremo a otro, sin sacar fuera la cabeza.

Cuando salió, diez minutos más tarde, jadeaba y tenía la cara roja; la envolví con una gran toalla y la apreté contra mí.

—¿Cuándo vas a empezar a llorar? —dije, al fin.

—Tonto —dijo—. Es lo que acabo de hacer. Cuando no tienes un océano a mano, va bien una piscina. Si no tienes una piscina, métete en la ducha. Puedes gritar, chillar y sollozar todo lo que quieras, y no molestas a nadie. ¿No se te había ocurrido?

—No se me había ocurrido —dije, emocionado.

A las cuatro de la mañana, Constance me encontró en el baño de nuestro *bungalow*, de pie, contemplando la ducha.

—Métete —dijo ella suavemente—. Vamos. Pruébalo.

Entré y abrí el agua, con fuerza.

**A** las once de la mañana, atravesamos Venice en coche y contemplamos los canales cubiertos por una fina película de limo verdusco; dejamos atrás el muelle medio demolido, y observamos algunas gaviotas que planeaban arriba en la niebla, sin sol aún, y las olas tranquilas como un negro tamborileo apagado.

—Larguémonos de aquí —dijo Constance—. Tira una moneda al aire. Cara, vamos al norte, a Santa Bárbara. Seca, al sur, a Tijuana.

—No tengo monedas —dije.

—Dios. —Constance buscó en su bolso, sacó una moneda de veinticinco centavos y la tiró al aire.— ¡Seca!

Llegamos a Laguna a mediodía, y no gracias a la patrulla de carreteras, que por alguna razón no nos alcanzó.

Nos sentamos en el Victor Hugo, al aire libre, en un acantilado que dominaba la playa, y bebimos margaritas dobles.

—¿Viste *La extraña pasajera*?

—Diez veces —dije.

—Aquí es donde Bette Davis y Paul Henried se sentaron a tomar un almuerzo de amor al principio de la película. Se rodó aquí, en los años cuarenta. Estás sentado en la mismísima silla en que Henried posó su trasero.

Llegamos a San Diego a las tres y a la entrada de la plaza de toros de Tijuana a las cuatro en punto.

—¿Crees que podrás soportarlo? —me preguntó Constance.

—Al menos lo intentaré —dije.

Aguantamos hasta el tercer toro, salimos con la luz de media tarde, bebimos otros dos margaritas, y disfrutamos de una buena cena mejicana antes de partir hacia el norte, y llegar a la península, y sentarnos a ver la puesta de sol en el Hotel Coronado. No nos dijimos nada; simplemente nos quedamos allí, observando cómo el sol se ocultaba, e iluminaba las viejas torres victorianas, y pintaba de rosa las paredes blancas del hotel.

En el camino de vuelta, nos bañamos en las olas de Del Mar, sin decir una palabra, y de vez en cuando tomados de la mano.

A medianoche nos encontrábamos frente a la selva de Crumley.

—Cásate conmigo —dijo Constance.

—En mi próxima vida —dije.

—Sí. Bueno, no está mal. Hasta mañana.

Cuando ella se fue, remonté el sendero selvático.

—¿Dónde has estado? —dijo Crumley, en la puerta.

**E**l tío Wiggily dice que dé tres saltos hacia atrás —dije.

—El Skee-zix y el Pipsisewah dicen que entres —dijo Crumley.

Aquello frío en mi mano era una cerveza.

—Dios —dijo—, tienes muy mal aspecto. Entra.

Me abrazó. Nunca pensé que un hombre como Crumley pudiera abrazar a alguien, ni siquiera a una mujer.

—Cuidado —dije—, estoy hecho de vidrio.

—Me enteré esta mañana, por un amigo de la Central. Lo siento, muchacho. Sé que era una amiga íntima. ¿Has traído esa lista contigo?

Estábamos afuera, en la selva; sólo se oía el sonido de los grillos y a Segovia, perdido en el interior de la casa, lamentándose a propósito de un día lejano en que el sol no se ocultó en cuarenta y ocho horas en la ciudad de Sevilla.

Encontré mi estúpida lista en el fondo de un bolsillo y se la tendí. —¿Y por qué quiere verla ahora?

—De pronto, no lo sé —dijo Crumley—. Me despertaste la curiosidad.

Se sentó y empezó a leer:

Viejo en la jaula de leones. Asesinado. Arma desconocida.

Mujer de los canarios. Asustada.

Pietro Massinello. En prisión.

Jimmy. Ahogado en una bañera.

Sam. Muerto por el alcohol que le dio alguien.

Fannie.

Con algo añadido en las últimas horas.

Asfixiada.

Otras nuevas y posibles víctimas:

Henry, el ciego.

Annie Oakley, la dama del rifle.

A. L. Shrank, el psiquiatra fraudulento.

John Wilkes Hopwood.

Constance Rattigan.

Señor Shapeshade. Con un añadido. *No, tacharlo.*

Yo mismo.

Crumley puso la hoja al revés, la dio vuelta, estudiándola, releyendo los nombres.

—Esto es un verdadero zoológico, chico. ¿Cómo es que no figuro entre las atracciones?

—Hay algo de ruina en todas esas personas. ¿Usted? Usted tiene su propio resorte.

—Sólo desde que te conozco, chico. —Crumley se interrumpió y se sonrojó.— Dios, me estoy reblandeciendo. ¿Por qué te has puesto en la lista?

—Estoy asustado de veras.

—Seguro, pero tú también tienes un resorte, y funciona. De acuerdo con tu lógica, eso tendría que protegerte. ¿Los otros? Están tan ocupados en huir a todo galope que terminarán cayéndose desde un acantilado.

Crumley volvió la hoja, evitando mirarme, y leyó los nombres en voz alta.

Lo interrumpí. —¿Y bien?

—¿Y bien, qué? —dijo.

—Ya es hora —dije—. Hipnotíceme, Crum. Elmo, en nombre de Dios, duérmame.

**D**ios —dijo Crumley.

—Tiene que hacerlo, esta noche, ahora. Me lo debe.

—Dios. Está bien, está bien. Siéntate. Acuéstate. ¿Apago las luces? ¡Señor, dame algo fuerte de beber! Corrí a buscar sillas, y las puse una detrás de la otra. —Éste es el gran tranvía, de noche —dije—. Yo me siento aquí, usted detrás.

Corrí a la cocina y traje whisky para Crumley. —Tiene que oler como él olía.

—Por este alivio, muchas gracias. —Crumley se lo bebió de un trago y cerró los ojos.— Es lo más estúpido que jamás he hecho, jamás.

—Cállese y beba.

Se bebió un segundo vaso. Yo me senté. Luego recordé algo y me incorporé de un salto para poner el disco de la tormenta africana. Empezó a llover en toda la casa, alrededor del gran vagón rojo. Apagué las luces. —Así. Perfecto.

—Cállate y cierra los ojos —dijo Crumley—, Dios, no sé cómo hacerlo.

—Sí, despacio —dije.

—Sí, eso es. De acuerdo, chico. Duerme.

Escuché de cerca y con atención.

—Despacito —dijo Crumley arrastrando las palabras, detrás de mí, en el tranvía nocturno bajo la lluvia—. Serenidad. Calma. Pereza. En las curvas, dejándose ir. Bajo la lluvia, tranquilo.

Crumley hablaba con voz pausada, y advertí por el tono de la voz que comenzaba a gustarle.

—Tranquilo. Despacio. Calma. Bien pasada la medianoche. Lluvia, lluvia suave —susurró Crumley—, ¿Dónde estás, muchacho?

—Dormido —dije con voz somnolienta.

—Dormido y viajando. Viajando y dormido —murmuró—. ¿Estás en el tranvía, muchacho?

—Tranvía —murmuré—. Tranvía. Lluvia. Noche.

—Eso es. Quédate ahí. Cambia de sitio. Atraviesas Culver City, pasas frente a los estudios, tarde de noche, no hay nadie en el tren excepto tú y... alguien.

—Alguien —susurré.

—Alguien que ha estado bebiendo.

—Bebiendo —gemí.

—Se tambalea, se tambalea, habla, habla, refunfuña, susurra. ¿Lo oyes, muchacho?

—Oigo, habla, murmura, refunfuña, habla —dije, serenamente.

Y el tranvía descendía por la noche a través de la tormenta negra, y yo estaba ahí, un sujeto bien transportado y dormido pero que escuchaba, esperaba, se tambaleaba, los ojos cerrados, la cabeza gacha, las manos entumecidas sobre las rodillas...

—¿Oyes la voz, muchacho?

—Oigo.

—¿Sientes el aliento?

—Siento.

—Llueve más fuerte.

—Llueve.

—¿Es de noche?

—De noche.

—Estás debajo del agua en el tranvía. Llueve mucho y alguien se tambalea detrás de ti, detrás de ti, gime, habla, susurra.

—Siiií.

—¿Puedes oír qué dice?

—Casi.

—Más profundo, más lento, avanza, se mueve, se balancea. ¿Oyes la voz?

—Sí.

—¿Qué dice?

—Dice que...

—¿Qué dice?

—Dice...

—Más profundo. Duerme. Escucha.

Sentía la respiración en el cuello, el aliento caliente por el alcohol.

—¿Qué, qué?

—Dice...

El tren tomó una curva de hierro chillando en mi cabeza. Saltaron chispas. Hubo un trueno.

—¡Aah! —grité. Y—: ¡Aah! —Y un último:— ¡Aah!

Me retorcí aterrorizado en la silla, deseando escapar del aliento del maníaco, de la flameante bestia alcohólica. Y de algo más que había olvidado. Pero había vuelto, ahora, y me estallaba en la cara, en la frente, en la nariz.

Un olor a tumbas abiertas, a matadero, a carne cruda demasiado tiempo expuesta al sol.

Los ojos cerrados con fuerza, empecé a sentir náuseas.

—¡Muchacho! ¡Dios, despierta, muchacho, muchacho! —gritó Crumley, sacudiéndome, abofeteándome, masajeándome el cuello, tironeándome de la cabeza, de las mejillas y los brazos, sin saber cómo agarrarme o sacudirme—, ¡Ya, muchacho, ya, por el amor de Dios, ya!

—¡Aah! —grité, estremeciéndome una vez más, y me levanté como pude, mirando a mi alrededor, cayendo al fondo de la tumba junto con aquella carne horrible, mientras el tren me pasaba por encima y la lluvia inundaba la sepultura, y Crumley me abofeteaba y un hilo de comida rancia me pendía de la boca.

Crumley me llevó a tomar aire al jardín, se aseguró de que respirara adecuadamente, me limpió, entró a pasar un trapo, regresó.

—Dios —dijo—, funcionó. Conseguimos más de lo que queríamos, ¿no?

—Sí —dije con voz débil—. Oí la voz. Y dijo justo lo que esperaba oír. El título que puse en el libro. Pero oí la voz con claridad, y ahora casi sé quién es. La próxima vez que me lo encuentre, donde sea, lo reconoceré. Estamos cerca, Crum. Estamos cerca. Esta vez no escapará. Pero esta vez tengo un método mejor para reconocerlo.

—¿Cuál?

—Huele como un cadáver. No lo advertí esa noche, o estaba tan nervioso que lo

olvidé. Pero ha vuelto, ahora. Está muerto, o cerca de la muerte. Los perros muertos en la calle huelen como él. La camisa, los pantalones, el abrigo son mohosos y viejos. La carne es peor. Así que...

Entré sin prisa en la casa y me encontré ante el escritorio de Crumley.

—Al fin tengo un título para mi libro —dije.

Lo escribí. Crumley me observó. Las palabras aparecieron en la hoja. Ambos las leímos.

—El viento contrario de la muerte.

—Eso es un título —dijo Crumley.

Y fue a apagar el ruido de la lluvia nocturna.

**E**n la tarde del día siguiente hubo un servicio fúnebre por Fannie Florianna. Crumley se tomó una hora libre y me llevó en coche al hermoso y anticuado cementerio, en una colina que miraba a los montes de Santa Mónica. Observé con asombro la hilera de coches que esperaban fuera, y con más asombro aún el cortejo de flores que llevaban hacia la tumba. Tenía que haber allí unas doscientas personas y unos cuantos millares de flores.

—Desde un punto de vista criminológico —dijo Crumley—, mira la multitud. Mira quién está ahí. Y justo detrás. ¿King Vidor?

—Vidor, sí. Y ése es Salka Viertel. Escribía guiones para la Garbo, hace mucho tiempo. Y ese otro, allá, es el señor Fox, el abogado de Louis B. Mayer. Y ese de ahí es Ben Goetz, jefe de delegación en la M. G. M. de Londres.

—¿Por qué no me dijiste que tu amiga conocía a tanta gente importante?

—Porque ella no *me* lo dijo.

Fannie, querida Fan, pensé, es tan tuyo, nunca decir nada, nunca jactarte de que muchos de ellos subían y bajaban tus escaleras a lo largo de los años, para una charla, un intercambio de recuerdos, y una canción. Dios, Fannie, por qué nunca me lo contaste, me hubiese gustado saberlo. No se lo hubiera dicho a nadie.

Observé todos los rostros agrupados junto a las flores. Crumley hizo lo mismo.

—¿Crees que esté aquí, muchacho? —dijo, en voz baja.

—¿Quién?

—El que le hizo esto a Fannie, según tú.

—Lo reconoceré cuando lo vea. No, lo reconoceré cuando lo oiga.

—Y después, ¿qué? —dijo Crumley—. ¿Arrestarlo por haber viajado borracho en un tranvía hace unas cuantas noches?

Tuve que haber mostrado una terrible frustración en mi cara.

—Sólo intento arruinarte el día —dijo Crumley.

—Amigos míos —dijo alguien.

Y la multitud calló.

Fue un entierro de primer orden, si existe tal cosa. Nadie me pidió que hablara,

¿por qué habrían de hacerlo? Pero una docena de oradores se tomó un minuto o tres para evocar el Chicago de 1920, o Culver City a mitad de los años veinte, cuando había prados y campos y la civilización artificial de la M. G. M. se limitaba a un edificio, y diez o doce noches al año el gran tren rojo se detenía detrás de los estudios, y Louis B. Mayer y Ben Goetz y todos los otros se apiñaban y jugaban al poker camino de San Bernardino, en donde se reunían en el cine a ver el último Gilbert, la última Garbo o el último Navarro, y volvían a casa con las manos llenas de invitaciones para los estrenos: «¡Malísima!», «¡Genial!», «¡Horrible!», «¡Excelente!». Y mezclaban las tarjetas con los reyes y las reinas, las sotas y los piques, para ver qué tipo de juego tenían. Y llegaban a la parte trasera de los estudios a medianoche, jugando aún a las cartas, y descendían oliendo a whisky de contrabando y mostrando grandes sonrisas alegres o siniestras y determinadas, para observar a Louis B., que iba tambaleándose hacia su limusina y se marchaba a casa el primero.

Todos ellos estaban ahí, y todos hablaban con gran honestidad y claridad. No decían mentiras. Se adivinaba un auténtico pesar detrás de cada palabra.

En pleno calor de la media tarde, alguien me tomó del codo. Me volví y quedé estupefacto.

—¡Henry! ¿Cómo llegaste aquí?

—No a pie, evidentemente.

—¿Cómo me encontraste en esta muchedumbre?

—Eres el único que usa jabón Ivory, todos los otros llevan Chanel y Oíd Spice. En todo caso, me alegra ser ciego en un día como éste. No me importa oír, pero en verdad no quiero verlo.

Se sucedieron los homenajes. El señor Fox, el abogado de Louis B. Mayer, fue el siguiente; un hombre que conocía el código pero que rara vez iba a ver alguna película. En ese momento preciso, recordaba los primeros días de Chicago, la época en que Fannie...

Un colibrí se precipitó entre los brillantes colores. Una libélula zumbó muy cerca poco después.

—Axilas —dijo Henry, en voz baja.

Sorprendido, esperé y susurré: —¿Axilas?

—En la calle, frente a casa —murmuró Henry, escrutando un cielo que no podía ver, hablando de costado con la boca torcida—. Los corredores, en el interior. Junto a mi cuarto. Junto al de Fannie. El olor. Él.

El hombre. —Una pausa. Una inclinación de cabeza.— Axilas.

Fruncí la nariz. Tenía lágrimas en los ojos. Tenía ganas de salir corriendo para ir, ver, encontrar.

—¿Cuándo fue eso, Henry? —susurré.

—La otra noche. La noche en que Fannie nos dejó para siempre.

—¡Chist! —dijo alguien, al lado.

Henry calló. Esperé un cambio de oradores para musitar: —¿Dónde?

—Al cruzar la calle —dijo Henry—, Esa noche. Un olor fuerte, muy fuerte. Después, más tarde, tuve la impresión de que las axilas entraban detrás de mí en el pasillo. Es decir, el olor era tan fuerte que me destapó la nariz. Como si un grizzly te respirara encima. ¿Alguna vez lo has oído? Me quedé inmóvil en medio de la calle, como si me hubiesen golpeado con un bate de béisbol. Pensé, alguien que huele así le tiene rencor a Dios, a los perros, al ser humano, al mundo. Es de los que pisan un gato en lugar de esquivarlo. Una criatura despreciable. Axilas, como te dije. Axilas. ¿Te sirve?

Yo estaba paralizado de arriba abajo. Sólo alcancé a inclinar la cabeza. Henry dijo: —Ese olor ronda los pasillos desde hace varias noches, pero ahora es más fuerte, sí, quizá porque ese hijo de puta está acercándose. Fue el Hombre que Apesta quien me echó la zancadilla, ahora estoy seguro. Lo he comprendido.

—¡Chist! —dijo alguien.

Habló un actor, y un cura, y un rabino, y luego el Coro Hall Johnson de la Primera Iglesia Bautista de Central Avenue desfiló lentamente entre las tumbas y se puso a cantar *Día feliz por la mañana, En el dulce adiós, adiós, y Dios, hazme feliz cuando me vaya*. Y sus voces eran las voces que yo había oído al final de los años treinta, a Ronald Colman sobre las cimas nevadas y hasta Shangri-La, o de pie en nubes blancas en los campos del Señor en *Praderas Verdes*. Hacia el final de este canto radiante, yo desbordaba de alegría, y la Muerte vestía un manto nuevo de sol y de duración, y el colibrí volvió en busca de néctar, y la libélula descendió para escrutarme el rostro antes de partir otra vez.

—Así —dijo Crumley al salir del cementerio, mientras Henry caminaba entre los dos— me gustaría que me canten cuando deje este mundo. Dios, cómo me gustaría que me canten cuando deje este mundo. Dios, cómo me gustaría ser todo ese maldito coro. ¡Para qué te sirve el dinero si cantas así!

Pero yo estaba mirando a Henry. Él sintió mi mirada.

—El problema es —dijo Henry— que sigue viniendo. Axilas. Cualquiera diría que ya ha conseguido lo que quería, ¿verdad? Pero es voraz, no puede detenerse. Se entretiene en asustar a la gente. Tiene una divisa: hacer mal. Vive del dolor. Piensa que va a atrapar al viejo Henry como atrapó a los otros. Pero no me caeré de nuevo.

Crumley escuchaba con cierta seriedad.

—Si Axilas vuelve...

—Lo llamaré, inmediatamente. Anda rondando los cuartos. Lo pillé toqueteando la puerta de Fannie. La policía la ha cerrado con candado, ¿verdad? Estaba toqueteándola y lo espanté con un grito. Es un cobarde, seguro. No tiene armas, sólo echa zancadillas a los ciegos, para que rueden todo un tramo de escaleras de una sola vez. ¡Axilas!, grité. ¡Largo!

—Llámenos —dijo Crumley—. ¿Lo podemos llevar?

—Vine con algunas de las viejas arpías del edificio, gracias, ellas me llevarán.

—Henry —dije. Tendí la mano. Él la aferró inmediatamente. Fue casi como si la hubiese visto venir.

—¿Y yo, a qué huelo? —dije.

Henry olió y se echó a reír. —Ya no hacen héroes como antes. Pero te las arreglarás.

De regreso hacia la costa, Crumley y yo vimos una gran limusina que nos pasó a ciento diez por hora, alejándose del cementerio florido. Agité la mano y grité.

Constance Rattigan ni siquiera volvió la cabeza. Había estado oculta en algún lugar del cementerio, y ahora volvía zumbando a su casa, furiosa con Fannie, que nos había dejado a todos, y quizá enojada conmigo, que de alguna manera había hecho que la Muerte presentara una factura.

La limusina desapareció en una gran nube de gases, blanca y gris.

—Las Arpías y las Furias acaban de chillarnos en el oído —observó Crumley.

—No —dije—. Sólo es una mujer desorientada que corre a esconderse.

**I**ntenté llamar a Constance Rattigan en el curso de los siguientes tres días, pero no respondía. Seguro que estaba enojada y pensando.

Desde un cierto punto de vista, estúpido sin duda, yo estaba confabulado con el hombre que se apostaba en los pasillos y hacía cosas horribles a la gente.

Traté de llamar a México, pero definitivamente había perdido a Peg, estaba seguro.

Merodeé por Venice, observando, escuchando y oliendo, buscando esa voz espantosa, ese terrible olor de algo que se moría o llevaba largo tiempo muerto.

Incluso Crumley había desaparecido. Abrí los ojos pero no estaba en ninguna parte, ni delante ni detrás.

Al cabo de tres días de llamadas infructuosas y asesinos inencontrables, furioso con el destino y confundido por los entierros, hice lo que nunca había hecho.

**H**acia las diez de la noche, remonté a grandes pasos el muelle desierto, sin saber adonde iba hasta que llegué allí.

—¡Eh! —dijo alguien.

Cogí bruscamente un rifle del estante, y sin comprobar si estaba cargado, o si había alguien delante, disparé, disparé, disparé, ¡dieciséis veces!

Pum, pum. Y pum, pum, y alguien que gritaba.

No acerté una sola vez. Nunca había cogido un rifle. No sé contra qué estaba disparando, pero lo hacía.

—¡Toma eso, hijo de puta, y eso, cabrón!

Pum, pum, y pum, pum.

El rifle estaba descargado pero yo seguía apretando el gatillo. De pronto supe que

era inútil. Alguien me quitó el fusil de las manos: Annie Oakley, que me observaba como si nunca me hubiese visto hasta entonces.

—¿Tiene idea de lo que está haciendo? —me preguntó.

—¡No, y me importa un rábano! —Miré a mi alrededor.— ¿Cómo es que está abierto tan tarde?

—No tenía nada que hacer. No puedo dormir. ¿Qué le ocurre, señor?

—La próxima semana, a esta misma hora, todos los habitantes de este condenado mundo estarán muertos.

—No habla en serio, ¿verdad?

—No, pero tengo esa sensación. Déme un rifle.

—No querrá disparar otra vez.

—Sí, quiero. Y no tengo dinero para pagar, ¡tendrá que confiar en mí! —grité.

Annie me observó largo rato. Luego me tendió un rifle. —Dales, cowboy. Acaba con ellos, Bogie —dijo.

Disparé dieciséis veces. Esta vez di en dos blancos por error; ni siquiera podía verlos, tan empañadas tenía las gafas.

—¿Suficiente? —preguntó con tranquilidad Annie Oakley, detrás de mí.

—¡No! —grité. Luego dije, en voz más baja—: Sí. ¿Qué hace en la pasarela, fuera del cobertizo?

—Tenía miedo de que me dispararan. Hay un maníaco que acaba de descargar dos rifles sin apuntar.

Nos miramos, y me eché a reír.

Ella me escuchó y preguntó: —¿Estás riendo o llorando?

—¿A ti qué te parece? Tengo que hacer algo. Dime qué.

Estudió mi rostro largo rato, y luego se volvió para apagar los patos que desfilaban, los payasos que se balanceaban y las luces. Una puerta se abrió al fondo. La silueta de Annie Oakley se recortó allí. Dijo: —Si tienes que disparar a algo, aquí está el blanco. —Y desapareció.

Tardé medio minuto en comprender que ella esperaba que la siguiera.

**T**e comportas así a menudo? —preguntó Annie Oakley.

—Lo siento —dije.

Yo estaba en un extremo de la cama y ella en el otro, escuchándome hablar de Ciudad de México y de Peg, y de Peg y de Ciudad de México, tan distantes que era un sufrimiento intolerable.

—La historia de mi vida —dijo Annie Oakley— está llena de hombres conmigo en la cama que se aburren a muerte o me hablan de otras mujeres, o que encienden cigarrillos o escapan en coche cuando me meto en el baño. ¿Sabes cuál es mi verdadero nombre? Lucretia Isabel Clarisse Annabelle María Mónica Brown. Mi madre me los puso todos, ¿y cuál escogí yo? Annie Oakley. El problema es que soy

tonta. Los hombres no me soportan más de diez minutos. Tonta. Leo un libro, y una hora más tarde, ¡nada! Hablo mucho, ¿no?

—Un poco —dije, gentilmente.

—Si pudiera pensar que quizá hay al menos un hombre al que le gustaría alguien tan tonta como yo, pero los agoto. Trescientas noches al año hay algún mentecato echado donde tú estás, y nunca es el mismo. Y esa maldita sirena de niebla, ¿no te exaspera? Algunas noches, incluso acostada con algún infeliz, cuando esa sirena se apaga, me siento tan sola, y ahí está él, verificando si tiene las llaves, mirando la puerta...

Sonó el teléfono. Lo descolgó, escuchó, dijo: —Esto es el colmo. —Lo blandió en mi dirección.— Es para ti.

—Imposible —dije—. Nadie sabe que estoy aquí.

Cogí el auricular.

—¿Qué estás haciendo en *su* casa? —dijo Constance Rattigan.

—Nada. ¿Cómo me encontraste?

—Alguien llamó. Sólo una voz. Me dijo que te vigilara y colgó.

—Oh, Dios mío —empezaba a sentir frío.

—Sal de ese lugar —dijo Constance—. Necesito tu ayuda. Tu extraño amigo me ha hecho una visita.

—¿*Mi* amigo?

El océano rugió bajo el puesto de tiro, sacudiendo el cuarto y la cama.

—Abajo, en la orilla, dos noches seguidas. Tienes que venir a espantarlo..., oh, Dios.

—¡Constance!

Hubo un largo silencio en el que pude oír las olas bajo las ventanas de Constance Rattigan. Luego ella dijo, con una extraña voz sofocada: —Ahí está otra vez.

—No dejes que te vea.

—El cabrón está abajo, en la orilla, justo donde estaba anoche. Observa la casa, como si me esperase. Está desnudo, el cabrón. ¿Qué se cree, que la vieja está tan loca que va a salir corriendo a saltarle encima? Dios.

—¡Cierra las ventanas, Constance, apaga las luces!

—No. Ha dado media vuelta. Quizá puede oír mi voz. Quizá cree que estoy llamando a la policía.

—¡Llámala!

—Se fue. —Constance aspiró profundamente.— Ven, muchacho. Rápido.

No colgó. Simplemente dejó caer el auricular y se alejó. Alcancé a oír las sandalias, que se movían con un ruido de máquina de escribir sobre las baldosas.

Yo tampoco colgué. Por alguna razón, simplemente dejé caer el auricular, como si se tratase de un cordón umbilical entre Constance Rattigan y yo. Mientras yo no colgara, ella no moriría. Aún podía oír el ruido de la marea nocturna en el otro extremo.

—Igual que todos los otros. Ya te vas —dijo una voz.

Me volví.

Annie Oakley estaba sentada en la cama, acurrucada entre las sábanas como un manatí abandonado.

—No cuelgues ese teléfono —dije. No hasta que llegue al otro lado, pensé, y salve una vida.

—Tonta —dijo Annie Oakley—, por eso te vas. Tonta.

**M**e hizo falta mucho coraje para correr en plena noche por la playa hasta la casa de Constance Rattigan. Imaginé un horrible cadáver precipitándose en sentido contrario.

—¡Dios! —dije jadeando—. ¿Qué pasa si me lo encuentro? ¡Aah! —chillé.

Y entré a toda velocidad en una sombra sólida. —¡Gracias a Dios, eres tú! —gritó alguien. —No, Constance —dije—. ¡Gracias a Dios eres tú!

**J**oder, ¿qué es tan gracioso?

—Ésta. —Palmeé los enormes almohadones de colores vivos a mi alrededor. — Es mi segunda cama de la noche.

—Qué divertido —dijo Constance—. ¿Te molesta si te reviento la nariz?

—Constance. Es a Peg a quien amo. Me sentía solo. No me llamas desde hace días. Annie me invitó a charlar en la cama, eso es todo. No puedo mentir. Se me nota en la cara. Mira.

Constance me miró y se rió.

—Dios, un pastel de manzana recién sacado del horno. De acuerdo, de acuerdo. —Se echó hacia atrás.— ¿Te acabo de pegar un susto de muerte?

—Tenías que haber gritado para prevenirme, mientras corrías.

—Me alegró verte, muchacho. Siento no haberte llamado. Antes olvidaba un entierro en pocas horas. Ahora me lleva días.

Tocó un interruptor. Las luces bajaron y el proyector de dieciséis milímetros se encendió en la sala. Dos cowboys se derribaron mutuamente en la pared.

—¿Cómo puedes mirar películas en momentos así? —dije.

—Es para levantarme el ánimo, para poder salir a romperle la crisma al Señor Desnudo si vuelve mañana por la noche.

—Ni siquiera bromees con eso. —Por las puertaventanas, miré la playa desierta, donde sólo las olas blancas sonaban al filo de la noche.— ¿Crees que te llamó para decirte que yo estaba con Annie y que luego vino a plantarse ahí fuera?

—No. No era su voz. Tienen que ser dos hombres. Dios, no logro comprender, pero ese tipo, el que anda sin ropa, es sin duda un exhibicionista, un perverso, ¿verdad? Si no, ¿por qué simplemente no se mete aquí para reventarme o matarme, o

las dos cosas? Es el otro, el del teléfono, el que me asusta.

Lo sé, pensé, he oído su respiración.

—Realmente tiene una voz de monstruo —dijo Constance.

Sí, me dije. Lejos, oí al gran tranvía rojo que vociferaba en una curva de hierro, bajo la lluvia, y la voz detrás de mí que entonaba las palabras de un título para el libro de Crumley.

—Constance —dije, y me interrumpí. Estaba a punto de decirle que había visto al desconocido en la playa, noches atrás.

—Tengo algunas propiedades al sur de aquí —dijo Constance—. Mañana iré a echarles un vistazo. Llámame, tarde, ¿de acuerdo? Y mientras tanto, ¿podrías averiguarme una cosa?

—Todo lo que quieras. Bueno, casi todo.

Constance observó cómo William Farnum derribaba a su hermano Dustin, lo levantaba, lo derribaba otra vez.

—Creo que sé quién es el Señor Desnudo de la playa.

—¿Quién?

Ella miró a lo largo de la orilla como si el fantasma del hombre estuviese todavía allí.

—Un hijo de puta de mi pasado con cabeza de malvado general alemán —dijo—, y un cuerpo como todos los chicos del verano que hayan sido alguna vez.

**L**a pequeña motocicleta se detuvo frente al carrusel conducida por un hombre en traje de baño, joven, de cuerpo bronceado, untado de aceite y hermoso. Llevaba en la cabeza un casco pesado de visor oscuro que le cubría casi toda la cara. Yo nunca había visto un cuerpo más asombroso. Me recordaba un día, años atrás, en que había visto a un hermoso Apolo que se paseaba por la orilla seguido por un cortejo de jóvenes muchachos, atraídos por razones que desconocían, pero iguales en belleza, enamorados pero sin darse cuenta, no atreviéndose jamás a hablar de amor, y esforzándose, más tarde en la vida, por no volver a recordar ese momento. Hay bellezas así en este mundo, y todos los hombres y mujeres y niños son atraídos por su estela, y todo es puro, maravilloso y limpio, y no hay culpa, pues nada ocurrió. Sólo lo has mirado, y lo has seguido, y cuando llegó la hora de irse, él se marchó, y tú te fuiste, con esa sonrisa sorprendente que cuando una hora más tarde te llevas la mano a la boca, la encuentras todavía ahí.

En toda una playa, en todo un verano, sólo se ven cuerpos así, en algún hombre, o en alguna mujer joven, una vez. Dos veces, si los dioses dormitan y no están celosos.

Y Apolo estaba ahí, a horcajadas sobre la moto, mirándome a través de la visera oscura y lisa.

—¿Vienes a ver al viejo? —La risa detrás del vidrio era cálida y gutural.— ¡Bien! Adelante.

Dejó la moto y entró y subió las escaleras delante de mí. Como una gacela, subió los escalones de tres en tres y desapareció en un cuarto de arriba.

Lo seguí, escalón por escalón, sintiéndome viejo.

Cuando entré en el cuarto, oí el agua de la ducha. Un momento después, Apolo reapareció desnudo y resplandeciente de agua, el casco aún en la cabeza. Permaneció de pie en la puerta del baño, mirándome como si se mirara en un espejo, y apreciando lo que veía.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué te parece el muchacho más hermoso, el joven que amo?

Me sonrojé furiosamente.

Se rió y se quitó el casco.

—Dios mío —dije—, ¡de verdad es usted!

—El viejo —dijo John Wilkes Hopwood. Se miró el cuerpo y sonrió—. O el joven. ¿Cuál prefieres?

Tragué saliva con dificultad. Tuve que obligarme a hablar rápidamente, porque quería salir corriendo escaleras abajo antes de que él me encerrara en el cuarto.

—Eso depende —dije— de quién ha estado en la playa, tarde en las noches, frente a la casa de Constance Rattigan.

Con maravillosa sincronización, el órgano de vapor empezó a sonar en la planta baja, moviendo el carrusel. Sonaba como un dragón que se hubiera devorado una banda de gaiteros, y ahora intentara expulsarlos de vuelta sin atenerse a ningún orden particular, ni a ninguna melodía particular.

Como un gato que piensa un rato antes de volver a moverse, el viejo y joven Hopwood me volvió la bronceada espalda; una señal destinada a fascinar.

Cerré los ojos ante la visión dorada.

Esto dio a Hopwood un poco de tiempo para decidir qué quería decir.

—¿Qué te hace pensar que yo me molestaría por una vieja yegua como Constance Rattigan? —dijo, tendiendo la mano hacia el baño y cogiendo una toalla con la que empezó a secarse los hombros y el pecho.

—Usted fue el gran amor de su vida, ella fue el gran amor de usted. Era el verano en que América amaba a los amantes, ¿no?

Se volvió para ver en qué medida mi cara confirmaba la ironía de mi voz.

—¿Has venido enviado por ella, para ponerme en guardia?

—Tal vez.

—¿Cuántas flexiones puedes hacer? ¿Puedes nadar sesenta largos de piscina, o correr sesenta kilómetros en bicicleta sin empezar a sudar? ¿Cuántos kilos levantas, y con cuántas personas —advertí que no dijo «cuántas mujeres»— puedes acostarte en una tarde? —me preguntó.

—No, no, no, no, y quizá con dos —dije— para responder a todas las preguntas.

—Entonces —dijo Helmut el Huno, volviéndose para enseñarme la espléndida fachada de Antinoo, que hacía juego con el dorado trasero—, no estás en posición de

amenazarme, ¿ja?

La boca del Huno era el filo de una navaja de afeitar, y unos brillantes dientes de tiburón siseaban allí y masticaban.

—Iré a la playa cuanto quiera —dijo.

Con la Gestapo adelante y los hermosos muchachos detrás, pensé.

—No admito nada. Quizá estuve ahí alguna noche. —Señaló la playa con la cabeza.— Quizá no.

Uno hubiera podido cortarse las muñecas con aquella sonrisa.

Me lanzó la toalla. La atrapé.

—¿Me secas la espalda?

Arrojé la toalla. Le cayó sobre la cabeza, tapándole la cara. Por un instante, el Horrible Huno desapareció. Sólo quedó Apolo, el Rey del Sol, el trasero tan brillante como las manzanas de los dioses.

Bajó la toalla, dijo con voz serena: —La entrevista ha terminado.

—¿Comenzó alguna vez? —dije.

Bajé las escaleras, mientras la música de órgano del dragón enfermo subía por la casa.

**N**o había nada escrito en la marquesina del cine de Venice.  
Todas las letras habían desaparecido.

Miré aquel espacio vacío una media docena de veces, sintiendo que algo se desmoronaba y moría en mi pecho.

Di una vuelta intentando abrir todas las puertas, que estaban cerradas, y miré en la taquilla, que estaba vacía, y observé los grandes paneles donde apenas unas noches atrás habían sonreído Barrymore y Chaney y Norma Shearer. Ahora... nada.

Retrocedí y leí el vacío una vez más, para mis adentros, lentamente.

—¿Qué te parece el programa doble? —preguntó una voz detrás de mí.

Me di la vuelta. El señor Shapeshade estaba allí, radiante. Me extendió un enorme rollo de afiches de cine. Comprendí qué era. Mis diplomas del Instituto Nosferatu, la Universidad de Quasimodo, doctorados en D'Artagnan y Robin Hood.

—Señor Shapeshade, no me puede dar esto.

—Eres uno de esos bobos románticos, ¿no?

—Sí, pero...

—Toma, toma. Adiós, hasta la vista. Pero hay otra despedida allá al fondo.  
*Kummen-sei pier oudt!*

Dejó los diplomas en mis manos y se alejó trotando.

Lo encontré al final del muelle, señalando hacia abajo; me miró la cara, que se me descompuso cuando me aferré a la barandilla para mirar.

Allá abajo estaban los rifles, mudos por primera vez en años. Yacían en el fondo del mar, a unos cinco metros, pero el agua estaba clara porque el sol empezaba a salir.

Conté quizá una docena de armas largas, frías y azuladas allí abajo, por donde desfilaban los peces.

—Qué despedida, ¿eh? —Shapeshade echó un vistazo.— Uno por uno. Uno por uno. Temprano esta mañana. Vine corriendo, grité, ¡¿qué estás haciendo?! ¿Qué crees?, dijo. Y ¡hala!, uno por uno, por la borda y al fondo. Están cerrando tu local, están cerrando el mío esta tarde, por tanto qué más da, dijo. Y ¡hala!, uno por uno.

—No... —comencé a decir. Escruté las aguas bajo el muelle y más allá, a la distancia—. ¿No...?

—¿Saltó ella después? No, no. Se quedó aquí, conmigo, un largo rato, mirando el océano. No van a estar ahí mucho tiempo, me dijo. Una semana más, y adiós.

Una banda de imbéciles se zambullirá y los sacará, ¿verdad? Qué podía decir. Sí.

—¿No dijo a dónde iba?

Yo no podía quitar los ojos de los largos rifles que brillaban en las aguas movedizas.

—Dijo que iba a algún lugar a ordeñar vacas. Pero nada de toros, dijo, nada de toros. Ordeñar vacas y hacer mantequilla, fue lo último que le oí.

—Espero que lo haga —dije.

De pronto peces que parecían querer echar un vistazo nadaron sobre los rifles. Pero no hubo ruidos de disparos.

—Ese silencio —dijo Shapeshade— es agradable, ¿no?

Incliné la cabeza.

—No olvides esto —dijo Shapeshade.

Se me habían caído de las manos. El señor Shapeshade los recogió y me los dio. Eran los diplomas que yo había ganado en mi infancia subiendo y bajando en la oscuridad por el pasillo de palomitas de maíz con el Fantasma y el Jorobado.

En el camino de vuelta, me encontré con un niño pequeño que contemplaba los restos de la montaña rusa, que yacían sobre la arena como huesos esparcidos.

—¿Qué hace ese dinosaurio muerto en la playa? —dijo.

Yo lo había pensado antes. Me enojé con aquel niño que veía la demolida montaña rusa como yo: una bestia muerta en medio de las olas.

¡No!, quise gritarle.

Pero dije en voz alta, suavemente: —Oh Dios, hijo, ojalá lo supiera.

Me volví y me alejé por el muelle, tambaleándome llevando en los brazos una carga de rifles invisibles.

**E**sa noche tuve dos sueños.

En el primero, el consultorio de cartas de tarot de Sigmund Freud Schopenhauer A. L. Shrank era derribado y reducido a astillas por la gran pala mecánica hambrienta, de modo que mar adentro flotaban el marqués de Sade, Thomas De Quincey, las hijas enfermas de Mark Twain, y Sartre en un día

declaradamente malo, ahogándose en las aguas negras sobre el brillo de los rifles en la galería de tiro.

El segundo sueño era un documental que yo había visto de la familia real rusa, alineada junto a las tumbas que le estaban destinadas, y fusilada de modo que los cuerpos se sacudían y daban saltos como en una película muda; derribados, barridos cabeza abajo como corchos que saltan de una botella al hoyo. Aquello te hacía jadear con una risa horrorosa. Inhumano. Hilarante. ¡Pum!

Así pasaron Sam, Jimmy, Pietro, la mujer de los canarios, Fannie, Cal, el viejo de la jaula de leones, Constance, Shrank, Crumley, Peg, ¡y yo!

¡Pum!

Desperté súbitamente, sudando hielo.

Al otro lado de la calle, sonaba el teléfono del puesto de gasolina.

Calló.

Retuve el aliento.

El teléfono sonó una vez más, y calló.

Esperé.

Oh, Dios, pensé, Peg no haría eso. Crumley no haría eso. ¿Dejar sonar una vez y colgar?

El teléfono volvió a sonar, una sola vez. Luego, silencio.

Es él. El Hombre de la Muerte Solitaria. Que llama para decirme cosas que no quiero saber.

Me incorporé, todos los pelos del cuerpo erizados como si Cal me hubiese pasado la maquinilla eléctrica por el cuello tocándome un nervio.

Me vestí y corrí hasta la playa. Respiré profundamente y miré hacia el sur.

Lejos, sobre la costa, todas las ventanas de la fortaleza morisca de Constance Rattigan estaban brillantemente iluminadas.

Constance, pensé. A Fannie no le gustará eso.

¿Fannie?

Y entonces corrí de verdad.

**L**egué desde las olas, como la mismísima Muerte.

Todas las luces de la casa de Constance estaban encendidas, y todas las puertas abiertas, como para que la naturaleza, el mundo, la noche y el viento entraran a limpiarlo todo mientras ella no estaba.

Porque ella no estaba.

Lo supe sin necesidad de entrar, porque había una larga línea de huellas que partían de la línea de la marea. Me detuve allí y miré buscando el sitio donde las huellas entraban en el agua; pero no salían.

No me sorprendió. Me sorprendió que no me sorprendiera. Caminé hasta la puerta principal y no llamé —o estuve a punto de llamar al chófer y reí ante esa idea tan

absurda—, y entré sin tocar nada. El fonógrafo sonaba en el pequeño salón árabe. Música de danza de Ray Noble, de Londres, 1934; algunos fragmentos de Noel Coward. Dejé que sonara la música. El proyector rebobinaba despreocupado el carrete de una película terminada; la luz blanca de la bombilla escrutaba la pared de enfrente. No se me ocurrió apagarlo. Una botella de Moët y Chandon helada aguardaba allí, como si Constance hubiese bajado al mar esperando volver con algún dios dorado de los abismos.

Sobre un almohadón había un plato con quesos, y al lado una coctelera de martinis que se estaban aguando. La Duesenberg estaba en el garaje, y las huellas seguían aún en la arena, en una sola dirección. Llamé a Crumley y me felicité por no haberme deshecho en lágrimas aún; estaba petrificado.

—¿Crumley? —dije al teléfono—. Crumley. Crum.

—Hijo de la noche —dijo él—. ¿Has vuelto a apostar al caballo equivocado?

Le dije dónde estaba.

—No puedo andar muy bien. —Me senté bruscamente, los dedos crispados sobre el auricular.— Venga a buscarme.

**C**rumley me encontró en la playa. Permanecimos allí, los ojos elevados hacia la fortaleza árabe, iluminada como una tienda que estaba de fiesta en medio de un desierto de arena. La puerta que daba a la playa seguía abierta y la música sonaba en el interior, una pila de discos que no dejaban de caer. Era *Tiempo de lilas*, luego era *Diane*, y luego *¿No es ella dulce?*, seguida de *La canción del Nilo* y luego la *Canción de amor pagano*. Esperaba que Ramón Navarro apareciese de un momento a otro, entrara corriendo en la casa y saliese con el pelo revuelto y la mirada enloquecida, precipitándose a la playa.

—Pero sólo estamos Crumley y yo.

—¿Eh?

—No sabía que estaba pensando en voz alta —me disculpé.

Remontamos la playa con paso cansado.

—¿Tocaste algo?

—Sólo el teléfono.

Cuando llegamos a la puerta, dejé que entrara, husmeara por la casa, y saliera.

—¿Dónde está el chófer?

—Esa es otra cosa que nunca le dije. Nunca hubo chófer.

—¿Qué?

Le hablé de Constance Rattigan y de los papeles que representaba.

—Ella misma era su propio elenco de estrellas, ¿eh? Dios. Cuanto más fuerte, más gracioso, como dicen.

Volvimos a salir al porche barrido por el viento y miramos las huellas de los pasos, que empezaban a borrarse.

—Podría ser un suicidio —dijo Crumley.

—No, Constance no haría una cosa así.

—Maldita sea, estás tan seguro de conocer a la gente. ¿Por qué no creces? Sólo porque te guste alguien no quiere decir que no pueda dar el gran salto sin ti.

—Había alguien en la orilla, esperándola.

—Pruebas.

Seguimos la línea de huellas de Constance, hasta la orilla del agua.

—Estaba de pie ahí —señalé—. Hace dos noches. Yo lo vi.

—Formidable. Con el agua hasta los tobillos. De modo que no hay huellas del asesino. ¿Qué otra cosa quieres mostrarme, muchacho?

—Alguien me llamó hace una hora, me despertó y me dijo que viniera a la playa. Ese alguien sabía que la casa estaba vacía o que lo estaría pronto.

—Una llamada, ¿eh? Formidable otra vez. Ahora tú estás con el agua hasta los tobillos y sin huellas. ¿Eso es todo?

Creo que se me pusieron rojas las mejillas. Crumley comprendió que yo había estado contando la verdad a medias. Yo no quería admitir que no había respondido al teléfono, la última vez, pero que corrí playa abajo arrastrado por un terrible presentimiento.

—Al menos, tienes integridad, escritor. —Crumley contempló las olas blancas que rompían en la orilla, luego las huellas de los pasos, y luego la casa, blanca, fría y vacía en medio de la noche.— ¿Sabes qué quiere decir integridad? Viene de la palabra «integer». Integrales. Números. Integridad quiere decir suma. No tiene nada que ver con la virtud. Hitler tenía integridad. Cero más cero más cero da cero, nada. Llamadas telefónicas, huellas bajo el agua, presentimientos ciegos y convicciones estúpidas. Estas sesiones nocturnas están comenzando a cansarme. ¿Acabamos ya?

—No, maldita sea. Tengo un sospechoso de carne y hueso. Constance lo reconoció. Y yo también fui a verlo. ¡Averigüe dónde estuvo esta noche y tendrá al asesino! Usted...

Se me apagó la voz. Tuve que quitarme las gafas y limpiar las pequeñas marcas de agua salada para poder ver.

Crumley me palmoteo la mejilla y dijo: —Eh, no te pongas así. ¿Cómo sabes que ese tipo, quienquiera que sea, no se la llevó al agua para...?

—¡Ahogarla!

—Nadar con ella, decirle cosas bonitas, llevarla cien metros más al norte y luego caminar hasta la casa. Es posible que vuelva mañana al amanecer con una sonrisa tonta en la cara.

—No —dije.

—¿Qué pasa? ¿Te estoy arruinando el lado misterioso y romántico de las cosas?

—No.

Pero se daba cuenta de que yo titubeaba.

Me tocó el codo. —¿Qué más hay que no me has dicho?

—Constance mencionó que tenía unas propiedades no muy lejos de aquí, al sur.

—¿Estás seguro de que simplemente no ha ido allí esta noche? Si lo que dices es verdad, ¿no pudo haberse asustado y salir disparada?

—La limusina sigue ahí.

—La gente tiene piernas, ¿sabías? Tú las utilizas todo el tiempo. Quizá ha caminado cinco kilómetros hacia el sur, con los pies en el agua, y nosotros sin enterarnos.

Miré hacia el sur para ver si veía a una mujer hermosa, huyendo por la orilla.

—La cuestión es —dijo Crumley— que no hay nada en que apoyarse. Una casa vacía. Unos viejos discos sonando. Ninguna nota de suicidio. Ninguna señal de violencia. Tenemos que esperar a que regrese. Y si no lo hace, *aun así* no hay caso, no hay *corpus delicti*. Te apuesto un cubo de cerveza a que...

—Déjeme llevarle mañana al apartamento encima del carrusel. Cuando vea la casa de ese tipo extraño...

—Dios. ¿Te refieres a quien creo?

Incliné la cabeza.

—¿Al marica ése? —dijo.

En ese preciso momento hubo un tremendo ruido sordo en el agua.

Ambos nos sobresaltamos.

—Dios, ¿qué fue eso? —exclamó Crumley, escrutando las aguas de medianoche.

Constance, pensé, que regresa.

Miré y dije al fin: —Focas. A veces vienen a jugar aquí.

Hubo una serie de ruidos sordos y chapoteos que se apagaron mientras alguna criatura marina se alejaba en la oscuridad.

—Mierda —dijo Crumley.

—El proyector sigue en marcha en la sala —dije—. El fonógrafo sigue sonando. El horno está encendido, cocinando algo. Y están las luces encendidas en todos los cuartos.

—Apaguemos algunas antes de que la maldita casa empiece a arder.

Seguimos la pista de Constance Rattigan hasta la fortaleza de luz blanquecina.

—Eh —susurró Crumley. Miró al este, hacia el horizonte.— ¿Qué es eso?

Había allí una débil franja de luz fría.

—El amanecer —dije—. Pensé que no llegaría nunca.

**L**a brisa matinal barrió las huellas de Constance Rattigan en la arena. Y el señor Shapeshade caminó a lo largo de la playa, mirando por encima del hombro, con latas de película bajo los brazos. A lo lejos, en ese preciso instante, el cine era destruido por unos enormes monstruos de mandíbulas de acero que habían venido del mar llamados por los especuladores inmobiliarios.

Cuando Shapeshade nos vio en el porche delantero de Constance Rattigan, nos

miró parpadeando, y luego miró la arena y finalmente el océano. Estábamos tan pálidos que no hizo falta decirle nada.

—Volverá —dijo una y otra vez—, volverá, Constance no puede irse. Dios mío, ¿a quién le pasaría yo las películas? ¿A quién? ¡Volverá, por supuesto! —Revolvió los ojos.

Lo dejamos a cargo de la fortaleza desierta y partimos en coche hacia mi casa. En el camino, el teniente detective Crumley, en una explosión de invectivas, recurriendo a ásperos epítetos como basta, mierda y cuidado, no la pises, rechazó mi invitación para ir a dar una vuelta en el maldito carrusel e interrogar al mariscal Erwin Rommel o a su guapo camarada vestido de pétalos de rosa, Nijinsky.

—En uno o dos días, quizá. Si esa estúpida vieja no vuelve nadando desde Catalina, evidentemente. *Entonces* comenzaré a hacer preguntas. Pero, ¿ahora? No pienso recoger el estiércol a punta de pala para encontrar el caballo.

—¿Está enfadado conmigo? —pregunté.

—Enfadado, enfadado, ¿por qué habría de estarlo? Dios, me sacas de quicio. Pero, ¿enfadado? Toma un dólar, ve a darte diez vueltas en la pista del carrusel.

Me dejó sin detenerse frente a mi puerta y se alejó con un rugido de motor.

Una vez adentro, miré el piano de Cal. La sábana había resbalado de los grandes dientes de marfil blanco.

—No te rías —dije.

**T**res cosas ocurrieron esa tarde.

Dos fueron agradables. La tercera fue terrible. Llegó una carta de México. En el interior había una foto de Peg. Había coloreado los ojos con una mezcla de tintas verdes y pardas para ayudarme a recordarlos.

Luego hubo una postal de Cal, con matasellos de Gila Bend.

—Muchacho —*decía*—, ¿mi piano sigue afinado? Torturo a la gente en la cervecería, local Este pueblo está lleno de calvos. Conmigo aquí, no saben qué suerte tienen. Ayer le corté el pelo al sheriff. Me dio veinticuatro horas para abandonar el pueblo. Mañana parto hacia Sedalia. Sé feliz. Tuyo. Cal.

Volví la postal. Era la foto de un lagarto monstruoso, con dibujos blancos y negros en el lomo. Cal había hecho un horrible dibujo de él mismo sentado allí, como si la criatura fuese un instrumento musical y él sólo estuviese tocando las teclas negras.

Reí y partí a pie hacia el muelle de Santa Mónica, al norte, preguntándome qué podía decirle a ese extraño tipo que llevaba una doble vida encima del quejumbroso carrusel.

—Mariscal de campo Rommel —grité—: ¿cómo y por qué se dispuso a matar a Constance Rattigan?

Pero no había nadie para oírme.

**E**l carrusel giraba en silencio. El órgano de vapor sonaba, pero la música estaba terminando y el rollo giraba sacudiéndose una y otra vez.

El dueño del carrusel no estaba muerto en la taquilla, sólo borracho perdido. Aunque consciente, parecía no oír el silencio, ni saber que los caballos trotaban golpeados por el rollo de queso suizo en la boca de la gran máquina.

Miré todo aquello con cierto malestar, y me preparaba a subir al primer piso cuando advertí unos pedazos de papel que se agitaban ligeramente en la pista de la carrera circular de caballos.

Esperé a que el carrusel diera otras dos vueltas, me aferré a una barra de cobre, y subí de un salto adelantándome como un borracho entre las barras.

Los trozos de papel se movían en el aire alrededor de los caballos que subían y bajaban, arrastrados por el carrusel, que no iba a ninguna parte.

Descubrí una tachuela en el suelo circular, bajo los pedazos de papel. Quizá alguien había sujetado el mensaje en la crin de un caballo de madera. Alguien lo había encontrado, leído, destruido, y había huido a la carrera.

John Wilkes Hopwood.

Tardé tres largos minutos en recoger los fragmentos, sintiéndome tan desesperanzado como el viaje del carrusel. Al fin me apeé de un salto e intenté reconstruir el mensaje. Necesité otros quince minutos para dar con una terrible palabra aquí, una espantosa palabra allí, y una irrecusable palabra más allá, pero terminé por encontrarme con una suerte de condena a muerte. Quienquiera que lo leyera —es decir, siempre y cuando tuviera un viejo esqueleto equivocado en el seno de una carne joven y resplandeciente— podía muy bien marchitarse con esta serie de golpes bajos.

No logré reconstruirlo entero. Faltaban pedazos. Pero lo esencial era que el lector era un hombre viejo, un hombre feo. Verdaderamente feo. Le hacía el amor a ese cuerpo porque con una cara así, ¿quién podría quererlo? Nadie, durante años. El mensaje recordaba cómo lo habían echado de los estudios en 1929, y cómo le habían criticado el falso acento Kraut, las muñecas rotas, los amiguitos raros y las viejas mujeres enfermas. «En los bares, de noche, se ríen de ti cuando te vas oliendo a ginebra barata. Y ahora has provocado una muerte. Anoche te vi en la playa, cuando ella salió a nadar y no regresó. La gente hablará de asesinato. Buenas noches, dulce príncipe».

Eso era todo. Un arma espantosa, enviada y recibida.

Junté los pedazos y subí al primer piso, con cerca de noventa años más de los que tenía unos cuantos días antes.

La puerta de la habitación de Hopwood se abrió con un rumor bajo la presión de mi mano.

Había ropa por todas partes, en el suelo y junto a varias maletas, como si hubiese estado empacando, y luego, alarmado, hubiese decidido partir ligero de equipaje.

Miré por la ventana del apartamento. Abajo, junto al muelle, la bicicleta seguía apoyada contra el poste, asegurada con candado. Pero la motocicleta había desaparecido. Eso no probaba nada. Podía haber entrado en el mar, conduciendo la moto.

Dios, me dije, ¿y si se encuentra con Annie Oakley, y si ambos se encuentran con Cal?

Vací una pequeña papelera sobre un endeble escritorio junto a la cama, y descubrí algunos trozos del papel amarillo claro, como el que usaba en Beverly Hills, con las iniciales C. R. de Constance Rattigan en el borde superior. Habían escrito a máquina algo en el papel:

*A medianoche. Espérame seis noches seguidas en la playa. Quizá, sólo quizá, como en los viejos tiempos.*

Y las iniciales C. R. mecanografiadas.

El tipo de letra se parecía al de la máquina que había visto abierta sobre un escritorio en el salón árabe.

Toqué los fragmentos, pensativo: ¿Constance le había escrito a Hopwood? No. Me lo hubiese dicho. Alguna otra persona tenía que haber enviado aquello a Hopwood, una semana atrás. Y él había galopado hasta la orilla como un semental, esperando en la espuma a que Constance descendiera riendo. ¿Se había cansado de esperar, la había arrastrado al agua y la había ahogado? No, no. Tuvo que haber visto cómo se zambullía. No la vio salir, y corrió asustado a la casa, ¿para encontrar qué? La última nota, la de las palabras terribles y las espantosas degradaciones que lo habían golpeado bajo el cinturón. De modo que tenía dos razones para abandonar la ciudad: el miedo y los insultos.

Eché un vistazo al teléfono y suspiré. Inútil llamar a Crumley. No había *corpas delicti*. Sólo trozos de papel que me metí en los bolsillos de la chaqueta. Al tacto, parecían alas de polilla, frágiles pero venenosas.

Fundid todas las armas, pensé, romped los cuchillos, quemad las guillotinas... y las voluntades malignas seguirán escribiendo cartas que matan.

Vi un pequeño frasco de colonia cerca del teléfono y lo cogí, recordando a Henry el ciego, su memoria y su olfato.

Abajo, el carrusel aún giraba en silencio, los caballos saltaban aún obstáculos invisibles corriendo hacia una meta que no llegaba nunca.

Observé al borracho vendedor de entradas en el féretro-taquilla, me estremecí, y sin ninguna música que me acompañara, salí corriendo como alma que lleva el diablo.

**E**l milagro ocurrió justo después del almuerzo. Llegó una carta urgente del *American Mercury*, que ofrecía comprarme un cuento si yo no tenía inconveniente en que me mandaran un cheque por trescientos dólares.

—¿Inconveniente? —aullé— ¡Inconveniente! ¡Dios, tienen que estar *chalados*!

Asomé la cabeza a la calle vacía y grité a las casas, al cielo y a la playa: —¡Acabo de vender un cuento al *American Mercury*! ¡Trescientos dólares! ¡Soy rico!

Crucé la calle tambaleándome y planté la carta del *Mercury* ante los brillantes ojos de vidrio del escaparate de la pequeña tienda.

—¡Mirad! —grité—. ¿Qué os parece? ¡*Mirad!*

»—Rico —murmuré jadeando, mientras corría hacia la tienda de licores y agitaba la carta en la cara del propietario—. ¡Mire! —La mostré por doquier en las oficinas del tranvía de Venice.— ¡Eh! —Me detuve de golpe porque advertí que había entrado en el banco creyendo que llevaba encima el verdadero cheque, y que me disponía a depositar la condenada carta.

»—Rico... —me ruboricé y retrocedí.

En mi apartamento, recordé de pronto la pesadilla.

La espantosa bestia que se erguía para atrapar me y devorarme.

¡Estúpido! ¡Imbécil! Gritaste arroz dulce cuando debiste decir *amargo*.

Aquella noche, por primera vez en largo tiempo, la pequeña tormenta no empapó mi felpudo. No hubo ningún visitante, ni algas en mi acera al amanecer.

De alguna manera, mi verdad, mis atronadores gritos lo habían ahuyentado.

Curioso, y más curioso, me dije.

**N**o había cadáver, y por lo tanto no hubo entierro al día siguiente, sólo un servicio en memoria de Constance Rattigan, que parecía haber sido organizado por una banda de cazadores de autógrafos.

Un rebotante tropel de figurantes pisoteaba la arena frente a la fortaleza árabe de Constance Rattigan, en la orilla.

Permanecí a buena distancia de la estampida y observé a algunos guardas de playa entrados en años que sudaban arrastrando un órgano portátil a través de la playa hasta un sitio donde alguien había olvidado poner el taburete, de modo que la mujer que lo tocaba mal lo tocaba de pie, la frente perlada de sal, balanceando la cabeza para dirigir el lúgubre coro, mientras las gaviotas descendían volando a explorar una escena en la que no había nada de comer, y por tanto volvían a irse, y un falso sacerdote ladraba y gañía como un caniche, y las aguzanieves se alejaban corriendo, asustadas, mientras los cangrejos cavaban y se ocultaban todavía más, y yo rechinaba los dientes, a medio camino entre el ultraje y la risa endemoniada. Entretanto, una a una, las diversas caricaturas descendidas de la pantalla nocturna del señor Shapeshade, venidas de debajo de los muelles de medianoche, avanzaban

tambaleándose hasta el mar y lanzaban coronas de flores secas a las olas.

Maldita sea, Constance, pensé, vuelve nadando *ahora*. Para esta odiosa exhibición de dementes. Pero mi magia mental fracasó. Lo único que vino del agua fueron las coronas, devueltas por una ola que no las quería. Un grupo de gente intentó lanzarlas otra vez al agua, pero aquellas malditas cosas volvieron, y empezó a llover. La gente se dedicó a una frenética búsqueda de periódicos para protegerse la cabeza, y los guardas volvieron a atravesar la playa con el órgano, gruñendo, y yo me encontré solo bajo la lluvia, el cráneo envuelto en un periódico y los grandes titulares al revés, frente a mis ojos.

desaparece famosa estrella del cine mudo.

Descendí para patear las coronas de flores hacia el mar. Esta vez no volvieron. Me quedé en traje de baño y, cogiendo una brazada de flores, nadé mar adentro todo lo que pude antes de soltarla.

De regreso, casi me ahogo cuando el pie se me enganchó y enredó en una de las coronas.

—Crumley —susurré.

Y no supe si el nombre en mis labios era una maldición o un ruego.

**C**rumley abrió la puerta. Tenía el rostro alegre y radiante pero no a causa de la cerveza. Algo distinto había ocurrido.

—¡Eh! —exclamó el inspector—. ¿Dónde has estado? He estado llamándote y llamándote. Dios, ven a ver lo que tengo aquí.

Me precedió con paso rápido, y señaló dramáticamente el escritorio. Vi una pila de manuscritos de dos centímetros de alto, toda cubierta de palabras.

—¡Y bien, viejo cabrón! —dije, y silbé.

—¡Ése soy yo! El Cabrón de Crumley. Crumley, el Cabrón. Me lo dices a mí.

Arrancó una hoja de la máquina de escribir.

—¿Quieres leerlo?

—No tengo por qué —dije, riendo—. Es bueno, ¿verdad?

—Quítate de en medio —dijo riendo él también—, la barrera ha cedido.

Me senté, resoplando de alegría ante el espectáculo del rostro iluminado de Crumley. —¿Cuándo fue?

—Anteayer, a medianoche, a la una, a las dos, no sé. Estaba recostado aquí, sin hacer nada, mirando el techo; no leía, ni escuchaba la radio, ni bebía cerveza, y fuera soplaba el viento y los árboles se sacudían, y de pronto las malditas ideas empezaron a retorcerse como gusanos en una plancha caliente. Y me levanté de un salto, fui, me senté y me encontré escribiendo como un loco, incapaz de parar, y hacia el amanecer ya había una gran montaña, o una topera de papel, y yo no dejaba de reír y de llorar. ¡Mira *esol* Y a la mañana me acosté ahí, mirando todos esos folios y riendo, riendo, sintiéndome tan feliz como si acabara de vivir una nueva historia de amor con la

mujer más hermosa del mundo.

—Así ha sido —dijo suavemente.

—Lo que me intriga —dijo Crumley— es qué desencadenó todo esto. Quizá el viento fuera de la casa. O quizá alguien que dejó unas algas en el porche, como una tarjeta de visita. Pero, ¿acaso el viejo inspector salió corriendo, disparando el revólver y gritando «¡No se mueva!»? No, por Dios. Nada de gritos, nada de disparos. Sólo yo, aporreando la máquina de escribir, haciendo mucho ruido como si fuese Año Nuevo o Halloween. ¿Y sabes qué ocurrió después? ¡Adivina!

Yo estaba helado. Toda una población de vagabundos escarchados se me había subido al cuello.

—El viento desapareció —dije—. Cesaron las pisadas, afuera.

—¿Qué? —dijo Crumley, asombrado.

—Y nunca más volvió a encontrar algas. Y él, quienquiera que sea, no ha vuelto desde entonces.

—¿Cómo lo sabes? —jadeó Crumley.

—Lo sé, eso es todo. Usted hizo lo que tenía que hacer, sin darse cuenta. Exactamente como yo. Grité, y también a mí me dejó tranquilo. Oh, Dios, Dios.

Puse a Crumley al corriente de mi venta al *Mercury*, mi carrera enloquecida por la ciudad, mis gritos al cielo, y la lluvia que desapareció de mi portal a las tres de la mañana, quizá para siempre.

Crumley se sentó como si yo le hubiese pasado un yunque.

—Nos estamos acercando, Elmo —dije—. Lo hemos asustado sin querer. Cuanto más se aleja, más sabemos de él. Bueno, quizá, en todo caso. Al menos sabemos que se deja intimidar por chiflados que dan gritos e inspectores que ríen y hacen cosas perversas con máquinas de escribir a las cinco de la mañana. Siga escribiendo, Crumley, y estará a salvo.

—Tonterías —dijo él. Pero rió al decirlo.

La sonrisa de Crumley me alentó. Escarbé en mis bolsillos y saqué la carta venenosa que había asustado a Hopwood, y la encendida carta de amor en papel amarillo solar que lo había llevado a la playa.

Crumley jugueteó con los trozos y pedazos y se hundió a medias en su viejo albornoz de cinismo.

—Escritas con dos máquinas distintas. Ninguna firmada. Diablos, *cualquiera* pudo haber escrito las dos. Y si el viejo Hopwood es realmente el maníaco sexual que pensamos, leyó el mensaje del papel amarillo y creyó realmente que lo había escrito Rattigan, diablos, y corrió playa arriba, y esperó como un buen chico a que ella bajara y le agarrara el culo. Pero tú sabes y yo sé que Rattigan nunca escribió una nota así en su vida. Tenía un ego como un camión de diez toneladas. Nunca mendigó en las grandes mansiones de Hollywood, ni en las calles, ni en la costa. ¿Qué nos queda entonces? Ella nadaba a todas horas. Supongamos que yo corro por la playa, como ejercicio, y que veo eso, día tras día. Cualquiera, incluso yo, pudo haberse escurrido

en la casa mientras ella jugueteaba con los tiburones a trescientos metros de la orilla, cualquiera pudo sentarse en el salón, usar la máquina y el papel de escribir de Rattigan, salir discretamente y mandar esa nota de preámbulo sexual al hijo de puta de Hopwood, y esperar a que empezaran los fuegos artificiales.

—¿Y? —dije.

—Y —dijo Crumley— quizá les salió el tiro por la culata. Fastidiada por el exhibicionista, asustada, Rattigan escapó nadando y las corrientes la atraparon. A Hopwood, que observaba y esperaba en la playa, se le puso la carne de gallina al ver que ella no volvía, y se largó. Al día siguiente recibe la segunda nota, el verdadero golpe de gracia. Sabe que alguien lo ha visto en la playa y puede señalarlo como el supuesto asesino de Rattigan. Así que...

—Se ha marchado de la ciudad —dije.

—Es lo más probable. Lo que nos sigue dejando a quince kilómetros de Tampico, sin remos, en la barcaza de Cleopatra. ¿Qué diablos tenemos para seguir?

—Un tipo que hace llamadas telefónicas y roba la cabeza de Scott Joplin del viejo retrato de Cal el peluquero y saca a Cal pitando de la ciudad.

—De acuerdo.

—Un tipo que acecha en los pasillos, emborracha a un viejo, lo mete en una jaula de leones y recupera quizá un poco de confeti que roba de los bolsillos del viejo.

—De acuerdo.

—Un tipo que mata de susto a una vieja y roba titulares de periódicos del fondo de las pajareras. Y tan pronto Fannie deja de respirar, el mismo tipo le roba el disco de *Tosca* como recuerdo. Y luego escribe cartas al viejo actor Hopwood y lo ahuyenta para siempre. Es probable que haya robado algo del apartamento de Hopwood, también, pero nunca lo sabremos. Y, si lo comprobó, es probable que haya birlado una botella de champán de la despensa de Constance Rattigan, justo antes de que yo llegase la otra noche. No puede evitarlo. Es un verdadero coleccionista...

Sonó el teléfono de Crumley. Lo levantó, escuchó, me lo extendió.

—Axilas —dijo una voz melodiosa.

—¡Henry! —Crumley pegó la oreja a la mía, junto al receptor.

—Axilas ha vuelto a merodear por aquí, desde hace una, dos horas —dijo Henry, en ese lejano país que era la casa del otro extremo de Los Ángeles en un pasado que agonizaba rápidamente—. Alguien tiene que detenerlo. ¿Quién?

Henry colgó.

—Axilas. —Saqué del bolsillo el agua de colonia primaveral de Hopwood y la puse en el escritorio de Crumley.

—No —dijo—. Quiquiera que sea ese cabrón, no es Hopwood. El viejo actor siempre olió a macizos de caléndulas y a un acre de polvo cósmico. ¿Quieres que vaya a husmear en la puerta de tu amigo Henry?

—No —dije—, para cuando llegue, el señor Axilas estará por aquí, listo a resollar frente a su puerta o la mía.

—No si escribimos y gritamos, gritamos y escribimos, ¿lo has olvidado? Eh, ¿qué fue lo que gritaste?

Le conté más sobre la venta de mi cuento al *American Mercury* y el billón de dólares que eso implicaba.

—Señor —dijo Crumley—, me siento como un padre cuyo hijo acaba de regresar de Harvard. Cuéntamelo otra vez, muchacho. ¿Cómo lo haces? ¿Qué tengo que hacer?

—Vomitara todas las mañanas en su máquina de escribir.

—Sí.

—Y limpiar todas las tardes.

—¡Sí!

La sirena de la niebla empezó a sonar allá lejos, en la bahía, repitiendo una y otra vez con una voz larga y gris: Constance Rattigan nunca volverá. Crumley empezó a escribir a máquina. Y yo bebí mi cerveza.

**E**sa noche, a la una y diez, alguien vino y se plantó frente a mi puerta. Oh, Dios, pensé, despierto. Por favor. Otra vez no.

Hubo un golpe violento y un golpe duro y después un golpe terrible contra mi puerta. Afuera, alguien pedía que lo dejara entrar.

Dios. Cobarde, pensé. Acaba ya con eso. Esta vez...

Di un salto y abrí la puerta.

—Te ves muy bien con esos calzoncillos jockey gastados y asquerosos —dijo Constance Rattigan.

Me abalancé sobre ella gritando: —¡Constance!

—¿Quién diablos podía ser?

—Pero, pero fui a tu funeral.

—Yo también. Diablos, estamos en los tiempos de Tom Sawyer. Todas esas muñecas tontas en la playa y la basura del órgano. Cálzate unos pantalones en el culo. Tenemos que largarnos de aquí. Venga.

Acelerando el motor de un viejo y destartado V-8, Constance me obligó a subirme de un tirón la cremallera.

Viajando a lo largo de la costa hacia el sur, no dejé de dolerme: —Estás viva.

—Olvídate del funeral y suénate la nariz. —Rió ante la carretera desierta.— Santo Dios, los engañé a todos.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué?

—Bueno, muchacho, ese cabrón no dejaba de venir a la orilla, noche tras noche.

—Tú no le escribiste, quiero decir, lo invitaste a...

—¿Invitarlo? Dios, no tienes ningún gusto.

Frenó el coche detrás de la fortaleza árabe, encendió un cigarrillo, sopló el humo fuera de la ventanilla, miró ferozmente.

—¿Despejado?

—Él no volverá nunca más, Constance.

—¡Mejor! Cada noche estaba más tentador. Cuando se tienen ciento diez años, no son los hombres lo que importa, son los pantalones. Además, creía saber quién era.

—Estabas en lo cierto.

—Así que decidí arreglar las cosas de una vez por todas. Llevé provisiones a un *bungalow* al sur de aquí y dejé allí este Ford. Luego volví.

Se apeó de un salto del viejo Ford y me condujo a la puerta de atrás de la casa.

—Esa noche encendí todas las luces, puse música, preparé comida; abrí todas las puertas y ventanas, y cuando apareció, corrí abajo, grité «¡Te desafío hasta Catalina!», y me zambullí. Estaba tan estupefacto que no me siguió, o quizá lo hizo y abandonó a medio camino. Nadé trescientos metros mar adentro y me dejé flotar. Lo vi esperar en la playa durante media hora, y luego salió corriendo como un loco. Lo había asustado de verdad. Nadé hacia el sur y me dejé arrastrar por la marea hasta mi viejo *bungalow* cerca de Playa del Rey. Comí un sandwich de jamón y bebí champán en el porche; me sentía muy bien. Desde entonces, he estado escondida allí. Siento haberte preocupado, muchacho. ¿Estás bien? Dame un beso. Pero nada de educación física.

Me besó y abrió la puerta; atravesamos la casa hasta la entrada de la playa, y dejamos que el viento rondara las cortinas y soplara arena sobre las losas.

—Dios, ¿quién diablos vivía aquí? —se preguntó—. Soy mi propio fantasma que vuelve a casa. Esto ya no me pertenece. ¿Nunca tienes la impresión, al volver de vacaciones, de que todos los muebles, los libros, la radio parecen gatos abandonados, resentidos? Te ignoran. ¿Lo sientes? Es como una morgue.

Recorrimos los cuartos. Las sábanas blancas sobre los muebles ondulaban inquietas en el viento y el polvo.

Constance se asomó a la puerta y gritó: —Está bien, cabrón. ¡Te pillamos!

Se volvió. —Busca más champán. Vamos a cerrar. Este lugar me da escalofríos. ¡Fuera!

Sólo la costa desierta y la casa desierta vieron cómo nos alejábamos.

**Y** qué te parece esto? —aulló Constance Rattigan.

Había bajado la capota del Ford y rodábamos en una corriente nocturna cálida-fría, los cabellos al viento.

Nos detuvimos en un barranco de arena junto a un pequeño *bungalow* y un embarcadero en ruinas, y Constance ya estaba abajo, sacándose el vestido. Las ascuas de una pequeña hoguera ardían sobre la arena del patio. Las avivó con leña y papel, y cuando llamearon, puso al fuego unas salchichas ensartadas y se sentó a golpearme las rodillas como un mono joven, beber champán y desgreñarme el pelo.

—¿Ves allí ese montón de maderos? Es todo lo que queda del espigón Diamond

Dance, 1918. Charlie Chaplin se sentaba en una mesa, allí. D. W. Griffith, un poco más lejos. Yo y Desmond Taylor, en la punta. ¿Wally Beery? ¡Bueno, para qué continuar! Quémate la lengua. Come.

Se interrumpió de pronto y miró la arena, al norte.

—No nos seguirán, ¿verdad? Él o ellos o quien sea. No nos vieron, ¿no? ¿Estamos a salvo para siempre?

—Para siempre —dije.

El viento salado atizó el fuego. Las chispas revolotearon y brillaron en los ojos verdes de Constance Rattigan.

Aparté la mirada.

—Sólo me queda una cosa por hacer.

—¿Qué?

—Mañana, alrededor de las cinco, ir a casa de Fannie y vaciar la nevera.

Constance dejó de beber y frunció el entrecejo.

—¿Por qué querías hacer eso?

Tuve que inventar algo para no arruinar nuestra noche de champán.

—Un amigo, Streeter Blair, el artista, solía ganar premios cada otoño en la feria rural con su pan casero. Cuando murió, encontraron seis trozos de pan en el congelador de su casa. Su esposa me dio uno. Lo tuve en casa durante una semana; comía una rebanada con mantequilla de verdad todas las mañanas y todas las noches. Dios, era formidable. Qué extraordinaria manera de decirle adiós a un hombre maravilloso. Cuando unté la mantequilla en la última rebanada, Blair se fue para siempre. Quizá es por eso que quiero las gelatinas y mermeladas de Fannie. ¿De acuerdo?

Constance parecía inquieta.

—Sí —dijo al fin.

Descorché otra botella.

—¿Por qué brindamos?

—Por mi nariz —dije—. Al fin se fue el maldito catarro. Después de gastar seis paquetes de Kleenex. Por mi nariz.

—Por tu adorable y enorme nariz —dijo ella, y bebió.

**E**sa noche dormimos afuera, en la arena, sintiéndonos seguros a tres kilómetros al sur de aquellas coronas mortuorias que tocaban la orilla junto al ex cobertizo árabe de la difunta Constance Rattigan, y a cinco kilómetros al sur de un apartamento donde la sonrisa del piano de Cal y mi Underwood desvencijada esperaban a que yo salvara a la Tierra de los marcianos en una página y a Marte de los terrestres en la siguiente.

En medio de la noche, desperté. El lugar junto a mí en la arena estaba vacío, pero todavía tibio allí donde Constance se había echado para mimar al pobre escritor. Me

levanté y la oí patalear y reír con ladridos de foca en medio de las olas. Cuando volvió corriendo, terminamos el champán y dormimos casi hasta el mediodía.

Aquel día era uno de esos días de buen tiempo en que no-se-necesitan-excusas-para-vivir; uno de esos días en que uno simplemente se pasa el tiempo echado y deja que los jugos fluyan y goteen. Pero finalmente tuve que decir:

—No quise arruinar la noche de ayer. Dios, me ha dado tanta alegría descubrir que estabas viva. Pero lo cierto es que hay uno eliminado, y uno todavía en pie. El señor Diablo-en-el-cuerpo de la playa huyó porque pensó que era culpable de que te hubieras ahogado. Pero no pretendía más que una sesión de exploración submarina y algún brinco nocturno, como en 1928. Y lo único que consiguió fue que te ahogaras, le pareció.

De modo que ya se fue; pero queda el que lo envió aquí.

—Dios —susurró Constance. Las pestañas le temblaron como dos arañas sobre los ojos cerrados. Finalmente suspiró, exhausta—. Entonces, no ha acabado.

Le apreté la mano arenosa.

Al cabo de un largo y pensativo silencio, ella dijo, los ojos todavía cerrados: —A propósito de la nevera de Fannie. Nunca volví, la famosa noche. Tú miraste y no encontraste nada.

—Por eso tengo que volver a mirar. El problema es que la justicia ha cerrado el apartamento.

—¿Quieres que fuerce el candado?

—Constance.

—Entraré, despejaré los pasillos, ahuyentaré a los fantasmas, tú les darás con un palo de golf, luego romperemos el candado, vaciaremos a cucharadas los frascos de mayonesa de Fannie, y en el fondo del tercer frasco encontraremos la respuesta, la solución, si aún está ahí, si no se ha estropeado o se la han llevado...

Una mosca zumbó, me tocó la frente. Una vieja idea despertó en mí.

—Eso me recuerda un cuento, hace años, en no sé qué revista. Una chica cae y se congela en un glaciar. Doscientos años después, el hielo se derrite y ella aparece, hermosa, joven como el día en que se congeló.

—No hay chicas hermosas en la nevera de Fannie.

—No, es algo terrible.

—Y cuando lo encuentres, si lo encuentras, sea lo que sea..., ¿lo matarás?

—Nueve veces, supongo. Sí. Con nueve bastará.

—Dime —dijo Constance, pálida a pesar del bronceado—, ¿cómo es la primera maldita aria de *Tosca*?

**B**ajé del coche frente a la casa en el momento en que se ocultaba el sol. La noche parecía todavía más oscura en el interior del vestíbulo. Lo escruté largo rato. Mis manos temblaron sobre la puerta del cupé de Constance Rattigan.

—¿Quieres que tu vieja mamá te acompañe? —dijo ella.

—No me aburras, Constance.

—Lo siento, chico. —Me palmoteo la mejilla y me dio un beso; los párpados se me abrieron de golpe como persianas. Constance me alargó un pedazo de papel.— Es el número de teléfono del *bungalow*, a nombre de Trixie Friganza, la chica me importa-un-bledo, ¿te acuerdas? ¿No? Demonios. Si alguien te manda escaleras abajo de una patada, grita. Si encuentras al cabrón, arma un jaleo de conga y échalo a la calle desde la primera planta. ¿Quieres que te espere aquí?

—Constance —me quejé.

Colina abajo, se topó con una luz roja y pasó de largo.

**S**ubí las escaleras hacia un pasillo eternamente oscuro. Habían robado las bombillas hacía años. Oí correr a alguien. Eran pasos muy ligeros, de un niño. Me quedé inmóvil, escuchando.

Las pisadas se alejaron, bajaron corriendo los escalones de detrás de la casa.

El viento descendió por el pasillo, trayendo consigo el olor. Era el olor de que Henry me había hablado, de ropas que habían colgado en un desván durante cien años, y de camisas usadas durante cien días. Era como estar a medianoche en un callejón donde una jauría de perros hubiera venido a alzar la pata con sonrisas jadeantes y estúpidas.

El olor me impulsó a una carrera desenfrenada. Llegué hasta la puerta de Fannie y me detuve, el corazón palpitando. El olor era muy fuerte. El hombre había estado allí hacía sólo unos instantes. Tenía que haberme lanzado detrás de él, pero me encontré con la puerta. Extendí el brazo.

La puerta se abrió con un leve chirrido sobre las bisagras sin aceitar.

Alguien había roto el candado de la puerta de Fannie.

Alguien había querido algo.

Alguien había entrado a hurgar.

Ahora era mi turno.

Penetré en un oscuro recuerdo de comidas.

El aire olía a charcutería, a nido tibio; allí un gran elefante bondadoso y extraño había pacido, cantado y comido durante veinte años.

Cuánto tiempo transcurrirá, pensé, antes de que el olor a eneldo, a carne fría y a mayonesa se desvanezca por las escaleras del inmueble. Pero ahora...

En la habitación el desorden era indescriptible.

El hombre había entrado y revuelto los estantes, los armarios y las cómodas. Todo estaba tirado por el suelo. Entre los discos rotos, pateados contra la pared, había partituras de ópera.

—Santo Dios, Fannie —susurré—. Me alegra que no lo veas.

Todo lo que podía ser examinado y hurgado había sido destruido. Incluso la gran

butaca en la que Fannie había reinado durante media generación o más yacía boca abajo, como ella misma había tenido que estar hasta morir.

Pero quedaba un sitio, un solo sitio en donde él no había mirado, y fui hacia él. Tropezando sobre los escombros, aferré la puerta de la nevera y abrí.

Un suspiro de aire frío me llegó a la cara. Estudié el interior como lo había hecho muchas noches atrás, esperando ver lo que tenía ante la nariz. ¿Qué era lo que el hombre del pasillo, el extraño del tren nocturno había venido a buscar?

Todo estaba como siempre había estado. Mermeladas, gelatinas, salsas de ensaladas, lechugas marchitas, un altar rico y frío de colores y aromas al que Fannie había rendido culto.

Pero, de pronto, contuve el aliento.

Extendí la mano y empujé los frascos, las botellas y las cajas de queso hacia el fondo. Los habían puesto sobre un papel doblado de considerables dimensiones, que yo hasta entonces había tomado por una hoja para absorber la humedad.

Lo saqué y leí a la luz de la nevera: *jano, la envidia verde. semanario.*

Dejé la puerta de la nevera abierta, y me tambaleé hasta la vieja butaca de Fannie. La enderecé y me derrumbé encima, a esperar a que se me calmase el corazón.

Pasé las páginas verdes del periódico. La sección necrológica y los pequeños anuncios estaban detrás. Recorrí la página de arriba abajo, no encontré nada, la recorrí de nuevo y vi:

Un pequeño recuadro, débilmente marcado con tinta roja.

Y era eso lo que él había buscado, lo que había querido llevarse.

¿Cómo podría haberlo sabido? Contenía las siguientes palabras:

*¿Dónde has estado todos estos años? Mi corazón implora, ¿y el tuyo?  
¿Por qué no escribes o llamas? Podría ser feliz si tan sólo me recordaras  
como yo te recuerdo. Tuvimos tanto y lo perdimos todo. Ahora, antes de que  
sea demasiado tarde, encuentra el camino de regreso.*

*¡Lláname!*

Estaba firmado:

*Alguien que te amó, hace mucho tiempo.*

Al margen, estas palabras, garabateadas:

*Alguien que te amó con todo su corazón. ¡Hace mucho!*

Cristo a medianoche. ¡María al amanecer! Leí el anuncio seis veces, incrédulo. Dejé caer el periódico, caminé sobre él, me planté ante la nevera para refrescarme las

ideas. Luego volví a leer el maldito mensaje por séptima vez.

¡Qué hermoso trabajo era, qué belleza, qué invitación, qué trampa tan sofisticada! Un test de Rorschach, una obra maestra de quiromancia, una ouija para cualquiera. Hombres, mujeres, jóvenes, negros, blancos, gordos, flacos. ¡Escucha, mira! ¡Se trata de ti!

Estaba destinado a cualquiera que hubiese perdido un amor, es decir, a todas las almas solitarias de toda la maldita ciudad, del estado, del Universo.

Quién, leyéndolo, no tendría la tentación de levantar un teléfono, marcar y susurrar finalmente: Aquí estoy. Por favor..., ven a buscarme. Me detuve en medio del linóleo que cubría el suelo del apartamento de Fannie y traté de imaginarla allí, la cubierta del barco crujiendo debajo de ella mientras el cuerpo se le balanceaba de uno a otro lado, y *Tosca* se lamentaba desde el fonógrafo, y la puerta de la nevera permanecía abierta exhibiendo un altar de condimentos. Traté de imaginar a Fannie mirando alrededor, el corazón palpitando como un colibrí atrapado en una vasta pajarera.

Dios. El Quinto Jinete del Apocalipsis *tenía* que ser el editor de un periódico semejante.

Revisé todos los otros anuncios. El número telefónico era el mismo en cada uno de ellos. Había que llamar a un número para todos los anuncios. Y ese número pertenecía a los editores de, que se vayan al infierno, jano, la envidia verde.

Fannie nunca había comprado esta clase de periódicos. Alguien se lo había dado o... Me interrumpí y me volví hacia la puerta.

¡No!

Alguien lo había dejado para que lo encontrara, y había señalado el anuncio con tinta roja.

*Alguien que te amó con todo su corazón. Hace mucho tiempo.*

—¡Fannie! —exclamé, consternado—. ¡Oh, maldita, maldita estúpida!

Me abrí paso entre los fragmentos de *La Bohème* y *Butterfly*, luego volví tambaleándome a cerrar la puerta de la nevera.

**L**as cosas no andaban mejor en la segunda planta.

La puerta de Henry estaba abierta. Nunca hasta entonces la había visto abierta. Henry creía en las puertas cerradas. No quería que nadie pudiese sacar partido de una ventaja óptica. Pero en este momento...

—¿Henry?

Entré; el pequeño apartamento estaba limpio, increíblemente limpio y ordenado; todo en su lugar, todo impecable... pero no había nadie allí.

—¿Henry?

El bastón estaba tirado en el suelo; al lado, una cuerda negra con nudos.

Todo parecía desordenado y tirado deprisa a un lado y a otro, como si Henry lo hubiese perdido en una pelea, o abandonado para huir corriendo...

¿Adonde?

—¿Henry?

Cogí la cuerda y examiné los nudos. En línea: dos nudos un espacio, tres nudos, un espacio largo, luego una serie de tres, seis, cuatro y nueve nudos.

—¿Henry? —más alto.

Corrí a llamar a la puerta de la señora Gutiérrez.

Cuando la abrió y me vio, se echó a llorar. Las lágrimas le caían de los ojos mientras me miraba. Me tocó la cara con unas manos que olían a tortilla. —Ah, pobre, pobre. Entre, oh, pobre, siéntese. ¿Quiere comer? Traeré algo. Siéntese, no, no, siéntese. Café, ¿sí? —Me trajo café y se secó los ojos.— Pobre Fannie. Pobre de usted. ¿Qué?

Abrí el periódico y lo extendí para que pudiera verlo.

—No leer *inglese* —dijo, retrocediendo.

—No tiene que leerlo —dije—. ¿Alguna vez Fannie bajó a hacer una llamada con este periódico?

—¡No, no! —La cara le cambió de color a medida que recuperaba la memoria.— Estúpida. Sí. Vino. Pero no sé a quién llamó.

—¿Habló mucho, largo rato?

—¿Largo rato? —Le tomó unos segundos traducir mis palabras, luego asintió, vigorosamente.— Sí. Largo. Rió largo. ¡Oh!, cómo rió y habló, habló y rió.

Mientras, pensé, invitaba a la señora Noche, al Tiempo y a la Oscuridad.

—¿Y llevaba este periódico consigo?

La señora Gutiérrez dio la vuelta al periódico como si se tratara de un puzzle chino. —Quizá sí, quizá no. Éste, algún otro. No sé. Fannie está con Dios.

Me volví, con ciento noventa kilos de peso, y me incliné hacia la puerta, el periódico doblado en la mano.

—Ojalá yo también estuviera con Dios —dije—. Por favor, ¿puedo usar el teléfono?

Una corazonada evitó que llamara al número del *Envidia Verde*, en cambio, tras contar los nudos, marqué el número de la cuerda de Henry.

—Publicaciones Jano —contestó una voz nasal—. *Envidia Verde*. Un momento, por favor.

Dejaron caer el auricular. Oí unas lentas pisadas que se alejaban entre montones invernales de papel arrugado.

—¡Coincide! —grité, y asusté a la señora Gutiérrez, que saltó hacia atrás—. El número coincide —chillé al periódico *Envidia Verde*, que tenía en la mano. Por alguna razón, Henry había registrado el número de Publicaciones Jano en una cuerda anudada.

—¡Aló, aló! —grité.

Lejos, en el despacho del *Envidia Verde*, oí gritar a un maniático atrapado y electrocutado por un comando de guitarras coléricas. Un rinoceronte y dos hipopótamos bailaban el fandango en el retrete para refutar la música. Alguien escribía a máquina en medio del cataclismo. Otra persona tocaba la armónica acompañado por un baterista diferente.

Esperé cuatro minutos y luego colgué con violencia, y salí tempestuosamente de casa de la señora Gutiérrez, rabiando.

—Señor —llamó la señora Gutiérrez—, ¿por qué está tan enfadado?

—Enfadado, enfadado, ¡quién está enfadado! —vociferé—. Demonios, la gente no responde al teléfono, no tengo dinero para llegar a ese maldito lugar en alguna parte de Hollywood, y no tiene sentido volver a llamar, ese teléfono de mierda está descolgado, y el tiempo vuela y dónde diablos está Henry. ¡Está muerto, maldita sea!

No está muerto, tenía que haber dicho la señora Gutiérrez, sólo está dormido.

Pero no lo dijo, y le agradecí su silencio. Me abalancé al pasillo sin saber qué hacer. Ni siquiera tenía dinero para tomar el estúpido tren rojo a Hollywood. Yo...

—¡Henry! —grité en la caja de la escalera.

—¿Sí? —dijo una voz a mis espaldas.

Me volví. Y grité. Allí no había nada más que oscuridad.

—Henry. ¿Eres...?

—Yo —dijo Henry, y avanzó hacia la luz escasa—. Cuando Henry decide esconderse, se esconde de verdad. Santo Dios, Axilas estuvo aquí. Creo que sabe que sabemos que sabe. Salí pitando de mi apartamento cuando lo oí rondar por la galería frente a mi ventana; tiré todo y salté. Dejé algunas cosas en el suelo, no me importa. ¿Las encontraste?

—Sí. Tu bastón. Y la cuerda con nudos que son números.

—¿Quieres que te cuente lo de los nudos, lo del número?

—Sí.

—Oí que lloraban en el pasillo, la víspera del día en que Fannie nos dejó para siempre. Y la encuentro ahí, en mi puerta. Abro para que entre toda esa tristeza. Rara vez se la ve arriba, subir las escaleras la mata. No debí hacerlo, no, no debí hacerlo, dice, toda la culpa es mía, dice, una y otra vez. Cuida esta porquería, Henry, toma, qué estúpida soy, me dice, y me dio unos discos viejos y unos periódicos, son especiales, me dijo, y le di las gracias y pensé qué diablos, y se marchó por el pasillo llorando y lamentando ser una estúpida y puse los viejos periódicos en un rincón, y los discos, y no volví a recordarlo hasta después de que Fannie fue homenajeadada y cantada y enterrada, y esa mañana pasé la mano por encima de esos estúpidos periódicos y me dije, ¿qué es esto? Y llamé a la señora Gutiérrez y le dije «¿Qué es?», y en mexicano y en inglés recorrió el periódico y vio las palabras, las has visto, marcadas con tinta, las mismas palabras en cinco entregas diferentes y el mismo número, y empecé a preguntarme por qué Fannie lloraba tan fuerte y qué era ese

número, así que hice los nudos y llamé. ¿Probaste tú?

—Sí, Henry —dije—. Acabo de encontrar el mismo periódico en la habitación de Fannie. ¿Por qué no me dijiste que los tenías?

—¿Para qué? Parecía estúpido. Cosas de mujeres. Quiero decir, ¿lo leíste? La señora Gutiérrez lo leyó, mal, pero lo leyó en voz alta. Me reí. Dios, me dije, son estupideces, verdaderas estupideces. Pero ahora he cambiado de idea. ¿Quién podría leer y creer en estupideces así?

—Fannie —dije finalmente.

—Ahora, dime. Cuando llamaste, ¿te contestó un cabrón que te hizo esperar y nunca volvió?

—Un cabrón, sí.

Henry empezó a conducirme hacia la puerta abierta de su apartamento. Lo dejé hacer, como si el ciego fuera yo.

—¿Cómo se las arreglan para que *funcione* un negocio así? —se preguntó.

Estábamos ante su puerta. Dije: —Supongo que cuando todo importa un rábano, la gente te tira dinero.

—Sí, ése fue siempre mi problema. Las cosas me importaban demasiado. Así que nunca nadie me tiró nada. Diablos, de todos modos tengo un montón de billetes.

Se interrumpió, porque había oído que yo contenía el aliento.

—Ése —dijo, inclinando tranquilamente la cabeza y sonriendo— es el sonido de alguien que quiere pedirme prestados los ahorros de toda una vida.

—Sólo si tú me acompañas, Henry. Para ayudarme a encontrar al tipo que le hizo daño a Fannie.

—¿Axilas?

—Axilas.

—Mi nariz está a tu servicio. Te sigo.

—Necesitamos dinero para tomar un taxi, para ganar tiempo, Henry.

—Nunca he tomado un taxi en mi vida, ¿por qué habría de hacerlo ahora?

—Tenemos que llegar al periódico antes de que cierren. Cuanto antes encontremos lo que buscamos, mejor será. No quiero pasar una noche más preocupado por ti, aquí, en la casa, o por mí, allá en la playa.

—Axilas tiene dientes, ¿eh?

—Vale más que lo creamos.

—Adelante. —Se puso a dar vueltas por la habitación, sonriendo.— Veamos dónde esconde un ciego su dinero. Por toda la habitación. ¿Quieres ochenta dólares?

—Dios mío, no.

—¿Sesenta? ¿Cuarenta?

—Veinte o treinta bastarán.

—Bueno, pues al diablo. —Henry bufó, se detuvo, rió, y extrajo un gran fajo de billetes del bolsillo. Se puso a contar.— Aquí tienes, cuarenta.

—Tardaré un tiempo en devolvértelo.

—Si damos con el que empujó a Fannie, no me debes nada. Coge el dinero. Busca mi bastón. Cierra la puerta. ¡Vamos! Vamos a buscar a ese estúpido conejito que contesta el teléfono y se va de vacaciones.

En el taxi, Henry resplandecía de alegría ante todas las fuentes de olores y perfumes que no podía ver.

—Esto es muy elegante. Nunca antes había oído un taxi. Éste es nuevo y va rápido.

No pude resistirlo. —Henry, ¿cómo has hecho para ahorrar tanto?

—Yo no los veo, no los toco, ni siquiera los huelo, pero los juego a los caballos. Tengo amigos en el hipódromo. Ellos escuchan y apuestan por mí. Apuesto más y pierdo menos que la mayoría de idiotas que ven. Y el dinero va creciendo. Cuando se junta mucho, me doy un salto a casa de esas mujeres, feas según dicen, justo enfrente. Horrorosas, dicen, pero me importa un pepino. Un ciego es un ciego, y... ¿dónde estamos?

—Aquí —dije.

Habíamos llegado a un callejón, en un barrio calamitoso de Hollywood, al sur del bulevar. Henry aspiró profundamente.

—No es Axilas. Pero es primo hermano. Cuídate.

—Regreso enseguida.

Descendí. Henry se quedó en el asiento trasero, el bastón entre las piernas, los ojos apaciblemente cerrados.

—Voy a escuchar el taxímetro —dijo— para asegurarme de que no marche demasiado rápido.

**H**abía oscurecido hacía rato y era de noche cuando remonté el callejón, los ojos clavados en la escalera de incendios de un edificio, en donde había un letrero luminoso con la efigie del gran dios bifronte Jano. La lluvia le había arruinado la mitad de una cara. El resto no tardaría en desaparecer.

Aun a los dioses, pensé, no les va bien este año.

Trepé a la primera planta esquivando a varios hombres y mujeres jóvenes con rostros de viejos, encorvados como perros exhaustos, fumando; les pedía permiso, me excusaba, pero a nadie parecía importarle. Una vez arriba, entré.

Las oficinas daban la impresión de no haber sido limpiadas desde la guerra civil. Había bolas de papel y papeles arrugados en cada centímetro, pulgada y metro del suelo. Había centenares de viejos periódicos, arrugados y amarillos, en los bordes de las ventanas y sobre los escritorios. Tres papeleras estaban vacías. Quienquiera que hubiese lanzado los manojos de papel, había fallado diez mil veces. Vadeé una marea que me llegaba a los tobillos. Pisé cigarrillos secos, colillas, y —creí oír el crujido de unos pequeños tórax— cucarachas. Encontré el teléfono abandonado bajo un escritorio cubierto de nieve, levanté el auricular, escuché.

Pensé que alcanzaba a oír el tráfico que discurría bajo la ventana de la señora Gutiérrez. Qué absurdo. Ella tenía que haber colgado hacía mucho tiempo.

—Gracias por esperar —dije.

—Eh, tú, ¿qué buscas?

Colgué y me volví.

Un hombre alto y enjuto, con una gota de agua en la punta de la delgada nariz, se acercó abriéndose paso por la marea de papeles. Me estudió con ojos amarillos de nicotina.

—Llamé hace cerca de media hora —dije, señalando el teléfono con un ademán—. Acabo de colgarme a mí mismo.

El hombre miró el teléfono, se rascó un rato la cabeza, y al fin entendió. Esbozó una débil sonrisa y dijo:

—Mierda.

—Es exactamente lo que pienso.

Tuve la impresión de que se sentía orgulloso de no volver nunca al teléfono; era preferible inventarte tus propias noticias.

—Eh, tío —dijo, encontrando una nueva idea para reemplazar la anterior. Era un pensador de esos que tienen que sacar los muebles antes de meter las vacas—. No, no serás el poli, por casualidad.

—No, sólo las plumas bien dispuestas.

—¿Eh?

—¿Recuerda los Two Black Crows?

—¿Eh?

— 1926. Dos blancos con caras pintadas de negro que hablaban de las plumas bien dispuestas. La pelusa. La piel del melocotón. Olvídelo. ¿Lo escribió usted? —Le extendí la página de *Jano, la Envidia Verde*, con el anuncio terriblemente triste en la parte baja.

Lo miró parpadeando. —Diablos, no. Es legítimo. Nos lo enviaron.

—¿Ha pensado alguna vez en lo que puede estar provocando con un anuncio así?

—Eh, bueno, nosotros no los leemos, sólo los imprimimos. Éste es un país libre, ¿no? ¡Déjame verlo! —Cogió el anuncio y lo escrutó, moviendo los labios.— Ah, claro, ése. Gracioso, ¿eh?

—¿Se da cuenta de que alguien puede leer a este cabrón y creer lo que dice?

—Vamos, hombre, dame un respiro. Mira, ¿por qué no te tiras por las escaleras y me dejas en paz? —Me devolvió el periódico bruscamente.

—No pienso irme sin el número de teléfono de este degenerado.

Me miró parpadeando, estupefacto, y luego se rió.

—Es información confidencial que nadie conoce. Si quieres escribirle, perfecto. Nosotros le hacemos llegar las cartas. O él viene a recogerlas.

—Es una emergencia. Alguien ha muerto. Alguien... —Me quedé sin combustible y miré alrededor el océano de papeles en el suelo. Sin reflexionar, saqué

una pequeña caja de cerillas.

—Parece que aquí hay un alto riesgo de incendio —dije.

—¿Por qué riesgo de incendio?

Recorrió con la mirada un año de papeles arrugados, latas de cerveza vacías, vasos de papel y viejos envoltorios de hamburguesas. No pudo dejar de mostrar una expresión de enorme orgullo. Los ojos casi le bailaron mirando las cajas de cinco o seis litros de leche que se dedicaban a manufacturar penicilina en los alféizares de las ventanas, junto a unos calzoncillos negligentemente abandonados que daban al lugar un verdadero toque de clase.

Encendí una cerilla.

—Eh —dijo el hombre.

Soplé la primera cerilla, para mostrarle hasta qué punto era un buen jugador, y viendo que él no tenía ninguna intención de ayudarme, encendí la segunda.

—¿Qué pasaría si la tirara al suelo?

Miró el suelo por segunda vez. El montón de papel le lamía los tobillos. Si hubiese dejado caer la cerilla, el fuego lo hubiese alcanzado en unos cinco segundos.

—No irás a tirarla —dijo.

—¿No? —La apagué y encendí la tercera.

—Tienes un torcido sentido del humor, ¿no?

Tiré la cerilla.

El hombre gritó y dio un salto.

Pisé la llama antes de que se extendiera.

—¡Ahora, largo de aquí! Tú...

—Espere. —Encendí una última cerilla y me agaché, protegiendo la llama, cerca de una media tonelada de borradores arrugados, viejas tarjetas de visita y sobres rotos.

Acerqué la llama aquí y allá, y el papel empezó a arder.

—¿Qué diablos quieres?

—Sólo un número de teléfono. Eso es todo. De cualquier manera, no tendré la dirección, y no podré llegar hasta él, no podré encontrarlo. Pero quiero ese teléfono, maldita sea, o arde todo este lugar.

Advertí que mi propia voz había subido unos diez decibeles, a un tono de maníaco. Fannie se debatía en mis venas. Muchos otros muertos gritaban en mis pulmones, pugnando por salir.

—¡Démelo! —grité.

Las llamas estaban extendiéndose.

—Mierda, hombre, apaga el fuego, tendrás tu maldito número telefónico. ¡Mierda, muévete!

Salté sobre el fuego y bailé encima. Las llamas murieron, levantando humo, y en ese instante el señor Jano, el redactor jefe que miraba en dos direcciones a la vez, encontró el número en el Rodolex.

—Ten, maldita sea, ten tu maldito número. Vermont cuatro-cinco-cinco-cinco. ¿Lo tienes? ¡Cuatro-cinco-cinco-cinco!

Encendí una última cerilla hasta que él me puso la tarjeta del Rodolex delante de la nariz.

«Alguien que te amó», decía, y el teléfono.

—¡Vamos, ya! —chilló el redactor jefe.

Apagué la cerilla. Hundí los hombros, de pronto aliviado.

Fannie, me dije, lo conseguiremos.

Lo dije, sin duda, en voz alta, porque el redactor, la cara color morado, me roció de saliva: —¿Qué vas a conseguir?

—Que me maten —dije, bajando las escaleras.

—¡Eso espero! —lo oí gritar detrás de mí.

Abrí la puerta del taxi.

—El taxímetro está corriendo como un loco —dijo Henry, en el asiento de atrás—. Gracias a Dios soy rico.

—Enseguida vuelvo.

Hice señas al taxista para que me siguiera a una esquina donde había una cabina telefónica.

Titubeé largo rato; tenía miedo de marcar el número, miedo de que alguien respondiese.

¿Qué se le puede decir a un asesino a la hora de la cena?, me pregunté.

**M**arqué el número.  
Alguien que te amó, hace mucho tiempo.

¿Quién podía responder a un anuncio tan imbécil?

Cualquiera de nosotros, en la noche adecuada. La voz del pasado, haciéndote recordar una caricia familiar, un aliento tibio en la oreja, un acceso de pasión, como el golpe de un rayo. Quién de nosotros no es vulnerable, pensé, cuando se trata de esa voz de las tres de la mañana. O cuando despierta después de medianoche y descubre que alguien llora, y que es uno mismo, y que tiene lágrimas en la barbilla, y que ni siquiera sabía que durante la noche había tenido un mal sueño.

Alguien que te amó...

Y ahora, ¿dónde está ella? ¿Dónde está él? ¿Aún con vida en algún lugar? Es imposible. Demasiado tiempo ha pasado. Aquel que me ama no puede estar aún en el mundo, en algún lugar. ¿Y entonces? ¿Por qué no llamar, como había decidido?

Llamé tres veces y volví a sentarme junto a Henry en el asiento de atrás del taxi, escuchando correr el taxímetro. —No te preocupes —dijo—. El taxímetro no me molesta. Hay cantidades de caballos esperando y un fajo de billetes en perspectiva. Ve a marcar el número otra vez, muchacho.

El muchacho fue a llamar.

Esta vez muy lejos, en otro país, parecía, un hombre que se había nombrado a sí mismo director de pompas fúnebres contestó el teléfono.

—¿Sí? —dijo una voz.

Al fin pregunté, sin aliento: —¿Quién habla?

—Es precisamente lo que yo quisiera preguntar —dijo la cautelosa voz—: ¿quién habla?

—¿Por qué ha tardado tanto en contestar? —Podía oír ruidos de tránsito en el otro extremo del hilo.

Era una cabina pública, en un callejón, en algún lugar de la ciudad. Dios, pensé, hace lo mismo que yo. Utiliza la cabina más cercana como despacho.

—Bueno, si no tiene intención de hablar... —dijo la voz en el otro extremo.

—Espere —dije. Creo que conozco esa voz, pensé. Déjeme oírla un poco más—. Vi el anuncio en *Jano*. ¿Puede ayudarme?

La voz del otro extremo se ablandó, complacida con mi desesperación. —Puedo ayudar a cualquiera en cualquier lugar y en cualquier momento —dijo, con tranquilidad—. ¿Es usted uno de los Solitarios?

—¿Qué? —grité.

—¿Es usted uno de los...?

Había dicho Solitarios. Y eso era suficiente.

Yo estaba de vuelta en casa de Crumley, atrás en el tiempo, de vuelta a bordo del gran tranvía que doblaba una curva bajo la lluvia helada. La voz del teléfono era la misma que la de aquella noche tormentosa, la voz que hablaba de la muerte y la soledad, la soledad y la muerte, media vida atrás. Primero el recuerdo de una voz, luego la sesión en que Crumley me golpeaba la cabeza, y ahora esta voz real en el teléfono. Pero yo no alcanzaba a reconocer esa voz. Cercana, familiar, lo tenía en la punta de la lengua, pero...

—¡Hable más fuerte! —casi llegué a gritar.

Hubo un intervalo de sospecha en el otro lado. Durante ese momento, oí los más hermosos sonidos de media vida.

El viento que soplaba en el otro extremo. Pero más todavía: las olas que rompían, cada vez más sonoras, más cercanas, hasta que casi las sentí rodar bajo mis pies.

—¡Oh, Dios, sé dónde está! —grité.

—Imposible —dijo la voz del teléfono, y colgó.

Pero demasiado tarde. Furioso, miré el teléfono mudo y lo apreté en la mano.

—¡Henry! —grité.

Henry se asomó por la ventanilla del taxi, la mirada fija en la nada.

Me caí al subir al coche.

—¿Aún estás conmigo?

—Si no lo estoy —dijo Henry—, ¿dónde estoy? Dile al conductor a dónde vamos.

Se lo dije. Partimos.

**E**l taxi se detuvo, las ventanillas bajas. Henry inclinó hacia delante una cara que parecía la proa de un barco sombrío.

—No he estado aquí desde la infancia. Ese olor es de océano. ¿Y ese otro? ¿A podrido? El muelle. ¿Es aquí donde vive el escritor?

—¿El gran novelista americano? Así es.

—Espero que tus novelas huelan mejor que esto.

—Si llego a vivir, quizá. ¿Podemos hacer esperar al taxi, Henry?

Henry se humedeció el pulgar, separó tres billetes de veinte dólares y los extendió por encima del asiento delantero.

—¿Esto te tranquilizará un poco, hijo?

—Con esto —dijo el conductor del taxi cogiendo el dinero— estoy pagado hasta medianoche.

—Todo habrá acabado antes —dijo Henry—. Muchacho, ¿sabes lo que haces?

Antes de que yo pudiera responder, una ola rompió bajo el muelle.

—Suena como el metro de Nueva York —dijo Henry—. No dejes que te pille.

Dejamos nuestro taxi al pie del muelle de Venice. Intenté guiar a Henry en la oscuridad.

—No necesito que me guíen —dijo—. Sólo avísame si hay cables, sogas o adoquines sueltos. Tengo un codo sensible, no le gusta que lo toquen.

Lo dejé continuar solo, orgulloso.

—Espera aquí —le dije—. Retrocede unos tres pasos. Ahí no te pueden ver. Cuando regrese, sólo diré una palabra: «Henry», y me dirás qué hueles, ¿de acuerdo? Después, regresa corriendo al taxi.

—Aún puedo oír el ruido del motor, de acuerdo.

—Dile al taxista que te lleve a la comisaría de Venice. Pregunta por Elmo Crumley. Si no está, haz que lo llamen a su casa. Tiene que venir aquí contigo, lo antes posible, una vez que hayamos puesto todo en movimiento. Es decir, si se pone en movimiento. Quizá, después de todo, esta noche no necesitemos tu nariz.

—Espero que sí. He traído el bastón para golpear a ese tipo. ¿Me dejarás golpearlo una vez?

Vacilé. —Una vez —dije—. ¿Estás bien, Henry?

—El hermano Zorro está bien escondido.

Me alejé, sintiéndome el hermano Conejo.

**E**l muelle nocturno era el cementerio de los elefantes, repleto de huesos oscuros, cubierto por una capa de niebla y acosado por el mar, que se precipitaba para sepultar, descubrir y volver a sepultar.

Avancé con precaución frente a las tiendas, los apartamentos del tamaño de una caja de zapatos y las salas de poker cerradas, notando, a mi paso, un teléfono aquí y

allá, en alguna cabina sin luz, esperando a que se lo llevaran al día siguiente o la semana próxima.

Seguí el camino entarimado, pisando los suspiros, los susurros y los estertores del bosque húmedo y seco. La estructura entera crujió y se volcaba como un barco que se hunde. Dejé atrás banderas y señales rojas de advertencia que decían peligro, y pasé por encima de cadenas tendidas, y me encontré allí donde ya no me era posible seguir, en el extremo del muelle, y me volví para observar las puertas tapiadas y los toldos enrollados y claveteados.

Me deslicé en la última cabina telefónica y rebusqué en mis bolsillos maldiciendo hasta encontrar monedas que Henry me había dado. Metí una en la ranura y marqué el número.

—Cuatro... cinco... cinco... cinco —susurré, y esperé.

En ese momento, la gastada correa de mi reloj Mickey Mouse se rompió de pronto. El reloj cayó al suelo de la cabina. Maldiciendo, lo levanté y lo puse en la tabla de debajo del teléfono. Luego escuché. Oí sonar el teléfono en la otra punta, lejos.

Dejé caer el auricular. Salí de la cabina y volví a escuchar, cerrando los ojos. Al principio sólo sentí el profundo desplazamiento de la marea bajo mis pies, que sacudió las maderas. Finalmente, haciendo un esfuerzo, conseguí oír.

Más abajo, hacia la mitad del muelle, sonó un teléfono.

¿Coincidencia?, pensé. Por todas partes hay teléfonos que suenan sin descanso. ¿Pero aquél, a cien metros, ahora? ¿Era mi llamada?

Un pie en la cabina, un pie afuera, cogí el auricular y lo puse en la horquilla.

Lejos, en la noche azotada por el viento, el otro teléfono dejó de sonar.

Lo que tampoco probaba nada.

Volví a meter la moneda y a marcar el número.

Una profunda inspiración y...

El teléfono, en su féretro de vidrio, a medio año luz de distancia, empezó a sonar otra vez.

Di un salto y sentí un dolor en el pecho. Sentí que los ojos se me abrían y que mi boca aspiraba aire frío.

Dejé que el teléfono sonara. Me quedé fuera de la cabina, esperando a que alguien, allá en la noche, saliera corriendo de un callejón, o de un toldo empapado, o de detrás del viejo juego Derriba una botella de leche. Alguien, como yo, tendría que contestar. Alguien que, como yo mismo, saltaba de la cama a las dos de la mañana y se precipitaba bajo la lluvia para hablarle al sol de México, donde la vida siempre se movía y caminaba, y parecía no morir nunca. Alguien.

El muelle entero continuó a oscuras. En las ventanas de las barracas no apareció ninguna luz. Ningún toldo se apartó, susurrando. El teléfono sonaba. La marea se paseó bajo los maderos, buscando a alguien, quienquiera, que contestase. El teléfono sonaba y sonaba. Yo mismo quería correr a contestar el maldito aparato, sólo para que

callase.

Dios Santo, pensé. Recupera tu moneda. Y...

Entonces, sucedió.

Un rayo de luz apareció rápidamente y desapareció. Algo se movió, allá, frente a la cabina. El teléfono sonaba. El teléfono sonaba. Y alguien lo escuchaba desde la sombra, indeciso. Vi una cosa blanca que se volvía y supe que el desconocido escrutaba el muelle, inquieto, prudente, inquisidor.

Me quedé paralizado.

El teléfono sonaba. Y al fin la sombra se movió, el rostro vuelto hacia el otro lado, tendiendo la oreja. De pronto la sombra echó a correr.

Salté a la cabina y cogí el auricular justo a tiempo.

Clic.

En el otro extremo, oí una respiración. Luego una voz de hombre dijo, al fin:

¡Oh, Dios mío!, pensé. Es la misma. La voz que oí una hora antes, en Hollywood.

Alguien que te amó, hace mucho tiempo.

Quizá lo dije en voz alta.

Hubo una larga pausa, una espera, un jadeo en el otro extremo.

—¿Sí?

Sentí que la voz me traspasaba la oreja, luego el corazón.

Reconozco esa voz, me dije.

—Oh, Dios —dije con voz ronca—. ¡Es usted!

Aquello tuvo que perforarle la cabeza. Oí cómo aspiraba toda una tempestad y la dejaba salir violentamente.

—¡Váyase al diablo! —gritó—. ¡Vayase al infierno!

No colgó. Sólo dejó que el auricular al rojo vivo cayera, se golpeará, y bailara del extremo de una cuerda de ahorcado. Oí que unos pasos se alejaban precipitadamente.

Para cuando salí de la cabina, el muelle estaba desierto. La luz débil había desaparecido. Sólo unos trozos de viejos periódicos barrían el entarimado cuando me obligué a caminar, no a correr, los ochenta largos metros que me separaban del otro teléfono. Encontré el auricular; se balanceaba y golpeaba el cristal frío de la cabina.

Lo levanté y escuché.

Pude oír mi reloj Mickey Mouse de diez dólares en el otro extremo, en la otra cabina, a cien kilómetros de allí.

Si tenía la suerte de permanecer con vida, iría a salvar al ratón.

Colgué aquel teléfono y me volví, observando todos los pequeños edificios, las barracas, los escaparates de las tiendas, los puestos de juego definitivamente cerrados, preguntándome si iría a hacer una locura.

La hice.

Caminé cerca de sesenta metros hasta una tienda pequeña. Me detuve allí al acecho. Allí dentro había alguien que se movía, que quizá se vestía en la oscuridad. Oí susurros y a alguien que hablaba entre dientes, enfadado, preguntándose dónde

estaban los calcetines, dónde los zapatos y dónde la maldita corbata. O quizá sólo fuera la marea bajo el muelle, inventando mentiras que nadie podría verificar jamás.

Los refunfuños cesaron. El hombre tuvo que haber sentido mi presencia detrás de la puerta. Oí pasos que se aproximaban. Di un salto hacia atrás, torpemente, advirtiendo que no tenía nada en las manos. Ni siquiera se me había ocurrido llevar el bastón de Henry como arma.

La puerta se abrió con una prontitud salvaje.

Miré el interior.

Insensatamente, vi dos cosas a la vez.

Al fondo, en una pequeña mesa a media luz, una pila de papeles amarillos, marrones y rojos, envoltorios de Clark, de Crunches de Nestlé y de Power House.

Luego...

La sombra minúscula, el pequeño hombre que me miraba con ojos sorprendidos, como si saliera de un sueño de cuarenta años.

A. L. Shrank en persona.

Lector de tarot, frenólogo, psiquiatra de bazar, psicólogo diurno y nocturno, astrólogo, numerólogo freudiano-jungiano-zen y fracasado integral, de pie frente a mí, abotonándose la camisa con dedos maquinales, intentando verme con ojos inmovilizados por alguna droga, o por mi inepta baladronada.

—Vete al diablo —dijo de nuevo, con voz tranquila.

Luego añadió, con una suerte de sonrisa repentina y vacilante:

—Entra.

—No —susurré. Luego lo repetí más fuerte—: No. Salga usted.

**E**l viento soplaba en la dirección equivocada, o quizá en la correcta, esta vez. Dios mío, pensé de pronto, dando un paso atrás, luego manteniéndome firme. Todos esos otros días, ¿cómo sopló el viento? ¿Cómo pude no haberlo notado? Por un hecho de condenada sencillez, pensé. Había tenido un catarro diez días seguidos. Sin nariz para nada. Sin nariz.

Oh, Henry, pensé, tú y tu nariz siempre alzada, siempre curiosa, conectada a toda esa resplandeciente atención interior. Oh, hábil Henry, atravesando una calle invisible a las nueve de la noche, y olfateando la camisa y la ropa interior mientras la Muerte cruza en dirección contraria.

Miré a Shrank y sentí que se me crispaba la nariz. El sudor, el primer olor, de derrota. La orina, el segundo olor, de odio. Y luego, ¿qué mezclas? Los emparedados de cebolla, los dientes sucios, el aroma de la autodestrucción. Llegaba como una nube de tormenta, de inundación, desde el hombre. Yo hubiera podido encontrarme en una playa desierta, con una ola de treinta metros de altura dispuesta a aplastarme. De pronto conocí un temor enfermizo. La boca se me secó mientras mi cuerpo se cubría de sudor.

—Entra —repitió A. L. Shrank, vacilante.

En cierto momento, pensé que caminaría hacia atrás como un cangrejo. Pero entonces advertí mi ojeada a la cabina telefónica justo enfrente de la tienda, y mi otra ojeada al teléfono del extremo del muelle, donde estaba mi reloj Mickey Mouse, y *supo*. Antes de que pudiera volver a abrir la boca, llamé a las sombras.

—¿Henry?

La oscuridad se movió en la oscuridad. Los zapatos de Henry rasparon el suelo cuando me respondió, con una voz cálida y reposada: —¿Sí?

Los ojos de Shrank se apartaron de mí para posarse en el lugar en que la voz de Henry movía las sombras.

Al fin pude decir: —¿Axilas?

Henry aspiró profundamente y exhaló.

—Axilas —dijo.

Asentí. —Sabes lo que tienes que hacer.

—Oigo el taxímetro —dijo Henry.

Miré de reojo cómo se alejaba, se detenía y alzaba la mano.

Shrank se echó hacia atrás. Yo también. El bastón de Henry atravesó los aires y cayó en los tablones con un ruido seco.

—Podrías necesitarlo —dijo Henry.

Shrank y yo nos quedamos mirando el arma sobre el muelle.

El ruido del taxi que se alejaba me impulsó hacia adelante. Tomé el bastón y me lo llevé al pecho, como si pudiese servirme contra un cuchillo o un revólver.

Shrank observó las luces del taxi, que se desvanecían a lo lejos.

—¿Qué diablos fue todo eso? —dijo.

Detrás de él, Schopenhauer, Nietzsche, Spengler y Kafka se apoyaron unos contra otros, se hundieron en el polvo y susurraron, sí, ¿qué fue todo eso?

—Espera a que busque mis zapatos. —Shrank desapareció.

—No busque nada más —grité.

Esto le arrancó una risa forzada.

—¿Qué podría buscar? —soltó, invisible, revolviéndolo todo. Al fin vino a la puerta y me mostró un zapato en cada mano—. Ni cuchillos, ni pistolas. —Se los calzó, pero no se anudó los cordones.

No pude creer lo que vi después. Las nubes que cubrían Venice decidieron retirarse, revelando una luna llena.

Los dos elevamos los ojos, intentando determinar si aquello era bueno o malo, y para quién de los dos.

La mirada de Shrank se desvió hacia la costa y a lo largo del muelle.

—Lloró como no sé qué al ver tales cantidades de arena —dijo. Enseguida resopló—. Venid, ostras, dijo el carpintero, y las cogió estrechamente de la mano. Un paseo agradable, una charla agradable, a lo largo de la playa dorada.

Eché a caminar. Yo no me moví. —¿No va a cerrar la puerta?

Shrank volvió apenas la cabeza y echó un vistazo por encima del hombro a los libros apiñados como buitres de plumas negras y ojos de oro polvoriento, esperando en los estantes el toque que da vida. En coros invisibles, entonaron canciones bárbaras que yo tenía que haber oído mucho tiempo atrás. Mis ojos recorrieron una y otra vez las estanterías.

Dios mío, ¿cómo no lo había visto antes?

Esa temible escarpadura poblada de ruinas, esa alineación de fracasos, ese apocalipsis literario de guerras, miserias, enfermedades, pestes, depresiones, ese aguacero de pesadillas, ese hoyo de delirios y laberintos en los que ratones delirantes y ratas enloquecidas nunca encontraban la luz ni conseguían escapar. Esa hilera de sospechosos degenerados y epilépticos que bailaban al borde de precipicios superpuestos, donde los equipos de la náusea y el asco esperaban el relevo de otros equipos en sombras más altas.

Algunos autores, algunos libros..., bien. Un Poe aquí o un Sade allí son un poco de condimento. Pero aquélla no era una biblioteca; era un matadero, una mazmorra, una torre que guardaba diez docenas de hombres con máscaras de hierro que deliraban en silencio, para siempre.

¿Cómo no lo había mirado seriamente y cómo no había comprendido?

Porque Rumpelstiltskin era el bibliotecario.

¡Incluso ahora, mirando a Shrank, me decía que en cualquier momento se cogería un pie y se desgarraría de arriba abajo cayendo en dos pedazos!

Era hilarante.

Lo que lo hacía todavía más terrible.

—Esos libros —dijo Shrank, al fin, rompiendo el hechizo, sin mirarlos, los ojos elevados hacia la luna— no se preocupan por mí. ¿Por qué preocuparme por ellos?

—Pero...

—Además —dijo—, ¿quién podría querer robar *La decadencia de Occidente*?

—¡Creí que amaba su colección!

—¿Amar? —Shrank parpadeó una vez.— Dios mío, ¿no te das cuenta? Lo detesto todo. Nombra cualquier cosa, no hay nada en el mundo que me guste.

Se encaminó a grandes zancadas hacia el sitio en que Henry se había alejado con el taxi.

—¿Vienes o no? —dijo.

—Voy —dijo.

**E**s un arma?

Caminamos con lentitud, atentos el uno al otro. Me sorprendió descubrir el bastón de Henry en mis manos.

—No, una antena, creo —dijo.

—¿De un insecto muy grande?

—De uno muy ciego.

—¿Puede encontrar el camino sin esa antena? ¿Y adonde va a estas horas de la noche?

—A dar una vuelta. Vuelve pronto —mentí.

Shrank era un detector de mentiras. Poco le faltó para torcerse de regocijo al escucharme. Aceleró el paso, se detuvo, examinó.

—He creído entender que se guía por el olfato. Oí lo que le preguntaste y lo que te respondió.

—¿Axilas? —dije.

Shrank se encogió dentro de sus viejas ropas, y sus ojos miraron de soslayo primero el brazo izquierdo, luego el derecho, y al fin descendieron a lo largo de una historia de manchas y de colores desteñidos por los años.

—Axilas —repetí.

Era una bala en pleno corazón.

Shrank se tambaleó, se enderezó.

—¿Adonde vamos, y por qué? —dijo, jadeando. Yo alcanzaba a sentir los latidos del conejo bajo la grasicnta corbata.

—Pensé que era usted quien mostraba el camino. Sólo sé una cosa. —Avancé, esta vez medio paso delante de él.— Henry el ciego buscaba unas camisas sin lavar, ropa interior sucia, mal aliejado. Los encontró y me los señaló.

No repetí el espantoso epíteto. Pero Shrank se encogía con cada palabra.

—¿Para qué me querría un ciego? —dijo Shrank al fin.

Yo no quería decirlo todo de una vez. Tenía que ponerlo a prueba, tantear el terreno. —Por el *Jano, la Envidia Verde* semanal —dije—. He visto varios ejemplares en casa de Henry, por la ventana.

Era pura mentira, pero le dio en pleno estómago.

—Sí, sí —dijo Shrank—. ¿Pero un ciego, y tú...?

—Porque —inspiré profundamente y lo dejé salir— usted es el señor arréglalo-todo.

Shrank cerró los ojos, revolvió unos pensamientos, eligió una reacción. Rió.

—¿Arréglalo-todo? ¡Arréglalo-todo! ¡Qué ridículo! ¿Por qué lo dices?

—Porque —seguí caminando, obligándolo a trotar detrás de mí como un perrito, y le hablé a la bruma que se acumulaba delante de mí— Henry sintió el olor de alguien que cruzaba la calle, hace varias noches. Había el mismo olor en el pasillo de la casa, y aquí, esta noche. Y ese olor es el de usted.

Las palpitaciones de conejo volvieron a estremecer al hombrecillo. Pero por ahora estaba a salvo. ¡Yo no había probado nada!

—¿Por qué —dijo, entrecortadamente— habría de rondar una miserable casa de vecindad en la que no tengo la menor intención de vivir? ¿Por qué?

—Porque —dije— usted buscaba Solitarios. Y yo, pobre estúpido, más ciego que Henry, ayudé a que los encontrara. Fannie tenía razón. ¡Constance tenía razón! Yo fui

en verdad el mensajero de la Muerte. ¡Dios, yo fui el apestado! Yo llevaba la enfermedad, lo llevaba a usted, dondequiera que iba. O, al menos, usted venía detrás. Para encontrar Solitarios —un redoble, un respiro—. Solitarios.

En ese momento Shrank y yo tuvimos juntos un escalofrío casi convulsivo. Yo había dicho una verdad como la tapadera de un horno, levantada de pronto de modo que el calor subió a quemarme la cara, la lengua, el corazón. ¿Y Shrank? Yo le estaba describiendo una existencia hasta entonces insospechada, la necesidad que no dejaba de acuciarlo, lo que aún no había sido revelado y admitido; pero yo sabía que al menos había levantado la placa de amianto y había sacado el fuego a la luz.

—¿Cuál era esa palabra? —preguntó Shrank, a unos diez metros, inmóvil como una estatua.

—Solitarios. Fue usted quien lo dijo. Habló de ellos el mes pasado. Solitarios.

Y era verdad. Una procesión fúnebre de almas pasó en un soplo, caminando en silencio, en estelas de niebla. Fannie y Sam y Jimmy y Cal y todos los demás. Nunca les había puesto el rótulo adecuado. Nunca había visto lo que tenían en común.

—Estás desvariando —dijo Shrank—. Adivinando. Inventando. Mintiendo. Nada de eso tiene que ver conmigo.

Pero estaba mirando la manera en que las mangas le descubrían las magras muñecas y las marcas que los sudores nocturnos le habían dejado en el abrigo. Parecía que él disminuyera ante mis ojos. Se retorció en su propia piel pálida, debajo.

Decidí atacar.

—Santo Dios, incluso ahora se está pudriendo. Usted es una afrenta. Lo detesta todo, no importa qué. Acaba de decírmelo. Así que ataca todo eso con mugre, con mal aliento. Los calzoncillos de usted son su verdadera bandera, y los iza en un mástil para arruinar el aire. A. L. Shrank. El Quinto Jinete del Apocalipsis.

Shrank sonreía; estaba encantado. Yo lo había halagado con insultos. Le estaba prestando atención. Se le infló el ego. Sin saberlo, yo había preparado y tendido una trampa.

¿Y ahora qué?, pensé. Por Dios Santo, ¿qué digo ahora? ¿Qué hacer para sacarlo de la madriguera? ¿Cómo acabar con él?

Pero caminaba otra vez delante, ahora, todo hinchado de insultos, todo resplandeciente con las medallas de la ruina y la desesperación que yo le había colgado de la grasienta corbata.

**C**aminamos. Caminamos. Caminamos.

Dios mío, me dije, ¿cuánto tiempo vamos a caminar, cuánto tiempo vamos a hablar, cuánto tiempo va a durar esto?

Ésta es una película, pensé, una de esas increíbles escenas que se alargan y alargan, en las que unas personas explican, otras responden y otras reclaman una repetición.

No puede ser.

Es.

Él no está seguro de que yo sé y yo no estoy seguro de saber, y ambos nos preguntamos si el otro está armado.

—Y los dos somos unos cobardes —dijo Shrank.

—Y los dos tememos poner a prueba al otro.

El Carpintero continuó. La Ostra lo siguió.

**C**aminamos.  
Y no era una escena de una película buena o mala en que la gente habla demasiado; era una escena que se desarrollaba tarde en la noche, con una luna que desaparecía y reaparecía, mientras crecía la niebla, y en la que yo dialogaba con el espectro del psiquiatra idiota del padre de Hamlet.

Shrank, me dije. Qué nombre. Uno se horroriza de esto, uno se horroriza de aquello, ¡y termina encogido! ¿Cómo había comenzado? Fuera de la universidad, en la cima del mundo, cuelga una teja; y luego el gran terremoto de algún año, ¿lo recuerda él?, el año en el que se le quebraron las piernas y la mente y hubo aquella larga caída sin tobogán, sólo sobre el magro trasero, y ninguna mujer entre él y el abismo al fondo para amortiguar la conmoción, lubricar la pesadilla, pasar el llanto a medianoche y el odio al amanecer. Y una buena mañana, se levantó de la cama y se encontró... ¿dónde?

En Venice, California, donde la última góndola había partido hacía largo tiempo, donde las luces se apagaban poco a poco y los canales se llenaban de petróleo y viejos carromatos de circo donde sólo la marea rugía detrás de los barrotes...

—Tengo una lista pequeña —dije.

—¿Qué? —dijo Shrank.

—*El Mikado* —le dije—. Hay una canción que lo retrata a usted a la perfección. El sublime objetivo, lo alcanzará con el tiempo. Para que el castigo se adecúe al crimen. Los Solitarios. Todos ellos. Los puso usted en la lista; en palabras de la canción, nunca se les echará de menos. El crimen fue haber renunciado, o no haberlo intentado nunca. Fue la mediocridad, o el fracaso o el desasosiego. Y el castigo, Dios mío, fue usted.

Shrank se había hinchado, y avanzaba ahora con una soberbia de pavo real.

—¿Y? —dijo, caminando adelante—. ¿Y?

Cargué la lengua, apunté y disparé una salva.

—Supongo —dije— que cerca, en algún lugar, está la cabeza decapitada de Scott Joplin.

No pudo impedir llevar la mano derecha al bolsillo grasiento del abrigo. Fingió darle unas palmaditas para arreglarlo, se descubrió mirándose la mano con placer, desvió los ojos, y siguió caminando.

Un disparo, un impacto en el blanco. Me enardecí. Teniente-inspector Crumley, pensé, ojalá estuvieras aquí.

Disparé una segunda salva.

—Se venden canarios —dije con una voz minúscula parecida a las letras desgastadas del letrero en la ventana de la anciana—. Hirohito asciende al trono. Addis Abeba. Mussolini.

La mano izquierda se le crispó con un orgullo secreto hacia el bolsillo izquierdo del abrigo.

¡Santo Dios!, me dije. Lleva consigo los grandes títulos de los viejos periódicos en el fondo de las pajareras.

¡En el blanco!

Avanzó a grandes pasos. Lo seguí.

Blanco número tres, puntería, fuego.

—La jaula de los leones. El viejo. La taquilla de la estación.

La mandíbula se le descolgó hacia el bolsillo de la camisa.

¡Allí, por todos los santos, guardaba confeti de billetes para un tren que nadie tomó!

Shrank continuó avanzando a través de la niebla, sin caer en la cuenta de que yo estaba atrapando crímenes con mi red de cazar mariposas. Era un niño feliz en los campos del Anticristo. Los diminutos zapatos chispeaban en los tablones. Estaba radiante.

¿Qué más? Muchas cosas me bullían en la mente. Ah, sí.

Vi a Jimmy con una flamante dentadura en el pasillo de la casa, todo sonrisas. Jimmy en la bañera, boca abajo y a seis brazas de profundidad.

—Los dientes postizos —dije—. Los superiores. Los inferiores.

Gracias a Dios Shrank no volvió a palmotearse los bolsillos. Yo habría podido estallar en una terrible carcajada de pavor pensando que él llevaba encima una sonrisa muerta. La mirada que me lanzó por encima del hombro me dio a entender que estaba allá (¿en un vaso de agua?), en la casa del muelle.

¡Blanco número cinco, apunten, fuego!

—¡Los chihuahuas amaestrados, los pericos presumidos!

Los zapatos de Shrank dibujaron algunos pasos de un número de danza canina sobre el muelle. La mirada le saltó al hombro izquierdo. ¡Llevaba ahí marcas de garras y excrementos de pájaro! Uno de los pájaros de Massinello Pietro estaba también ahí en el muelle.

Blanco número seis.

—La fortaleza morisca a orillas de un mar de Arabia.

La pequeña lengua viperina de Shrank se azotó rápidamente los labios reseco por la sed.

Una botella de champán de Rattigan, puesta detrás de nosotros en un estante, apoyada en un De Quincey intoxicado y un Hardy melancólico.

El viento se elevó.

Me estremecí, porque sentí de pronto que diez docenas de envoltorios de golosinas, todas mías, venían rodando detrás de nosotros, fantasmas de pequeñas hambrunas de otros días, crujiendo a lo largo del muelle nocturno.

Y al fin tuve que decir las palabras que no podía decir pero me obligué a decir, las terribles y tristes últimas palabras que me desollaron la lengua en el momento en que algo me estallaba en el pecho.

—La casa de vecindad a medianoche. La nevera llena. *Tosca*.

Como un disco negro lanzado hacia el otro extremo de la ciudad, la primera cara de *Tosca* cayó, rodó, y se deslizó bajo la puerta nocturna de A. L. Shrank.

La lista había sido larga. Y estaba de pie en el fdo de la histeria, del pánico, del terror, del deleite provocados por mis propias percepciones, mi propia repulsión, mi propia tristeza. En cualquier instante podía ponerme a bailar, a golpear o a gritar.

Pero Shrank habló primero, los ojos soñadores, las murmuradas arias de Puccini girándole y girándole en la cabeza.

—La mujer gorda está ahora en paz. Necesitaba paz. Yo se la di.

**A** penas recuerdo qué ocurrió después.  
Alguien gritó. Yo. Alguien más gritó. Él.

Mi mano se alzó, con el bastón de Henry.

Asesinar, pensé. Matar.

Shrank cayó hacia atrás justo antes de que el bastón lo alcanzara. El bastón golpeó el muelle y la sacudida me lo arrancó de la mano. Cayó, rodó y recibió una patada de Shrank, que lo lanzó a la arena por encima del borde del muelle.

No me quedó más que golpear al hombrecillo con los puños vacíos y detenerme tambaleante mientras él se echaba hacia atrás; porque en mí se había roto una última cosa.

Me atraganté, lloré. Días atrás, mis sollozos bajo la ducha o mis sollozos en el mar habían sido sólo un comienzo. Ahora era la inundación. Se me deshicieron los huesos. Lloraba, de pie, y Shrank, sorprendido, estuvo a punto de extender la mano para tocarme y murmurar ya, ya.

—No pasa nada —dijo, al fin—. Ella está en paz. Tendrías que agradecermelo.

La luna desapareció detrás de un gran banco de niebla y permitió que me recuperara. Me movía en cámara lenta, ahora. Me pesaba la lengua y apenas veía.

—Lo que quiere decir es —dije, al fin, entre sollozos— que todos están muertos y que tendría que agradecerse por todos ellos, ¿verdad?

Tenía que ser un gran alivio para él, después de tantos meses o tantos años esperando para contárselo a alguien, no importa a quién, ni dónde, ni cómo. La luna reapareció. Los labios le temblaron a la luz renovada y con la necesidad de hablar.

—Sí. Los ayudé a todos.

—Dios mío —dijo con voz sofocada—. ¿Los ayudó? ¿Los ayudó?

Tuve que sentarme. Shrank permaneció inclinado sobre mí, asombrado por mi debilidad, cuidando de mí y del final de la noche, él, el hombre que podía bendecir a la gente con la muerte, impedir que sufrieran, poner fin a la soledad, adormecer las catástrofes íntimas, salvarlos de la vida. Beneficiarlos con crepúsculos.

—Pero tú también ayudaste —dijo, con voz razonable—. Eres un escritor. Eres curioso. Lo único que tuve que hacer fue seguirte, recoger tus envoltorios de golosinas a medida que avanzabas. ¿Sabes qué fácil es seguir a la gente? Nunca miran atrás. Nunca. Tú nunca lo hiciste. ¡Oh, Dios, nunca lo supiste! Fuiste mi perro lazarillo de la Muerte, más veces de las que crees. Durante un año. Me indicaste todas las personas que estabas juntando para tus libros. Todas las piedras del camino, las pajas en el viento, las conchas vacías en la playa, los dados sin puntos, las cartas sin figuras. Sin pasado, sin presente. Así que les di ningún futuro.

Lo miré. Me volvían las fuerzas. La tristeza casi se me había ido. La presión de mi cólera subía lentamente.

—Lo admite todo, ¿verdad?

—¿Por qué no? No es más que un aliento amargo en el viento. Si, cuando terminemos aquí, voy contigo al puesto de policía, no tendrás ninguna prueba de lo que te he dicho. Palabras que se llevó el viento.

—No del todo —dije—. No pudo evitar llevarse algo de cada víctima. Esa maldita barraca está llena de discos de fonógrafo, champán, y viejos periódicos.

—Hijo de puta —dijo Shrank, y se interrumpió. Ladró una risa y luego torció la cara—. Muy hábil. Me lo hiciste decir, ¿eh?

Se balanceó sobre los talones, reflexionando.

—Y bien —dijo—, ahora tendré que matarte a ti.

Me levanté de un salto. Le llevaba una cabeza y no era muy valiente, pero dio un salto atrás.

—No —dije—. No puede hacerlo.

—¡Y por qué no!

—Porque usted no me puede poner las manos encima. No lo hizo con los demás. Todo ocurrió sin que los tocara, lo veo ahora. La lógica consistía en ayudar a que la gente se hiciera mal a sí misma, o en destruirlos indirectamente. ¿No es así?

—¡Así es! —El orgullo de Shrank estaba otra vez en juego. Me olvidó y echó una mirada a su glorioso pasado.

—El viejo de la taquilla de la estación de tren. ¿Lo único que hizo fue emborracharlo? Le golpeó la cabeza en el reborde del canal, quizá, y después saltó y se aseguró de que entrara en la jaula de los leones.

—¡Exacto!

—La anciana que vendía canarios. ¿Lo único que hizo fue plantarse frente a la cama y hacer muecas?

—¡Exacto!

—Sam. Le dio bastante alcohol como para mandarlo al hospital.

—¡Exacto!

—Jimmy. Le hizo beber tres veces más de la cuenta. Ni siquiera tuvo que darle la vuelta en la bañera. Él se dio la vuelta solo, y desapareció.

—¡Exacto!

—Massinello Pietro. Escribió al ayuntamiento para que fueran a buscarlo, a él y a las diez docenas de perros, gatos y pájaros. Si aún no está muerto, lo estará pronto, ¿verdad?

—¡Exacto!

—Cal el peluquero, por supuesto.

—Yo robé la cabeza de Scott Joplin —dijo Shrank.

—Y Cal, asustado, huyó de la ciudad. John Wilkes Hopwood. Él y ese inmenso ego. Le escribió en el papel de cartas de Constance Rattigan para que fuera desnudo a la playa todas las noches. ¿Para asustar a Constance y para que se ahogara en el mar?

—¡En efecto!

—Luego se deshizo de Hopwood diciéndole que lo había visto en la playa la noche en que Constance desapareció. Añadió una carta de injurias verdaderamente terrible, en la que le decía de todo.

—Todo lo que era.

—Y Fannie Florianna. Dejó el anuncio bajo la puerta. Y cuando ella llamó y usted concertó una cita, lo único que hizo fue ir, entrar bruscamente, lo mismo que con la anciana de los canarios, asustar a Fannie para que retrocediera precipitadamente, sí, para que cayera de espaldas y no pudiera volver a levantarse, y lo único que tuvo que hacer fue apoyarse sobre ella, ¿no es así?

Se cuidó de no responder que sí a esta última pregunta, de no responder nada, porque ahora yo me estaba levantando, aún tembloroso, pero sacando fuerzas de mi propia locura.

—Sólo cometió un error en todas esas semanas. Enviar los periódicos a Fannie y dejarlos, marcados. Cuando lo recordó y volvió para irrumpir en la casa, no los pudo encontrar. El único lugar en el que no se le ocurrió buscar fue en la nevera. El aviso del periódico estaba colocado bajo los tarros para prevenir la humedad. Lo encontré ahí. Y por eso estoy aquí. Y no estoy dispuesto a ser el siguiente de la lista. ¿O tiene otros planes?

—Sí.

—No, ¿y sabe por qué? Por dos razones. Primera, no soy un Solitario. No soy un fracasado. No estoy perdido. Lo conseguiré. Seré feliz, para empezar. Me casaré y tendré una buena mujer y niños. Escribiré muy buenos libros y me querrán. Y eso no concuerda con la idea de usted. No puede matarme, pobre imbécil, porque yo estoy bien. ¿Se da cuenta? Voy a vivir para siempre. En segundo lugar, no me puede poner un dedo encima. Usted no ha tocado a nadie. Si me toca, arruina su historial. Ha conseguido todas las otras muertes asustando e intimidando. Pero ahora, si quiere

impedir que vaya a la policía, tendrá que cometer un verdadero asesinato, y ahora mismo.

Me alejé y él corrió detrás de mí.

Me seguía en un estado de total confusión, casi tirándome del brazo para que lo mirara. —Exacto, sí, exacto. Casi te maté, ¿sabes?, el año pasado. Te observé, te seguí. Pero luego vendiste esos cuentos a esas revistas y luego conociste a esa mujer, y decidí contentarme con seguirte y encontrar gente, sí, fue así. Y comenzó realmente aquella noche, en el tren de Venice, bajo la tormenta, y yo borracho. Estabas tan cerca de mí aquella noche, en el tren... Hubiera podido extender la mano y tocarlo. Y la lluvia seguía cayendo, y si tan sólo hubieses vuelto la cabeza me habrías visto, pero no lo hiciste, y me habrías reconocido, pero no lo hiciste, y...

Habíamos salido del muelle y estábamos ahora en la calle oscura que bordeaba el canal y cruzamos enseguida el puente. El bulevar estaba desierto. No vi ningún coche, ninguna luz. Continué corriendo.

En medio del puente, sobre el canal, no lejos de las jaulas de los leones, Shrank se detuvo y se aferró a la baranda.

—¿Por qué no me entiendes? ¿Por qué no me ayudas? —gimió—. Quise matarte, quise hacerlo de verdad. Pero hubiese sido como matar la Esperanza, y tiene que haber un poco de esperanza en el mundo, ¿no es verdad, aun para la gente como yo?

Me volví y lo miré. —No después de esta noche —dije.

—¿Por qué? —dijo él, jadeando—. ¿Por qué? —repitió mirando las aguas frías y aceitosas.

—Porque usted está total y definitivamente loco —dije.

—Te mataré ahora.

—No —dije, con una enorme tristeza—. Sólo queda una persona por matar. Un último Solitario. Un último perdido. El hombre vacío. Usted.

—¿Yo? —chilló el hombrecillo.

—Usted.

—¿Yo? —gritó—. ¡Maldito, maldito, maldito seas!

Se volvió. Se apoyó en la baranda. Saltó.

El cuerpo descendió en la oscuridad.

Se hundió en un agua tan grasienta y sucia como su abrigo, tan terrible y negra como su alma, y desapareció.

—¡Shrank! —grité.

No salió.

Vuelva, quería gritar.

Pero de pronto temí que volviera.

**S**hrank —susurré—. Shrank. —Me incliné sobre la baranda del puente y escruté la espuma verde y las olas gaseosas.— Sé que está ahí.

No podía haber acabado así. Era demasiado simple. Él estaba en algún lugar, apartado de la luz, rumiando como un sapo negro, bajo el puente, quizá, los ojos alzados, la cara verde, aspirando aire, muy en silencio. Escuché. Ni un ruido de gotas. Ni un ligero temblor de agua. Ni un suspiro.

—Shrank —murmuré.

Shrank, repitió el eco de los maderos bajo el puente.

Lejos en la costa, las grandes bestias petrolíferas alzaron la cabeza a mi llamada y las volvieron a bajar acompañadas por el susurro de una ola larga en la playa.

No me esperes, creí oír murmurar a Shrank. Se está bien aquí abajo. Tranquilo al fin. Creo que me quedaré.

Mentiroso, pensé. Subirás cuando menos lo espere.

El puente crujió. Me volví.

Nada. Nada más que la niebla, que se movía a través del bulevar desierto.

Corre, me dije. Corre a telefonar. Llama a Crumley. ¿Por qué no está aquí? Corre. Pero no. Shrank podía salir de un salto, huir. Tendría que esperar.

Lejos, a tres kilómetros de ahí, el gran tranvía rojo se bamboleaba, silbaba, gemía, sonaba como la horrible bestia de mis sueños, y venía a llevarse mi vida, mi futuro, encaminándose a un pozo de alquitrán al final de la línea.

Encontré un pequeño guijarro y lo lancé al agua.

Shrank.

Dio en la superficie y se hundió. Silencio.

Se ha escapado. Quería hacerle pagar lo que le había hecho a Fannie.

Peg, me dije enseguida. Llámala.

Pero no, ella también tendría que esperar.

Mi corazón palpitaba con tanta fuerza que temí que las aguas se agitaran, allí abajo, y resucitaran a los muertos. Temí que mi aliento derribara las torres de petróleo. Presté atención a mi respiración y a mis latidos y los hice más lentos, los ojos cerrados.

Shrank, pensé, salga. Fannie está aquí, esperando. La mujer de los canarios está aquí, esperando. El viejo de la taquilla está junto a mí. Jimmy está aquí y quiere que le devuelva los dientes. Pietro está aquí y quiere las mascotas de vuelta. Sé que está allí. Salga. Estoy aquí, con los demás, esperando.

¡Shrank!

Qué imbécil era.

Esta vez tuvo que oírme.

Vino para matarme.

**S**alió del agua negra como una bala de cañón proyectada por un trampolín. Salió siguiendo una increíble trayectoria.

Dios, me dije, imbécil. ¿Por qué lo llamaste? ¿Por qué lo esperaste?

Medía tres metros de alto; el enano había engendrado un dragón. Grendel, que antaño había sido un jockey.

Se alzó como una Furia, las garras preparadas para atacar. Me golpeó como un globo de agua hirviendo, con rabia, gritos y chillidos. Hacía tiempo que había dejado atrás las buenas intenciones, los planes, el mito, la integridad asesina.

—¡Shrank! —grité.

Había allí algo terrible y en cámara lenta, como si pudiera detenerlo imagen tras imagen, examinar la trayectoria y el sorprendente desarrollo de Shrank y la manera como le brillaban los ojos y se torcía de odio la boca, y cómo las manos se le aferraban con furia a mi abrigo, a mi camisa, a mi cuello, como tenazas de hierro. Tenía la boca ensangrentada con mi nombre mientras me lanzaba hacia atrás. Las aguas de alquitrán esperaban. Dios mío, ahí no, pensé. Las jaulas de los leones esperaban con las puertas abiertas de par en par.

—No.

Las imágenes en cámara lenta cesaron de pronto. Siguió una rápida caída.

Unidos por la furia, caímos, jadeando en pleno vuelo.

Chocamos con el agua como dos estatuas de piedra y nos hundimos, abrazados en un ciego frenesí de pasión, tratando de que el otro estuviese siempre abajo, utilizándonos como escalera al aire y la luz.

Durante el descenso, creí oírlo sollozar, gemir «Entra ahí, entra ahí, entra», como un muchacho en un juego rudo y sin reglas, y que yo estaba jugando mal. «¡Entra!».

Pero ahora, en el fondo, ya no veíamos. Dábamos vueltas como dos cocodrilos que quieren morderse los cuellos. Desde arriba parecíamos sin duda un inextricable revoltijo de pirañas en pleno banquete, o una gran hélice descentrada y enloquecida, arco iris de petróleo y de alquitrán.

Y en medio del naufragio, hubo un diminuto punto de esperanza que estalló para volver a encenderse detrás de mis ojos.

Éste es su primer asesinato verdadero, tuve que pensar, ¿o quedaba tiempo? Pero yo soy de carne y no haré lo que él quiere. Yo le tenía más miedo a la oscuridad que él a la vida. Yo no podía perder.

No estaba probado.

Rodamos y golpeamos algo que me dejó sin aliento. La jaula de los leones. Estaba metiéndome a patadas por la puerta. Yo me debatí. Dimos vueltas, y en medio del remolino y del agua blanca, pensé de pronto:

Dios mío. Estoy adentro. La jaula. ¡Todo ha terminado como comenzó! Crumley vendrá y... me encontrará a *mí*, al amanecer, haciendo señas detrás de las barras. Mierda. Los pulmones se me llenaron de fuego. Intenté volverme y liberarme a golpes de puño. Quería dar un último grito, para que se fuera. Quería...

De pronto, se acabó.

Shrank dejó de apretar.

¿Qué?, me dije. ¿Qué? ¡Qué!

Casi me soltó.

Lo agarré para empujarlo pero era como agarrar un autómatas que de pronto no fuese capaz de gesticular. Era como abrazar un cadáver que hubiera saltado fuera de la tumba pero que ahora quería volver.

Ha renunciado, pensé. Ha reflexionado y renunciado. Sabe que tiene que ser el último. Sabe que no puede matarme.

En efecto, había cambiado de idea, y mientras lo sostenía, le vi la cara, un fantasma pálido, y los hombros que se encogían diciéndome que al fin era libre y podía ascender hacia la noche, el aire y la vida. En las aguas negras, vi que sus ojos aceptaban su propio terror al tiempo que abría la boca, arrugaba la nariz y emitía una horrible luz gaseosa. Enseguida aspiró una profunda bocanada de agua negra y se hundió a la deriva, hombre perdido en busca de una última pérdida.

Era una marioneta fría lo que dejé detrás de mí en la jaula; me debatí, busqué la puerta, subí hacia afuera, hacia arriba, rogando como un loco poder vivir eternamente, encontrar la niebla, encontrar a Peg, dondequiera que estuviese en todo ese maldito mundo.

Salí a la superficie en medio de una niebla que empezaba a transformarse en lluvia. Cuando mi cabeza emergió, lancé un gran grito de dolor y de alivio. Todas las almas de los que habían muerto en el último mes y no habían querido morir salieron en un gemido por mi boca. Vomité, casi me hundí otra vez, pero conseguí llegar al muelle y salir del agua, y fui a sentarme en el puente a esperar.

**E**n algún lugar del mundo, oí que un coche se detenía, que una puerta se cerraba, que alguien corría. Un brazo largo surgió de la lluvia y una mano enorme se tendió hacia mí para sacudirme el hombro. El rostro de Crumley, como un sapo detrás de un vidrio, se convirtió en un primer plano de cine. Parecía un padre trastornado, inclinándose sobre un hijo que se había ahogado en el mar.

—¿Estás bien, te sientes bien, estás bien?

Asentí, jadeando.

Henry se acercó, olfateando la lluvia, husmeando espantosos olores pero sin encontrar ninguno.

—¿Estás bien? —dijo Henry.

—Vivo —dije, y era cierto—. Oh, Dios mío, vivo.

—¿Dónde está Axilas? Tengo que darle una, por Fannie.

—Ya me encargué, Henry —dije.

Señalé con un gesto la jaula de los leones, donde un nuevo fantasma flotaba detrás de las barras como gelatina pálida.

—Crumley —dije—, tiene toda una barraca repleta de chismes, de pruebas.

—Ahora iré.

—¿Dónde diablos habéis estado? —me pregunté.

—El imbécil del taxista es aún más ciego que yo. —Henry tanteó el borde del canal y se sentó junto a mí. Crumley se sentó al otro lado, y dejamos que nuestros pies colgaran tocando casi el agua negra.— Ni siquiera podía encontrar el puesto de la policía. ¿Dónde se ha metido? Yo también le daré una.

Solté una carcajada. Me chorreó agua por la nariz.

Crumley se inclinó más cerca para examinarme.

—¿Estás herido?

En un lugar que nadie podría ver, pensé. En diez años, una noche, todo saldrá a la superficie. Espero que a Peg no le importe que lance unos cuantos gritos, sólo para que me mime un poco.

Dentro de un rato, me dije, tendré que llamar a Peg. Cásate conmigo, le diré. Ven esta noche, ven a casa. Nos moriremos de hambre pero, te lo juro, viviremos. Cásate conmigo, Peg, y protégeme de los Solitarios.

Y ella me respondería que sí y volvería a casa.

—No estoy herido —contesté a Crumley.

—Bien —dijo—, porque ¿quién diablos leería mi novela, sino tú?

Ladré de risa.

—Lo siento. —Crumley bajó la cabeza, avergonzado.

—Diablos. —Le cogí la mano y la puse sobre mi nuca para mostrarle dónde había que masajear—. Te quiero, Crumley. Te quiero, Henry.

—Maldita sea —dijo Crumley, suavemente.

—Que Dios te bendiga, muchacho —dijo el ciego.

Llegó otro coche. La lluvia estaba escampando.

Henry inspiró profundamente. —Conozco el olor de esa limusina.

—Santo Dios —dijo Constance Rattigan, asomándose—. ¡Qué visión! El campeón del mundo de los marcianos. El más grande ciego del mundo. Y el hijo bastardo de Sherlock Holmes.

Todos le respondimos de una manera u otra, demasiado cansados para seguirle la corriente.

Constance salió y se acercó a mí, bajando los ojos.

—¿Se acabó? ¿Es él?

Todos asentimos, como el público de un teatro en la noche, incapaces de apartar la mirada de las aguas del canal, de la jaula de leones y del espectro detrás de las barras, que subía y bajaba, y hacía señales.

—Dios, estás empapado; te vas a morir. Hay que desnudar y calentar a este chico. ¿Está bien si me lo llevo a casa?

Crumley asintió.

Le apoyé la mano en el hombro y apreté.

—¿Champán ahora, cerveza más tarde? —le dije.

—Ya nos veremos —dijo Crumley—, en mi selva.

—Henry —dijo Constance—, ¿vienes con nosotros?

—No podríais impedírmelo —dijo Henry.

Y llegaron más coches, y la policía se preparaba para sumergirse y sacar de la jaula lo que fuese, y Crumley caminaba hacia la barraca de Shrank, y yo me quede allí, temblando, mientras Constance y Henry me quitaban la chaqueta mojada y me ayudaban a subir a la limusina, y pronto nos alejamos por la costa en medio de la noche, entre las grandes y siseantes torres de petróleo, dejando atrás un pequeño y extraño apartamento en el que yo trabajaba, y dejando atrás el pequeño cobertizo oscuro en el que aguardaban Spengler, Gengis Khan, Hitler, Nietzsche y unas cuantas docenas de envoltorios de golosinas, y dejando atrás la cerrada estación de tranvías donde, mañana, unos ancianos perdidos volverían a sentarse para esperar los últimos trenes del siglo.

En el camino, creí verme pasar en mi bicicleta, a los doce años, repartiendo periódicos en la madrugada. Y más allá, mi yo mayor, de diecinueve años, volvía a casa, tropezándose con los postes, con pintura de labios en la mejilla, borracho de amor.

Justo antes de doblar hacia la fortaleza árabe de Constance, otra limusina se acercó rugiendo en sentido contrario, por la carretera de la costa. Nos pasó como un trueno. ¿Ése también soy yo —me pregunté— en un futuro próximo? ¿Y Peg junto a mí en vestido de noche, volviendo de algún baile? Pero la otra limusina desapareció. El futuro tendría que esperar.

Cuando llegamos a la arena del patio trasero de Constance, saboreé la simplicidad del presente y la mejor de las felicidades vivas.

Una vez detenida la limusina, mientras Constance y yo aguardábamos a que él se moviera, en un grandioso ademán, Henry alzó el brazo.

—Haceos a un lado o echaos atrás.

Nos apartamos.

—Dejad que el ciego os enseñe el camino.

Lo hizo.

Lo seguimos de buena gana.



RAY BRADBURY, (Waukegan, Illinois, 22 de agosto de 1920). Uno de los escritores de ciencia ficción más celebrados de la actualidad. Entre sus obras se destacan *Crónicas marcianas* y *Fahrenheit 451*. Sus últimos libros de cuentos, *Más rápido que la vista* y *A ciegas*, demuestran que el maestro de la fantasía no deja de sorprendernos. Bradbury incursionó en el cine con el guión de *Moby Dick*, clásico filme de John Houston. Su cortometraje *Icaro Montgolfier Wright* obtuvo una nominación para el Oscar, y el guión televisivo basado en su libro *El árbol de las brujas* ganó un premio Emmy. Realizó también las adaptaciones de sesenta y cinco de sus cuentos para el programa *The Ray Bradbury theater*. En 1964 fue asesor del Pabellón de los Estados Unidos en la Feria Mundial de Nueva York, y en 1982 diseñó el interior de la nave espacial Tierra, de Epcot, Disney World. En 1988 recibió el Gran Premio Nebula que se otorga anualmente a los Escritores de Ciencia Ficción y Fantasía en Estados Unidos. Su reciente *Libro para inspirar a curas, rabinos y pastores desanimados* reúne un conjunto de ficciones alegóricas de iluminada reflexión.